

# MEMORIA

---

DE LA

---

## EMIGRACIÓN ZAMORANA

RELATO Y VINCULACIÓN

---

*José Delgado Álvarez / Arsenio Dacosta (coords.)*







MEMORIA DE LA EMIGRACIÓN ZAMORANA  
RELATO Y VINCULACIÓN



MEMORIA  
DE LA EMIGRACIÓN ZAMORANA  
RELATO Y VINCULACIÓN

*José Delgado Álvarez y Arsenio Dacosta*  
(coords.)

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZAMORA  
CENTRO DE ESTUDIOS DE LA EMIGRACIÓN CASTELLANA Y LEONESA  
CÁTEDRA DE POBLACIÓN, VINCULACIÓN Y DESARROLLO (UNED ZAMORA)

Este trabajo forma parte de los resultados del proyecto *El asociacionismo de la emigración española en América a partir de la década de 1960: los casos de La Habana, Buenos Aires y Caracas*. Proyecto PID2021-123160NB-I00 financiado por la MCIN / AEI y por FEDER Una manera de hacer Europa.



© Procedencia de las imágenes: Los/as autores/as de los relatos.

En el proceso de difusión del certamen del II Premio Memoria de la Emigración Zamorana han colaborado los miembros de la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo: Juan Andrés Blanco, Arsenio Dacosta, José Delgado, Rubén Sánchez, José Miguel Álvarez y Marcos Belver.

© de los textos: Los/as autores/as de los relatos.

© de la edición: Doce Calles / Diputación Provincial de Zamora /  
Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo (UNED Zamora) /  
Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa.

ISBN:

Depósito legal:

Preimpresión y edición: Ediciones Doce Calles S.L.

## ÍNDICE

PRESENTACIÓN .....	9
INTRODUCCIÓN: MEMORIA DE LA EMIGRACIÓN ZAMORANA: RELATO Y VINCULACIÓN.....	11
<i>José Delgado Álvarez y Arsenio Dacosta</i>	
FAMILIA CEREZAL-MEZQUITA, UNA HISTORIA.....	17
<i>Matilde Cerezal Mezquita (Primer premio)</i>	
MANUEL SASTRE: RECUERDOS Y MEMORIAS (1887-1974).....	29
<i>Ramiro Cid Martínez (Accésit)</i>	
MIS VIVENCIAS EN LA COLONIA ZAMORANA DE CUBA.....	81
<i>Sergio Rabanillo Damera (Mención honorífica)</i>	
FRANCISCO FERRERO GUERRERO, NATURAL DE MANGANESES DE LA POLVOROSA, EMIGRANTE A BUENOS AIRES.....	121
<i>Felipe Ferrero Francia y María Cecilia Ferrero Otero (Mención honorífica)</i>	
EMIGRANTE, POR... «IMPERATIVO LEGAL».....	131
<i>Benjamín Charro Morán</i>	
RELATO DE UNA FAMILIA EMIGRANTE.....	137
<i>Ricardo José de Beláustegui Castaño</i>	
ADIÓS MI ESPAÑA QUERIDA... ..	143
<i>María Ángeles Ferrero Rodríguez</i>	
ANDANZAS DE UN ZAMORANO.....	147
<i>Marcelino García Romero</i>	
PÓRTENSE BIEN, QUE NO VAN A IR A ESPAÑA .....	183
<i>Ana Elisa González Oslé</i>	
FERMOSELLE Y LA CIGÜEÑA BORRACHA.....	195
<i>Fernando Luis Matos Andrés</i>	
AFANES Y REVESES DE UN EMPRENDEDOR ZAMORANO.....	203
<i>María Luisa Telenti Asensio</i>	





## PRESENTACIÓN

Desde 1988 en el Centro de la UNED de Zamora hemos prestado atención al proceso de la emigración que había tenido lugar en la provincia al menos desde la década de los ochenta del siglo XIX. A principios del siglo actual habíamos desarrollado varios proyectos de investigación sobre este tema tan importante también en el resto de provincias de la región subvencionados por la Junta de Castilla y León. Conocíamos las causas según las aproximaciones clásicas al tema y también las cifras disponibles en lo que se refería a la emigración a América, y estábamos en proceso de estudiar a fondo las asociaciones que habían constituido en los lugares de llegada.

En conversaciones con José Ignacio Monteagudo, vinculado profesionalmente a la Junta de Castilla y León y al Archivo de la Escritura Popular, empezamos a considerar la importancia de tratar de conocer en profundidad la opinión de los propios emigrantes y sus descendientes directos sobre «su» experiencia migratoria. Estábamos en lo que Julio Aróstegui denominaba la época de la memoria, especialmente en lo que se refiere a la memoria de los hechos traumáticos, como la Guerra Civil española de 1936 y sus consecuencias para las personas, dentro de la cual la memoria del exilio tenía un lugar reconocido, porque la memoria del exiliado es una memoria traumática. Pero en los contactos con los emigrantes zamoranos en América también se traslucía que la emigración, especialmente la que había tenido lugar en los siglos XIX y XX a América, también tenía mucho de traumática y así había sido percibida por sus protagonistas.

De aquí surgió la idea de crear un premio «Memoria de la emigración zamorana», con el apoyo de la Diputación Provincial de Zamora y las de los emigrantes zamoranos en Cuba y Argentina. El proyecto tuvo un resultado muy esperanzador tanto en el volumen de participantes como en la calidad de los testimonios recogidos, que era lo más importante. Las consecuencias del éxito de esa primera edición se reflejan en el escrito de la introducción de este volumen de relatos.

La Diputación de Zamora ha demostrado a lo largo de la andadura del Centro de la UNED una especial sensibilidad respecto a la emigración y nos ha acompañado en las distintas iniciativas que se han planteado desde esta institución universitaria y que también se mencionan en esa Introducción<sup>1</sup>. Por ello, pasadas casi dos décadas de la primera iniciativa respecto a la emigración zamorana, cuando nuestro ámbito de atención se había ampliado respecto a los procesos de emigración (además de a América

---

<sup>1</sup> Desde el inicio de nuestras investigaciones contamos con el apoyo de los Presidentes Luis Cid, Fernando Martínez Maillo, Francisco Requejo y el actual Javier Faúndez. Así como de los diputados José Bahamonde, José Luis Bermúdez, José Luis Prieto y el actual Víctor López de la Parte.

a Europa y también dentro de España) y también a los ámbitos regional y nacional, decidimos convocar ese nuevo Premio Memoria de la Emigración Zamorana buscando rastrear las percepciones de emigrantes a otros ámbitos distintos a los americanos. Emigrantes a Europa, también a tierras tan lejanas como Australia y descendientes del puñado de zamoranos que en 1912 emigraron a Hawai y terminaron la mayoría en California. Y emigrantes a ámbitos dentro de España, no exentos de dificultades en ocasiones y no solo a la llegada, como bien conocemos. Aquí presentamos pues, una parte de la historia de nuestra provincia, que también la escriben quienes la dejaron buscando nuevas oportunidades, pero nunca la olvidaron.

JUAN ANDRÉS BLANCO RODRÍGUEZ<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Director de la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo. UNED.

## INTRODUCCIÓN

# MEMORIA DE LA EMIGRACIÓN ZAMORANA: RELATO Y VINCULACIÓN

José Delgado Álvarez<sup>1</sup> y Arsenio Dacosta<sup>2</sup>

El fenómeno migratorio es un proceso característico del ser humano desde los orígenes de nuestra especie. Sin embargo, y a pesar de haber transcurrido más de un siglo desde que el geógrafo Ernst G. Ravenstein formulara sus famosas «leyes de la emigración»<sup>3</sup>, aún no disponemos de una teoría general que explique, en todas sus dimensiones y complejidad, esta manifestación tan profundamente antropológica que son las migraciones. No cabe dudar de la influencia de los «push and pull factors» en estos procesos<sup>4</sup>, ni de las múltiples motivaciones que acompañan a las «diásporas de esperanza, del terror y de la desesperación»<sup>5</sup> en el pasado y en el presente, ni de los evidentes impactos en los lugares de destino y de origen de esas migraciones. Zamora, en el conjunto de la Península Ibérica, y más específicamente de la gran región migratoria del Noroeste (Galicia, Norte de Portugal, Asturias, Cantabria, provincias occidentales y comarcas norteñas de la actual Castilla y León), es un ejemplo paradigmático de este fenómeno para la edad contemporánea.

La amplitud, duración e intensidad del fenómeno migratorio en esa región y, dentro de ella, Zamora, ha condicionado severamente el devenir socioeconómico de la misma. La emigración –en mucha menor medida la inmigración, más reciente– ha supuesto un importante factor de transformación en el territorio condicionando las actuales características demográficas definidas por el envejecimiento y la despoblación. Estos fenómenos, desde una perspectiva histórica pero también desde la conformación de una memoria de la emigración, han sido estudiados desde hace más de tres décadas

---

<sup>1</sup> Secretario del Centro Asociado a la UNED en Zamora.

<sup>2</sup> Profesor titular de Antropología Social, Universidad de Salamanca. Subdirector de la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo de la UNED de Zamora.

<sup>3</sup> «The Laws of Migration», *Journal of the Royal Statistical Society*, 1889, vol. 52, nº 2, p. 241-305.

<sup>4</sup> LEE, Everett S. «A Theory Of Migration», *Demography*, 1966, 3(1), p. 47-57.

<sup>5</sup> APPADURAI, Arjun. *La modernidad desbordada*. Buenos Aires: Trilce, Fondo de Cultura Económica, 2001.

desde la UNED de Zamora. Los esfuerzos de los equipos de investigación dirigidos por el catedrático en Historia Contemporánea Juan Andrés Blanco Rodríguez, se han materializado en numerosas publicaciones, de impacto nacional e internacional, que aglutinan y dan visibilidad a este fenómeno de enorme trascendencia socioeconómica para la provincia de Zamora, pero, como decimos, también como ejemplo paradigmático de un fenómeno mucho mayor que afecta al Noroeste peninsular. La constitución en 2011 del Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa<sup>6</sup> daba impulso a estas investigaciones, y a un arduo proceso de recuperación documental orientado a constituir en un futuro un archivo-museo de la emigración. Más recientemente, la creación de la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo<sup>7</sup> ha otorgado mayor visibilidad a estos trabajos y ha culminado, en 2023, en la puesta en marcha del Centro de las Migraciones de Castilla y León<sup>8</sup>, un proyecto archivístico y didáctico que podemos definir como museo virtual. En todas estas iniciativas la colaboración con las instituciones ha sido clave, y lo sigue siendo. La Excma. Diputación Provincial de Zamora se ha involucrado significativamente en este proyecto desde sus orígenes, en paralelo a su liderazgo en las llamadas «operaciones» Añoranza y Raíces desde los años 90 del pasado siglo, no pudiendo olvidar el decidido apoyo del Ayuntamiento de Zamora y de la Junta de Castilla y León en todas estas iniciativas, junto con el soporte económico de distintas instituciones privadas, como sucede actualmente con la Caja Rural de Zamora. Tanto estas iniciativas como las específicamente académicas, responden a la decisión de fomentar y fortalecer la vinculación con aquellas personas que, debido a diversas circunstancias, se han movilizad o en el pasado -o en la actualidad- y han abandonado la provincia. Dar a conocer las experiencias de estos migrantes, sus historias, así como las causas que han promovido el trasvase demográfico, resulta vital para intentar revertir o, al menos, paliar el fenómeno de la despoblación, hecho que incentiva un interés común entre la universidad y las administraciones públicas.

Fruto de esa convergencia, en 2005 se convocaba el «I Premio Memoria de la Emigración Zamorana»<sup>9</sup>. El objetivo del mismo era mantener viva la memoria individual y colectiva de la emigración, así como dar visibilidad académica a un tema poco valorado hasta entonces en el ámbito de las investigaciones sobre las migraciones internacionales en época contemporánea, el de la memoria de los propios protagonistas

---

<sup>6</sup> <http://emigracioncastellanayleonesa.es/>

<sup>7</sup> <https://catedravinculacionydesarrollo.es/>

<sup>8</sup> <https://centromigracionescyl.org/>

<sup>9</sup> Editados por Juan Andrés BLANCO RODRÍGUEZ y por José María BRAGADO TORANZO en el año 2007, en tres volúmenes titulados: *De Zamora a América. Memoria de la Emigración Zamorana. I, De Zamora al Río de la Plata. Memoria de la Emigración Zamorana II*, y *De Zamora a Cuba. Memoria de la Emigración Zamorana III* (Zamora: UNED Zamora, Diputación Provincial de Zamora, Junta de Castilla y León y Caja España).

de aquellas. Ese interés ha cambiado con el tiempo, de forma que el resultado de este dispositivo, ampliado después al conjunto de la región en el llamado «Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa», ha permitido reunir en estos años uno de los *corpus* de relatos de vida más importantes de Europa, logrando el interés científico que merecía<sup>10</sup>. Hasta el momento se han convocado seis ediciones de esos premios regionales, más dos específicamente sobre Zamora (incluyendo esta segunda, la que reúne este volumen), además de la primera edición del Premio Memoria de la Emigración Española, fallado y editado en 2023 en este caso gracias a la colaboración del Ministerio de Inclusión, Trabajo y Seguridad Social del Gobierno de España<sup>11</sup>.

En todos los casos, al igual que en el que nos ocupa ahora, los relatos que editamos constituyen una pieza fundamental del sumario de vivencias personales y colectivas de los emigrantes, en este caso zamoranos; relatos de vida a los cuales se les incorpora en ocasiones documentación y fotografías que enriquecen aún más el contenido memorialístico de los textos. Tal y como defendía el antes citado Arjun Appadurai, las «diásporas» de la emigración no solo remiten a fenómenos macro-demográficos, también «aportan la fuerza de la imaginación, como memoria y como deseo, a la vida de muchas personas corrientes»<sup>12</sup>. Este II Premio Memoria de la Emigración Zamorana contribuye a visibilizar dichas experiencias y, sumado al resto de relatos acumulados desde 2005, articula un importante legado cultural cuya relevancia debe de ponerse de manifiesto, debe ser preservada y, como no podría ser de otra manera, debe ponerse a disposición de los ciudadanos.

Los relatos presentados a este II Premio Memoria de la Emigración Zamorana recogen la memoria de algunos de esos emigrantes, sostenida en el recuerdo de las familias. En ocasiones, como relata Ricardo José de Beláustegui Castaño, la recogida de la información ha servido para conectar a varias generaciones y para transformar en presente —en memoria viva—, las experiencias del pasado<sup>13</sup>. Aunque estos relatos remitan a diferentes etapas y diferentes destinos migratorios, todos nos hablan de un objetivo compartido: el afán de prosperar. Este se convierte en un elemento común, más allá de

---

<sup>10</sup> DACOSTA, Arsenio. *Castellanos y leoneses en América: narración biográfica y prácticas de identificación*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2020.

<sup>11</sup> BLANCO, Juan Andrés; DACOSTA, Arsenio; RODRÍGUEZ, José Julio; Delgado, José (eds.). *I Premio Memoria de la Emigración Española*. Madrid: Ministerio de Inclusión, Trabajo y Seguridad Social / UNED, 2023.

<sup>12</sup> APPADURAI, *op. cit.*, p. 9.

<sup>13</sup> «Quiero destacar que fue muy gratificante realizar este trabajo ya que pasamos muchas horas junto a mi madre Josefa y a mi tía Piedad recordando anécdotas, leyendo documentos y diarios de viaje, observando fotografías y, sobre todo, emocionándonos profundamente con tantas vivencias compartidas. Tantos recuerdos de toda una vida familiar signada por la emigración de una tierra que nunca terminamos de dejar» («Relato de una familia emigrante»).

la agenda individual y familiar y de las particularidades del proyecto migratorio, junto con la vinculación con el lugar de origen, aquí Zamora. Aun asentándose en destinos más o menos lejanos, a pesar del tiempo transcurrido, la memoria individual, sumada como una suerte de torrente a la colectiva, refleja lo difícil que resulta para algunos olvidar el pasado, renunciar a la tierra natal que se reconstruye en los recuerdos de la niñez, perder el sentido de conexión hacia la familia, los amigos y el paisaje. Así lo expresa en su relato Benjamín Charro Morán,

Siempre supe que irse es como morir un poco. Dejar los recuerdos y la vida colgada en la despensa de la casa de tus padres en la «lata» de los chorizos, para que se vayan oreando y gastando como se gasta la vida<sup>14</sup>.

Tal y como refleja este testimonio no existe mejor embajador que aquel que abandonó su tierra físicamente pero la vive y siente en su día a día a través de pequeños detalles, recetas, anécdotas y recuerdos<sup>15</sup>. Junto a estos que emigraron, los descendientes de otros que lo hicieron continúan recuperando páginas pretéritas del proceso migratorio, incluso a pesar de no haber estado directamente en aquellos espacios de los que tanto conocen. A estos que transmiten la memoria de su familiar migrante nos referimos bajo la etiqueta de «población vinculada». Su incidencia y repercusión en el desarrollo socioeconómico del territorio obliga a su investigación, pero, también, a tenerlos en cuenta como actores de desarrollo para la provincia de Zamora.

Como en ocasiones anteriores, el jurado del II Premio Memoria de la Emigración Zamorana ha estado formado por profesionales de prestigio vinculados al mundo de la investigación, la docencia y la comunicación, cuya veteranía y experiencia en anteriores convocatorias de los Premios Memoria de la Emigración, ya sean españolas, castellanas y leonesas o zamoranas, así como en diferentes certámenes vinculados a los procesos históricos y de movilización de población, refleja la exigencia y rigurosidad que definen la calidad de este trabajo. La presente convocatoria ha estado presidida por el Dr. José Ignacio Monteagudo Robledo, profesor de la Universidad Federal de Integración Latino-Americana en Foz do Iguaçu (Brasil), acompañado por Dña. Esther Martín Arias, periodista experta en procesos migratorios que ha actuado como secretaria, el Dr. Manuel Sánchez de Diego Fernández de la Riva, profesor titular de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, y el Dr. Juan-Miguel Álvarez Domínguez, investigador del Centro de Estudios de la

---

<sup>14</sup> Relato titulado «Emigrante, por... «imperativo legal».

<sup>15</sup> «Te damos las gracias porque la lejanía y el tiempo no borrarán tus recuerdos, amores, tradiciones y por quedarte eternamente en nuestros corazones. Nosotros, como buenos continuadores del legado tuyo y de tu terruño zamorano, somos y seremos zamoranos como tú hasta siempre» (relato «Pórtense bien, que no van a ir a España», de Ana Elisa González Oslé).

Emigración Castellana y leonesa de la UNED de Zamora, estos últimos en calidad de vocales. La valoración propia de jurado ha tenido en cuenta, como así se expresará a continuación, no solo la calidad literaria, sino también el importante legado cultural que representan los contenidos propios de las vivencias personales. Lo recoge expresamente María Luisa Telenti en su relato, preocupada por la preservación del mismo en las nuevas generaciones que no han recibido «con la misma intensidad esa herencia inmaterial, ni el patrimonio material con su carga afectiva. (...) Que estas historias de vida no se pierdan»<sup>16</sup>.

El fallo del jurado tuvo lugar el pasado mes de junio de 2023, acordándose, por unanimidad, la concesión del primer premio al trabajo titulado «Familia Cerezal-Mezquita, una historia», que firma Matilde Cerezal Mezquita. El jurado destacó la forma en la cual este relato ha sido capaz de mostrar y dar a conocer la trayectoria vital de la emigración a Cuba, remarcando los aspectos familiares, laborales y de sociabilidad, con especial incidencia en los compromisos con la Colonia Zamorana de Cuba, centenaria asociación con sede en la capital habanera.

La calidad de los trabajos presentados obligó a otorgar un accésit al trabajo «Manuel Sastre: recuerdos y memorias», de Ramiro Cid Martínez. En su relato, escrito en primera persona, el autor reconstruye la historia de su bisabuelo a partir de las memorias juveniles escritas por aquel quien, con once años de edad, en 1898, tuvo que salir de Calzadilla de Tera hacia América. Las peripecias de este emigrante precoz, en un primer momento a Brasil y después a Buenos Aires, atravesando distintas etapas vitales hasta conseguir un importante éxito empresarial, fueron motivos suficientes para premiar este trabajo.

También se concedieron otras dos menciones honoríficas. La primera de ellas al relato titulado «Mis vivencias en la Colonia Zamorana de Cuba», obra presentada por Sergio Rabanillo Damera. En su trabajo presenta de forma precisa y minuciosa el testimonio de varias vidas vinculadas a la histórica Colonia Zamorana de Cuba, reflejando sus problemas y grandezas. La segunda de las menciones honoríficas fue concedida al trabajo titulado «Francisco Ferrero Guerrero, natural de Manganeses de la Polvorosa, emigrante a Buenos Aires», presentado por Felipe Ferrero Francia en colaboración con María Cecilia Ferrero. En este relato se plasma fielmente la dificultad de la vida de postguerra española, la emigración interior y las posibilidades que la Argentina peronista ofrecía para la inmigración de trabajadores españoles.

Siguiendo la tónica de los premios precedentes, en el proceso de edición de los relatos se ha procurado mantener el texto original y estilo de los autores, haciendo puntuales correcciones ortográficas y sintácticas para facilitar la correcta y fluida lec-

---

<sup>16</sup> Relato titulado «Afanos y reveses de un emprendedor zamorano».



tura de los textos. La presentación de estos se realiza siguiendo igualmente el criterio utilizado en anteriores convocatorias: en primer lugar, se colocan los relatos premiados para, a continuación, presentar el resto con una organización estrictamente alfabética.

Presentamos así este nuevo conjunto de relatos, tan expresivos como los reunidos hasta la fecha, que han querido compartir aquellos coterráneos, descendientes y allegados que sienten y viven Zamora a pesar de la distancia. A todos ellos, de nuevo, gracias por compartir sus experiencias y sumarlas a un patrimonio inmaterial y colectivo de extraordinario valor.

# FAMILIA CEREZAL-MEZQUITA, UNA HISTORIA

(Primer premio)

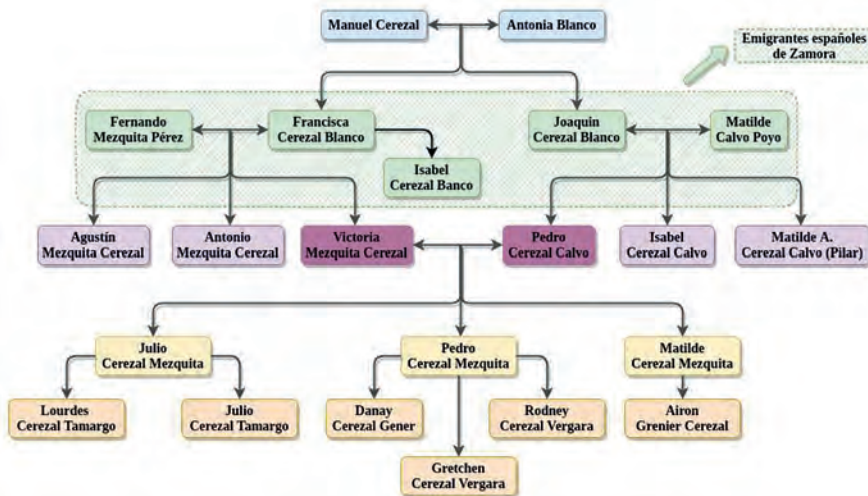
Matilde Cerezal Mezquita  
(Cuba)

El presente documento constituye un relato autobiográfico del surgimiento y desarrollo de mi familia, a partir de la emigración de mis abuelos Zamoranos a Cuba. Para la conformación del texto realicé una recopilación de documentos y fotografías guardadas, testimonios de familiares, así como las memorias y recuerdos que poseo. Con este trabajo trato de honrar a mi familia y dejar un testimonio para las futuras generaciones que la conformen. Mostrar nuestras raíces castellanas y como desde sus inicios, hemos formado parte de la Colonia Zamorana existente en el país.

## FAMILIA CEREZAL MEZQUITA

La familia Cerezal Mezquita es una familia que surge a partir de la Emigración por motivos económicos desde Zamora (España) a Cuba, durante las primeras décadas del siglo xx.

La peculiaridad que caracterizó a esta familia fue fundarse dentro de la propia familia. En el árbol genealógico que se muestra a continuación se puede observar



Árbol genealógico de la Familia Cerezal Mezquita. Todos los nombres que aparecen dentro del cuadro verde fueron ciudadanos españoles nacidos en Zamora que emigraron a Cuba.



Acta de nacimiento de mi abuelo paterno.



Acta de matrimonio de mis abuelos paternos Joaquín Cerezal y Matilde Calvo.

que mis padres, Pedro Cerezal Calvo y Victoria Mezquita Cerezal, fueron primos hermanos, es decir la mamá de mi mamá fue hermana del papá de mi papá.

Mi abuelo paterno, Joaquín Cerezal Blanco, natural de San Vitero y mi abuela paterna, Matilde Calvo Poyo, natural de San Juan del Rebollar, Zamora (España), emigraron a Cuba durante la primera década del siglo xx, asentándose en un pueblito de la actual provincia de Villa Clara llamado General Carrillo, allí nacieron sus tres hijos: Isabel, Pedro (mi padre) y Matilde Antonia.

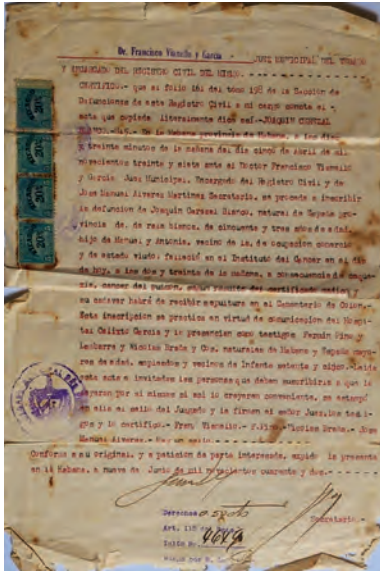
Mi abuelo, hombre de escasos recursos, puso una humilde fonda donde le dio de comer a los residentes del lugar y a obreros que, por aquel entonces, trabajaban en el



Mi abuelo paterno Joaquín Cerezal Blanco con sus hijos Isabel y Pedro.



Mi abuela paterna Matilde Calvo Poyo con sus hijos Isabel y Pedro.



Certificado de defunción de mi abuelo paterno.

mantenimiento de las líneas férreas del Sector. La humilde fonda era parte de la casa donde vivían mis abuelos paternos. En la pequeña tierra que rodeaban la casa se criaban los animales que servían para elaborar la comida que se ofertaba en dicha fonda. La comida era netamente de tipo española: se cocinaba el cocido, las sopas, el bacalao, guisos, la ternera, etc. Mi padre me contaba que ayudaba a su padre en estas labores, así como a producir las morcillas, chorizos y jamones que consumían.

Mi abuela paterna, además de encargarse de las labores domésticas y del cuidado de sus hijos, apoyaba a mi abuelo con el trabajo de la fonda. Ella falleció a muy temprana edad. Mi abuelo, por su parte, enfermó de cáncer pulmonar y falleció en La Habana en el año 1937.

Mi padre Pedro Cerezal Calvo, solo pudo estudiar hasta el sexto grado y comenzó a trabajar desde muy temprana edad, 15 años como despalador de tabaco en el pueblo de General Carrillo.

Mi abuela materna, Francisca Cerezal Blanco, nació el 9 de marzo de 1886. Natural de San Vitero, Zamora (España) emigró a Cuba en el año 1922, desembarcando del Vapor Valbanera como pasajera en el puerto de La Habana. Consigo trajo a su hija de 8 años, Isabel Cerezal Blanco, mi tía, nacida el 2 de noviembre de 1914 y originaria también de San Vitero.

Francisca, mujer de escasos recursos, soltera y teniendo una hija pequeña, solo pudo trabajar haciendo labores domésticas. Conoce a Fernando Mezquita Pérez, natural de Losilla del Alba, también de la provincia de Zamora (España), uniéndose a él en concubinato. De esa unión nacieron mi madre Victoria Mezquita Cerezal, en el año 1926, mi tío Antonio Mezquita Cerezal, en el año 1928, y mi otro tío Agustín Mezquita Cerezal, en el año 1929.

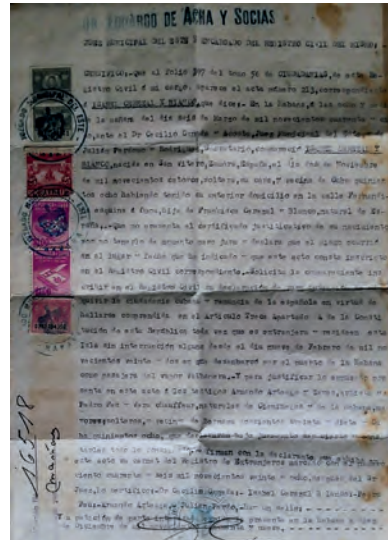


Carnet de la asociación de escogedores de tabaco en rama.



Certificado que demuestra el origen español de mi abuela materna Francisca Cerezal Blanco.

Solicitud de inscripción en el Registro Civil de Isabel Cerezal Blanco (mi tía) donde se puede leer su origen y que desembarco con mi abuela del vapor "Valbanera" a los 8 años.



Mi abuelo Fernando era codueño de una fonda situada en la calle Cuba esquina a Lamparilla, Habana Vieja. Allí mi abuelo era el cocinero. Mi abuela era ama de casa y ayudaba a mi abuelo en la fonda cuando era necesario.

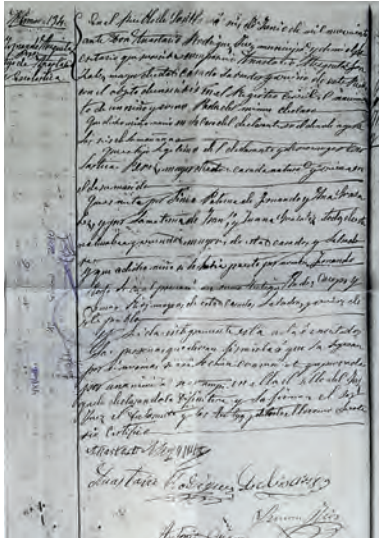
Mi tía solo pudo estudiar hasta el segundo grado de primaria, ya que tuvo que buscar trabajo para ayudar a mi abuela en los gastos de la casa. Por ser la mayor de edad también colaboraba en el cuidado de sus hermanos. Fue corista del teatro Alhambra durante la década del 30 del siglo pasado. En el libro titulado «La vida de un comediante», escrito en 1981 por Enrique Arredondo (actor cubano de teatro vernáculo y costumbrista), se describe el historial del teatro popular cubano y, en él, se nombra a mi tía formando parte de la compañía del teatro Alhambra, así como las amarguras y sinsabores que les tocó vivir en aquella época.

Además del trabajo en el teatro, también cosía la ropa para las presentaciones de



las puestas en escenas de las obras exhibidas. Estando mi tía trabajando en el teatro conoce a quien fue su esposo, Pedro Feu Vera, el cual trabajaba como apuntador del teatro. La naturaleza no les permitió tener

Mis abuelos maternos Fernando Mezquita y Francisca Cerezal, con sus hijos Isabel Cerezal (arriba), Victoria Mezquita (abajo), Antonio Mezquita (izquierda) y Agustín Mezquita (derecha).



Certificado de nacimiento de mi abuelo materno Fernando Mezquita.



Mi abuelo materno Fernando Mezquita.

hijos, pero mi tía cuidó a todos sus hermanos como tal, así como a sus sobrinos. Su esposo, una vez casados, no quiso que ella siguiera trabajando en el teatro como corista. Por aquella época dicha profesión no era bien vista para una mujer casada. Mi tía continuó con su trabajo de costurera, tanto para el teatro como para otros clientes en su casa.

Mi abuelo Fernando se hizo socio de la Colonia Zamorana en el año 1929 y fungió como vocal de la misma desde el año 1933 hasta el 1953. En la primera etapa de la Colonia Zamorana la totalidad de sus miembros eran hombres y las mujeres no formaban parte de la misma como socias de número, pero si participaban como esposas



Mi tía, Isabel Cerezal Blanco.



Mi tía, Isabel Cerezal Blanco con su esposo Pedro Feu Vera.



Documento de aprobación de la extensión de la tarjeta de residente de mi tía Isabel Cerezal Blanco.



Foto del casamiento de mis padres.

de los asociados en las actividades que se realizaban. Existía aparte un comité de damas. Mi abuela materna perteneció a dicho comité. La misma se integró como socia a la Colonia Zamorana en el año 1945. Mi tía también se hizo socia en el año 1946.

Al fallecimiento de mi abuelo paterno, Joaquín, en el año 1937, mi abuela materna, Francisca, hermana del fallecido, decide traer a su sobrino (mi padre), al quedar este huérfano de padre y madre. Mi padre, de 16 años de edad, al llegar a La Habana



Antigas y Compañía, situada en la calle Obispo y Mercaderes, Habana Vieja, en la foto mi padre es el que está más a la derecha.

empieza a trabajar en una cafetería, y ahí mismo dormía en un cuartucho que existía en los altos. Al tiempo comienza a trabajar en la fonda de mi abuelo materno como mesero. En ese mismo local, en la parte de arriba, había un cuarto donde vivía.

Al llegar mi papá a La Habana fue que conoció a mi mamá, su prima. Se enamoraron y se casaron el 5 de diciembre del año 1945. En ese momento mi padre trabajaba en «Antigas y Compañía», una empresa privada que radicaba en la calle obispo y mercaderes, donde hoy se encuentra el hotel Ambos Mundos. Esa empresa se encargaba de vender productos químicos y efectos de laboratorios. Allí mi padre comenzó limpiando y organizando vitrinas, después pasó al almacén y al tiempo auxiliar de despacho y vendedor.

La Colonia Zamorana, por aquella época, realizaba actividades recreativas con el fin de mantener la identidad y cohesionar la comunidad de origen Castellano. Se puede observar en las siguientes fotos la participación de mi familia en dichas actividades.



Mi abuela Francisca al centro participando en una actividad en los jardines de la Cervecería Hatuey en el año 1944. A la izquierda sentado está mi padre, al lado mi madre y mi tía.

Actividad de “Un Día en Castilla” realizada en los Jardines de la Tropical en el año 1944. Mi madre a la izquierda y mi abuelo Fernando entre las muchachas con trajes típicos.



Actividad de “Un Día en Castilla” realizada en los Jardines de la Tropical en el año 1945. A la izquierda mi tía, detrás mi madre, mi abuelo y mi abuela.





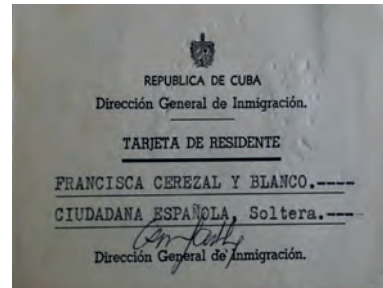


Carnet de socio del Centro Castellano de mi padre Pedro Cereza Calvo.

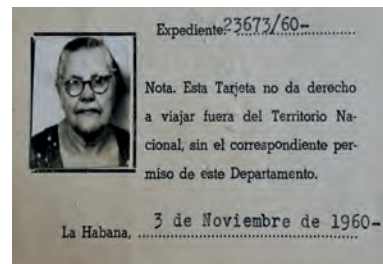
Mi abuela materna desde la mayoría de edad padecía de diabetes y se atendía dicha enfermedad en la Quinta Castellana. Le gustaba mucho comer dulces caseros que hacía mi madre y esto le estaba restringido por su enfermedad. Como dato jocoso, mi abuela ya una adulta mayor, robaba los dulces del refrigerador y a escondidas los comía, mi madre tenía que vigilarla.

Producto de ser dirigente sindical, mi padre tiene problemas y es despedido de «Antigas y Compañía». Poco tiempo después, en el año 1953, un familiar del dueño,

Mi abuela Francisca Cereza Blanco en la Quinta Castellana acompañada por una enfermera y detrás mi madre.



Tarjeta de residente de mi abuela Francisca Cereza, anverso y reverso.



llamado Luis Ernesto, funda una compañía similar y llama a mi padre para que trabaje con él. Mi padre le ayuda a poner el nombre de la nueva compañía. Se le ocurre unir la primera letra de los dos nombres de Luis Ernesto, más las cuatro primeras letras del apellido, y así surge «Comercial Leanti S.A». Allí mi papá laboró como dependiente y responsable de almacén.

En el año 1955 falleció mi abuelo materno, Fernando Mezquita Pérez, producto de una cirrosis hepática producida por la exposición durante tanto tiempo al calor de los fogones de carbón en la fonda.

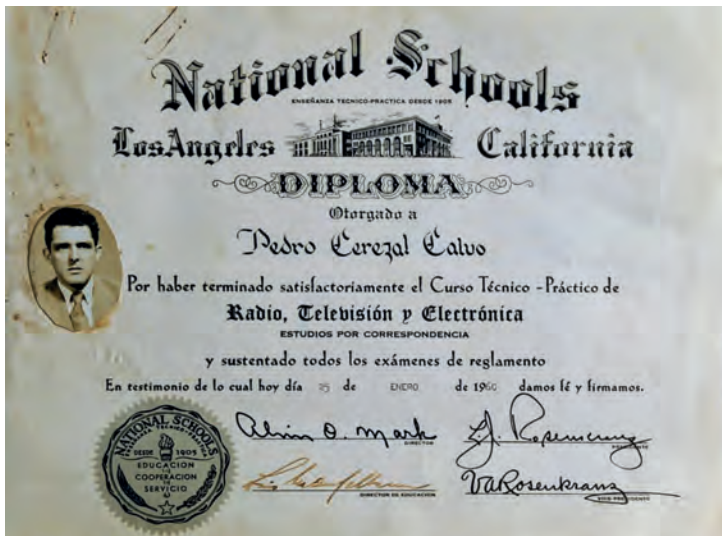
En el año 1958 mi padre se hizo socio de la Colonia Zamorana y fungió como vocal suplente desde el año 1960 hasta el 1981. Mi padre, autodidactamente, pasó un curso por correspondencia de técnico práctico de radio, televisión y electrónica que daba la «National Schools» de Estados Unidos, y además de su trabajo ejerció de forma independiente este oficio en su casa.

En el año 1966 falleció mi abuela materna producto de un infarto a partir de una operación por fractura de cadera.

Mi tía Isabel siempre mantuvo una amistad grande con artistas de su época,



Carnet Laboral de mi padre, Pedro Cerezal Calvo.



Título de la National Schools.

en especial con la familia de Raquel Revuelta (gran actriz cubana de teatro, televisión y cine). Es por ello que, al tiempo de fallecer su esposo, comenzó a participar como extra en algunas películas realizadas por el Instituto Cubano de Arte e Industrias Cinematográficas (ICAIC), tales como «La muerte de un burócrata», «Las doce sillas», «Los pájaros tirándole a la escopeta», etc.

Al triunfo de la Revolución, después de la nacionalización de la empresa donde laboraba mi padre, y por su experiencia adquirida en Comercial Leanti S. A., comenzó a trabajar en la empresa ENSUME (Empresa Nacional de Suministros Médicos), adscrita al Ministerio de Salud Pública, como jefe de distribución nacional de equipos de laboratorio. Más tarde se trasladó para la empresa MEDICUBA como asesor nacional de equipos médicos, cargo que desempeñó hasta su jubilación.

En el año 1975, siendo yo muy joven, fallece mi madre tras sufrir una larga, penosa y triste enfermedad, cáncer de mama. A partir de ese momento mi tía, que siempre estuvo a nuestro lado, pasa a ser la madre que perdimos. Ella falleció en el año 1991 tras padecer cáncer bucal.

Cada uno de mis hermanos y yo, a partir de las enseñanzas recibidas y por el apoyo de nuestros padres, y en mi caso de mi tía, obtuvimos una carrera universitaria y creamos nuestra propia familia, como se observa en el árbol genealógico que da inicio a este relato.

Mi hermano Julio Cerezal Mezquita participó como brigadista en la Campaña Nacional de Alfabetización en el año 1961 y estudió ingeniería mecánica en construcción de maquinaria en el Instituto Superior Politécnico «José Antonio Echevarría» (ISPJAE) entre 1970 y 1976. En 1967 comenzó a trabajar como profesor en el Ministerio de Educación y en el año 1980 pasó a trabajar como investigador en el Instituto Central de Ciencias Pedagógicas, donde obtuvo el título de Máster en Investigación Educativa en el año 1995 y, en el año 2000, el título de Doctor en Ciencias Pedagógicas. Se mantuvo trabajando en ese instituto hasta el año 2013 en que se acoge a la jubilación. Actualmente es miembro de honor del Tribunal Nacional de Doctorado en Ciencias Pedagógicas.

Mi hermano Pedro Cerezal Mezquita estudió ingeniería química (mención bioquímica) en el Instituto Superior Politécnico «José Antonio Echevarría» (ISPJAE) entre los años 1970 y 1977. Años más tarde obtuvo el título de Doctor en Ciencias Técnicas (mención alimentos) en el Instituto de Investigaciones para la Industria Alimenticia (IIIA) en La Habana. Actualmente está jubilado.

Yo, Matilde Cerezal Mezquita, estudié en la Universidad de La Habana y me gradué de Licenciatura en Cibernética Matemática en el año 1981. En el año 2003 obtuve el título de Master Ejecutivo en Gestión de las Comunicaciones y Tecnologías

de la Información, otorgado por la Escuela de Negocios EOI de Madrid, España. Actualmente estoy jubilada.

Mis hermanos y yo nos asociamos a la Colonia Zamorana desde el año 1995 y en estos momentos somos socios mi hermano Julio, mi hijo y yo. Mi hermano Pedro desde el año 1998 emigró a Chile. En la actualidad yo formo parte de la directiva. Mi familia siempre se ha mantenido participando en las actividades que se realizan en la Colonia.

En el año 2010 mi padre obtiene la ciudadanía española por recuperación en el Consulado General de España en La Habana, y mi hermano Julio en el año 2016 por la



Premio a la Perseverancia otorgado a mi padre Pedro Cerezal Calvo.

Ley de la Memoria Histórica. Mi padre fallece en el año 2019, con 98 años de edad. Era considerado uno de los socios más longevos de la Colonia Zamorana y por tal motivo le otorgaron el Premio a la Perseverancia. Los restos de mis abuelos maternos, mi tía y mis padres descansan en el panteón que posee La Colonia Zamorana de Cuba en el Cementerio de Colón.

Como se puede observar en este relato autobiográfico realizado de mi familia, ni mis abuelos y mi tía, emigrantes españoles, ni mis padres, tuvieron un nivel académico alto, pero siempre se ocuparon de que no olvidáramos nuestras raíces ni la cultura de nuestros ancestros. Mis padres nos inculcaron valores y la necesidad de una formación profesional para nuestro futuro, así como la importancia de la familia como grupo social primario.



Mi padre, Pedro Cerezal Calvo, con sus 3 hijos.



# MANUEL SASTRE: RECUERDOS Y MEMORIAS

(1887-1974)

(Accésit)

Ramiro Cid Martínez  
(Argentina)

Parte de la historia de un chaval de solo once años que, con tenacidad, trabajo y honradez supo triunfar en la vida.

## INTRODUCCIÓN

Esta es la historia de mi bisabuelo, Manuel Sastre, quien probablemente pocos años antes de irse de esta tierra nos dejó un manuscrito de sus aventuras y devenires, desde los 11 a los 17 años.

Cuando mi tío abuelo, su hijo Felipe Sastre, encontró el manuscrito de su papá, que había fallecido días atrás, sólo pasaron unos meses en que se transcribiera en la hermosa letra de mi abuela y se hiciera circular por los hijos y nietos que nunca habíamos escuchado su sorprendente historia. ¡Qué inspiración! ¡Qué valor! ¡Qué tenacidad! ¡Qué amor! ¡Cuánto agradecimiento a las personas y al pueblo español! Qué ejemplo de alegría, bondad, entrega, empeño, progreso, tenacidad y mucho trabajo.

En el año 1900 la sequía y la hambruna llevaron al alcalde del pueblo de Calzadilla de Tera (Zamora), su padre, Felipe Sastre, a salir en busca de nuevos horizontes por su gente, por la esperanza de tener algo mejor ya que estaban pasando muchas necesidades.

Esta historia tienes varias anécdotas, la salida de España, las peripecias en Brasil y la llegada a Argentina. Sus relatos están llenos de aventuras, algunas tristes, otras inocentes y hasta cómicas. Siempre agradeciendo a su paso lo que buenas personas le han brindado con tanto cariño. Dando y observando, aprendiendo en cada oportunidad, sabiendo sopesar lo amargo y buscando progresar usando las puertas que le va abriendo la vida. Es una transmisión de la enseñanza y cultura de aquella época, legado de nuestros antepasados que se abrieron camino con sólo las ganas y la buena voluntad. Esos valores claros, concretos y sencillos de aquel pueblo español. A veces, de enseñanza dura, aunque directa y clara, sin rodeos, pero con bondad y siempre sincera.

Era costumbre y necesidad en esos pueblos de labradores que mujeres y chicos todos trabajaran para poder ir viviendo, ya que todo tiene que producirlo la tierra... Hasta el año 1896 en casa de mi padre no sobraba nada, pero tampoco faltaba ...

Los que hemos tenido algún pariente, primo, hermano, padre, abuelo que ha tenido que buscar nuevos mundos, por nuevas esperanzas, sentimos esa añoranza, entendemos un poco el sufrimiento y la soledad que han tenido que pasar para abrirse camino hacia un mundo mejor.

Historias como esta, que sus hijos nunca llegaron a conocer hasta que encontraron el manuscrito perdido de su padre ya fallecido, reflejan lo que muchos, que venimos de pueblos de emigrantes, hemos escuchado de viva voz, como leyendas contadas en comidas los domingos, o en recuerdos fragmentados, las hazañas heroicas de nuestros abuelos que se forjaron su propio futuro. O historias como la de mi abuelo materno, que viajó sólo a la Argentina dejando atrás a sus hermanos y padres para no volverlos a ver nunca más en su vida. Hombres de honor, que han estudiado, trabajado honestamente y se han esforzado por poder brindar prosperidad a sus familias y a su pueblo. Ejemplo de cuán lejos se puede llegar con trabajo, esfuerzo, empeño y también, por qué no, ambición, siendo una inspiración para muchos.

Aunque en la historia no se menciona, porque llega hasta la edad de 17 años, mi bisabuelo a sus cuarenta años, luego de varios intentos y varios fracasos, hizo fortuna con una casa de zapatos, llamada Tonsa, muy conocida en la época.

Les agradezco el tiempo invertido en leer estas palabras y espero haya podido transmitir algo de la maravillosa historia, que ya mi mente imaginó, sintió, olió y palpó en todo su relato, con esos hermosos paisajes, ciudades y curiosos personajes... Gracias.

Me siento honrado y orgulloso de haber tenido estos abuelos y bisabuelos y ojalá algún día pueda hacer parte de lo que ellos han logrado con tanto amor.

## PARTE I: ESPAÑA

### *De las costumbres del pueblo, la economía del hogar, y su padre como Alcalde de Calzadilla de Tera*

Era costumbre y necesidad en esos pueblos de labradores que mujeres y chicos todos trabajaran para poder ir viviendo, ya que todo tiene que producirlo la tierra. Toda ayuda es muy necesaria. Unos cuidando la hacienda, que por lo regular la constituye una o dos yuntas de vacunos, veinte a treinta ovejas, un burrito y dos o tres cerdos de los que se saca la mayor parte de la comida para la familia de toda la casa, como las mantecas para cocinar el tocino, los jamones, los chorizos, los huesos y patas para el cocido de patatas y garbanzos, tan generalizado por esas tierras de Castilla. Los productos de huertos son bastante abundantes, como las patatas, frijoles, repollo, lechuga,

pimientos, tomates, habas, garbanzos y arvejas. También se cosechaba trigo, centeno y cebada. Para los gastos de la casa se crían gallinas y no faltaban huevos ni pollos, pero la escasez de dinero era tan grande que muchas veces había que venderlos para tener alguna peseta para los gastos corrientes de la familia y pagar contribuciones, pues con eso y la venta de algún ternero era con lo único que se podía contar. También cosechábamos uva para vino, lo suficiente para los gastos de la casa y algo para vender, pero era tan barato que, si algún vecino pedía un vaso de agua, se le ofrecía vino ya que el agua había que traerla de la fuente o del caño de riego, que no era menos.

Hasta el año 1896 en casa de mi padre no sobraba nada, pero la pasábamos bastante bien, pues aparte de la labranza vendía algo de vino, bacalao y algunas baratijas propias del pueblo, y también teníamos la venta de tabaco. Además, acopiábamos frutos del país en los meses de cosecha, como lino, habas, garbanzos, por cuenta de comerciantes de Benavente. A tal efecto, le entregaban dinero a mi padre para ir dando señas por los productos que compraba. El saldo lo pagaban los interesados al retirar las mercaderías. A mi padre le daban una comisión por esos trabajos. Con eso y la venta de tabaco siempre teníamos alguna peseta disponible. Eso lo sabían los vecinos que en caso de apuro concurrían a mi padre para que les prestase alguna peseta o alguna fanega de trigo, que por lo regular pagaban enseguida que levantaban la cosecha. Les cargaba el 6% anual de interés, pues cobrarles decía que era condenarse, y mi padre era muy devoto y muy cristiano y no quería que Dios lo castigase. Si eran muy pobres no les cobraba intereses, y en muchas ocasiones tampoco les aceptaba que devolviesen el trigo. Los domingos pedía dentro de la Iglesia para las ánimas benditas o para cualquier otro santo, lo que hacía con mucho gusto y gran devoción.

Así ha sido alcalde de Calzadilla de Tera por más de diez años y, cuando no, el Consejero obligado de los demás gobernantes. Nada se hacía sin consultarlo con él. Estaba la Casa Municipal, que también servía de Juzgado, pero les resultaba más cómodo reunirse en casa. Y así lo hacían, porque después de tratar los asuntos del pueblo, que no eran muchos, quedaba siempre tiempo para comer unos chorizos, unas fetas de jamón y unas rebanadas de pan que remojaban con buen vino que mi padre convidaba con mucho gusto. De esa forma defendían los intereses del pueblo sin mayores gastos, pues los únicos que cobraban eran el secretario y el aguacil.

Mi madre no quería que siguiera siendo alcalde, ya que eso suponía gastos y malquistarse con algún vecino que le hubiesen puesto alguna multa por haber trasgredido alguna disposición del Municipal, y mi padre en eso no transigía. Decía que si no cumplían con las ordenanzas tenían que pagar la multa, y no había apelación posible. Recuerdo que a mi abuela le encontraron un burrito que tenía pastando en terrenos vedados. El guardián del pueblo lo llevó al Cónsul del Consejo donde se llevaban todos los animales en infracción. Le correspondía una multa de tres pesetas. El guardián le



consultó a mi padre como alcalde, y el que aplicaba las multas le preguntó qué debía hacer en ese caso, a lo que le contestó que cobre las tres pesetas o no devuelva el burro. Mi abuela vino a casa hecha una furia pues creía que por ser madre del alcalde no debía pagar. Pues tuvo que hacerlo para que no le remataran el burro. Mi padre entendía que la ley debe ser igual para todos. Todos no lo entendían así y por eso había algunos disgustados, pero cuando terminaba el período lo reelegían de nuevo y, aunque no quería, lo convencían que siguiera un período más. Así hasta que lo cansaron. Pero después de dejar de ser alcalde igualmente tenía que seguir actuando ya que nada se hacía en el pueblo sin consultarlo. Y claro está, eso también le daba satisfacciones.

Nuestra casa, sin ser la mejor del pueblo, era muy confortable y tenía un prestigio muy bueno y muy bien ganado, pues a mi abuelita materna la querían mucho y la llamaban la madre de los pobres. Era muy feliz si podía ayudar a sus vecinas y las de otros pueblos necesitados. También los recorría y había siempre en su mesa un pedazo de pan, un plato de sopa, un pedazo de tocino y techo donde dormir para el que lo necesitase, y mi padre compartía con ella esos sentimientos.

### *Anécdota de la odisea para buscar medicina a su madre, del miedo al bosque y de la responsabilidad de un hijo*

Yo, como el mayor de los hijos, cuando se ausentaba mi padre del pueblo me encargaba de cuidar la hacienda y ayudar a mi madre a cuidar a los hermanos menores, que eran cuatro. Yo tenía por entonces apenas nueve años y me sentía hombre responsable por la confianza que mi padre depositaba en mí.

En una de estas ausencias de mi padre, me mandó mi madre a un pueblo vecino para llevar al secretario del pueblo unas cajetillas de tabaco. Cuando volví encontré en casa a unas vecinas que estaban atendiendo a mi madre, que se hallaba indispuesta, y ya habían mandado llamar al médico que vivía en Pumarejo<sup>1</sup>, un pueblo vecino al nuestro. Mi madre se quejaba bastante. Le habían dado algún té casero, pero seguía mal y el médico no llegaba. Por fin llegó cuando era bastante tarde. La revisó, le recetó una bebida, sellos, algo así como Cafiaspirina, y un ungüento para que le dieran unas frotaciones. También una bebida, de la cual debía tomar una cucharada cada dos horas, prometiendo volver a la mañana siguiente. A mí me dieron las recetas y un pequeño cesto para meter los medicamentos que debía traer de la farmacia, distante dos leguas largas del pueblo. Así es que monté en mi burrito apurando lo más que podía. Llegué cuando ya estaba oscureciendo. Me entregaron los medicamentos que el farmacéutico me ayudó a colocar en el cesto y esto dentro de las alforjas y salí apurando a la burrita, una por llegar pronto y otra porque había que pasar por un bosque, unos doscientos

---

<sup>1</sup> Se refiere a Pumarejo de Tera, que está a 4,7 km.

metros, y yo tenía miedo de pasarlo de noche por allí encontrarme con algún asaltante o con el lobo. Así es que en cuanto empezaba a pasar el bosque, apuraba a la burrita y cerraba los ojos hasta verme libre. Había pasado muchas veces por ese camino, pero el miedo era siempre más fuerte que yo. Se contaba en el pueblo que en ese lugar habían asaltado y matado a una persona. Cuando ya estaba próximo a llegar paré para tomar agua y aproveché para ver el cesto que llevaba en las alforjas con los medicamentos. Cuál no sería mi sorpresa al ver que el frasco que llevaba la bebida para tomar por cucharadas se había destapado y volcado casi totalmente su contenido. Sin saber qué hacer me puse a llorar desesperadamente. Por un lado, mi madre estaba mal, precisaba la medicina y, por otro lado, la única solución era volver a la farmacia. Eso suponía pasarse la noche en viaje y volver a cruzar el monte de nuevo, y yo tenía tanto miedo.

Estuve un rato esperando por si pasaba algún hombre del pueblo para poder contarle lo que me pasaba. Todo en vano, no pasaba nadie. Volví a mirar el frasco del remedio y vi que en el fondo quedaba un poco y tenía un color bastante fuerte. No lo pensé más, lo llené de agua, lo agité bastante y quedó con un color lechoso, sin gusto a nada, pero muy agradable de tomar, y me fui para casa adonde encontré a mi madre al cuidado de una vecina que apresuradamente le dio la primera cucharada del medicamento y las frotaciones. Esa noche no podía dormir pensando en el agua del frasco, pero dándole religiosamente cada dos horas una cucharada, cuando llegó el médico a la mañana siguiente la encontró muy mejorada. Mi madre que decía que nunca había tomado una medicina tan buena y tan agradable. En uno de mis viajes a España le conté a mi madre lo que había hecho y en casa todos han festejado mi ocurrencia, pero yo había pasado muy mala noche.

*La guerra de Cuba, y en general la miseria en España, hacen pensar en viajar a América para conseguir pagar las deudas del pueblo*

Allá por los años 1886 al 1898 se estaban pasando unos años de muchísima miseria en España, algo por la guerra de Cuba y mucho por la falta de lluvias, hecho que ocasionaba que se perdieran cosechas tras cosechas. En pueblos como los nuestros, que no tienen otras entradas, se hacía muy difícil seguir viviendo en esa forma.

El vino era un renglón que ayudaba a seguir viviendo, pero fuera por la sequía, que ya duraba tres años, o porque así tienen que pasar las cosas, lo cierto es que llegó una enfermedad en las plantas llamada filoxera, la cual arrasó con todo en muy poco tiempo. Fue necesario plantarlas de nuevo con sarmientos americanos a los cuales no les atacaba ese mal. Pero había que esperar cuatro o cinco años para empezar a cosechar de nuevo, con los gastos consiguientes y los recursos cada vez menores.

Los vecinos de nuestros pueblos recurrieron a pedir dinero prestado y a hipotecar fincas para ir viviendo, pero la situación no mejoraba y los intereses se comían todo.

Mi padre, que en gloria esté, no pudo sustraerse a pedir prestado, eso que el pueblo nos consideraba como gente rica. Mi padre, para ganar unas pesetas más con que hacer frente a las necesidades de la casa, compraba lino y cualquier cereal que se pudiera adquirir en la región. Vendíamos vino, teníamos estanco de tabaco, aparte de labrar las tierras y cuidar nuestras vacas y ovejas. Igual a los demás vecinos, toda gente muy buena y honrada que compraban a pagar cuando levantaran la cosecha, pero esta era mala y poca, y había que pagar los intereses de las hipotecas. Como para todo no alcanzaba, y por ser mi padre como era del pueblo y amigo de todos, le pagaban tarde y mal, como se dice vulgarmente. Así que nuestra situación de regular se había puesto mala. El trabajo de la tierra pesaba, no había pastos, la hacienda no se podía mantener y venderla resultaba un problema, porque es con lo que se contaba. Todos iban a pedir confiados en que el año siguiente podrían pagar, pero así siguieron tres años, uno peor que el otro, y mi padre cuando quiso acordar era tarde, pues nadie le podía devolver lo que le había prestado. No podían y cada vez se hacía más difícil la vida. Estaban liquidando la hacienda por falta de pastos, un verdadero desastre. Había quien pasaba hambre. Mi padre quiso tentar otro año más y pidió un préstamo de dos mil pesetas. Con ello se compraba trigo, se mandaba al molino y con la harina se hacían en casa panes de ocho libras que se les daban a los más necesitados en espera de mayor suerte, pero la situación no mejoraba y los prestamistas querían cobrar. Mi padre, que no estaba acostumbrado a deber, tuvo que pedir una espera de dos años para el pago de las dos mil pesetas, esperando poder cumplir, y mientras tener que pagar intereses altos, al tiempo que aquellos que le debían no pagaban ni los intereses, no porque fueran malos pagadores, sino porque no podían.

La situación que, en general era mala, a mi padre le parecía peor, por cuanto no estaba acostumbrado a deber, pues a la sazón debía seis mil reales y, aunque a él también le debían, debido a la situación que se estaba pasando en el pueblo no podía exigir que le pagaran. Así es que allá por el año 1898 llegó al pueblo un vecino que venía del Brasil que traía algún dinero, que según él allí podría ganarse con facilidad y, por otra parte, el gobierno del Brasil llevaba inmigrantes pagando por su cuenta los pasajes y procurándoles trabajo. Claro está que esta noticia cayó en el pueblo como una bomba y enseguida se habló de ir al Brasil, pensando que así podrían pagar las deudas y, a lo mejor, hacerse ricos. Se contaban muchas fábulas. Ante esa perspectiva pensó que podíamos vender las fincas que habíamos dado en garantía del préstamo de dos mil pesetas y, junto con alrededor de veinte personas, entre ellas estaba mi padre y yo, no lo pensamos más, arreglamos los papeles y salimos para Vigo. Los gastos hasta Vigo costaban alrededor de cinco duros, veinticinco pesetas por persona, y fue toda una tragedia conseguir para todos, pues como ya he dicho la situación era mala.

*En 1898 salen ilusionados de Calzadilla de Tera para el Puerto de Vigo, rumbo al nuevo mundo*

Salimos del pueblo en el mes de mayo con poco más que lo puesto y una manta. Parecía que íbamos para el otro mundo. Nunca del pueblo había salido tanta gente junta, así es que el pueblo en pleno nos daba la despedida. El pueblo entero, y en procesión con las autoridades y el señor cura a la cabeza, fueron hasta la orilla del río que queda a un kilómetro del pueblo a despedirnos, a echarnos la bendición el señor cura y los demás a desearnos buena suerte. Como en esos tiempos salía muy poca gente de esos pueblos las escenas de las despedidas no son para narrarlas y, como junto con nosotros iban varias mujeres, nuestras madres y esposas, no se cansaban de recomendarles que nos lavaran bien la ropa, que nos cuidaran y un sin fin de recomendaciones que las pobres no pudieron cumplir, como es natural, al llegar a Brasil. Era una triste despedida de llantos y abrazos muy difícil de olvidar. Al otro lado del río esperaba también mucha gente, amigos y parientes para despedirnos y desearnos suerte, que mucha falta nos hacía. Cada uno se colocó como pudo.

Después de salir del pueblo nos encaminamos, para evitar gastos, a pie hasta la primera estación de ferrocarril llamada La Bañeza, que distaba ocho leguas del pueblo<sup>2</sup>, cosa que pudimos hacer cómodamente en dos días y medio. Aunque largo el trayecto, en cierto modo resultaba agradable. En todos los pueblos por los que pasábamos, y en el que tuvimos que hacer noche, el alcalde nos repartió uno o dos en cada casa, proporcionándonos alimentos, sin que eso nos costara nada, y buscando por todos los medios que, al irnos a tierras extrañas, lleváramos un grato recuerdo de nuestros paisanos. Todos con mucho cariño nos daban casa, comida y nos colmaban de atenciones. Son cosas que no se olvidan nunca, muy propias del pueblo español. Recuerdo con mucha gratitud todas esas muestras de cariño y desinterés que nos dieron en el momento que tanto lo necesitábamos. A todos mil gracias y mi eterno agradecimiento para tan buena gente, y que Dios premie tanta bondad. En fin, ya estábamos en el tren que había de conducirnos a Vigo, no sin antes cambiar de tren en Astorga, tierra de maragatos y de los famosos mantecados, después de una larga espera (había que esperar dos horas para tomar las combinaciones, cosa que resultaba muy molesta). Fue toda una novedad, pues nunca habíamos viajado en ferrocarril. Seguimos de Astorga hacia Ponferrada, el Bierzo, luego Galicia, paisajes inenarrables, muchísimos túneles, ríos costeano la vía, toda una maravilla... pero como todo llega, también nosotros llegamos a Vigo. Un hermoso puerto de mar, el que llegamos a conocer ampliamente.

---

<sup>2</sup> Originalmente estaba escrito «La Bañera», pero se supone que la estación de tren que se menciona es «La Bañeza», que coincide aproximadamente con las 8 leguas, aproximadamente 44 km del pueblo de Calzadilla de Tera (N.A.)

*El alojamiento en el puerto de Vigo y las labores de las mujeres y hombres, decisiones difíciles*

Tratamos de alojarnos lo mejor y más barato que pudimos. Nos alojamos en una fonda donde teníamos que pagar por casa y comida seis reales por persona y por día. Siendo barato, para nuestros pequeños recursos, era toda una fortuna. Al día siguiente tratamos de averiguar cuándo salía el vapor transportando emigrantes para Brasil, pero nadie sabía nada. Enseguida nos pusimos en campaña para poder embarcar, pero pronto tuvimos que sufrir un desengaño, pues el último vapor había salido hacía pocos días para Brasil y no tenían noticias de cuándo vendría otro. Las compañías, que lo habían hecho por cuenta del Gobierno, habían recibido orden de suspender hasta nuevo aviso. Nos entrevistamos con el Cónsul de Brasil en Vigo y nos dijo que el Brasil recibía a todos los emigrantes que quisieran ir, pero que por el momento no pagaban más pasajes. Había ido tanta gente que estaban abarrotados los hoteles de emigrantes del gobierno y necesitaban ubicar esa gente antes de recibir más. Creían que sería cuestión de un mes. Mientras nos anotarían en los registros del Consulado y verificarían si la documentación estaba en regla.

Fue nuestra primera desilusión, ya que creíamos que embarcábamos enseguida de llegar, pero había que esperar, no había más remedio. Pagar el pasaje suponía un gasto de doscientas pesetas cada uno, y el que más tenía no alcanzaba a cincuenta, y algunos ni siquiera a diez. Así es que el capital apenas alcanzaba para ocho días de fonda. Volver al pueblo es en lo primero que se pensó dada la situación, pero por el amor propio de la mayoría, y de algunos que habían gastado todo lo que tenían, se acordó en esperar que llegara el vapor que, por cuenta del Gobierno de Brasil, debía conducirnos a ese país. Mientras los hombres tratarían de trabajar en lo que se presentase para ganar alguna peseta y hacer más llevadera la situación. Pero era muy difícil conseguir trabajo. Éramos gente de labranza y de paso y, claro está, no podíamos desempeñar ningún puesto ni en la pesca, ni en el comercio. Tampoco nadie quería perder tiempo en enseñarnos. Solamente conseguíamos alguna peseta llevando algún bulto o valija de los pasajeros cuando llegaban los trenes. En la aduana, en la descarga de vapores, era donde más trabajo conseguían los hombres, pero era muy poco para tanta necesidad. En vista de eso, conversamos con el dueño de la fonda. Los recursos se iban terminando, y como no encontrábamos en que trabajar, le pedimos que nos rebajara la pensión, señalando que las mujeres podían ayudar en la casa. A los hombres no podía cobrarles menos, recomendando a una señora que tenía una casa vieja, una sala grande desocupada y una habitación bastante amplia también.

Así es que, dada la escasez de recursos, no podíamos seguir en la pensión y alquilamos dos grandes habitaciones, una para las mujeres y otra para los hombres, por lo cual teníamos que pagar una perra grande por día y por persona, es decir, diez centavos

cada uno. El asunto habitacional estaba solucionado mediante el pago de dos pesetas por día y por adelantado, eso nos daba derecho a usar la cocina. Tratamos de conseguir algunos platos, útiles de cocina, etc. La mesa nos la facilitó la dueña de casa, así como seis sillas. Muchos comían parados o se turnaban. La cuestión era llenar el estómago y, felizmente, así lo hacíamos.

Preparamos colchones rellenos de viruta que resultaban frescos y cómodos, y sobre todo eran acordes a nuestros recursos. Durante el día los amontonábamos para tener espacio para comer, aunque los muebles no ocupaban gran cosa, pues se componían de algunos cajones que nos habíamos agenciado, pero éramos cerca de veinte personas. La comida se hacía en una pequeña cocina que a tal efecto nos había facilitado la dueña de la casa. Los colchones y ropa de cama la extendíamos en el suelo por la noche. Las mujeres en la habitación y los hombres en la sala. De día se amontonaban y servían de asientos, y así organizados y sin mayores necesidades económicas. Nuestra comida se componía de pescado y patatas, cosas ambas que abundaban en aquella época, y que nosotros pedíamos a los comerciantes, los cuales no ponían reparo en dar, ya fuera por pequeños servicios o simplemente por ayudarnos. Para las patatas y las verduras íbamos a las huertas, donde ayudábamos a trabajar y nos cobraban muy poco o nada.

Nos quedaba por resolver el asunto de la leña para la cocción. Era escasa y muy cara. Pronto nos orientamos a las afueras de la ciudad, a los bosques de pinos que abundaban mucho. Conseguimos algunas ramas secas y piñas. Con eso íbamos pasando sin hacer mayores mellas en nuestras finanzas. Nuestras entradas se reducían a algunas horas de trabajo que conseguían algunos hombres en la descarga de vapores en el puerto, y algunos mandados que hacíamos los más jóvenes.

Nos quedaba el pan, jabón, aceite y algunas cositas más, pero eso lo podíamos comprar, pues ya las entradas superaban a las salidas. La comida la preparaban las mujeres que nos acompañaban, igual que la limpieza. Otras entradas consistían en acompañar el féretro hasta el cementerio cuando había algún fallecimiento, que distaba una buena media legua (distante a más de dos kilómetros), llevando una vela encendida en la mano. Por todo ellos nos pagaban una o dos pesetas, o dos reales a cada uno, según la categoría del difunto. Todas las mañanas averiguábamos dónde había entierro de categoría, para saber si nuestros servicios eran necesarios y no perder ninguna ocasión de ganar algo.

*Los buques a Brasil ya no los paga el gobierno, se complica la situación, se toman decisiones importantes y algunos embarcan*

Así llevábamos ya cerca de dos meses y el vapor que nos habría de llevar como inmigrantes al Brasil no llegaba, y nuestra situación cada vez resultaba más molesta. En una de las tantas veces que fuimos a la Embajada brasilera para saber noticias se nos informa

que el Gobierno de Brasil había suspendido los vapores que transportaban emigrantes gratuitamente, pero a los que fueran por su cuenta les darían casa y comida gratis, y les buscarían empleos en Río de Janeiro y San Pablo o en la campiña, como mejor les conviniese a los emigrantes.

A partir de ese momento la situación mala que veníamos pasando se volvió trágica, pues muchos se desesperaban y no sabían qué rumbo tomar. Acordaron que fuese mi padre al pueblo y dos vecinos más para tratar de conseguir el dinero que nos habría de llevar a Brasil, lo que solo pudieron hacer en parte pues costaba el pasaje alrededor de 250 pesetas cada uno. Como es natural, todos no pudieron conseguir esa suma. A muchos les mandaron para que tomaran el tren de regreso a casa y terminar así una amarga aventura. De las veinte personas que salimos juntas del pueblo solo embarcamos doce con pasajes de pago (nueve hombres y tres mujeres). Los demás tuvieron que regresar a sus casas.

Después de cuarenta días de espera por fin llegó el día del embarque. En aquella época los vapores no atracaban en el muelle, quedaban a unos doscientos metros de la costa y había que ir con lanchas a bordo. Un día de mar grueso, y la falta de costumbre de ir embarcados, provocó que antes de llegar al vapor ya estuviéramos mareados y en consecuencia habíamos cambiado la peseta<sup>3</sup>. Una vez a bordo nos pareció estar en el paraíso, ya fuera porque lo habíamos pasado tan mal o por el afán de llegar al Brasil, donde pensábamos que al llegar tendríamos todos los miles de reis que quisiéramos a nuestra disposición. En ese sentido corrían muchas fábulas y, en nuestro desconocimiento absoluto de lo que eran otros países, nos forjábamos muchas ilusiones.

Lo hicimos en el vapor Orellana de la compañía del Pacífico<sup>4</sup>, que tardó treinta y dos días en llegar. Las comodidades y la comida dejaban bastante que desear, pero lo único que deseábamos era llegar pronto para ganar mucho dinero y mandarlo a nuestros familiares, que tanta necesidad tenían, pudiendo así pagar las deudas y estar tranquilos. Teníamos una fe muy grande que así había de ser y, como buenos cristianos, rogamos a Dios para que se pudieran cumplir nuestros deseos, sin olvidarnos la ofrenda de cera para el altar mayor y las cintas de seda para nuestra Señora de la O.

El viaje, como todos los de aquella época, resultaban cansadores. Vapores más propios para transportar hacienda que personas, con dormitorios comunes, todos juntos en la bodega y bastante falta de higiene. La comida se hacía en cubierta y sin ninguna comodidad. Se nos entregó un tacho de latón para diez personas y un plato

---

<sup>3</sup> El DRAE (Diccionario de la Real Academia Española) lo define como: 1. loc. verb. coloq. Vomitar a consecuencia de haberse mareado o emborrachado (N.A.)

<sup>4</sup> De la investigación se deduce que es la compañía: Pacific Steam Navigation Company. <http://www.theshipslist.com/ships/lines/pacific.shtml> - <http://www.histarmar.com.ar/LineasPaxaSA/316-PSNC.htm> (N.A.)

y un jarro del mismo metal para cada uno, así como una cuchara y un tenedor. Con esta batería teníamos que arreglarnos para todo lo que nos servían, que no era mucho ni muy variado. Con el mismo nos daban café negro a la mañana y un pedazo de pan hecho a vapor, el que solo por mucha necesidad se podía comer. Todos los utensilios teníamos que lavarlos y guardarlos, pues el plato u otro objeto perdido no se reponían. Así llegamos a Río de Janeiro después de treinta y dos días de viaje.

## PARTE II: BRASIL

### *Llegando a América, Río de Janeiro, momentos de alegría y esperanza*

Al desembarcar en Río de Janeiro lo hicimos acompañados de empleados del Gobierno que nos facilitaron todos los trámites, nos llevaron a inmigraciones y nos alojaron en un hotel bastante confortable. Nos trataban muy bien. Estuvimos tres días dando paseos por la ciudad, encantados de ver tantas maravillas. La ciudad es muy hermosa y nosotros mirábamos con asombro, pues no pensábamos que después de nuestra España podría haber nada semejante. Siempre íbamos acompañados por empleados del Gobierno que corrían con los gastos, pues no hemos pagado absolutamente nada. Recuerdo que nos convidaban a café con mucha frecuencia, pero como no teníamos costumbre lo notábamos amargo. Llenábamos la taza de azúcar y lo comíamos por cucharadas. Como cambian los gustos, ahora lo tomo casi amargo.

Ocho días estuvimos en Río mientras las autoridades nos buscaban destino. Ya próximos a salir, un día al ir a la cocina a buscar el café en el tacho reglamentario, me topé con otro y se me volcó sobre el pecho, lo que dado que estaba muy caliente me produjo unas llagas que me hacían sufrir bastante. Tuvieron que internarme en la enfermería donde pasé quince días sufriendo bastante<sup>5</sup>, estado que aprovechó mi padre para coserme y lavarme la ropa bastante deteriorada y sucia, la cual también tenía algún insecto molesto, agregado a las costuras de la ropa donde se hallaban muy cómodos y no se querían desalojar. Yo, con tales inquilinos, no me encontraba muy tranquilo. Por fin, a fuerza de agua caliente y desinfectantes pudimos vernos libres de tan molestos habitantes.

---

<sup>5</sup> En otro texto esta historia la cuenta diferente. Sucede en San Pablo, pero sus quemaduras son producto de un derrame de sopa caliente: «Nos alojaron en el Hotel de Emigrantes, un edificio nuevo y muchas comodidades, con una oficina de colocaciones que distribuía el personal de acuerdo con los pedidos, que eran muchos, pues a los pocos días de llegar ya habían colocado a todos los que habíamos llegado juntos. Quedaba mi padre y yo, eso porque en uno de los pasillos al ir a buscar la comida, tropecé con otra persona y me volcó sobre el pecho una sopera de caldo hirviendo que me quemó bastante y tuve que estar en la enfermería más de ocho días.» (N.A.)



*Curado de sus quemaduras, los destinan a San Pablo para buscarles fazenda en la que trabajar*

Ya curado de mis quemaduras se nos destinó a la inmigración de San Pablo, una hermosa y pujante ciudad, la más importante de Brasil, donde se han concentrado la mayoría de las industrias, el comercio mayorista y el principal mercado del café, el oro negro de Brasil. Nos alojaron en el Hotel de Emigrantes, un edificio nuevo y con muchas comodidades, con una oficina de colocaciones que distribuía el personal de acuerdo con los pedidos, que eran muchos, pues a los pocos días de llegar ya habían colocado a todos los que habíamos llegado juntos.

Luego de unos días nos mandaron a una fazenda de la provincia, partido de Bata Catú<sup>6</sup>, de nombre Cintra<sup>7</sup>, a ciento cincuenta kilómetros de San Pablo. Fue mi padre a tratar con el administrador para saber que trabajo teníamos que hacer y el sueldo que nos iban a pagar. Llegó loco de contento al saber que a él le pagarían sesenta mil reis por mes y a mi treinta mil. Yo había quedado en Bata Catú y cuando llegó ni sabía cómo comunicarme. Su alegría al saber que entre los dos podíamos ganar noventa mil reis, casa y comida. Comenzó a hacer proyectos para cuando cobráramos para mandar dinero a España y saldar así la deuda que tan preocupado lo tenía. En su mente asociaba los miles de reis con los miles de reales, pero pronto tuvo que ver que la realidad era otra. Tan pronto cobramos el mes fuimos a la Ciudad para comprar algunas ropas que tanta falta nos hacían. ¿Cuál sería nuestra sorpresa?... que antes de haber comprado lo más indispensable nuestros noventa mil reis ya se habían esfumado. Quedamos sin ropa y sin poder girar a España, pues en vez de los noventa mil Reales que nuestra fantasía había forjado no ganábamos ni noventa Reales, todo lo cual era muy poco comparado con las muchas necesidades que teníamos. Ahí empezaron las primeras desilusiones que sufrió mi pobre padre a su llegada a Brasil.

A mi padre lo asignaron para trabajos de campo y a mí para ayudar en los trabajos de casa (donde me lo pasaba muy bien, había buena comida y pan a todas horas, cosa que en el Brasil se acostumbra poco) y para acompañar a un chico de mi edad a otras estancias vecinas. Para ello tuve que aprender a montar, cosa que al principio se resistían bastante. A todo se acostumbra uno, y pronto llegué a ser un buen jinete. Yo me sentía muy feliz y trataba de portarme lo mejor que podía. Los patrones estaban contentos y con el niño de la casa me llevaba muy bien. No le pasaba lo mismo a mi padre que no le gustaban las comidas, muy diferentes a las que estaba acostumbrado, y no gozaba de buena salud, algo que me tenía bastante preocupado. Le comuniqué a

<sup>6</sup> Probablemente se refiera a Botucatu, en el estado de Sao Paulo, a 225 km de Sao Paulo ciudad. (N.A.)

<sup>7</sup> Es posible que sea la «Fazenda São João do Cintra», que surgió antes que el Municipio de São Manuel, en el estado de São Paulo, y muy cerca de Botucatu. (N.A.)

los patrones lo que pasaba. Lo hicieron ver por un médico que lo encontró muy débil, tenía que alimentarse mejor, pero no era fácil porque el rancho servía a todos los peones por igual. Los patrones, que tenían miedo que nos fuéramos, le dieron trabajo en las huertas cerca de la casa. Comía en la cocina y yo le guardaba pan y algunas comidas que sobraban de los patrones, así estuvimos seis meses.

Comprendimos que con lo que ganábamos era muy difícil pagar las deudas y mi padre empezó a pensar cómo haríamos para ganar más y trabajar independientemente, donde pudiera comer a su gusto. En la cosecha del café se trabajaba a destajo y, con un poco de sacrificio, creía él que podíamos ganar mucho más.

*Comienzan las desilusiones en su primera fazenda, su padre se debilita, buscan nuevas oportunidades*

A mi padre, como había dicho, no le sentaban bien las comidas, se había puesto delicado del estómago y muchos días tenía que guardar cama con el desagrado correspondiente de los patrones. Yo, en cambio, la pasaba muy bien trabajando en las casas, hasta me habían aumentado el sueldo a cuarenta mil reis por mes y el trabajo era muy llevadero. La dueña de una fazenda vecina había intentado en varias ocasiones que yo fuera a trabajar en su casa. Yo no había querido ir porque estaba muy a gusto con mi trabajo, pero al querer irse mi padre le conté la oferta que tenía. Así es que fuimos a verla para decirle que si nos daban una cantidad de hectáreas de café para cosechar, cuando ésta terminara yo iría a la casa a trabajar y, al mismo tiempo, mi padre podría seguir cultivando el café como los demás colonos, y de noche podríamos estar juntos. Todo le pareció muy bien y nos firmaron el contrato para la cosecha de café, dándonos una casa para vivir cerca de la casa de los patrones, con diez hectáreas de plantación de café que nosotros debíamos cosechar. Para ello nos entregaron unos lienzos que se ponen debajo de los cafés para recoger los granos y una partida de bolsas para ir llenando para entregarlas y cobrarlas oportunamente.

Preparamos lo mejor posible unos catres para dormir y unos cuantos utensilios de cocina, pues entre los dos debíamos trabajar y hacer la comida. Pronto nos dimos cuenta que estos trabajos son para grandes familias, pues nosotros trabajando de sol a sol, mal comidos y con toda clase de dificultades ganábamos menos que trabajando por cuenta del patrón. Mientras tanto, estábamos esperando que se iniciara la cosecha y, como no teníamos nada que hacer, fuimos a visitar a unos paisanos que trabajaban en una fazenda cerca de la ciudad para comunicarles nuestros planes para el futuro. Nos aconsejaron que tratemos de irnos de ese nuevo empleo, pues el dueño de ese establecimiento era una mala persona, que no le pagaba a la gente que trabajaba y, al que se animaba a protestar, le hacía castigar por sus capuaros, nombre que se le da a los policías de las fazendas y que hacía poco habían matado a un italiano, algo que promovió la intervención del Cónsul italiano.

Así, planteadas las cosas, no sabíamos qué rumbo tomar. Con la cosecha del café reventábamos y ganábamos muy poco, pero dejarlo no se podía. A todo esto, mi padre volvía a sentirse mal del estómago, lo cual no era de extrañarse dado lo mal que comíamos. Nuestro principal alimento lo constituían algunas conservas en latas y pan tipo español que hacían unos paisanos, el cual se solía quemar por la falta de tiempo para cuidar el fuego. También conseguíamos alguna carne de cerdo, pollos y huevos que abundaban en la región. Todo más o menos bueno si hubiera una persona en la casa que cocinara y cuidara. Nosotros, después del trabajo agotador que hacíamos durante el día, pocas ganas teníamos de hacer las cosas de la casa, y mucho menos por ver el poco resultado que sacábamos de todo.

Comenzamos a pensar la mejor forma de irnos, pero no sabíamos cómo lo haríamos sin que nos viesan. De día era imposible y de noche tampoco era fácil, pues la tranquera principal permanecía cerrada y custodiada por uno de los policías en una casilla de madera. Pensamos hablar con el dueño y decirle que queríamos irnos, pero temíamos que nos hiciera castigar por no cumplir lo que habíamos prometido. Así es que estábamos con un problema muy difícil de resolver. Para mejor, comentamos con una vecina el tema de la muerte del colono, confirmándonos que este vivía con la mujer y dos hijos en la misma casa que nos habían dado a nosotros. Creía que era una venganza porque se presentó al consulado italiano acusando al patrón de malos tratos y de que no le pagaba lo que le debía. Señaló que no había sido el patrón quien lo mató, sino el policía que estaba de guardia esa noche. Al no abrirle la entrada trató de pasar por el alambrado y fue entonces que le disparó un tiro de escopeta y lo mató. Lo tenían preso en la comisaría del pueblo y muchas noches venía para estar con su mujer que vivía en la fazenda. El patrón es muy amigo del comisario, se llama Maniquiño López, pero se debía llamar Maniquiño Loco, por los atropellos que cometía con sus colonos. Después supimos muchas otras cosas poco dignas, como que cometía atropellos con las mujeres e hijas de sus colonos, válido también por ser caudillo político de la región. Claro está que, con tan malas noticias, ya no pensábamos en otra cosa que no fuera irnos. Empezamos a recorrer el campo para ver por dónde podíamos escapar sin ser vistos. Encontramos, a unas diez cuerdas de donde teníamos la casa, que sí se podían pasar los alambrados sin mayor peligro, para luego meternos en el bosque de un campo vecino donde estaban abriendo una picada para unirse al camino principal, como una media legua de largo.

*De cómo se escapan de Maniquiño el «Loco» y dejan la recolección de café para probar suerte en la fazenda del Dr. Juan de Rocha*

Así es que, antes de escaparnos, el domingo visitamos a unos paisanos que trabajaban en una fazenda muy buena y que, a la sazón, precisaban gente. Distaban a dos leguas de donde estábamos nosotros y, con la recomendación de éstos, se nos dio trabajo

enseguida. Ganamos mi padre tres mil reis por día y yo mil quinientos para trabajos generales, que consistían en la mayor parte en el cuidado de las plantas de café, siembra de maíz, porotos, caña, etc.

Llegamos a la fazenda donde trabajábamos y todo el día del lunes nos damos a la tarea de arreglar nuestros cachivaches. No lo pensamos más y esa misma noche, rodeando potreros para no ser vistos y con nuestro pobre bagaje a la espalda nos fuimos y dejamos la recolección del café y sin cobrar lo último que habíamos cosechado, pero muy contentos de habernos podido ir sin mayores inconvenientes.

Anduvimos con bastante susto hasta vernos fuera de la finca, pero mucho más cuando transitábamos por el camino dentro del bosque a oscuras, apoyándonos en un palo para guardar el equilibrio, pues tropezábamos con las ramas de los árboles y el suelo tan desparejo que nos caíamos con mucha frecuencia. Como en ese bosque había animales salvajes y, sobre todo, muchas víboras, cualquier ruido que hacía el follaje de los árboles ya deteníamos la marcha y nos aprontábamos con nuestro garrote que nos habíamos proporcionado como arma de defensa, aparte del cuchillo que en el Brasil es casi una herramienta de trabajo, pues todos lo usan y son verdaderos machetes, lo llevábamos para repeler cualquier ataque, que felizmente no se concretó, pero pasamos momentos malos.

Cuatro horas de viaje por tan malos caminos, cargados con el equipaje y algunos enseres de cocina, las hamacas de dormir y el miedo de que nos siguieran y nos hicieran volver a la fazenda, o nos pasase algo peor. Tratábamos de alejarnos lo más pronto posible, pero el cansancio nos vencía y yo, que calzaba zapatillas, llevaba algo lastimado un pie. Perdía un poco de sangre y con la suciedad del camino teníamos miedo de una infección. Así es que mi padre me echó un poco de aguardiente que llevábamos para darnos coraje. Me lo tapó con un pañuelo y tratamos de seguir, pero yo cada vez caminaba peor y la marcha se hacía más lenta. Por ello, nos apartamos algo del camino y acampamos para descansar y esperar a que saliese el sol para poder ver por dónde estábamos caminando, pidiendo a Dios que nos protegiera. En casos así, la oración y la fe hacen milagros, y nosotros como buenos cristianos confiábamos ampliamente. Concreté con mi padre que dormiríamos por turnos, así mientras uno descansaba el otro hacía guardia. Yo debía ser el primero, luego me despertaba a mí y dormía él, pero era tanto el cansancio que al poco tiempo dormíamos los dos, despertando cuando ya había sol. Esas horas de descanso nos hicieron bastante bien y hasta se nos había desvanecido el pesimismo de la noche anterior. Al ver por dónde estábamos caminando pronto llegamos al camino principal, aunque yo seguía caminando con alguna dificultad. Aún faltaba legua y media para llegar a nuestro nuevo destino.

Por ese camino pasaban tropas de carretas llevando sacos de café a la estación del ferrocarril, justamente a donde nos dirigíamos nosotros. Al pasar una de éstas mi padre les pidió que me llevaran, desde luego pagando lo que fuese. Nos preguntaron

de dónde veníamos y les dijimos la verdad, que veníamos escapando de la fazenda de López donde teníamos que trabajar en la cosecha de recolección del café, pero nos habían contado tantas cosas malas de ese señor, que teníamos miedo y por eso nos fuimos. Nos contestaron que hicimos bien, pues era un loco y un asesino. Así es que nos llevaron a los dos sin cobrarnos nada. Siempre hay almas buenas. Que Dios les pague todo el bien que nos hicieron.

Ya en nuestro nuevo destino nos sentíamos protegidos, felices y contentos. Se trataba de una de las grandes fazendas de la provincia de San Pablo, del Dr. Juan de Rocha, concesionario de los más ricos de la provincia, con estación de ferrocarril dentro de la misma. Una extensión de treinta mil hectáreas, la mayor parte con plantaciones de café, bastante caña de azúcar, mandioca, porotos, mucho maíz, frutales de muchas clases, sobre todo naranjas y mandarinas y muy abundante en ananá. También se criaba bastante hacienda vacuna y caballar.

Un verdadero pueblo con más de cincuenta casas, todas juntas, superficie de cien metros cada una, sus huertas, chiqueros, gallineros para la comodidad de los colonos y sus familias, donde cultivaban de todo para el gasto de la casa. Criaban abundantes pollos y gallinas, hacían pan para sus gastos y nos vendían algo a nosotros, pues los patronos daban casa y comida, pero no pan. Nos daban fariña con fachoos<sup>8</sup> fritos y unas tortas con harina de maíz y azúcar, bien como postre o a la mañana para el desayuno. El plato nacional obligado es arroz con porotos negros, con algo de carne de cerdo fresca, pues con el gran calor que hace no se puede conservar. La comida no era escasa pero siempre la misma. Echábamos de menos nuestros cocidos de garbanzos y el bacalao con patatas que tanto se comía en nuestra tierra.

En general, allí ya nos encontramos mejor, había muchos paisanos. Después del trabajo hacíamos pequeñas reuniones. Los domingos se juntaban varias familias, se bailaba y se charlaba de cosas de la tierra, se jugaba a la brisca<sup>9</sup> y se hacían buenas comilonas al uso nuestro. Se comía pan casero, con lo que íbamos desterrando un poco la morriña. Los primeros meses, ya sea porque estábamos fuera de nuestro ambiente, sin conocer el idioma y tratando siempre con desconocidos, se nos hacía pesada la vida.

A cada uno les daban una cantidad de plantas de café para cultivar, que variaba entre diez y veinte hectáreas, por lo cual pagaban una cantidad anual por planta, permitiendo al mismo tiempo plantar en los espacios libres que dejaban las plantas de café, maíz, porotos, etc. De este modo se podía aprovechar para sacar un mayor beneficio hasta que las plantas

---

<sup>8</sup> Posiblemente al comentar las Fachoos se refiera a la farofa, un acompañamiento tradicional de la cocina brasileña conformado por harina de mandioca y otros ingredientes como mijo, bacon, chorizo, huevos, cebollas, col, etc. (N.A.)

<sup>9</sup> La brisca es un juego de naipes, el cual se juega con la baraja española conformada por 40 cartas. Puede participar de dos a seis jugadores. (N.A.)

tenían cinco años. Trabajaban sesenta personas en distintas ocupaciones, al mando de capataces, para carpir los cafetales, sembrar la caña de azúcar, batatas, mandioca y para todos los trabajos en general. En eso trabajaba mi padre con un sueldo de sesenta mil reis por mes, que era lo que ganaban los peones. Así pasamos cerca de un año en nuestra nueva ocupación. Yo hacía el aguatero, es decir, llevar agua a los trabajadores en pequeños barriles y llevaba la comida hasta donde trabajaban, lo que se hacía con un carro donde se colocaban grandes ollas para la cuadrilla de treinta o cuarenta hombres que se ocupaban de carpir las hierbas que crecían entre los cafetales. La distancia de las fincas, que en muchas ocasiones alcanzaban hasta tres y cuatro km. de la casa, hacía necesario la aproximación del alimento para que no perdieran tiempo. El trabajo era de sol a sol.

Un día llegó el dueño de la fazenda y como hacía falta alguien que ayudara a la mesa, me llevaron a mí. Durante los ocho días que estuve me tocaba atenderlo, algo que, naturalmente, para mí era un honor. Trataba que tan ilustre señor quedara contento de mis servicios. No sé si lo conseguí, pero al irse me regaló veinte mil reis, que a mí me pareció una fortuna.

Cuando llovía, como se mojaban los peones y no por eso dejaban de trabajar porque luego salía el sol y se les secaba la ropa, se les daba un jarrito de caña a cada uno para que no enfermaran. En esos casos yo acompañaba a otro en un charrecito<sup>10</sup> llevando un pequeño barril de madera de unos veinte litros para repartir a los peones. Fuera de eso, mi trabajo era muy bueno y descansado, y el sueldo de cuarenta mil reis por mes, para mi edad, que en ese entonces tenía doce años, tampoco estaba mal. Además, siempre había algún regalito de los administradores y de los patrones cuando venían a visitar la estancia.

A partir de esa fecha no fui más a trabajar al campo, ya quedé definitivamente para servir la mesa y otros quehaceres para la familia del administrador, me la pasaba muy bien. La señora de la casa me había tomado cariño y con un hijo que tenía de mi misma edad me entretenía mucho mientras lo acompañaba a casa de los arrendatarios y a fazendas vecinas. Siempre íbamos a caballo y le gustaba correrme carreras, para lo cual yo no era competidor pues me ganaba siempre. Por lo demás, era un buen muchacho y nos llevábamos muy bien. Se llamaba Octavio y le habían puesto ese nombre por ser el octavo hijo de esa familia. Se comía bien, la misma comida que los patrones, y teníamos pan fresco en abundancia. Una habitación para mí solo, que más tarde tuve que compartir con mi padre cuando no quiso vivir en el galpón de los peones. La comida tampoco le gustaba y no había forma de que se acostumbrara. Lo estaba pasando mal, hasta que en casa de unos colonos españoles le hacían algunas comiditas a su gusto y le vendían pan. Eso le resultaba tan caro que muy poco quedaba del sueldo,

---

<sup>10</sup> Parece hace alusión a un carro o carrito que le permite llevar el barril. Por lo investigado parece ser los carros que suelen llevar los burros (o petizo), ejemplo que se menciona en la canción de Tito Ramos, el Chalador de Maíz: «...y algún charrecito que otro, arrimó pa la estación.» (N.A.)

pero estaba contento. Los domingos se reunían con otros colonos para ir a misa a la mañana y por la tarde jugaban a las cartas. Los más jóvenes paseaban o bailaban, todos estaban contentos. Yo poco participaba de estas diversiones, pues tenía que atender a los administradores y gentes que venían de visita. Eso no me parecía bien, yo quería tener libres los domingos para divertirme con los hijos de los colonos, algunos de mi edad. Les comuniqué mis deseos a los patrones, pero la señora, ya de edad avanzada, y que los domingos por lo regular quedaba sola, no quiso acceder. Desde ese momento me empecé a sentir molesto.

Llevábamos siete meses en esa fazenda muy contentos por el buen trato y con la amistad que nos brindaban los colonos, pero no podíamos ahorrar casi nada, apenas lo que yo ganaba. En casa sobran necesidades y mi padre sufría mucho por las malas comidas y los trabajos del campo. Debido a los fuertes calores, las lluvias tan frecuentes, el sol y que la ropa se secaba arriba del cuerpo, pensaba que podía enfermar y, en consecuencia, no pagaría las deudas que teníamos en España, por lo que habíamos venido. Mi pobre madre esperando los giros de dinero que no podíamos mandar, prometiendo hacerlo lo antes posible. En nuestras cartas la teníamos al tanto de lo que nos pasaba.

En una de sus cartas nos hablaba de mi tío Toribio y dos primos más que habían llegado al Brasil junto con nosotros, quienes estaban mandando mucho dinero para la familia. Nos dio su dirección, un pueblo nuevo en la estación Cerqueira Cesar de Sorocabana<sup>11</sup>, a cien kilómetros de donde estábamos. Les escribimos contándoles nuestra situación y preguntando si había algún trabajo conveniente para nosotros. La contestación no se hizo esperar, había trabajo para los dos. Mi padre se encargaría de atender un salón de billares y yo serviría comidas en un hotel nuevo, recién inaugurado. El sueldo para mi padre sería de ciento veinte mil reis por mes, casa y comida, además de algunas propinas, y para mi ochenta mil reis. Nos despedimos de los amigos colonos con bastante sentimiento y agradecidos de las muchas atenciones que habían tenido con nosotros. También fui yo a despedirme de mis patrones, cosa que no les gustó nada. La señora me pidió que me quedara, que me aumentaría el sueldo y que los domingos me daría libre. Como no podíamos quedarnos porque ya habíamos escrito a mi tío que nos reservara las plazas que nos ofrecían, y que salíamos en el primer tren, la señora se enojó y me echó una maldición, diciéndome: «ya que no quieres seguir trabajando con nosotros, no pararas en ninguna parte». Hubo un tiempo que efectivamente más de dos o tres meses no paraba en ningún empleo. Por muy bien que estuviese siempre encontraba motivos para irme, algo por lo que muchas veces he pensado si no se relacionaría con la maldición de Doña María. Era una señora muy

---

<sup>11</sup> Muy probablemente se refiera a Cerqueira Cesar, un municipio brasileño y capital del estado de Sao Paulo, que nace en 1890. (N.A.)

buena y yo nunca he creído en esa maldición. Estaba algo enferma y se había encariñado conmigo, por ello le dolía que me fuera. Así, nos fuimos también de esa fazenda. Siempre he recordado, con mucho cariño, lo bueno que para mí había sido esa familia.

*Mucho trabajo y el dinero no alcanza. Decidiendo volver a probar fortuna para ir a Cerquera César por recomendación de un tío*

Mi tío Toribio estaba trabajando a las órdenes de un patrón que tenía tropa de carros para transporte del café y mercaderías de y para la estación. Una población muy importante metida ya casi en la selva, dónde abundaba el comercio de todas clases, pero en cinco kms. a la redonda no había otra población. Todas las compras y ventas se hacían allí, en su terminal de ferrocarril. Al patrón de mi tío se le ocurrió poner un salón con tres billares. Al preguntarle a mi tío si sabía de alguna persona para ponerla al frente de ese comercio este pensó en mi padre. Por eso fue que dejamos la fazenda del Dr. Juan de Rocha.

Cerquera César era un pueblo en formación, con comercio de toda clase, algunos muy importantes y de mucho porvenir. Era la terminal del ferrocarril, así es que todos los productos de la zona, como café, algodón, azúcar, etc., llegaban hasta allí. Los hacendados y gente de la zona tenían que hacer sus compras en ese pueblo, único en diez leguas a la redonda, donde encontraban de todo y hasta algunas diversiones, un mercado para la venta de sus productos, abundaba el trabajo y se manejaba mucho dinero.

Ya en Cerquera Cesar mi padre se hizo cargo de su puesto en la sala de billares y a mí me colocó en una tienda como cadete. Ni el sueldo, que era de cuarenta mil reis, ni el trato me gustaban, por lo que duré dos meses. Aunque obtuve un aumento en mi sueldo decidí irme, pues el patrón era muy impulsivo. Hacía pocos días, en una discusión con un cliente, le había tirado dos balazos que felizmente no dieron en el blanco. Con la mujer tenía escenas bastante desagradables y, como yo comía y dormía en la casa, me resultaba muy violento presenciar esas escenas.

Me coloqué en un hotel cerca de la estación de ferrocarril. El dueño tenía ramos generales en el mismo edificio y también alquilaba caballos para los viajeros a gente que, por diferentes negocios, salía fuera de la población. Yo tenía a mi cuidado el servir la comida del comedor de los trabajadores. Atendía una mesa grande integrada por unos veinte o treinta comensales que se sentaban en su alrededor. A mi ese trabajo me resultaba agradable y también ganaba más, era más de acuerdo con mi gusto. Yo me encontraba muy a gusto. Había gente muy buena, sobre todo los patrones. Tenían dos niños de seis y ocho años de edad, los que yo acompañaba al circo, única diversión que teníamos de vez en cuando. Allí toreaban toros embotados, a los cuales les ponían como una bola de billar en las astas. Los toreros lo hacían vestidos de payasos y tocando unas baterías que el toro se encargaba de embestir con el regocijo del público cuanto



y mejor, puesto que los mismos animales los toreaban todos los días y ya sabían de memoria lo que tenían que hacer.

También trabajaba en el hotel un jorobadito que hacía las veces de contador, a quien yo quería mucho y el cual en los ratos que teníamos libres, y sobre todo por las noches, me enseñaba a escribir y a leer en brasilero. Esto me servía de mucho, ya que con el afán de aprender hacíamos progresos rápidos, hasta el punto que yo hacía los menús del hotel y le ayudaba a él a sumar las libretas de los clientes. También aprendí bastante a montar a caballo. Como había a discreción nos dábamos muy buenos paseos. En una ocasión me tocó acompañar a los patrones a inaugurar una capilla que habían levantado por suscripción pública, cerca de una gruta metida en plena selva, donde había necesidad de ir por unas picadas que habían abierto en el monte que parecía un túnel de tan vegetado. Al paso de la caballería se cruzaban con mucha frecuencia animales salvajes, como tigres, ciervos, monos, papagayos y serpientes, que hay en abundancia. Extraordinaria la ida, muy bien, pero el regreso ya era tarde y queríamos parar antes de que oscureciera. Íbamos apurando la marcha, pues el caballo que yo montaba se le cortó la cincha, lo que me valió una caída. Como no era cosa de perder tiempo para arreglar la cincha, y repuesto no había, me ayudaron a montar en pelo. Así tuve que galopar hasta el pueblo. Llegamos sin mayores inconvenientes, lo único que por ocho días no me pude sentar.

Con mi tío y mis primos lo pasábamos bastante bien. De éstos uno trabajaba en una farmacia y el otro en un almacén de ramos generales. Mi tío tenía un carro con dos mulas y se ganaba muy bien la vida llevando mercaderías de la estación a las casas de comercio, o de éstos a la estación. Tenía muy poca competencia. A los pocos meses de estar nosotros allí le tocó la lotería. Como ya se consideraba rico vendió sus cosas y se fue para San Pablo, llevándose los dos chicos, pero se negaron a ir a España. Miguel se quedó en San Pablo y después se fue a Cuba, donde supe que había prosperado mucho. Tenía una gran sombrerería en la Habana. Pedro volvió para Cerquera Cesar a trabajar de nuevo en la farmacia. Creo que se casó con un familiar del dueño y también prosperó bastante. Hace mucho tiempo que no me comunico con ellos. Mi tío, ya radicado definitivamente en España, vivía bien disfrutando con su familia de su fortuna tan fácil ganada.

*Cuenta de Cerquera Cesar, de los transportistas de café y de las diversas peleas a cuchillo con sus facones*

Como ya he dicho, Cerquera Cesar era un punto de concentración. Frente al hotel donde yo trabajaba había un gran baldío que llamaban plaza, pero donde no había ni un arbolito. Por entonces estaba el circo y la plaza de toros. Invariablemente acampaban los transportadores de café que venían de distintos lugares, transporte que hacían a lomo de mulas, en gruesas bolsas de cuero de vacuno sin curtir. Cada uno conducía

dos, con un peso de cien kg. aproximadamente, y cada individuo conducía seis o siete animales. Viajaban en caravanas de siete a ocho personas y con mucha frecuencia venían con sus mujeres. Tan pronto llegaban, armaban pequeñas carpas donde vivían estilo gitano. A comer venían al hotel en el que yo trabajaba. A los animales los mandaban a potreros que había cerca, pues en la región abundaban mucho los pastos debido al calor y a la escasez de lluvias. Sucedió que casi siempre tenía que intervenir la policía en los campamentos, pues sus moradores, una vez entregado el café, se tomaban un descanso de dos o tres días. En ese ínterin se dedicaban a hacer compras en el pueblo y a emborracharse. Así es que todas las noches se ponían a tocar la guitarra y a divertirse con sus mujeres. Ya fuera porque estaban borrachos o por celos de sus hembras, con mucha frecuencia se los veía peleas a cuchillo, para lo cual son muy vaqueanos, pues pasan largos ratos tirándose puñaladas con sus facones con cabo de plata y atajándose. Cuando esto sucedía siempre quedaba alguno tendido con una o varias puñaladas y, al día siguiente, entierro. La gente presenciaba eso como un espectáculo y nadie podía intervenir, pues los contendientes se jugaban el título de guapos. Algunos en esas peleas quedaban mal heridos y la policía, que normalmente llegaba tarde, se encargaba de llevarlos a un pequeño hospital donde un practicante y una enfermera hacían la primera cura hasta que llamaban al médico, quien en muchos casos no llegaba a tiempo. El herido montaba a caballo y desaparecía en el bosque, donde era muy difícil prenderlo. La policía no tenía alimentos ni personal para perseguirlos, era una miseria a la orden de un sargento y cuatro vigilantes que daba risa ver de cómo iban vestidos. El Sargento tenía un traje que había sido blanco en algún tiempo, pero que ya no se sabía de qué color era, con pantalón, campera, botas, un sable largo, revolver y gorra. Los vigilantes vestían camiseta, por lo regular llena de agujeros, un pantalón atado con una cuerda donde colgaba un gran sable, descalzos y con gorra reglamentaria. Reclutados entre la gente de la zona que no les gustaba trabajar, poco era lo que se podía confiar en ellos. Era gente poco culta a la que les gustaba tomarse unas cañitas en cada boliche por el que pasaban, abusaban un poco de su superioridad, no pagaban y no era difícil verlos en algún rincón del boliche durmiendo la mona. A pesar de todo, no los podían dar de baja porque pagaban muy poco y no había candidatos para esos puestos.

Como se comprenderá, para un desfile dejaban la población, que no le daba mucho trabajo, pero en el campamento y el hotel en que yo estaba era raro el día que no se armara alguna trifulca. Como decía, nunca llegaban a tiempo. No era difícil que cuando llegaban ya había alguno tirado con una puñalada. El cuchillo es el arma que todos llevan a la cintura, del más grande al más chico, y siempre prontos para atacar o defenderse. En esta situación, los que trabajábamos en el hotel también corríamos nuestros riesgos. A un compañero, a causa de una riña de estas, lo habían lastimado gravemente y estaba en una pieza del hotel curándose, pues el hospital del pueblo se

reducía a una habitación en la comisaría donde había un botiquín con algunas gasas y un frasco de tintura de yodo. Así es que el que se enfermaba o le pasaba algo tenía que recurrir a un médico particular. Creo que eran tres. Si había que operar debían irse a Bota Catú o Albase, población distante alrededor de trescientos kms., y solo había tren dos veces por semana. Tampoco se podía pensar en otro medio de locomoción pues los caminos eran muy malos. Solo a lomos de mula o de caballo se podía emprender algún viaje y, claro está, eso no era para enfermos graves.

Los transportadores de café, como eran afectos a la bebida, promovían desórdenes con mucha frecuencia. Donde más ocurría eso era en el hotel donde yo trabajaba, pues aparte del comedor tenía un despacho de bebidas donde por las noches se reunía bastante gente y tomaban mucho. Se ganaba fácil el dinero y así también se gastaba. Se formaban grupos de ocho a diez personas y era costumbre que uno convidaba y otro retribuía. Así se tomaban varias vueltas hasta que se iban caldeando los ánimos. Bastaba que uno rechazase una copa para que el otro lo tomara a mal, lo consideraba una ofensa y, por eso, empezaban muchas peleas. Se subía de tono y empezaban a decirse groserías que el público festejaba con ruidosos aplausos, hasta que alguno se creía ofendido por el contrapunto y entonces empezaban las peleas, en las que por lo regular tomaban parte alguno de los mirones a favor de uno o de otro. Empezaban por atacarse a puñetazos para seguir con las sillas, botellas, vasos y todo lo que encontraban a mano, para luego atacarse con los facones, arma que todos llevaban encima, en las que gastaban mucho para adquirirlas, algunas verdaderas joyas con mango y vaina de plata prendidas en un cinturón con muchos adornos. Era un lujo que la mayor parte de los paisanos trataba de darse, pues en esa forma se creían superiores a los otros. También tenían buenos caballos que utilizaban para venir al pueblo y disparar después de las peleas. En estas peleas, que eran bastante frecuentes por la clase de público que concurría al bar del hotel, había siempre algunos lastimados, a veces de gravedad.

*La situación financiera había mejorado, pero su padre, delicado de salud, extraña su tierra y está preocupado por su hijo*

A todo esto, nuestra situación financiera había mejorado, pero mi padre siempre seguía algo delicado de salud y suspirando por volver a España tan pronto como juntase para el pasaje de regreso. También estaba muy preocupado por mí, pues como habían lastimado al encargado del bar y herido a un compañero de trabajo, temía que a mí pudiera pasarme lo mismo. Como en la población no había mucho donde buscar empleo pensó mandarme a San Pablo. Con tal motivo, escribió a un conocido que tenía un pequeño hotel en esa ciudad, por si mis servicios podrían interesarles. Mi padre ya me consideraba competente para desempeñar el puesto de mozo de cualquier hotel. Vanidad paternal, pues ni tenía edad, a la zaga contaba con trece años, ni competencia

en el trabajo, ya que solo hacía seis meses que trabajaba en el hotel. En cambio, había asimilado bien el idioma, leía bien y ya escribía regular. La contestación del amigo de San Pablo no se hizo esperar, la cual decía que él no precisaba, pero siendo yo una persona tan competente, como mi padre le decía, él podía conseguirme alguna buena colocación. Así es que le faltó tiempo a mi padre para decirme que me aprontara, que me iba a mandar a San Pablo. Claro está, esa resolución a mí no me hacía ninguna gracia. Yo estaba muy contento y no quería estar lejos de él. San Pablo estaba a seiscientos kms. de distancia. Le comuniqué al patrón las pretensiones de mi padre y trató de convencerlo de que yo en su casa podría hacer carrera, dado el progreso que había hecho en poco tiempo. Ante el temor de mi padre por lo que pasaba en el comedor que yo atendía, prometió pasarme al comedor de los pasajeros del hotel, que eran pocos y gente tranquila. Aparte, apeló a mi maestro, el jorobadito, para que le hablara también a mi padre en el sentido. Si me iba perdería lo que él me estaba enseñando. Fuera por una cosa o por otra, decidió que me quedara un tiempo más.

Mi situación con el cambio había ganado mucho. Los pasajeros de categoría del hotel rara vez pasaban de diez personas, que por lo regular eran viajeros y fazendeiros de la región, por lo regular muy generosos para las propinas. Mi trabajo se reducía a servir café a la mañana, almuerzo y cena, arreglo de las mesas, que eran dos, pues era costumbre de que todos se sentaran en la misma mesa, limpiar el comedor y lustrar los cuchillos, cosa que hacía después de cada comida. Trabajo que yo hacía con mucho gusto y sin ninguna molestia, se dormía muy bien, el cocinero era japonés y preparaba unos platos de arroz para chuparse los dedos.

### *Conoce un gramófono, gran maravilla de la época, y se despide de sus patronos*

En esa forma ya llevaba un año en el hotel y cada vez más contento de mi suerte. Por aquel entonces llegó un pasajero con un aparato que hablaba y cantaba, cosa que yo no había visto nunca, ni creo que ninguno del pueblo. Luego supe que lo llamaban gramófono, el cual tenía seis pares de gomas que se enchufaban en los oídos y se sentía tocar unos cilindros. Por cada pieza había que pagar unos mil reis. Estas audiciones, por lo regular, se hacían por la noche después de cenar. A tal efecto se había habilitado el pequeño comedor que yo atendía y, naturalmente, todo el mundo quería escuchar. Primero fueron los del hotel y luego casi todos los vecinos del pueblo ansiosos de ver el aparato y sentir los cilindros. Esto duraba ya cerca de un mes. Un domingo había venido gente de los alrededores para ver y escuchar la novedad. Hacían verdaderas colas para poder entrar y en el pequeño comedor se amontonaba la gente esperando turno. Yo no sé por qué causa se armó una discusión entre varios de los espectadores y el dueño del aparato, lo cierto es que terminó la velada con un desorden mayúsculo, donde se propinaron golpes y hasta salieron a relucir armas. En esa confusión, algunos salieron

lastimados por el apresuramiento en salir a la calle, pues como era de noche, lo hacían por un pequeño zaguán que daba a la casa particular de los patrones. También a mí me lastimaron en un pie. Me costó andar vendado unos días. Este episodio, y las ganas que tenía mi padre de que me fuera de ese pueblo, donde siempre temía que me fuera a pasar algo, fue excusa suficiente para volver a escribirle al hotelero de San Pablo. En cuanto tuve contestación tuve que despedirme y tomar el tren para dicha ciudad, donde me recibió Don Agapito Álvarez, que así se llamaba el dueño del hotel Da Fux («La Luz»), nombre que tomaba de la estación de ferrocarril Sorocabana que estaba enfrente.

*Vuelve solo a San Pablo porque el hotel se volvió peligroso para un niño y cuenta el relato de la señora y el estudiante*

A los pocos días de estar en San Pablo, en el hotel del amigo Agapito, me recomendó a una pensión brasileña cerca de la universidad. El dueño era Don José Da Silva, empleado del Gobierno. La pensión la atendía la Señora. Tenían un hijo estudiante y una hija como de doce años, pero aparentaba mucho más, y los estudiantes ya le gastaban bromas. La señora era la que atendía la pensión y se ocupaba muy poco de los hijos y del marido, por lo que podía observar. En cambio, se ocupaba mucho de los estudiantes, sobre todo del Sr. Miró, un buen mozo, como de veinticinco años, estudiante de medicina, aventajado, al que visitaba con mucha frecuencia en su habitación. Para que no se sospechara de sus asuntos, en cuanto regresaba de las compras con la cocinera la señora se introducía en una habitación contigua a la del estudiante y daba las órdenes de que nadie la molestara, pues quería descansar un rato. De allí, por una puerta que se comunicaba con la habitación del estudiante, reposaba horas en su compañía. En cuanto el patrón iba al empleo, de donde regresaba después de la una, podía dedicarse impunemente a sus devaneos con el estudiante. Este, para justificar su estadía fuera de hora, se fingía enfermo. Entre los compañeros ya sospechaban algo del motivo de la enfermedad. Casi siempre al hacer la cama del Sr. Miró encontraba horquillas. Los primeros días no me llamaba la atención porque tenía el pelo muy rizado y pensaba que las usaría al acostarse, pero un día encontré una peineta que yo sabía que era de la patrona y, naturalmente, se la di a la señora, a la cual le dije que la había encontrado en la habitación del Sr. Miró. Ella contestó: «este Sr. Miró está siempre haciendo bromas». Ya no me cabían dudas y enseguida supuse que se entendían. Un día hablando con la cocinera, que estaba al tanto de todo, me dijo: «el menor día se enterará el patrón y habrá una tragedia». Yo tenía un concepto de la moral muy diferente y me repugnaba ser sabedor de esas cosas y pensaba qué podría pasar si eso se descubría. El patrón parecía una persona muy seria y como eso no estaba de acuerdo con mi modo de ser, en cuanto cobré el mes me fui, no sin despedirme del Sr. Miró. Le dije que había encontrado una peineta

en su cama y se la había dado a la patrona. «Hizo bien», me contestó, la había traído para hacerle una broma y me dijo que él también estaba por irse pronto pues era estudiante libre y esperaba aprobar una materia que le faltaba. Pero no fue así. Lo veía con mucha frecuencia en el Café Florencia, una especie de colmado andaluz donde había números de varieté, que era mi última colocación.

*Luego de lo vivido en la pensión, y al no estar de acuerdo a su modo de ser, se cambia a un bar de varietés*

En el bar se atendía al público desde las seis de la tarde hasta las dos de la madrugada, hora que era obligatorio cerrar. Estaba ubicado en la Rúa de la Estación, una de las calles más comerciales de una barriada cerca de la estación La Lux. Eran propietarios un matrimonio italiano. La Sra. era Florentina, de ahí el nombre del café, y el señor era brasilero, de unos cincuenta años de edad. La señora algo más joven, como de cuarenta años, y era la que atendía el café. Mujer enérgica y muy bondadosa que imponía respeto a propios y extraños debido a su peso, de alrededor de ochenta kg. Y a su estatura, un metro ochenta. El Sr. era Concejal de San Pablo, y con tal motivo atendía poco, salvo algunas compras, los pagos de los artistas y algún asunto de escritorio. Mozos, cocineros, peones y demás, todos estaban a cargo de la señora. En el salón había un mozo que hacía las veces de encargado. Era una propiedad muy grande, pues aparte del salón, que era de diez por cuarenta metros más o menos, con más de cien mesas donde se podía atender a cuatrocientas personas sentadas, estaba el escenario, mostradores, cafetería, heladería, un departamento de comedor y dos piezas para los patrones, un comedor grande para el personal, camarines para los artistas en gran parte con plantas y varias habitaciones para el personal, aunque casi todos comían y dormían en la casa.

Una vez cerrado el café, que como he dicho era a las dos de la mañana, se ponían las sillas arriba de las mesas y se lavaba el salón mientras el personal de mostradores y cafetería terminaba de limpiar el servicio y poner todo en orden. Esta tarea llevaba, por lo regular, de treinta a cuarenta minutos. Luego, el personal tomaba café con leche o cerveza y se iban a descansar. Al mediodía llamaban para almorzar. La comida era buena y abundante y nos daban en cada comida una botella de cerveza de medio litro para cada uno. A partir de esa hora empezaba a trabajar la heladería y se recibían mercaderías que traían a la casa, por lo que era obligación, por turno, estar dos mozos para recibir la mercadería y ayudar a la señora. Los demás podían dormir la siesta hasta las tres. A partir de esa hora la mitad de los mozos, que eran como diez, se dedicaban a poner orden en el salón, limpiar las mesas y la vajilla, repasar los vasos y tazas, etc. A las cinco y media debía estar todo el personal en sus puestos y los números de varieté empezaban a las ocho. Para esa hora ya estaba lleno el salón, pues no se pagaba la entrada. La consumición era obligatoria, aunque los precios eran muy razonables para esa clase de negocio.

El descanso del personal se hacía alternativamente. Todos los días menos domingos se empezaba a trabajar a las dos de la tarde. El trabajo de los mozos se hacía dándoles a cada uno unas cuantas mesas para servir. Los pagos se hacían en la caja, para lo cual llevaban un control de cada mozo. Todo esto no ofrecía dificultades, pues como el público iba a ver los números de varieté no tenía apuro y era costumbre cobrar enseguida de servirlos. A mí me habían dado unas cuantas mesas a la entrada del salón. Esto me resultaba muy descansado. Hasta que no se llenaba el salón no empezaba a trabajar, y siempre no se llenaba. Con todo, yo me encontraba muy a gusto, pues el sueldo era de cincuenta mil reis. De propina se sacaba más de ciento cincuenta mil reis. Los gastos, no siendo para vestir, eran muy pocos, pues como ya he dicho, nos daban casa, comida y también nos divertíamos viendo los números de varieté, algo que para mí eran toda una novedad. Así iban pasando los meses.

De mi padre había recibido varias cartas. Siempre pensaba lo mismo, juntar para poder ir a España, ya era una obsesión en él y no trabajaba tranquilo. Llevaría unos seis meses en mi último empleo y la señora, que ya en varias ocasiones me mandaba a hacer compras particulares de ella, me pidió que la acompañara, cosa que yo hacía con mucho gusto. Quería presentarme a las casas que nos surtían de productos y decirles que sería yo, desde ese momento, el encargado de hacer las compras por orden de ella. Estas compras consistían en ir al mercado, comprar frutas, fiambres, jamón, queso para hacer sándwich, aves, huevos y un sin fin de cosas que había siempre que comprar. Si bien el puesto me alegraba por la confianza que esto representaba, por otro lado, estaba siempre temiendo de no desempeñar bien mi cometido, o que me cobraran de más, pues todas estas compras se hacían al contado. Yo llevaba anotado todo lo que gastaba, pero muy poco acostumbrado a manejar dinero, y sobre todo que en esa época era una criatura de catorce años, no estaba muy seguro de desempeñar como yo quería mi nuevo cargo. Por otro lado, ni siquiera era rentado, lo único que me había librado de hacer la limpieza los días que me tocaba.

Así seguí sin mayores inconvenientes y muy pronto me había conquistado la confianza de la patrona, que ya me trataba como si fuera de la familia. Estaba todo el día a las órdenes de ella y no permitía que yo me ocupase de nada que no fuera, por las noches, servir las mesas, y para eso me habían dado unas al lado del escenario que eran las mejores. Yo le había cobrado mucho cariño. Con mucha frecuencia me decía: «venga para aca meu filhinho» a lo que yo le contestaba casi siempre: «voy mamá Josefina», que este era su nombre. Todo el personal de la casa eran personas mayores. Solo yo era un chico con alma de grande, siempre agradecido del bien que recibía. Esta buena señora no tenía hijos y tal vez yo llenase ese pequeño hueco en su corazón, pues como tengo dicho, era una señora muy enérgica pero toda bondad. Muchas tardes que no tenía nada que hacer me regalaba un par de mil reis y me mandaba a pasear. Naturalmente, a los compañeros que les tocaba guardia y hacían la limpieza no les

gustaba mucho y hasta me gastaban bromas. Veía en ella una madre cariñosa y buena y yo, que jamás había sido tratado con tanta bondad, me desvivía por hacer lo que me mandaba lo mejor que me era posible para tenerla contenta. Mi agradecimiento no tenía límites. Estaba viviendo un sueño del que tenía miedo despertar.

Me envanece un poco al considerarme preferido por la señora y ya pensaba que, de seguir así, tal vez, con el andar del tiempo, podría yo ser el encargado del Café o algo más, quien sabe. Las pretensiones eran buenas y soñar cuesta poco, pero está comprobado que la felicidad dura poco. Un buen día se presentó mi padre en San Pablo para decirme que él se iba a España y yo debía embarcarme para Buenos Aires, donde me reclamaba mi tío Joaquín, fuerte comerciante establecido con tiendas en Buenos Aires. A tal efecto me había mandado el pasaje pagado para el vapor Orellana, compañía del Pacífico. En cuanto a él, embarcaría para España en el primer vapor que saliese de Río con rumbo a Vigo.

*Se acaba la felicidad en San Pablo, su padre le dice que tiene que ir a Buenos Aires con sus tíos ricos, y él volver a España con el resto de la familia*

En el primer momento quise oponerme. Yo me encontraba muy bien, pero por las razones que me dio mi padre, y el poco conocimiento de la vida que yo tenía, pronto me convenció de que debía ir a Buenos Aires. Mis tíos eran ricos comerciantes y se interesaban por mi porvenir. Aparte de mi tío Joaquín estaba mi tío Paco radicado en La Plata, hombre de una sólida fortuna financiera. Todo esto era más o menos verdad, ya que mi tío Joaquín tenía dos tiendas en Buenos Aires y un capital de cincuenta a sesenta mil pesos, que para aquella época no estaba mal. Mi tío Francisco tendría bastante más del doble, pero tanto él como el otro nunca habían pensado en repartir nada conmigo, que por otra parte, era lo más natural. Pero tanto mi padre como yo nos habíamos hecho la mar de ilusiones y en mi fantasía, al llegar a Buenos Aires, me veía rodeado de todas las comodidades, dando órdenes en los comercios de mis tíos y paseando en coche. Con todas esas perspectivas preparé el viaje. Debía embarcar tan pronto como llegara a Santos el vapor Orellana, que es para el que tenía pasaje.

Con tal motivo se presentó mi padre a comunicarles a mis patrones que tenía resuelto que yo me embarcase para Buenos Aires, y a recoger unos ahorros que la señora de la casa, Doña Josefina, me tenía guardados. En cuanto al dinero no hubo ningún inconveniente, pero en cuanto a mí, la buena señora se esforzaba en convencer a mi padre de que no debía irme pues estaba muy bien. Señalaba que a su lado mi porvenir estaba asegurado y que mi padre me iba a perjudicar sacándome de allí. Hasta le ofreció darle una cantidad de dinero para que el llevara para España y que yo, con mi trabajo, iría pagando. Todo fue inútil, mi suerte estaba echada. A los pocos días mi padre se embarcaba para España y yo debía hacerlo tan pronto como llegara el vapor a Santos, que se esperaba para dentro de unos quince días. Una vez que se fue mi padre mi patrona



me pidió mi pasaje con el pretexto de arreglarme el pasaporte, pero el objeto principal era convencerme de que me quedara. Todos los días me hablaba de lo mismo. Yo ya no hacía mucha fuerza por quedarme, pues como dije antes, me imaginaba estar en mucha mejor posición. Aunque me sentía muy halagado y cómodo no pasaba de ser un simple empleado. Por el contrario, en Buenos Aires sería el sobrino de unos tíos ricos.

Se acercaba la fecha de embarcar y mis documentos estaban sin arreglar. Tuve que reclamarlos a la señora, que era quien se había hecho cargo de ellos. Me amenazó con romper el pasaje y los documentos. No me los quería entregar. Estas cosas me estaban intranquilizando. Tuve que informar al patrón de lo que pasaba, quien trató de convencer a la patrona de que entregara mis cosas y me dejara ir. Retenerme contra mi voluntad no era posible. No fue cosa fácil convencerla, teniendo que recurrir al amigo de mi padre que tenía el hotel, Don Agapito Álvarez para que le pidiese también que me entregara el pasaje y mis documentos y me dejara marchar. Así fue que por fin se decidió a entregarme mis cosas. Los últimos días que pasé en San Pablo fueron amargos debido a estos acontecimientos. Nuestra buena amistad se había enfriado algo en los últimos días. Con todo, el día de la partida me acompañó a la estación, me hizo algunos regalos y nos despedimos con un abrazo, sin poder contener el llanto que a ambos nos embargaba. Así fue como me despedí de la persona que tantas atenciones me había dispensado y que yo estaré eternamente agradecido.

Después de mi llegada a Buenos Aires, y en el transcurso de mi vida, cuantas veces he lamentado el haber dejado a tan buenos patrones y amigos, pero parece que el destino nos traza rumbos que fatalmente hemos de seguir, unas veces para bien y otras para mal, jugando así con nuestras vidas.

### PARTE III. ARGENTINA

#### *Comienza la dura vida en Argentina. Recuerdos de su reciente pasado en Brasil y del devenir de la vida*

Mi viaje de Santos a Buenos Aires fue sin ningún inconveniente digno de mención. Todo se desarrolló cómodamente. Llegamos un día viernes del mes de junio de 1902, al anochecer, y no sé por qué causa no nos permitieron desembarcar hasta la mañana siguiente. Parece que mis tíos habían estado esperando que yo desembarcase el día de la llegada y al día siguiente no se ocuparon de ir al puerto, por lo que me encontré solo. Como en el membrete de las cartas había varias direcciones, tomé un coche de plaza diciéndole al cochero que me llevara donde quedara más cerca. Me llevó a una de las sucursales de mi tío Joaquín, en la calle Defensa al 800. Tenía otra en la calle Patricios esquina Alegría y la tienda principal estaba en la calle Independencia 1784, casi esquina Entre Ríos. Llegué a la tienda y tampoco me esperaban allí, todo lo cual

me contrarió bastante. Más tarde vino mi tío y padrino, Pedro, y me llevó a la otra sucursal de Patricios y Alegría, para después ir a la casa de mi tío Joaquín a conocerle a él y a su familia, que eran mi tía Amalia y mis primos Pepe, Isabel, Amalia y Joaquín. Almorzamos en familia y a la noche ya fui con mi tío Pedro a la sucursal de la cual él era encargado. Al día siguiente también almorzamos con la familia de mi tío Joaquín y por la tarde me llevaron a ver una función del Circo Anselmi, pues estaba en la calle Pozos y Europa, hoy Carlos Calvo. También en la calle Pozos al 900 vivía la familia de mi tío Joaquín. La función del circo me gustó bastante, había números muy buenos. Estaba en esa época el famoso Pepino 88, un payaso muy famoso de aquellos tiempos. También representaron alguna comedia gauchesca; ese día representaban Pastor Luna.

Hasta aquí la cosa no estaba tan mal, solo esperaba hacerme cargo de mi puesto. Pensaba que podría ser de cajero, administrador o algo parecido, pero la desilusión fue grande como se verá más adelante. El comercio de tienda donde me había destinado mi tío se componía de solo una habitación que daba a la calle, y que a la sazón ocupaba mi tío Pedro, y una piecita arriba de la cocina adonde dormían dos muchachos que trabajaban en la casa como dependientes. Yo desde ese momento iba a ocupar el lugar de cadete y peón de limpieza. En cuanto a dormir lo hacía encima de un mostrador, en una cama que se improvisaba con colchas y una almohada. Los días que mi buen tío salía de noche, que eran muchos, tenía que esperarlo despierto, en muchos casos hasta después de las doce de la noche que terminaban los espectáculos públicos. Para comer me habían tomado pensión en casa de una familia vecina, donde comía solo y bastante mal. Todas estas cosas, como se comprende, me tenían con un estado de ánimo que me costaba mucho disimular. Con mi tío apenas si hablaba. Mis compañeros, si me hacían hablar, era para tomarme para la farra. Me gastaban muchas bromas a causa de mi acento brasilero que, por más que quería, siempre mezclaba con otras palabras. Me encontraba en una situación bastante molesta como es de imaginar. Yo nunca hubiera pensado que tendría que venir a Buenos Aires para pasarla tan mal. Así habré estado quince días. Como esto no podía seguir así por mucho tiempo pronto se precipitaron los acontecimientos. Una noche que mi tío regresó de noche se cansó de llamar a la puerta y, como nadie contestaba y suponiendo que yo me había dormido, lo cual era cierto, tuvo que ir a dormir al hotel. Al día siguiente me dio un buen sermón y unos coscorrones por haberme dormido. Ya no aguanté más y me fui a casa de mi tío Joaquín molesto por el mal trato que me daba mi tío y padrino Pedro. Trató de que volviera, pues en las demás casas no hacía falta. Todo fue inútil, yo no quería hablar con mi tío Pedro de ninguna forma. De miedo que me quisiera hacer quedar no fui ni a buscar mis cosas.

Me mandó a la tienda central para hacer más o menos lo mismo, barrer la tienda, limpiar vidrios, hacer mandados, vender carreteles de hilo, etc. Dormir se hacía igual, sobre el mostrador, y se comía con la familia de mi tío Joaquín.

*Empiezan sus primeras salidas al teatro y algunas diversiones*

Por las noches íbamos con mis primos al teatro de Mayo o Comedia, unas veces con mi primo Pepe, que tenía dos años más que yo, y otras veces con el dependiente Avelino Seco San Martín, el que con el pasar de los años habíamos de conservar buena amistad con él y su familia. Yo iba siempre y mi primo y el dependiente Seco San Martín se turnaban. Esto pasaba porque como yo era el más chico y en la tienda se notaba poco mi falta, me mandaban a procurarme las entradas. Tan pronto como cerraban la tienda, que era a las nueve de la noche, nos reuníamos en la puerta del Teatro Mayo o Comedia, que por aquella época estaba la Cía. de Joaquín Montero. Representaban obras de género chico, o sea zarzuelas. Alternaban en el cartel por aquel entonces «El guitarrico», «El cabo primero», «La alegría de la Luce», «El baturrico». Trabajaban como primeras figuras en el teatro Mayo «La Montilla», «Montero», «Loyola», «Ferrer» y la hoy célebre Lola Membrives, que hacía algunos papeles secundarios. También venían muchas noches otros dependientes de tiendas, amigos de mi primo, y hacíamos partidas de siete y medio que muchas veces duraban hasta el amanecer. Con eso yo me había olvidado algo de mis disgustos. También venía por la tienda un muchachito de mi edad, llamado Severino Lafuente, recién venido de España, que trabajaba en otra tienda de cadete. Al dueño, que según decían era un clavo, lo llamaban remache. Al principio, por reírse de nosotros, nos querían hacer pelear y nos gastaban bromas cada vez que iba a la tienda de mi tío, y hasta creo que nos peleamos alguna vez, pero al final nos hicimos buenos amigos. Amistad que cultivamos a través de tantos años. El siguió en el ramo de tienda, trabajó también a las órdenes de mi tío y poco antes de la 1ª Guerra Mundial se hizo cargo de la tienda como dueño, que por ese entonces tenía mi tío Joaquín en la calle Independencia 3702 esquina Colombres, en Buenos Aires. Por cierto, le fue bastante bien, pues al no venir géneros de Europa los que tenían se le revalorizaron mucho. Hasta pudieron vender géneros que ya habían pasado de moda hace años.

Salíamos mucho para ir al teatro y, claro está, regresábamos después de las doce de la noche. Para no golpear mucho, para que no se enterasen los vecinos, pues podían comunicárselo a mi tío, habíamos ideado un sistema que nos daba excelentes resultados. Consistía en que el que quedaba de guardia se ataba un cordón en la pierna y lo llevaba de la cama, que era el mostrador, hasta la puerta de calle. Así con un pequeño tirón, aunque estuviese durmiendo, era suficiente para que se levantase y abriera la puerta. Así llevábamos unos dos meses y yo le iba tomando gusto a esta nueva vida, pero estaba en Dios que no había de durar mucho, y así fue. Una noche que mi tío pasaba por la vereda del negocio, le llamó la atención el cordón que colgaba de un costado de la puerta y se le ocurrió tirar por él. Lo sintió gritar «ya va, ya va». Así se enteró de nuestras salidas. Ese día el que tenía atada la pierna era el dependiente, el amigo Seco San Martín. Mi primo y yo, ajenos a lo que pasaba, nos encontramos al regreso con mi tío, que nos esperaba.

Nos echó un buen sermón y prohibió absolutamente que saliéramos de noche, pues el único día de salida eran los domingos después del mediodía. Hasta esa hora se atendía al público y era por turnos cada quince días.

A partir de esa fecha para mí las cosas se pusieron feas. Ya fuera por las escapadas de noche, o porque había sorprendido ciertos enredos comerciales y de otra índole a mi tío, me mandó a trabajar a casa de un conocido, que tenía tienda, por aquel entonces en la calle Cangallo y Junín. Un tal señor Pietro, español, muy rígido para todo y sobre todo para tratarme a mí, que lo hacía estilo militar. A lo mejor esa era la mejor forma de enseñarme, pues yo era un verdadero recluta, pero sucedía que me enseñaba a barrer la tienda, limpiar los cristales, hacer mandados, etc., En una palabra, peón de limpieza. Como verán, en Buenos Aires mis progresos eran muy lentos.

Se comía en la casa y se dormía arriba del mostrador. Había un dependiente que comía en la casa, pero dormía afuera. La señora parecía muy buena persona, apenas si la llegué a conocer pues nos veíamos a la hora de comer. Terminando la cena, tenía que prepararme mi cama arriba del mostrador y acostarme. Los patrones salían muchas noches. A la cocinera, una señora de edad, y a un pariente de la señora, no le interesaba charlar conmigo. Terminados sus quehaceres se iba a descansar, así que la mitad del tiempo lo pasaba solo. Cada quince días me dejaban salir medio día, con obligación de estar antes de las siete de la noche de regreso. En estas ocasiones aprovechaba para ir a visitar la familia de mi tío Joaquín y para quejarme, pues no era eso lo que yo esperaba al venir a Buenos Aires. Me decía invariablemente que tratara de aprender, que las cosas tendrían que cambiar, pero yo cada día que pasaba estaba más molesto con mi empleo. Tampoco sabía cuánto ganaba, ni lo llegué a saber nunca. Los días que me tocaba salida me daban un peso para gastos. Pasado el primer mes, que a mí me pareció un año, me animé a preguntarle al patrón cuánto ganaba, a lo que me contestó que tenía que hablar con mi tío al respecto. Pasó otro mes y tampoco me pagaban nada.

*Siente desesperanza por el maltrato de sus tíos, quiere dejar todo y volver a Brasil y se sube a un barco de pasajeros en el puerto*

Como esto de no cobrar y el malestar que yo sentía por estar haciendo un trabajo que no me gustaba, y no veía ningún porvenir, solo esperaba poder tener algún dinero y regresar al Brasil, de donde nunca debía haber salido. Claro que esto se ponía muy difícil. Como sueldo no me pagaban, y mi capital es esa fecha no alcanzaba a cinco pesos, provenientes de alguna propina que me daban al entregar algún paquete, no sabía cómo hacer. Cada día que pasaba me hallaba más molesto. Y fue así que se me presentó una solución inesperada. Un domingo que me tocaba franco me fui hasta el puerto a ver los vapores, cosa que hacía casi siempre, y observé que estaban entrando los pasajeros de un vapor francés que debía salir esa misma tarde. Al parecer no había

mayor control y entré como para visitarlo, pensando que podría marcharme también. Así fue, con los pocos pesos que tenía me compré una silla y dos docenas de naranjas y ya me consideraba pasajero, con derecho a ir sentado y comido. Salimos del puerto hacia las seis de la tarde, pero al rato de navegar paró el vapor por falta de agua en el canal. Allí nos pasamos cuatro días. Habían empezado a revisar a los pasajeros enseguida de salir el vapor. Pude pasar sin ser visto, aprovechando un descuido del revisador. Al siguiente día revisaban a la hora de la comida. Yo al ver eso me iba al camarote hasta que terminaba la revisión y luego comía como podía algo de las sobras. Un día que también había llegado tarde se interesó por mí un señor brasilero que, junto a la familia, iba para Río. Le dije que estaba algo indispuerto y por eso estaba en el camarote y que, por otra parte, como no tenía compañero me resultaba difícil ir a buscar la comida, pues ésta se da en el pasaje de tercera y por grupos de diez personas. El hombre, creyendo hacerme un favor, trató de hablar con el mayordomo para pedir que me agregase al grupo de sus familiares. Así fue que este señor me buscó para presentarme al mayordomo, que no bien me vio me pidió que le mostrara el pasaje. Traté de buscarlo en todos los bolsillos, pero no aparecía ni podía aparecer, pues no lo tenía. No obstante, dije, puede ser que lo tenga en el camarote. Quedamos que lo buscaría más tarde. Mientras tanto, me llevó a la cocina para que me dieran de comer, luego me dediqué a buscar mi pasaje, pero no aparecía. Entonces me dijeron que el camarero que servía en la primera necesitaba un ayudante, si yo quería trabajar podía continuar viaje. Me pareció muy bien y estuve ayudando a servir la mesa dos días. Estaba muy contento, me habían dado un camarote para mí solo. Se comía bien y el trabajo no era mucho. Ya pensaba haber resuelto mi problema, pero al quinto día empezó a repuntar el río y ya en condiciones de zarpar el vapor, dio órdenes el comandante de desembarcar los que no tuviesen pasajes. Hablé con él para que me permitiese seguir hasta Santos o Río trabajando, pero todo fue inútil. Me mandaron a una habitación en cubierta a la espera que llegase una lancha que nos había de conducir de nuevo a Buenos Aires. Según pude ver, cuando me llevaron a la habitación en cubierta, había en ella siete personas más, sentados en el suelo, en fila y recostados en la pared, con una argolla en un tobillo y sujetos en conjunto con una barra de hierro. Luego supe que así llamaban ponerlos en la barra. Así los tenían a los pobres. Según me contaron, les daban muy mal de comer y los hacían dormir en esa forma presos, sin colchones, sobre el piso limpio y con apenas una mala frazada para taparse. Recuerdo que en esos días hacía mucho frío, era el mes de septiembre y justo el día siete, víspera de mi cumpleaños. Al empezar a aclarar el día, junto con mis compañeros de infortunio que tampoco habían pagado pasaje, nos metieron en una lancha descubierta. Hacía un frío que cortaba hasta la respiración.

*Ve todo negro, la vida no le sonríe, creía que la mejor solución era eliminarse, pero siempre hay un alma buena y la fe vuelve*

Así llegamos a Buenos Aires y sin más trámites nos desembarcaron en el barrio de La Boca. Recuerdo que lo primero que encontramos fue un gran canasto de pan que el panadero había dejado en la vereda mientras servía a un cliente, instancia que aprovecharon mis compañeros para agarrar uno o más panes y salir corriendo para no ser vistos. Los pobres tenían mucha hambre. Yo tuve miedo y vergüenza de hacer lo mismo, pero en el transcurso del día, que yo no había comido, y sin perspectiva de hacerlo, pues no tenía ni un centavo, bien que me acordé del canasto de pan de la mañana.

Así me pasó el día vagando por el puerto y sin saber qué rumbo tomar, pues a casa de mi tío, ni a la del Sr. Prieto, quería volver. Hubo momentos que había agarrado tal desesperación que hasta pensé tirarme al río, terminar de una vez, pues hay momentos en la vida en que uno lo ve todo negro. Creí que la mejor solución era eliminarme. En estos malos pensamientos estaba yo, caminando por la orilla del río en el puerto, cuando se me acercó un hombre, con un pequeño cajón, vendía cigarrillos en el puerto, para preguntarme qué me pasaba. Hacía rato que me estaba observando y pensó, dada mi actitud, si no estaría por hacer alguna barbaridad. Y fue así que entablamos conversación. El hacía poco que había llegado de España y unos amigos que tenían cigarrería lo habían habilitado con esos paquetes de cigarrillos para que los vendiera y se fuera ganando para vivir. No había conseguido trabajo y su situación era bastante apremiante. Así conversando, y con el pretexto que tenía de abastecerse de cigarrillos, nos alejamos del puerto. Ya en la calle Alsina al 700 nos despedimos y de sus escasos recursos me dio diez centavos que yo no quería aceptar. Me dijo que lo viera al día siguiente, que algo me podría ayudar. Aquí vendría bien el refrán «tú que no puedes llevarme a cuestras»<sup>12</sup>. Yo no podía pensar en serle gravoso.

Yo le había contado una historia con respecto a mi situación, y era que al desembarcar una persona se había ido con mi equipaje y con todo lo que tenía y que, sin conocer a nadie en Buenos Aires, por eso me encontraba así. Y así fue, que en la primera panadería que encontré me compré un pan criollo de dos centavos e hice mi desayuno, comida y cena. Eran las seis de la tarde y pensaba que con los ocho centavos restantes podía ir pasando otros tres o cuatro días. Un pan criollo por día y parece mentira que, con tan poco, mis pensamientos fueran más optimistas. Empecé a tener fe en el porvenir.

Con todo, mi situación era embarazosa en extremo. ¿Qué puesto podría desempeñar? No lo sabía. En todas partes exigían recomendaciones y ¿cómo las podría dar yo si no las tenía, ni las podía conseguir? Por aquel entonces casi todas las casas

---

<sup>12</sup> «Tú, que no puedes, llévame a cuestras». Se dice en jácara cuando alguien, ya de por sí abrumado, ha de soportar alguna carga adicional intempestiva. (N.A.)

daban a sus empleados un espacio donde dormir y comida. Pero yo que no tenía ni equipaje ni colchón, ¿cómo me presentaba?, ¿qué les diría para poder tener éxito en mi gestión? Todas estas cavilaciones pasaban por mi mente y hubo momentos que ya no encontraba otra solución que volver con el Sr. Prieto o con mi tío, pero pudo más mi amor propio. No quería volver donde yo consideraba que tan mal me habían tratado. Todo esto sucedía el día 7 de setiembre de 1902.

Como decía, el asunto de alimento ya lo consideraba casi resuelto, pues me quedaban ocho centavos para varios panes criollos. En cambio, el alojamiento se presentaba más difícil. Anduve caminando hasta la hora de las actuaciones en el teatro Comedia, que en aquel entonces formaba compañía, y alguien me regaló una contraseña para la última sección de la noche. Traté de venderla, pues por lo general pagaban veinte centavos, pero no lo conseguí. Entonces fui a ver la sección para aprovechar la entrada, pero mi pensamiento estaba en otro lado al no saber dónde podría dormir, y hacerlo a la intemperie resultaba poco agradable pues ya hacía bastante frío. Terminada la función y caminando sin rumbo, hablé al portero del teatro quien me permitió acurrucarme en un rincón, donde pensaba pasar la noche. Pasó por ahí un bombero, quien me preguntó por qué estaba allí. Le conté más o menos mi situación y me convidó a ir a su habitación, la cual compartía con un compañero al cual le tocaba guardia. Únicamente bastaba que yo me fuera antes de las seis de la mañana, hora que acostumbraba a ir el otro a descansar. Así fue que pude dormir bajo techo, gracias a un alma caritativa.

*Su odisea para conseguir su primer trabajo en Buenos Aires el mismo día de su cumpleaños, el número dieciséis*

El día 8 de septiembre, a las seis de la mañana, ya estaba yo en la casa Rey, en la calle Victoria, frente a la plaza, leyendo los avisos de la prensa para buscar colocación. Pedidos había algunos, pero ¿cómo me presentaba sin ropa y sin recomendaciones? Así, buscando y cavilando, me llamó la atención un aviso que decía textualmente «Muchacho se necesita para pequeños quehaceres. Se lo viste y se lo educa en cambio de su trabajo. Tratar Rivadavia 7950». Y no busqué más, me pareció que eso era lo que más me podía convenir dado mi situación. Pregunté donde quedaba Rivadavia, pues yo conocía muy poco Buenos Aires. Enseguida, en el mismo almacén Rey, me orientaron hacia donde debía tomar el tranvía a caballo, que salía ahí mismo en la Plaza de Mayo, y que por veinticinco centavos me llevaría a esa dirección. Pero mi capital era de ocho centavos. No debía de pensar en eso, teniendo que emprender la marcha a pie. Por cierto, que parecía que no iba a llegar nunca, pues setenta y cinco cuadras como desayuno eran muy pesadas. Llegué medio desmayado por el cansancio

y la debilidad, pero llegué. Y así aprendí que, en la vida, cuando se quiere llegar lejos, teniendo fuerza de voluntad, se sufre, pero se llega. Todo consiste en no acobardarse.

Me presenté a mis futuros patronos solicitando el puesto que ofrecían por la prensa, pero como no tenía ni ropa ni recomendaciones, ni nadie que me presentara, optaron por rechazarme. Mucho tuve que hacer para convencerlos. Les dije que hacía poco que había llegado de Brasil y que mi equipaje me lo había llevado un changador, a quien yo había entregado al salir de la Aduana, y que debido a ello, me encontraba así. No se dejaron convencer fácilmente, pero me hicieron pasar y me dieron de comer unas milanesas frías que sabían a gloria. No bien hube terminado me querían llevar a la comisaría para denunciar el robo de mi equipaje. Les manifesté que ya lo había hecho yo en una comisaría del centro. Ante el temor que mis tíos me buscasen por la policía había cambiado mi nombre y me hacía llamar Juan Fernández. La treta dio resultado, no pudieron encontrarme. Por fin se decidieron a que me quedase a prueba por unos días, y con la amenaza de entregarme a la policía a la menor falta de mi parte. Así empecé a trabajar en la casa del Sr. Juan Lozano y a fin del primer mes, en vista de que yo no tenía más que lo puesto, me fijaron un sueldo de diez pesos por mes. Con eso iba haciendo frente a mis necesidades.

Empecé por hacerme un colchón con virutas y dos bolsas de las que emplean para el azúcar, que me resultaba bastante confortable. La almohada era del mismo material, de frazada. Me habían prestado también un capote de soldado. Había que ver lo confortable que resultaba todo esto. En cuanto me acostaba ya estaba dormido, y hasta el día siguiente que sonaba el despertador a las cinco de la madrugada, hora en que había que levantarse para bombear agua, lavar los patios, que eran bastante grandes, y regar la quinta, para luego preparar el desayuno y limpiar la casa. Esta tarea duraba hasta las diez, hora que iba a la cocina a ayudar y a aprender a cocinar, trabajo que hacía la patrona, pero que muy pronto hube de hacer yo. Esta señora era una maestra colosal, así que, al poco tiempo de estar en la casa, ya tenía a mi cargo todas las tareas de la casa, y a más había que limpiar la cochera, el caballo y lavar el Break<sup>13</sup> de vez en cuando.

*Luego de perder todo empieza a recuperar y a tener algunas humildes pertenencias*

Así estuve seis meses, el trabajo era mucho, pero el sueldo seguía siendo el mismo con lo que me había iniciado, y con eso iba comprando lo más imprescindible. Ya tenía mi buen baúl, hecho de madera de cajones y forrado de latas de kerosén, que yo mismo hacía a ratos perdidos. El Break y el caballo lo habían comprado a los dos meses de estar yo en la casa. Como tanto trabajo no era posible que yo lo hiciese, pues la señora

---

<sup>13</sup> DRAE: break. 1. m. Carruaje abierto, de cuatro ruedas, con pescante elevado y bancos en la parte posterior, que se utilizaba para excursiones. (N.A.)



perdía mucho tiempo en cuidar a un hijo que tenía inválido, poco más de mi edad, al que había necesidad de vestirlo y ayudarlo en sus necesidades, trajeron un muchachito de once años para que me ayudara. Claro que ayudaba, pero principalmente a comer. La comida que para uno iba pasando, pero para dos resultaba escasa.

Se comía siempre lo que sobraba de la mesa. Como yo tenía que servir el comedor, que quedaba bastante lejos de la cocina, me encontré en más de una ocasión que, cuando volvía ya, él se había comido lo que nos habían dejado para los dos. El pan, nos daban una feta cortada, tan poco que yo lo juntaba siempre de dos días para comerlo todo junto. Así es que él, como yo, éramos capaces de comer el doble de lo que nos daban, pero todo era medido y contado, y todo encerrado con llave en la despensa. A la mañana, como se hacía puchero, siempre yo ponía alguna papa más a la olla, pues era lo único que había en la cocina y trataba de comerla no bien estaban cocidas. Por la noche era más difícil, pero yo trataba de ir comiendo algo de los guisos que se hacían a medida que iban estando cocidos. La sentí quejarse algunas veces a la señora y decía que cuando ella hacía esos platos, la fuente se llenaba más. Era la mujer más económica que he conocido, todo se aprovechaba y se aprovechaba bien.

Mucho he tenido que sufrir porque yo me estaba acostumbrando a esa miseria o economía, pero con el andar del tiempo mucho me he acordado de esta señora, y en muchas ocasiones la he citado en mi casa como ejemplo. Siempre me ha gustado sacar provecho de todo. Estoy convencido que la base de mi éxito se debe a este período de mi vida, que sin ganar nada naturalmente me ha servido de guía para el futuro, pues me enseñaron a ahorrar y a trabajar.

Como decía, mi compañero ayudaba más a comer que a trabajar y pronto lo reemplazaron por una señora con un hijo de aproximadamente ocho años, la que se encargó de la cocina y otros trabajos. Naturalmente, mi trabajo se vio algo aliviado. Con tal motivo, me comunicaron los patrones que en vista que esa señora iba a hacer casi todo el trabajo yo podía seguir lo mismo. Pero el sueldo sería de cinco pesos en vez de diez, pues yo ya tenía de todo. La sorpresa fue grande y aunque nada les dije, al día siguiente le pregunté al almacenero donde yo iba a comprar, si sabía de alguien que precisara de mis servicios, pues me iba a retirar de lo de Lozano. Me preguntó cuánto me pagaban y le dije veinticinco. Yo le pago treinta y venga mañana mismo. Y así, a la mañana siguiente fui a trabajar al almacén. Al decirles que me iba no les pareció ni mal ni bien, me dejaron ir, pues creían de buena fe que la señora y el chico podrían hacer fácilmente lo que hacía yo. Pronto tuvieron que convencerse de lo contrario. Antes de un mes ya querían que volviera, y pagándome igual que me pagaba el almacenero. No volví más, puse por excusa que mi tío, que por entonces había ido a buscarme, quería que siguiera en el comercio, pues a pesar de que no lo había pasado muy bien, les tenía

cierto cariño y seguí cultivando buena amistad con ellos. Al fallecer el Sr. Lozano he servido de consejero de la señora en varias ocasiones.

El trabajo del almacén me gustaba más, pues estaba más de acuerdo con mi temperamento. Por aquel entonces la población era poco compacta y con mucha frecuencia había que llevar canastos de mercadería a seis o siete cuadras de distancia, atravesando potreros. También servíamos a algunos hornos de ladrillos que estaban en la calle Avellaneda. Lo cierto es que resultaba agotador. El peso de la canasta casi siempre era superior a los treinta kilogramos, y como éramos el patrón y yo solos teníamos que hacerlo todo. Para descansar él hacía la comida y yo lavaba los platos.

Por aquel entonces en el barrio donde estaba el almacén se estaban cometiendo muchos robos, y estábamos algo preocupados de que pudieran robarnos a nosotros también. Estábamos bastante aislados. De un lado había una casa particular que tenía edificada solo el frente, y lindaba con un gran terreno baldío, y por el otro una herrería y arreglo de carros con un mal portón de madera. El patio se comunicaba con el almacén, así es que la casa ofrecía poca seguridad. El negocio se componía de un saloncito a la calle, una trastienda despacho de bebidas, una habitación contigua, que era donde dormíamos el patrón y yo, una cocinita de madera en una galería, por donde tenía que entrar también la familia de los herreros y el WC, que estaba al fondo del terreno a unos sesenta metros. Todo lo que se vendía durante la semana se guardaba en la habitación hasta el domingo que venía el cuñado del patrón y se llevaba el dinero. Tenían otro almacén en la calle Boyacá esquina Gaona, y hasta allí tenía yo que ir con mucha frecuencia a traer algunas mercaderías que nos hacían falta.

### *El susto del supuesto robo en el almacén y las risas por el mal rato que pasaron*

Como decía, estábamos con miedo que nos robaran, así es que nos acostábamos siempre preocupados y procurando de poner trancas en todas las puertas. Un buen día nos rompieron el vidrio de la parte alta de la vidriera y nos dimos a pensar si lo habrían hecho los ladrones para asaltarnos esa noche. Como en ese día no se pudo reponer, cerramos lo mejor que pudimos y nos acostamos a la expectativa, pues presentíamos que algo iba a suceder. El patrón había dejado el revólver bajo la almohada a la espera de los acontecimientos. Yo no tenía mayormente miedo, pero tampoco estaba muy tranquilo. Fue así que, a eso de las dos de la mañana, me despertó el patrón para decirme que había ladrones en el negocio y que hacía rato venía sintiendo ruidos en la vidriera de la calle. Le parecía que ya habían entrado, pues también había sentido ruidos en el mostrador de comestibles. También yo sentía ruidos extraños y ya no había dudas, andaban ladrones en el negocio. Nos vestimos lo más rápido posible y nos dimos a la tarea de hacer ruidos para ver si los ladrones abandonaban el local. En vista de que eso no daba resultado, y los ruidos seguían lo mismo, nos armamos de

coraje y salimos a la trastienda, yo con el revólver que me había dado el patrón y él con un garrote en una mano y una vela en la otra para poder ver. Abrimos rápidamente la puerta que daba al patio de la herrería para pedir auxilio a los vecinos y escapar si nos veíamos apurados.

A todo esto, hacíamos los dos el mayor ruido para ver si así se iban los ladrones, pero no conseguíamos nada. Parecía que estaban tratando de abrir el cajón del mostrador. El ruido se sentía claro en ese sitio. Nosotros nos alumbrábamos con una vela, pero la sala del negocio permanecía completamente a oscuras. La iluminación era a gas y el medidor estaba atrás de la puerta del negocio. Procurábamos cerrar siempre la llave principal, para evitar escapes y claro, no podíamos pedir permiso a los ladrones para prender el gas. No queríamos entrar en el negocio por miedo a que nos atacaran y no pudiéramos defendernos. Como yo llevaba el revólver, él me mandaba delante mientras alumbraba con la vela y se cubría atrás del mostrador de bebidas, por lo que pudimos pasar así. Buscamos un garrote y los ruidos seguían, lo que nos hizo pensar que serían varios y no quisimos arriesgarnos a entrar en el negocio. Salimos al patio de la herrería a pedir auxilio a los vecinos que vivían a los fondos de la casa. Enseguida vinieron dos hombres, pero pronto se puso en movimiento toda la gente de la casa y se pensó que convenía buscar un vigilante, para lo cual mandaron a un muchachito. Un hombre de los que vino lo hizo armado con una escopeta, el otro con un trozo de hierro. Yo con el revólver y mi patrón con el garrote. Así ya, nos parecía que podíamos hacer frente a los ladrones y, sin esperar al vigilante, entramos en la trastienda del negocio a escuchar si hacían ruido, pero no se sentía y pensamos que mientras habíamos ido a pedir auxilio se habían marchado. En eso estábamos preparándonos a mirar en el negocio, cuando sentimos nuevamente ruidos en el mostrador. No había duda, los ladrones estaban, pero ya nos dimos coraje y entramos poco a poco en el negocio. Los ruidos seguían debajo del mostrador, pero ya no teníamos miedo y los invitamos a salir del mostrador y que no se resistieran que iba a ser peor. Como no teníamos respuesta a nuestro requerimiento avanzó el de la escopeta amenazándolos con hacer fuego si no salía el ladrón, y aquí vino lo bueno. No había nadie atrás del mostrador, lo que había era una lata grande, donde había una pequeña cantidad de alpiste, y se había metido en ella una rata. Como el animal no podía salir golpeaba contra los costados de la lata. Eso producía los ruidos que nosotros creíamos eran ladrones. Vaya mala noche nos hizo pasar.

Después de esto, tomamos unas copas con los vecinos y nos reíamos a pesar del mal rato que nos habían hecho pasar. En eso estábamos cuando llegó el muchacho con el vigilante. Al día siguiente lo sabía todo el barrio y así fueron las tomadas de pelo.

*Pasan los meses, se enferma y se interna en el hospital. Estaba débil, vuelve con el tío Joaquín, aprende italiano y mejora su situación en varios empleos*

Estuve en el almacén unos cuantos meses y me enfermé. Como en el almacén no había quien me atendiese me interné en el hospital Álvarez, en el barrio de Flores, donde estuve quince días. Regresé al almacén y enseguida me puse a trabajar, pero el reparto que antes hacía con relativa facilidad me costaba mucho trabajo. Había quedado algo débil de mi enfermedad y me fatigaba mucho. El patrón no se daba cuenta de mi estado y seguía cargándome más de lo que yo podía resistir. Así fue que un día, después de terminado el reparto, me mandó llevar una bolsa de sal de cincuenta kilogramos hasta otro almacén que quedaba a más de veinte cuadras de distancia. Salí con ella del almacén. Había caminado dos cuadras y ya estaba cansado y comprendí que no iba a llegar al destino con ella. La dejé en una puerta y fui a avisar al patrón que la fuera a buscar, pues yo no podía llevarla. Como eso no le pareció bien le dije que me arreglara mis cuentas y me fui.

Estuve unos días en casa de mi tío Joaquín descansando y luego me coloqué en un almacén cerca de la tienda Independencia de mi tío, propiedad del Sr. Luis Guachino, gente muy buena que tenía cierta amistad con mi tío. Era almacén, cancha de bochas y despacho de bebidas. Comíamos en familia con la Sra. Doña Magdalena, dos niños de dos y tres años y el suegro, un señor de bastante edad, pero que a las cinco de la mañana venía a despertarme para abrir el despacho de bebidas. Toda gente muy buena. El trabajo mucho más liviano que en el otro almacén. El sueldo de treinta y cinco pesos por mes. Se hablaba mucho el italiano y sobretodo el viejito, que se había empeñado que yo aprendiera su idioma, cosa que yo hacía con gusto. Las palabras que aprendía las repetía siempre para no olvidarlas. Fue así que antes de tres meses conversaba italiano con ellos y con algunos clientes, pues sentía verdadero placer en hacerlo.

Como tampoco ahí había porvenir, busqué trabajo en un restaurante y despacho de bebidas en la calle Moreno al 700. El sueldo era de cuarenta pesos, pero había algunas propinas. El trabajo era agotador. Se abría el negocio a las cuatro de la mañana y se trabajaba en el despacho de bebidas hasta las diez, luego había que preparar las mesas para el almuerzo y seguir trabajando hasta la una o las dos de la tarde, ya que había clientes en el restaurante. Después almorzábamos y dormíamos hasta las cinco, para seguir hasta las once. Una vez terminamos la jornada nos acostábamos a dormir, lo que hacíamos en una habitación arriba de la cocina, sin más ventilación que una pequeña claraboya. El calor era sofocante y las cucarachas se contaban por miles. Suerte que el cansancio era tan grande que, aun corriendo por la cama no las sentíamos. Cobré el primer mes y me despedí.

Fui al Hotel Larre, en Constitución, para atender la gambuza<sup>14</sup>, con un sueldo de sesenta pesos. Me prometieron que me darían plaza de mozo en cuanto hubiera disponible. Así estuve dos meses. Pedí que me dieran una plaza que había quedado vacante en el bar, pero ya estaba comprometida. Me prometieron para más adelante, mientras me pagarían setenta pesos. Pero yo quería ganar más, debido a ello me fui.

*A sus dieciséis años ya empieza a buscar trabajos «de grande». Se busca la vida en restaurantes y confiterías*

Tardé unos cuantos días en encontrar trabajo, sobretodo porque yo ya tenía pretensiones de persona mayor. Tenía dieciséis años y era capaz de hacer lo que hiciese otro, pero representaba poco, lo que me traía algunos inconvenientes. Una agencia de colocaciones me ofrecía una plaza en el mostrador de bebidas de la confitería Figare, propiedad del Sr. Sebastián García, en la calle Almirante Brown, en La Boca. Trabajaban mucho, sobre todo en bebidas, pues era un gran salón de más de ochenta metros donde había cinematógrafo y no se cobraba la entrada. El consumo de bebidas era obligatorio. El sueldo que ofrecían era de ochenta pesos por mes, casa y comida, pero exigían como condición que fuera italiano y hablara el idioma puesto que la clientela era casi toda italiana. Me parecieron buenas las condiciones y me presenté en la confitería. Don Luis Gambardi, hermano del dueño, me sometió a un examen del idioma. Ante el resultado favorable quedé incorporado al personal de la casa y pasé a ser italiano piamontés. Como el idioma italiano me gustaba mucho, y entre el personal se hablaba bastante, pronto llegué a hablar bien y todos me llamaban el italianito. Pasado algún tiempo dije que yo era español, pero nadie lo podía creer.

El puesto que yo tenía que desempeñar era de mozo de mostrador, sección bebidas, para atender a los pedidos de los mozos del salón. En las horas de la noche se trabajaba muy fuerte, pues era el mejor salón cinematográfico que había en el barrio de La Boca y los precios que cobraban eran muy moderados. Con todo, el Sr. Gambardi estaba haciendo mucho dinero. Ya había comprado la propiedad donde estaba instalada la confitería y tenía varias propiedades más. Era un señor muy activo y tanto él como la familia vivían en los altos de la confitería, en una casa muy cómoda y con mucho confort. Vestían a todo lujo. El que estaba siempre al frente de la casa era Don Luis, pues Don Sebastián se ocupaba mucho en comprar y vender propiedades donde, al parecer, hacían buenos negocios. Parece ser que se entusiasmó demasiado en ellos, comprando demasiado, aprovechando que tenía mucho crédito en los bancos, y cuando vino la crisis no pudo hacer frente a sus compromisos y tuvo que presentarse en quiebra, perdió casi todo.

---

<sup>14</sup> DRAE: 1. f. Mar. En un barco mercante, despensa (|| lugar donde se guardan los comestibles). (N.A.)

Cuando yo era copropietario de la casa Tonsa se presentó un día a pedirme que le diera algún seguro, pues vivía de eso. Yo traté de ayudarlo, eso me hizo pensar en las vueltas que da la vida. Un señor al que yo consideraba rico me venía a pedir a mí, que había sido su dependiente, para que lo ayudara a seguir viviendo.

Como llevo dicho, yo tenía que atender el mostrador de bebidas, pero en las horas del día, como había poco trabajo, pasaba a ayudar a la sección confitería. Era tal el afán de aprender que me lo había tomado con mucho cariño. Ayudaba a hacer vidrieras, a llenar cajas de bombones, a preparar bandejas, etc. Francamente no lo hacía por beneficio de la casa, sino porque me interesaba adquirir conocimientos de ese ramo y poder algún día trabajar en una confitería de más categoría.

Habían pasado pocos meses, ya me parecía que ese sueldo era poco para mí, pues yo podía desempeñar puestos mejores, y dejé la confitería Ligure. Conseguí entrar a trabajar en la confitería del Gas, una de las mejores de Buenos Aires. Aquí tropezaba con algunas dificultades. No tenía yo preparación suficiente. Algo había aprendido en la confitería de La Boca, pero me quedaba mucho por aprender. Yo trataba de desempeñarme lo mejor posible, pero con mucho disgusto tuve que convencerme que el puesto me quedaba grande. El encargado de personal así me lo hizo comprender cuando cumplí el primer mes de trabajo y tuve que irme. No me desalenté por eso, un tropezón. Seguí adelante, algo más había aprendido, y fui a la calle Belgrano y Rioja, confitería Los Dos Tigres. Se había puesto en competencia con otra que había en la esquina de enfrente, que se llamaba Confitería de los Dos Leones, vieja del barrio y muy acreditada. Mi nuevo patrón hacía todo lo que podía para acreditar su casa y yo lo ayudaba con todo empeño. La clientela no respondía y yo no podía perder tiempo. En cuanto cobré el mes me fui.

En una agencia de colocaciones tenían un buen puesto en la confitería Los Dos Chinos, para la sección masas, pero temían que no me tomaran pues era demasiado chico. Ante mi insistencia me mandó me presentara en la casa. Me atendió Don Carlos Contaretti, uno de los dueños, persona enérgica pero muy simpática. Me preguntó donde había trabajado y me dijo: «con estos antecedentes Ud. ha de saber muy poco», y claro está, ya me había rechazado. Felizmente no fue así, pero reaccionó enseguida y me dijo: «a mí no me importa que sepa mucho, sino que haga lo que yo le mando». Al día siguiente estaba trabajando en Los Dos Chinos. Mucho les debo yo a los hermanos Contaretti, pues en esa casa, siguiendo el ejemplo de ellos, trabajadores incansables y verdaderos maestros en el ramo de la confitería, es donde yo he aprendido a trabajar, porque hasta que yo fui a su casa trabajaba, pero no sabía trabajar, por eso mi agradecimiento será eterno. El sueldo era de cien pesos mensuales, que por aquella época era muy bueno, amén de algunas propinas, todo lo que me hacía estar sumamente contento de mi suerte. Don Carlos Contaretti estaba siempre en el mostrador de masas

y bombones y era una luz, pues por cada cliente que yo atendía el atendía por lo menos dos. Lo admiraba. De la confitería Los Dos Chinos yo me retiré para ir a España. A mi regreso no había vacante y tuve naturalmente que buscar otro lugar, pues los Sres. Contaretti me han recomendado de la mejor forma para que yo consiguiera trabajo. Yo los visitaba de vez en cuando. Así pasaron muchos años. Lo que es la vida, ya casi me había olvidado de tan buenos maestros y amigos, no por ingratitud, sino que en más de veinticinco años yo me había dedicado a diversos negocios y, a veces, fuera de la Capital. Sin darme cuenta me había alejado algo de tan buenos amigos, pensando que a ellos les pasaría lo mismo. Aun así, hay grandes satisfacciones en la vida. Una de ellas fue la que yo experimenté a los pocos días de inaugurar la casa Tonsa. Ante el éxito comercial tenido en aquella ocasión, el Sr. Carlos Cantaretti se presentó en la casa Tonsa y me abrazó con lágrimas en los ojos en el salón, delante de todo el público, diciéndome textuales las siguientes palabras: «Yo sabía que Ud. tenía que triunfar».

Yo trataba por seguir su ejemplo. Pronto tuve de ver que tenía cierta preferencia en mí, y frecuentemente atendíamos ambos la sección bombones, que era la más fuerte de la casa, donde había que reponer cientos de platos de distintas clases, lo que suponía un trabajo considerable. Este lo hacíamos muchas veces después que se había cerrado la casa y se habían ido las demás personas, quedábamos los dos para dejar bien en orden esa sección. Esto suponía unas horas más de trabajo, pero yo lo hacía con mucho gusto, pues notaba que aprendía mucho y que aprendía bien. Con tanta preparación podía yo estar seguro de mí mismo y aspirar a tener un puesto en la confitería de mayor categoría, que por aquel entonces era La París o El Molino. Mi imaginación y mis deseos de prosperar no me daban descanso. Los patronos también estaban conformes con mi trabajo y lo demuestra que, a los dos meses de estar en la casa, Don Carlos en persona me entregó el sueldo del mes, que era de cien pesos, diciéndome unas palabras que me llenaron de satisfacción: «Aquí tiene su sueldo y veinte más. Es el sueldo más grande que la casa ha pagado en la sección de masas a un muchacho que por primera vez vino a trabajar a nuestra casa, y lo cobra Ud. que es un mocoso. Siga así, estamos muy conformes con su trabajo». Comparado con los compañeros, todos hombres formados y con muchos años en el oficio, yo era una criatura, contaba con 16 años.

*Sigue trabajando mucho y aprovecha para dar rienda suelta a su único «vicio», el teatro*

Yo seguía trabajando con mucho entusiasmo y la casa me recompensaba con creces, pues en las horas del té ayudaba a atender el salón de señoras, que por aquel entonces trabajaba mucho, y eso representaba para mí otros cuatro o cinco pesos más de ganancia. Gastar, gastaba poco. Por la pensión pagábamos treinta pesos por mes, y por la habitación, que compartía con tres más, pagábamos cinco pesos cada uno. La

ropa era muy barata y el único vicio que tenía era el de ir al teatro. Al principio era a la zarzuela, luego a la comedia o el Drama, todo me entusiasmaba. Procuraba buenas localidades para escuchar bien las obras, pues me encantaba recordar los argumentos y hasta lo que decían los personajes de memoria. Así fue como tuve la suerte de conocer las compañías de María Guerrero de Mendoza, Rogelio Juárez y Sagibarba, que en aquella época estaba en su apogeo en La Tempestad, El anillo de Hierro, Marina, Canción del Náufrago y otras. Todos los días representaban obras nuevas. En idioma extranjero pude ver a Sarah Bernard, Eleonora Duxe y, por querer verlo todo, fui a una compañía inglesa, pero tuve que irme porque no entendía nada.

Por aquel entonces estaba en el teatro Politeama María Barrientos. Fui a verla en Sonámbula, que todos decían que estaba muy bien. Yo no sabía darle valor a la ópera, para mí la zarzuela era mejor. También por aquel entonces estuvo José Tallari en el Teatro Argentino. Formaba compañía con Josefina Mari. Representaban obras trágicas que, según los entendidos, era el más alto competidor de Zacone. Vi, representados por él, Fedora, Los Espectros y Las Flores de los Hermanos Quinteros. Era un gran artista y lo mismo estaba bien en un género que en otro. Encarnaba tan bien sus personajes que hacía vibrar de emoción. Los Espectros la he visto representada por varios artistas, pero ninguno tan magistralmente como Tallari. El personaje, joven, bohemio y entusiasta, que presenta en la primera escena, es acompañado por el espectador en su enfermedad, que se va desarrollando durante los tres actos progresivamente hasta llegar a una parálisis casi total y morir en el último acto. La muerte la representaba tan bien, con los nervios crispados, retorciéndose, con unos estertores en su agonía, que francamente parecía que moría con el personaje. La última vez que lo vi representando esa obra tenía fila de orquesta, al lado del escenario y confieso que quedé tan impresionado que, en varios días, no me sentía bien. Supe que murió muy joven representando uno de sus trágicos personajes, siendo director del Teatro Español de Madrid, puesto que en España solo puede dársele a grandes artistas. Sirvan estas líneas de piadoso recuerdo para quien ponía tanto en su arte, hasta dar su vida.

*Ya con ahorros y bien vestido decide sacar pasaje para España. Después de seis años de devenires y aprendizajes la dicha de su familia y su padre de volver a verlo tiene efecto.*

Como decía antes, mi mayor deseo era aprender, y ahora que se me presentaba la ocasión para ello trabajaba con mucho entusiasmo. Las cosas para mí se desarrollaban muy bien. Mis entradas eran superiores a los doscientos pesos por mes. En vestirme gastaba bastante, pero con todo, ya tenía ahorrado alrededor de dos mil pesos. Le mandé quinientas pesetas a mi padre, prometiéndole que el día menos pensado le daría una sorpresa, pues hacía ya un tiempo que me venía preocupando por hacer un viaje a España para ver a mis padres y familiares, y la tierra en que había nacido y tan joven



había dejado. Por otra parte, mis padres siempre me escribían que deseaban verme. Como yo me consideraba casi rico y bien vestido, tomé pasaje de ida y vuelta y allá me fui, tratando de eclipsar a mis paisanos. Tonta vanidad, pero parece que forma parte de la vida. Es mucho lo que se disfruta con los recuerdos de la niñez y, a medida que el vapor se acercaba a las costas de España, el corazón late con esos recuerdos. Pareciera que uno quisiera volar para poder llegar más pronto al pueblo. Por fin llegamos a Vigo, después de un viaje de veintitrés días. Los pasajeros en su mayoría eran españoles, los cuales nos divertíamos mucho hasta el punto de recordarlo con cariño.

En Vigo hicimos unas comilonas los más amigos, luego la despedida y cada uno a su provincia. Tomé el tren que había de llevarme a Castilla. Llegué a Benavente a las nueve de la noche y, con el deseo de llegar a casa esa misma noche, me fui con otros que iban a pueblos vecinos en un coche particular pagado por todos, a través de la carretera de Benavente a Puebla de Sonebara<sup>15</sup>. Viajé en las Ventas de Calzada, un pueblito chiquito a dos kilómetros del mío, río por medio. El ventero se preparaba a darme alojamiento, pero yo por estar tan cerca quería ir a mi casa. Por ser tan tarde y llevar una valija bastante pesada, además de un canasto con conservas y golosinas, no podía ir solo. Por otra parte, había que pasar el río y no se podía contar con la barca a esa hora. Como era verano, yo sabía que se podía pasar por cierto sitio sin mayores inconvenientes, pero el ventero se negaba a acompañarme y a llevar la valija por más que yo le había ofrecido pagarle bien, pero él quería que yo durmiera esa noche en su casa.

A todo esto, yo no me había dado a conocer, le había dicho que era de otro pueblo vecino donde pensaba seguir viaje al día siguiente, pero que pensaba hacer noche en casa del tío Felipe (mi padre), donde yo había estado otra vez. El tío Felipe era mi padre, pero como el hombre no se decidía a acompañarme tuve que decirle quien era. Como no me esperaban pensaba yo que no me conocerían. Después de haber salido tan niño de casa y llegar casi hecho un hombre, hasta con un pequeño bigote. Quería dormir esa noche en casa y darme a conocer al día siguiente.

Enseguida llamó a otro vecino y entre los dos llevaron mi equipaje. Llegamos a Calzadilla cerca de las doce de la noche de pleno mes de Julio, momento en el cual la gente se dedica a la recolección del trigo y la trilla. En consecuencia, y muy cansados, a esa hora dormía todo el mundo. Llamamos a casa de mi padre, pero no contestaban. Como seguimos insistiendo pronto alborotamos a los vecinos. Vino uno que vivía en una casa vecina y, más tarde, el juez del pueblo, que también vivía cerca, para enterarse del barullo. Pero mis padres no daban señales de vida. Me aconsejaban que volviera al pueblo vecino y pasar allí la noche, pues el señor alcalde dormía, que era mi padre.

---

<sup>15</sup> Muy probablemente sea la ruta de Benavente a Puebla de Sanabria, Zamora, España, en cuyo camino está Calzadilla de Tera. (N.A.)

Estaba muy cansado y casi seguro que se negaría a prepararme alojamiento a esas horas de la noche. Pero yo insistía que tenía que dormir allí, aunque me dijeron que no me iba a permitir que siguiera golpeando la puerta, pues íbamos a despertar a todo el pueblo y no estaba dispuesto a consentirlo.

Ante el cariz que iban tomando las cosas, no quedaba otro remedio que darme a conocer y pedirles que no dijeran nada. Igualmente, les solicité que le dijeran a mi padre que era hijo de unos comerciantes de un pueblo vecino. Claro está, desde ese momento, eran todos a llamar a la puerta de mi padre para que se levantara a abrir. Por fin conseguimos que se levantara. Sacando la cabeza por un ventanuco que había en el piso alto, preguntaba la razón de tanto barullo. Enseguida mi tío y el juez le gritaban que bajase a abrir, pues había un señor que quería dormir allí esa noche. Mi padre le contestó enseguida: «Y por eso me despiertan. Llévelo para tu casa que no voy a estar preparando camas a estas horas. Necesito que me dejen descansar». Dio las buenas noches y cerró la ventana. Pero enseguida empezaron a golpear de nuevo y le dijeron que tenía que abrir, pues la persona de que se trataba no quería dormir en otro lado que no fuera allí. No lo convencieron mucho las razones, pero tuvo que bajar a abrir. No lo hizo tanto por lo que insistían los vecinos, sino por asuntos del juzgado. Habían pedido al Gobernador de Zamora que les mandase un comisionado y se acordó de repente que podía ser él. Así que al entrar me pidió disculpas por haberme hecho esperar tanto. Yo trataba por todos los medios de que los vecinos se fueran y me dejaran solo, pero no lo conseguí. Por otra parte, mi padre los convidó a pasar y que tomasen unas copas. Yo traía algunos dulces y cigarros que también convidé. Así, charlando de todo un poco, pasaríamos media hora.

Mi padre trataba de que yo me encontrara a gusto, pues creía de buena fe que era el Comisionado. Mientras seguimos charlando fue a prepararme la cama. Les volví a recomendar que hasta el día siguiente no dijeran nada. Al poco rato volvía mi padre para decirme que mi habitación estaba lista y que podía ir a descansar cuando quisiera yo. Ya se empezaban a retirar los vecinos y todo hacía suponer que mi plan había dado resultado, pero mi tío Toribio, que estaba en el secreto del asunto, empezó por decirle a mi padre que tenía que conocerme, que me fijara bien, que yo había estado otras veces en su casa. Pero mi padre decía «pues no caigo, no sé quién puede ser». Ya me disponía a ir a mi habitación, despidiéndome de los presentes, y diciéndole que tal vez al día siguiente haría memoria, pues yo era hijo de una familia de Villa Ciervos, y efectivamente yo había estado allí otras veces. Pero los vecinos no cejaban y le decían que se fijara bien, que tenía que conocerme. Mi padre desde su habitación se acordó que en mi última carta les decía que les iba a dar una sorpresa. No pensando más, se levantó corriendo diciendo a los demás: «este es mi Manuel, no puede ser otro, me lo dice el corazón, ¿verdad?» Me preguntaba a mí y claro, ya no pude aguantar más y nos fundimos en un abrazo, llorando de alegría. Ya no se fueron los vecinos. Se levantaron

mis hermanos y se empezó de nuevo a comer y a beber hasta que salió el sol. Así llegué yo a casa de mis padres después de seis años de ausencia.

Estos fueron apenas casi dieciocho años de una larga vida productiva y llena de amor. Fue y es un orgullo para sus hijos, nietos y bisnietos, y ojalá más generaciones puedan tomar algo de su ejemplo.

## ANEXOS

### Anexo 1: De la partida de Calzadilla de Tera a la primera estación del tren – La Bañeza / Astorga.

En el manuscrito original se menciona, en un primer momento, que sale hacia Astorga. Más adelante comenta que, en realidad, pasan antes por «La Bañera». Es posible que haya sido un error de transcripción y sea «La Bañeza», que queda en el trascurso hasta Astorga. «La Bañeza» se menciona que dista a 8 leguas, equivalente a: 44,5 km. Marcando el recorrido en Google Maps serían 42,9 km.

Investigando sobre cómo puede haber sido el viaje, tanto a pie como en tren, realizo una pregunta al especialista Juan Peris Torner (que tiene la página web de Ferrocarriles de España), quien menciona en sus palabras: «Puede tener una explicación, puesto que La Bañeza se encuentra en la línea de Zamora a Astorga (Ex MZOV) y por la misma accedería a Vigo con el siguiente itinerario: Astorga, Toral de los Vados, Monforte de Lemos, Orense, Guillarey (cerca de Tuy), Redondela y Vigo». En el mapa siguiente, que me hizo el favor de enviarme, he marcado en puntos de color verde las posibles estaciones por las que haya pasado, comenzando desde la estación de «La Bañeza»<sup>16</sup>.

### Anexo 2: Vapor Orellana de la compañía del Pacífico.

<i>Nombre</i>	Orellana
<i>Toneladas</i>	4.821
<i>Botado</i>	1892
<i>1er Viaje</i>	1893
<i>Otros Nombres</i>	1905 Allemania (Hapag) - 1906 Kowno (Russian American) - 1907 Allemania (Hapag) - 1916 Owasco (US)
<i>Destino y Año</i>	Torpedeado, varado, reflotado, desguazado 1917

Información sobre el Vapor Orellana. Elaboración propia a través de las fuentes consultadas. <http://www.histarmar.com.ar/LineasPaxaSA/36-PSNC.htm>

<sup>16</sup> Owasco, vapor americano del tipo Steamer (buque a vapor), de 120 metros de eslora, diseñado para el transporte de carga y pasajeros, 70 en primera clase, y época tomadas de la web [www.spanishrailway.com](http://www.spanishrailway.com) (N.E.).

675 en tercera. Botado el 7 de diciembre de 1892, con el nombre de Orellana por la Harland & Wolf en Belfast, junto a su barco gemelo el Orcana. El Orellana se construyó principalmente para servicios de carga para su primer propietario, la naviera inglesa Pacific Steam Navigation Company, utilizándose principalmente para el transporte de carga, y más tarde comenzó a llevar pasaje, mayoritariamente emigrantes a Sudamérica.

Aunque por la historia relatada, seguramente han viajado en tercera clase, aquí he puesto unos documentos de 1889 del menú del Barco. «Los vapores cargueros Magellan (II), Inca, Sarmiento y Antisana de 3.600 toneladas fueron completados en 1893 además del Orellana de 4.821 toneladas y el Orcana de 4.803 toneladas que fueron productos de Harland & Wolff de Belfast y tenían capacidad para 70 pasajeros de primera y 675 de tercera clase. Fueron destinados al servicio de Valparaíso, en el cual quedaron 12 años antes de ser vendidos a la Hamburg American Line<sup>17</sup>.

#### Anexo 3: Referencias a la Estación La Luz, Sorocabana (Brasil).

«A estação de Cerqueira César foi construída e inaugurada em 1896, como ponta da linha tronco, que, na época, completava 421 km. Os relatórios da ferrovia, durante a construção do trecho além de Avaré, citavam o «prolongamento até Três Ranchos», núcleo do futuro município, que recebeu desde a inauguração da estação o seu nome definitivo. Com a situação precária da Sorocabana, que perdurou até cerca de 1905, acabou por ser o ponto final da ferrovia por dez anos, e por isso desenvolveu-se rapidamente. Já em 1918 se tornava município, separando-se de Avaré. Em 1923, foi construído um novo prédio para a estação. Em 15 de janeiro de 1999, passou por ali o último trem de passageiros da antiga linha tronco da Sorocabana, suprimido pela Ferroban, sucessora da Fepasa estatal<sup>18</sup>.

#### Anexo 4: Posible llegada de Santos a Buenos Aires en el vapor Reina Cristina.

Investigando en el Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos (CEMLA), encuentro que un Juan Sastre, a la edad de 15 años, llega a Buenos Aires el 1ero de junio de 1902, exactamente como él lo comenta en su relato, en el vapor Reina María Cristina.

---

<sup>17</sup> En este punto del relato, el autor introduce varias fotografías sobre el vapor Orellana y la publicidad de la naviera Pacific Line tomadas de la web <http://www.histarmar.com.ar/> (N.E.).

<sup>18</sup> <http://www.estacoesferroviarias.com.br/c/cerqcesar.html> (N.A.).

SASTRE	JUAN	15	S	ESPAÑOLA	DESCONOCIDO	JORNALERO	1902/05/01	REINA MARIA CRISTINA	BARCELONA
SASTRE	JUAN	14	S	ESPAÑOLA	DESCONOCIDO	JORNALERO	1906/03/13	ALGERIE	BARCELONA
SASTRE	JUAN	0	S	ESPAÑOLA	DESCONOCIDO	DESCONOCIDA	1909/06/19	ASTURIAS	SANTOS
SASTRE	JUAN	800	D	DESCONOCIDA	DESCONOCIDO	DESCONOCIDA	1909/07/24	P. DE SATRUSTEGUI	BARCELONA
SASTRE	JUAN	7	S	ESPAÑOLA	DESCONOCIDO	DESCONOCIDA	1910/12/02	HIGHLAND HARRIS	CORUÑA
SASTRE	JUAN	32	C	ESPAÑOLA	DESCONOCIDO	AGRICULTOR	1911/02/28	PRINCIPE DI UDINE	BARCELONA
SASTRE	JUAN	1	S	ESPAÑOLA	DESCONOCIDO	DESCONOCIDA	1911/09/29	HOLLANDIA	VIGO
SASTRE	JUAN	43	C	DESCONOCIDA	DESCONOCIDO	DESCONOCIDA	1911/11/12	FRANCE	BARCELONA
SASTRE	JUAN	14	S	DESCONOCIDA	DESCONOCIDO	DESCONOCIDA	1911/11/12	FRANCE	BARCELONA
SASTRE	JUAN	17	S	ESPAÑOLA	DESCONOCIDO	JORNALERO	1911/11/25	P. DE SATRUSTEGUI	BARCELONA

Registro de llegada a Buenos Aires en el año 1902, a los 15 años de edad. CEMLA.

### Anexo 5: Algo de Historia del Teatro Argentino de los 80' (1880-1910).

El Teatro de la Comedia, construido en el año 1891, se levantó en la calle Artes –hoy Carlos Pellegrini– a la altura del número 248. A continuación, se muestra una imagen del público expectante que asiste a la representación del actor Rogelio Juárez, quien había estrenado en 1894 la verbena de la Paloma en el teatro Rivadavia de Buenos Aires.

De igual modo, se adjunta una imagen donde se muestra un ticket del Teatro de la Comedia, de un estreno en el año 1904. Se pueden apreciar las distintas secciones de las cuales se hace mención en la historia, incrementando el valor de las misma<sup>19</sup>.

### Anexo 6: Buenos Aires, Plaza de Mayo, tranvías a caballo.

*Izquierda:* Tranvía de Inmigrantes”, 1912. Iba del embarcadero al Hotel de Inmigrantes. Coche de la Compañía Ciudad de Buenos Aires con tracción a sangre. Archivo General de la Nación. *Derecha:* Tranvías a caballo junto a la Catedral Metropolitana de Buenos Aires. Archivo General de la Nación.



<sup>19</sup> En este punto el autor introduce un par de imágenes del Teatro Comedia de Buenos Aires, tomadas de Internet, cuya calidad no nos permite una óptima reproducción. (N.E.).

### Anexo 7: Confeitería «Los Dos Chinos» de la que con tanto cariño hace mención. Algunos datos históricos.

«La confitería *Los Dos Chinos* se fundó el 11 de octubre de 1862 por Carlos Gontaretti, en Buenos Aires, Argentina, en una etapa en la cual los comercios todavía no tenían nombre propio. Aquel primer dueño compró dos estatuas de chinos provenientes de un barco anclado en el antiguo puerto de la ciudad y las puso en la puerta de su local para decorar. Pronto, las esfinges dieron su impronta a la esquina de Chacabuco y Potosí (actual Alsina), que pasaría a denominarse «esquina de los dos chinos». Entonces, Gontaretti la bautiza con el nombre que el boca a boca, y el ingenio popular, había señalado. En la década de 1890 la confitería se trasladó a la esquina de enfrente, ubicación que perduró hasta 1974. Esta fue su época de esplendor, y era frecuentada por escritores de Caras y Caretas (que trabajaban cerca), y por importantes personajes de la vida política y social, como Bartolomé Mitre, Leandro N. Alem e Hipólito Yrigoyen. También pasó por sus salones Enrico Caruso, el genio lírico, en cuyo honor los pasteleros de *Los Dos Chinos* crearon un postre que todavía lleva su nombre. Caruso, a cambio, dejó como reconocimiento un retrato autografiado.

En el año 1975, ya con nuevos dueños, trasladó su tradicional casa matriz al edificio que hoy ocupa en San Telmo. La empresa creció y se adaptó a las nuevas tecnologías, aparecieron nuevas sucursales y ventas al exterior, además de otros negocios, como un hotel 4 estrellas y un salón de fiestas. Hoy en día, y a punto de cumplir su 150 aniversario, *Los Dos Chinos* es uno de los bastiones más tradicionales de la gastronomía porteña»<sup>20</sup>.

### Anexo 8: Viaje de Manuel Sastre a New York City 1928

Buscando sobre Manuel Sastre en FamilySearch.com encontré un documento de inmigración de USA de un tal Manuel Sastre nacido en 1888 (teóricamente un año después, que naciera en España, en Calzadilla), que procedía de Buenos Aires, Argentina. Para rematar, señalan que se dedicaba al comercio de zapatos. Esto sucedió en 1928, o sea cuando Manuel tendría 40 o 41 años, que coincide cuando ya tenía Tonsa en funcionamiento, por lo que tendría sentido un viaje de negocios a New York City.

---

<sup>20</sup> Extraído de: <http://metejondebarrio.blogspot.com/2012/12/los-chinitos-portenos-la-confiteria-los.html> (N.A.). El texto se acompaña de dos fotografías antiguas, de poca calidad para su impresión, tomadas de [www.casildavirtual.com.ar](http://www.casildavirtual.com.ar) (N.E.).

## Anexo 9: Fotografías familiares.



Comunión de las nietas de Manuel Sastre. De derecha a izquierda, Graciela Martínez Sastre, Manuel Sastre y Amalia Martínez Sastre. Año 1949.



Comunión de las nietas de Manuel Sastre. Ignacia Pordomino, Celeste Sastre, Soledad Sastre y Manuel Sastre. Año 1957.



Bodas de Oro, 50 años de casados. Año 1958.



Manuel Sastre en su 83º cumpleaños, el 8 de septiembre de 1970, con su hijo Felipe.

## Anexo 10: Fotos y posters Casa Tonsa.

En el año 1925, a la edad de 38 años, Manuel Sastre con sus socios (posiblemente, Irving Tow y Miguel Sans) abren Casa Tonsa en la calle Florida 260 ciudad de Buenos

Aires. Abriendo más tarde otras sucursales, como en Rivadavia 11666, Monroe 5170, Cabildo 2140, Rivadavia 7072 y en la ciudad de Bahía Blanca como se menciona en el artículo siguiente. Diario «La Nueva» de Bahía Blanca. «22/11/2015 00:13 Escribe Mario Minervino. Hace 88 años, en noviembre de 1927, se inauguró en nuestra ciudad la zapatería Tonsa, definida como «la más lujosa e importante de Sud América».

Industria netamente nacional, Tonsa había abierto sus puertas al público apenas 15 meses antes en Buenos Aires, estableciendo un inmediato éxito de ventas con su inédito sistema de «precio único», al ofrecer todos sus calzados a 15 pesos el par. Pocos meses después abrió su primera sucursal en Córdoba, siguiéndoles las de Rosario y Mar del Plata para, finalmente, habilitar la de Bahía Blanca. Para ello, construyó su edificio propio en la primera cuadra de O'Higgins. El inmueble era «amplísimo», de soberbio aspecto, con un magnífico espacio de exposición.

«Por su salón de ventas, la sucursal de Tonsa no tiene rival entre las casas similares de Sudamérica. Ni su casa central está mejor instalada que esta sucursal», aseguró un directivo de la casa. La zapatería tenía un «exposición permanente» de 300 modelos para señoras y otros tantos para hombres, teniendo además un espacio diseñado para los niños. La jornada inaugural fue una verdadera fiesta social y los 15 vendedores no dieron abasto en su trabajo. Simultáneamente comenzó una importante campaña publicitaria, otro de los «secretos» de la empresa, con avisos donde, por ejemplo, se



Póster de Tonsa.



Póster de Tonsa.



aseguraba que los calzados para damas eran diseñados según «las últimas creaciones parisinas», pero «adecuados a la idiosincrasia local, para que la mujer argentina siga siendo considerada como el prototipo mundial de la mujer chic».

Ubicada en la primera cuadra de calle O'Higgins, Tonsa fue por décadas uno de los comercios emblemáticos de la denominada Gran Vía del Sur Argentina. Uno de sus slogans era «tacatac, tacatac, tacatac... ¡zapateee con Tonsa!»<sup>21</sup>.

«LA RENOVACIÓN. El calzado de 1935 aportó una renovación importante con la aplicación del cuero de víbora, avestruz o cocodrilo. Tonsa, de Florida 260, ofreció zapatos para dama «escotado en pitón legítimo, color verde con manchas oscuras. Ribeteado en lagarto auténtico. Taco Luis XVI de cinco centímetros y medio, a 9,80 pesos»<sup>22</sup>.

---

<sup>21</sup> Texto extraído de: <https://www.lanueva.com/nota/2015-11-22-0-13-0-casa-tonsa> (N.A.).

<sup>22</sup> Tomado de Carlos Russo - Kado Kostzer revista panorama. 30/03/1971. (N.A.).

# MIS VIVENCIAS EN LA COLONIA ZAMORANA DE CUBA

(Mención honorífica)

Sergio Rabanillo Damera  
(Cuba)

## INTRODUCCIÓN

Mi vínculo con Zamora es a través de mi padre, Sergio Rabanillo Prada, que nació en Triufé, Puebla de Sanabria el 7 de octubre de 1898 y emigró a Cuba en 1915. Según él contaba, estaba previsto que terminara su viaje en Santiago de Cuba, donde supuestamente tendría un trabajo esperando por él. Pero entre sus compañeros de viaje se comentaba que un submarino alemán se había visto siguiendo al barco (eran los años de la Primera Guerra Mundial) y temían que fuera hundido. Por eso, cuando el barco hizo escala en La Habana, se bajó del barco y comenzó su vida como emigrante. Aunque no lo he podido comprobar, él estaba convencido de que el barco había sido hundido cuando salió de La Habana.

Como no tenía dinero ni nadie que lo esperara, fue recluido en Tricornia, el Centro para emigrantes de La Habana. Salió del Centro cuando el administrador de una fábrica de azúcar de caña lo reclutó para trabajar en el campo. Después de pasar por varias provincias de Cuba y diversos oficios, terminó en La Habana a principios de la década del 30 del siglo pasado trabajando como sastre, pero rápidamente comenzó a trabajar como carnicero, profesión a la que se dedicó hasta el fin de su vida laboral.

Casi inmediatamente de su llegada a La Habana se vinculó con la Colonia Zamorana de Cuba, que fue una parte importante de su vida y probablemente, su actividad en la asociación, una de las cosas que más satisfacción le produjo. En los más de 50 años que estuvo asociado a la Colonia Zamorana de Cuba, en la gran mayoría de ellos tuvo alguna responsabilidad en su Junta Directiva donde ocupó cargos desde vocal suplente hasta presidente. Solamente lo superan en años en la directiva de la Colonia Zamorana de Cuba, Francisco Sánchez Tamame con 40 y Jacinto Cristóbal Prieto con 39.

Sus hijos nos fuimos asociando también y finalmente asumiendo cargos en la Junta Directiva, en la medida que su responsabilidad iba aumentando. Pero realmente, al menos en mi caso, para complacerlo a él, pues la Colonia Zamorana de Cuba era “la

sociedad de mi padre” donde se reunía con otros españoles. Yo, en esa primera etapa, me sentía sólo cubano y mi vínculo con Zamora se limitaba a que mi padre había nacido allí.

Este relato intenta describir mi relación con la Colonia Zamorana de Cuba y por consecuencia con la Agrupación de Sociedades Castellanas. No es mi biografía, porque sólo incluye algunos años y lo relacionado con estas asociaciones, ni la historia de la Colonia, que otros ya la han escrito con mucha más información. En él trataré de explicar cómo esta relación se fue transformando de “la sociedad de mi padre” a “mi sociedad”. Probablemente, para algunos de mis hijos, hoy la Colonia Zamorana de Cuba es “la sociedad de mi padre”. Creo que es justo y necesario aclarar que no es el relato de “mi obra” en la Colonia y la Agrupación sino “mi participación”. Ciertamente, considero que fue una etapa donde hubo logros que superaron los errores, pero no es el resultado solamente de mi trabajo. Fue el trabajo de muchos, dentro y fuera de la Asociación y de un cambio en las condiciones en las que se desenvolvían las sociedades españolas en Cuba.

Fue una etapa del despertar de un letargo de varios decenios cuando las condiciones no fueron propicias para el funcionamiento de las asociaciones españolas en Cuba. Pero en la década de los 80 del siglo pasado, gracias al cambio en el gobierno español, las relaciones entre ambos gobiernos no fueron antagónicas y, además, la mejoría de la economía española permitió destinar recursos a su emigración.

Sin el impulso de la Diputación de Zamora para comenzar ni el apoyo para continuar de ella y de la Junta de Castilla y León, del Consulado de España, del vicepresidente del Consejo de Ministros y del Historiador de La Habana, nada de lo que hicimos hubiera sido posible. Sin el extraordinario trabajo de toda la directiva y de gran cantidad de asociados tampoco hubiera sido posible que la sociedad se transformara en pocos años de una pequeña asociación casi sin actividades a una de las mayores asociaciones de Castilla y León con una actividad pujante y creciente.

Como en la mayoría de los años de mi relato mi función fue de presidente de estas asociaciones, fui su cabeza visible. El trabajo y esfuerzo de muchos se asociaba a mí, pero yo sólo era la parte visible de un gran iceberg que estaba trabajando.

Sirva pues también este relato para agradecer a todos los que trabajaron en esa etapa e hicieron posible la transformación de estas asociaciones en lo que son hoy. Y un homenaje a los que ya no están y no pueden recibir mi agradecimiento, que no fui capaz de expresarlo adecuadamente en su momento.

He intentado ser objetivo, aunque todo relato de este tipo es subjetivo. Por tanto, es mi versión de un conjunto de hechos en los que participé. Probablemente algunos de los que participaron conmigo o en mi contra no coincidan totalmente con mi enfoque o incluso discrepen. En los casos en que participaron conmigo incluyo casi siempre

los nombres pues es una forma de reconocerlos. En los casos en que participaron en mi contra los omito. Ellos, y algunos más, saben quiénes son.

## LOS PRIMEROS PASOS

Los primeros recuerdos de mi vínculo con actividades de la Colonia se remontan a la década del 50 del siglo pasado. Y se limitan a mi participación en las actividades recreativas de la Colonia (alguna probablemente también del Centro Castellano pues no las diferenciaba). Y es el recuerdo de un adolescente de unas empanadas de chorizo que sólo veía en esas reuniones. Las recuerdo en los jardines de la cervecería Polar en Marianao y una en los jardines de la cervecería Hatuey en el Cotorro, ambas en municipios de La Habana.

Los otros recuerdos son de asistir con mi padre los domingos por la tarde al Centro Castellano donde él se reunía con sus coterráneos y jugaba dominó. Hay que señalar que él trabajaba los siete días de la semana, sólo con la tarde del domingo libre y en no pocas ocasiones dedicaba ese tiempo libre a reunirse en el Centro Castellano con sus amigos. El Centro Castellano era la sede de todas las asociaciones de Castilla y León, excepto del Club Villarino, que tenía su propia sede en el municipio de Marianao.

En la década del 60 del siglo pasado desaparecen todas las actividades culturales de la Colonia Zamorana y las actividades se limitan a las Juntas Directivas y Asambleas Generales. Ya en esa época yo asistía a estas reuniones, pero realmente mi función era llevar a mi padre en el coche. Como yo asistía regularmente y confrontaban dificultades para completar la directiva, en una reunión, para compensar las bajas, me propusieron como vocal suplente. En la siguiente reunión me tuvieron que destituir porque yo no era asociado.

Me sentaba en la mesa de reuniones junto con ellos y oía sus conversaciones sobre su juventud en Zamora. De esas reuniones me llamaba la atención que, en ocasiones, cuando terminaba la reunión, volvían a empezar como si la estuvieran repitiendo. Algunos años más tarde me di cuenta de que en la primera había asistido a la Junta Directiva y en la segunda a la Asamblea General. La Asamblea se podía realizar con cualquier cantidad de participantes en segunda convocatoria, una hora después de la fijada. Supongo que convocaban a las dos reuniones a la misma hora para que cuando se terminara la primera ya se pudiera celebrar la Asamblea en segunda convocatoria sólo con los miembros de la Junta Directiva.

Algunos de ellos me hacían relatos de su vida en Zamora y de su salida para Cuba. En especial, recuerdo un relato del sorteo de los quintos para el servicio militar. Uno de ellos me contó que, usualmente, en ese sorteo, cuando mencionaban el quinto nombre, coreaban "para Cuba". De esa forma me enteré porque a los soldados españoles en

la guerra de Cuba a veces les decían “los quintos”, por ser el turno que les había correspondido en el sorteo para el servicio militar.

La Colonia Zamorana se mantenía en esa época a duras penas cubriendo gastos con la cuota social. Por esa razón, la cantidad de asociados era algo que se vigilaba y no se era muy estricto con la procedencia de los asociados, pues la cantidad de zamoranos y descendientes interesados en asociarse no era mucha. La señal de peligro aparecía cuando la cantidad de asociados se acercaba al centenar y se intentaba de que los amigos y vecinos de los directivos se asociaran. Cesaba la alarma cuando los asociados llegaban a los 120. Una forma complementaria y ocasional de financiamiento era el permiso de enterramiento, en el panteón de la sociedad, de personas que no habían sido asociados.

En una de esas etapas de búsqueda de nuevos asociados, en el año 1980, mi padre me pide que me asocie a la Colonia Zamorana de Cuba y así entro a formar parte de la Colonia. En la Junta Directiva electa en 1983 mi padre, que era el presidente, me incluye como su vicepresidente. Coincide con una etapa donde el consulado y la embajada incrementa su relación con las asociaciones de emigrantes españoles y hay un cierto resurgir de las asociaciones, pero muy leve.

En el año 1991 el Coordinador General de Cooperación de la Embajada de España en Cuba, el zamorano Ángel San Juan Marciel, se pone en contacto con la Colonia Zamorana y a raíz de ese contacto le escribe a José Bahamonde Salazar, vicepresidente de la Diputación de Zamora, hablándole sobre la existencia de la Colonia. Esta carta, junto con el interés de encontrar alguna huella del paso del escritor León Felipe por Cuba, va a lograr que una delegación de la Diputación visite Cuba unos meses después.

Con mi entrada en la Junta Directiva se incrementó mi participación en la sociedad, pero mi verdadera prioridad era mi trabajo como ingeniero y cuando en 1991 mi padre pide su liberación como presidente, busco a alguien que lo sustituya, aunque formalmente me correspondía por ser el vicepresidente. Por esa razón, asume la presidencia Manuel Iglesias Rodrigo que era el tesorero, manteniéndome yo de vicepresidente. En la siguiente elección, es elegido presidente y yo sigo de vicepresidente. Con la entrada de este nuevo presidente resurgen las actividades culturales y se inicia una actividad comercial de la Colonia con algunos productos del agro. También se asocian personas vinculadas a él y se mantiene una relación epistolar con la Diputación de Zamora que nos había visitado. Aunque yo ya tengo una mayor participación, especialmente en las decisiones en la Junta Directiva, la actividad comercial la lleva el presidente con un nuevo asociado amigo suyo, que no tenía origen zamorano y al que le había asignado el cargo de tesorero.

En esta etapa se recibe al vicepresidente de la Diputación de Zamora, José Bahamonde Salazar y al director de la UNED en Zamora, Juan Andrés Blanco Rodríguez. Se comienzan a recibir subvenciones de la Diputación y se inician gestiones con el Minis-



Carta de Ángel San Juan Marciel, Coordinador General de Cooperación de la Embajada de España en Cuba, a José Bahamonde, Vicepresidente de la Excm. Diputación Provincial de Zamora y Diputado de Cultura, año 1991.

Primeras visitas de José Bahamonde. En la primera foto mi padre, Sergio Rabanillo Prada, con Bahamonde. En la segunda están, además, Ángel San Juan Marciel, de la Embajada, el Presidente en Funciones, Manuel Iglesias Rodrigo y Raúl Soto Santana, funcionario del Consulado, descendiente de vallisoletano y miembro de varias asociaciones de Castilla y León.



terio de Salud para un local para la Colonia. Este Ministerio nos hace una propuesta, pero la gestión se trunca porque el gobierno emite una orientación de no asignar locales a las asociaciones por las dificultades habitacionales existentes en la ciudad.

En 1993, en una Junta Directiva, el tesorero, amigo del presidente, apoyado por un zamorano que acababa de entrar a la sociedad, lo acusa de haberse apropiado de parte de la recaudación de una actividad comercial y comienza una discusión donde no hay una negación rotunda del presidente y la reunión va hacia su sustitución. Era una acusación sin pruebas pues no había ningún documento de la gestión de la actividad comercial, para mí sólo era una discusión de palabra contra palabra, pero los participantes la aceptan como verdad por la no negación del presidente (que dice no recordar exactamente las cantidades recaudadas y liquidadas) y se plantea su separación del cargo y una insinuación a asumir la responsabilidad por el tesorero.

En ese momento, a mí no me pareció correcta la actuación del tesorero al llevar el tema a la reunión sin habérselo planteado antes a su amigo, la forma en que la desarrolla y el propósito de sustituirlo. Por ello, planteo que no se debe afectar el prestigio de la sociedad, sugiero que el presidente pida una licencia por enfermedad y que, mientras tanto, temporalmente, yo asumiría la presidencia como correspondía

por ser el vicepresidente. Una decisión un poco impulsiva realmente que iba en contra de lo que me había planteado hasta entonces, de que mi participación en la Colonia Zamorana no afectara mi trabajo.

Muy rápidamente llegué a dos nuevas conclusiones: primero, que el tesorero era sólo la fachada pero que el verdadero cerebro del planteamiento era el zamorano que lo había apoyado y, segundo, que consideraban que habían perdido una batalla pero que la guerra realmente sólo acababa de comenzar. Pero todavía yo no sabía que había comenzado la transición de la “sociedad de mi padre” a “mi sociedad” y de que mi prioridad fuera cambiando hasta terminar en que mi trabajo fuera secundario.

Cada Junta Directiva era una discusión donde ya se podía identificar perfectamente quien era el oponente a cualquiera cosa que yo propusiera. Pero eso no impidió que se incrementaran las actividades y que la sociedad fuera aumentando el interés de sus asociados. Como parte de estos cambios, se decide suspender la actividad comercial y desarrollar actividades culturales cada dos semanas utilizando el local social de la Agrupación de Sociedades Castellanas situado en la calle San Rafael.

El local, con un espacio relativamente pequeño, era la sede de las siete sociedades existentes de Castilla y León, incluyendo a la Agrupación. Cada sociedad sólo disponía del espacio necesario para un buró y un estante en un entrepiso de unos 30 metros cuadrados. El resto del local se podía utilizar para actividades no grandes y para las Juntas y Asambleas Generales. Como las otras asociaciones realizaban sus reuniones los domingos, podíamos utilizar ese espacio para nuestras actividades culturales de los sábados alternos.

Como dije anteriormente, una de las grandes preocupaciones dentro de la Colonia Zamorana estaba relacionada con los ingresos, que casi sólo se lograban por el cobro de la cuota social. De esos ingresos, el 10 % era para la cobradora. Hablé con ella y en la próxima Junta Directiva acordamos que los directivos cobrarían la cuota social en los alrededores de su lugar de residencia sin cobrar nada, lo cual fue aprobado. Debo señalar que la cobradora, que era asociada, Dolores Méndez Fernández, no sólo estuvo de acuerdo, sino que pasó a cobrar la cuota social en los alrededores de su lugar de residencia sin recibir pago alguno.

A los pocos meses de comenzar como presidente de la Colonia Zamorana, el presidente de la Agrupación de Sociedades Castellanas me dice que va a renunciar y me pide que lo sustituya al frente de la Agrupación. Yo vuelvo a reaccionar todavía con más convicción que cuando mi padre me hizo un planteamiento similar. Ya la Colonia Zamorana de Cuba era suficiente competencia con mi trabajo, y se me ocurrió algo que pensé podía ser una solución a lo que estaba pasando en las Juntas Directivas de la zamorana.

Supuse que, si lo que estaban buscando con su actitud en la Colonia Zamorana era poder, lo tendrían más si dirigían la Agrupación y así disminuirían las confrontaciones en las Juntas Directivas de la Colonia. Con esa idea, le sugiero al presidente de la Agru-

pación que era mejor que fuera un emigrante y no un hijo de emigrante el presidente y que en la Colonia había un zamorano que estaba seguro aceptaría y sería un buen presidente. Aceptó mi sugerencia y lo llevó a la Junta Directiva de la Agrupación.

Aunque no lo sabía en ese momento, era una violación a lo establecido en el reglamento de la Agrupación, ya que este zamorano no era miembro de la Junta Directiva. Pero era un documento que no se revisaba en esas decisiones, al menos, no lo hicimos. El presidente de la Agrupación, según reglamento, sólo podía ser sustituido por un miembro de su Junta Directiva. En caso de que fuera necesario incorporar a alguien a la Junta Directiva, debía ser de la misma asociación del saliente (para mantener dos representantes de cada sociedad en la Junta Directiva) y entrar como miembro sin responsabilidad.

Se aceptó la propuesta y asumió la presidencia de la Agrupación. Como no era miembro de la Junta Directiva, que el reglamento establecía era de 14 miembros, pasó a ser de 15 al no ser uno de los dos representantes de la Colonia Zamorana de Cuba (cada sociedad está representada por dos miembros en su Junta y por cinco en la Asamblea. Él era uno de los cinco miembros de la Asamblea).

Y nuevamente cometí un error en la evaluación de una propuesta. En lugar de cesar la confrontación en las Juntas Directivas de la Colonia, ahora se incrementaron con el poder de ser este señor el presidente de la Agrupación. Su primera medida fue prohibir las actividades culturales de la Colonia Zamorana de los sábados en el local de la Agrupación con el argumento de que el local debía ser para todas las sociedades y planteando que la Agrupación iba a asumir la organización de las actividades culturales que realizaba la Colonia Zamorana, pero para todas las sociedades. De más está decir que no se organizó ni una de esas actividades para todas las sociedades. Inmediatamente, convirtió la parte del local en que se podían hacer esas actividades en un restaurante y la vida de las sociedades, se limitó al entrepiso de 30 metros cuadrados.

Durante ese tiempo, la cantidad de asociados de la Colonia Zamorana de Cuba se iba incrementando y realmente el local de la calle San Rafael nos resultaba pequeño. Por eso y por no tener local para seguir haciendo las actividades culturales, la Colonia Zamorana solicita a la Federación de Sociedades Asturianas su incorporación, lo cual es aceptado. De esa forma, aunque con una frecuencia menor, pero con un espacio mayor, recuperamos un local donde realizar nuestras actividades culturales.

Ya en ese momento, quizás por la confrontación, dedico tanto tiempo a la asociación como a mi trabajo y mantenemos una guerra evidente y declarada entre el presidente de la Agrupación y yo. Él sigue siendo miembro de la Junta Directiva de la Colonia y mantiene su actitud en ella. Yo soy miembro de la Junta Directiva de la Agrupación y debo reconocer que hago lo mismo ahí. Además, declaro totalmente





En la foto de la izquierda, Bahamonde con el vicepresidente del Consejo de Ministros. En la derecha, con el vicepresidente del gobierno de La Habana.

a la Colonia Zamorana independiente de la Agrupación y no realizamos en su local social ni las Juntas Directivas.

La Colonia Zamorana había alcanzado, relativamente, una importante actividad cultural y recibía un fuerte apoyo de la Diputación que no sólo era económico, sino que permitía relacionarnos con autoridades de la ciudad y el país. Así se establecieron relaciones con el gobierno de la Habana con José Ramón Fernández, vicepresidente del Consejo de Ministros de Cuba.

Se comienza en la Colonia un trabajo para hacerla verdaderamente zamorana y de toda Cuba, no sólo de La Habana. Desde su fundación en 1916, la Colonia Zamorana de Cuba estaba autorizada para funcionar sólo en esta provincia. Como en toda Cuba no existe otra asociación de la emigración zamorana, en dos ocasiones intentamos que el Registro de Asociaciones nos permitiera ser nacional, pero en ambas la solicitud fue denegada. Durante algún tiempo nos permitieron tener asociados de cualquier lugar de Cuba, pero sólo haciendo actividades en La Habana. En una inspección, nos prohibieron también tener asociados que no fueran de La Habana.

Mientras nos lo permitieron, teníamos asociados con la función de “activistas” en otras provincias que colaboraban con nosotros haciéndole llegar información y donaciones a los socios de su provincia. Así se buscaron emigrantes zamoranos en todo el país y se les invitó a asociarse. Los emigrantes se podían asociar inmediatamente que nos poníamos en contacto con ellos. Los hijos, que tenían la segunda prioridad, ingresaban a principios de año, sometidos a la aprobación de la Asamblea General, prácticamente no aceptando asociados sin vínculo con Zamora. Un incentivo para los zamoranos, era que podían visitar Zamora, invitados por la Diputación, en los planes añoranza anuales que anunciara José Bahamonde en 1994, durante una actividad que se realizara con una amplia delegación que nos visitaba.

Estos planes permitían a los emigrantes, ya de una avanzada edad, pues la emigración zamorana a Cuba se concentraba en gran medida en los primeros 30 años del siglo pasado, visitar Zamora. Está el ejemplo de mi padre, que volvió a la tierra que lo vio nacer

80 años después de emigrar y unos meses antes de fallecer. En los aproximadamente 20 años que se mantuvo este plan, todos los emigrantes con condiciones físicas para realizar el viaje pudieron hacerlo y también muchos de sus hijos con la nacionalidad española.

En el caso de mi padre, él había perdido todo vínculo con su familia al emigrar. Un par de años antes de su participación en el Plan Añoranza, una pareja zamorana residente en Cuba con origen en un pueblo cercano a Triufé, la aldea donde nació mi padre, viajó a España. La señora, que era muy amiga de mi padre, buscó en la guía telefónica por alguien en el pueblo con su apellido y llamó al número que encontró. Salió al teléfono una prima de 78 años que dijo conocer de su existencia, que debía haber fallecido en Cuba, pues nunca lo conoció al emigrar cuando ella era muy pequeña. La amiga de mi padre regresó con una carta de la prima y así se restableció la relación familiar que se conocerían en persona cuando mi padre viajó en el plan añoranza en 1995.



Mi padre con la prima de la carta en Triufé.



En el hotel al otro día de la llegada.

En el primer plan añoranza, en el que mi padre participa, él se convierte en el centro de muchos actos, no sólo por su avanzada edad, sino por su trabajo durante muchos años en la Colonia Zamorana. Por ese trabajo, siendo presidente Manuel Iglesias Rodrigo, se le confirió la condición de Presidente de Honor Vitalicio de la Colonia Zamorana de Cuba. Al año siguiente, cuando se realiza el siguiente plan añoranza (mi padre había fallecido tres meses antes del segundo plan añoranza), se recuerda la participación de mi padre en el plan anterior y el periodista Leandro Fernández Morán publicó en la Opinión de Zamora un muy bello escrito, al menos así nos pareció a todos en nuestra familia.

Llega el momento de convocar a elecciones para la Junta Directiva de la Colonia Zamorana en enero de 1995 y hay dos candidaturas. Una la presentan el presidente en funciones de la Agrupación y el tesorero de la zamorana (los que hicieron que el presidente anterior pidiera la licencia), y la otra es la misma Junta Directiva existente

con la sustitución de ellos. Categóricamente triunfa nuestra candidatura y desaparece la confrontación dentro de la Junta Directiva de la Colonia Zamorana.

Al salir ellos de la Directiva de la Colonia Zamorana, se presenta la situación de que el presidente de la Agrupación no representa, ni en su Junta Directiva ni en su Asamblea General, a ninguna sociedad, pues la Colonia Zamorana no los incluye en su representación en la Asamblea. Se hace una consulta al Órgano de Relaciones y orienta que se mantenga hasta las siguientes elecciones. Durante ese tiempo, hay algunos hechos de los cuales no conozco sus causas pero que es posible que hayan influido en los directivos de las otras sociedades. Como, por ejemplo, con el consulado de España. El cónsul general, Eduardo Cerro, organizaba reuniones trimestrales con los representantes de comunidades españolas. A partir de un momento, no sé la causa, decidió invitarme a esas reuniones en lugar de al presidente de la Agrupación. Por tanto, yo informaba a la Junta Directiva de



Recordatorio de la participación de mi padre en el anterior plan añoranza, publicado en el periódico la Opinión de Zamora.

con la Junta, incluyendo la presentación de solicitud de subvenciones. Nosotros decidimos que la representación era suya pero las gestiones de la Colonia eran nuestras. Y en el año 1995 presentó las solicitudes desde subvención fuera de plazo y sólo fue aceptada la de la Colonia Zamorana de Cuba que la presentamos de forma independiente. Ese año, sólo tuvo subvención la Colonia Zamorana de Cuba.

En enero de 1996 hay elecciones en la Agrupación de Sociedades Castellanas y hay dos candidaturas. Las candidaturas de la Agrupación tenían y tienen una característica. Sólo se puede establecer las responsabilidades, pues sus integrantes lo deciden las sociedades que la componen designando a las dos personas que la van a representar. Las boletas tienen que tener estos 14 nombres. El presidente en funciones de la Agrupación presenta una candidatura, con él como su presidente y yo sin ninguna responsabilidad. Para poder hacerlo había convencido a otra asociación a que lo hiciera socio, vicepresidente de su Junta Directiva y representante ante la Agrupación. La otra candidatura era casi igual, pero intercambiando las posiciones de ambos. Ganamos la elección y ahora

de la Agrupación de lo tratado con el cónsul. La única explicación que encuentro es que el cónsul me conocía de las reuniones con él cuando la delegación de Zamora nos visitaba.

Otro acontecimiento era la relación con la Junta de Castilla y León. El representaba, como presidente de la Agrupación, a todas las asociaciones y centraba todas las gestiones

ya tenía que dedicar más tiempo a las asociaciones, con mucha mayor afectación a mi trabajo. En esto tuve un gran apoyo de mi jefe que me permitió organizar mi trabajo para conciliar ambas actividades. Por cierto, él es nieto de soriano y terminó como miembro de una de las asociaciones. Al perder las elecciones, el anterior presidente en funciones se desvincula de la asociación a la que se había acercado para presentar su candidatura por lo que es sustituido en la Junta Directiva de la Agrupación y en su Asamblea. Este señor entregó la Agrupación totalmente endeudada. La Agrupación tenía deudas, pero no dinero en el banco. Para mantener funcionando el restaurante, el presidente de la Colonia Leonesa nos ofreció un préstamo de 240 dólares. Para complementar esa cantidad, se hacían las compras por cheque el sábado y el lunes en la mañana, con las ventas del fin de semana, se hacía el depósito en el banco para que, cuando llegara el cheque, tuviera respaldo. Ahora quisiera relatar lo sucedido en ambas asociaciones a partir de estas elecciones, pero no me parece posible lograr expresar la continuidad de los acontecimientos en cada sociedad si incluyo ambas historias simultáneamente. Por ello, me parece una mejor solución relatarlas por separado, comenzando por la Colonia Zamorana.

## LA COLONIA ZAMORANA A PARTIR DE ENERO DE 1996

Las actividades en la Colonia Zamorana se iban incrementando y se logró reunir a una cantidad importante de zamoranos residentes en toda la Isla. En el año 1991 teníamos 13 zamoranos y en ocho años localizamos 103. Como ya se mencionó anteriormente, estos zamoranos eran de una avanzada edad. En ese mismo periodo fallecieron 44.

El incremento de actividades, junto con el trabajo de divulgación para la localización de emigrantes zamoranos, provoca que los descendientes de zamoranos también se interesen en asociarse. La velocidad de crecimiento fue muy alta, por lo que en alrededor de 10 años se multiplicó por más de ocho veces la cantidad de asociados. Esta tasa de crecimiento nos llevó a establecer criterios de selección en la aceptación de asociados. Inicialmente se dejó de aceptar como asociados a los cónyuges de los descendientes de zamorano y sólo se aceptan, por orden de prioridad, los emigrantes, sus hijos y nietos. Finalmente, al acercarnos a los 1.000 asociados, se decide limitar el ingreso y sólo se aceptan la cantidad de nuevos socios igual a la de bajas que se hubieran tenido. Esta medida hace que prácticamente no se acepten nietos y que la edad promedio de los asociados comience a subir. Esto resultaría en un problema a largo plazo y en contradicción con el propósito de acercar a los jóvenes a la asociación. Se permitió la participación a los jóvenes sin ser asociados y su actividad en la Colonia se utilizaba como un criterio para su aceptación. En el análisis de los nuevos ingresos se buscó un balance de ambos intereses sin que la asociación continuara creciendo en número de asociados. Se muestra una gráfica de la cantidad de asociados y el aplanamiento de la curva en el año 2007 es

el resultado de que sólo se aceptaban la cantidad de bajas tenidas en el año anterior.

El deseo de tener local social propio se mantenía y el vicepresidente de la Diputación, José Bahamonde, no dejaba de intentarlo. Por ello, alrededor del año 1996, se pone en contacto con el zamorano Emilio Roncero, que tenía relaciones comerciales y personales con el Historiador de la Ciudad, Eusebio Leal Spengler. Eusebio se encontraba rehabilitando la Habana Vieja y Bahamonde le pide a Roncero que intervenga para que el Historiador le asigne un local a la Colonia Zamorana en esa zona.

Emilio Roncero no conocía a la Colonia Zamorana y aparentemente quería tener más información antes de intervenir. Por ello, se pone en contacto conmigo y me invita a tomar un café en el Hotel Inglaterra y allí conversamos sobre la Colonia, lo que estábamos haciendo y lo que pensábamos hacer. La información fue lo suficiente convincente como para que aceptara hacer la gestión del local con el Historiador de La Habana.



El historiador de La Habana, Eusebio Leal, con José Bahamonde y Emilio Roncero.

En el año 1998, en una visita del vicepresidente de la Diputación, nos reunimos con Eusebio Leal y en la misma nos ofreció un local, pendiente de rehabilitación, para sede de la Colonia. La Oficina del Historiador asumiría los gastos de la rehabilitación y lo entregaría cuando concluyera la misma. Esta decisión de Eusebio iba en contra de la circular emitida por el gobierno cubano sobre la asignación de locales a las asociaciones. En la carta de entrega del local nos dimos cuenta que la asignación había sido posible por las relaciones que manteníamos con el vicepresidente del Consejo de Ministros, José Ramón Fernández, que la autorizó. El trabajo realizado por el vicepresidente de la Diputación en sus visitas y la impresión que José Ramón Fernández se había creado de la Colonia habían dado resultados.

En el año 2000 yo me mantenía trabajando y atendiendo ambas asociaciones. En una reunión de trabajo me comienzo a sentir mal y me llevan a urgencias de un hospital cercano. El médico determina que es un problema estomacal y me envía para la casa. Al otro día sigo sin mejorar y un gran amigo y aun mejor médico, Damián Santos Hedman, me va a



Evolución de los asociados a la Colonia Zamorana.



Con mi esposa visitando el local asignado.



El local cuando comenzó la reparación.

ver. Con una inspección visual y algunas pruebas decide que el diagnóstico es equivocado. Termino tres semanas ingresado con un infarto cerebeloso y dos meses de baja médica. Aquí comienza mi desvinculación laboral, con otro ingreso un año después del primero y termino presentando mi jubilación y dedicándome por entero a las asociaciones.

Unos años después de tener la asignación del local, pero antes de su inauguración, se produce un cambio en el gobierno de Zamora y se pierde parcialmente el apoyo que venía brindando la Diputación. Se suspenden los planes añoranza y la atención a las asociaciones de la emigración pasa por distintas áreas de la Diputación. La atención comienza a mejorar cuando el nuevo Diputado de Cultura, José Luís Bermúdez, pasa a ser el responsable de la relación con las Casas Regionales. Afortunadamente, el apoyo vuelve a tener la energía anterior con la entrada de Fernando Martínez Maíllo como nuevo presidente de la Diputación cuatro años después.

Estos años coinciden con la desaparición de la URSS y la desintegración del campo socialista. Provocan en Cuba, con una gran dependencia económica de estos países, una grave crisis económica que se le llamó oficialmente “periodo especial”. Había una gran escasez de todos los productos básicos.

Desde la Diputación, José Luís Bermúdez y Jesús Sandín hablaron con Cáritas de Zamora y con farmacias de la capital provincial para solicitar su colaboración en aliviar la difícil situación que atravesaba la emigración zamorana en Cuba. Con la completa disposición de Cáritas, de farmacias que no conozco sus nombres, del apoyo de José Luís Bermúdez para que la Diputación financiara su envío y el trabajo de recepción y preparación de Jesús Sandín, la Colonia recibía donaciones de medicamentos, ropa, calzado y juguetes que se clasificaban y repartían entre los socios.

Esto generó un espíritu solidario entre los asociados que se ayudaban con sus profesiones en paliar sus necesidades o en asesorías en trámites. Se creó un inventario de artículos, bastones, por ejemplo, para ayudar a asociados con situaciones transitorias.



Jesús Sandín en el almacén donde se recibían las donaciones y descargando la camioneta en el puerto para enviarlos para Cuba.



Clasificando una donación recibida y entrega de donación a asociados en presencia de la delegación.

El socio Olivero Gómez Calvo aportó una silla de ruedas que no estaba utilizando para que la Colonia la pudiera prestar.

Los activistas en las provincias colaboraban en la distribución de las donaciones recibidas de Zamora. En algunos casos se los hacíamos llegar con transportistas o ellos mismos, en viajes a La Habana por otros motivos, recogían los módulos y se encargaban de hacérselos llegar a los asociados. Estos activistas también colaboraban en organizar las visitas a sus provincias que realizaron José Bahamonde a Santiago de Cuba y José Luís Bermúdez a varias de ellas.

Las obras en la reparación y adaptación del nuevo local de la Colonia Zamorana avanzaron con relativa lentitud, pero a finales del año 2002, cinco años después de recibir el compromiso, el Historiador de la Ciudad nos entregó las llaves del local situado en Muralla 73, en pleno centro del casco histórico de La Habana, y comenzaron los preparativos de la inauguración, adquiriendo mobiliario y organizando el acto.

El 25 de enero del año 2003 inauguramos el nuevo local con la presencia de Eusebio Leal, Historiador de La Habana, de José Luís Bermúdez, Diputado de Cultura que atendía a las asociaciones en la Diputación y de José Francisco Bahamon de, que inició la gestión y que en ese momento era miembro del senado español, el cual había invitado al acto a otros senadores.

También estuvo presente una importante delegación de los medios de comunicación zamoranos. Por el gobierno español estuvo presente el Embajador de España,



José Luís Bermúdez y José Bahamonde cortando la cinta y el embajador develando la tarja en presencia de Eusebio Leal.

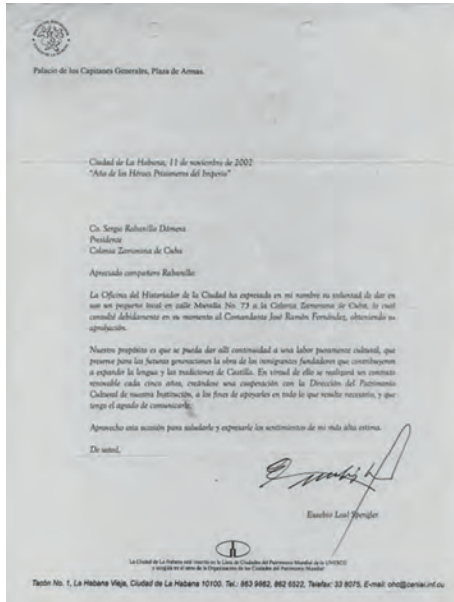
Jesús Manuel Gracia Aldaz, que develó, en presencia del Historiador de la Ciudad, la tarja en la entrada. El corte de la cinta con que se dio entrada al local a los asistentes lo realizaron en conjunto José Luís Bermúdez y José Bahamonde.

El tener un nuevo local era un acontecimiento excepcional en Cuba debido a la orientación del gobierno, a la que ya hicimos mención, y que sólo había sucedido anteriormente para asociaciones que representaban comunidades españolas, y como resultado de la visita oficial del presidente de la correspondiente comunidad española y su reunión con las máximas autoridades del país. Pero también constituía un enorme reto pues hasta esa fecha, aunque cada año incluíamos nuevas actividades al plan, no pasaban de diez al año sin contar las Juntas Directivas. Ahora había que planificar actividades para todos los días, todos los meses, todo el año. Para ello había que elaborar planes de trabajo más ambiciosos y con más contenido. Afortunadamente teníamos el impulso y el apoyo del consulado español, de la Diputación de Zamora, de la Oficina del Historiador de La Habana, de la UNED de Zamora, del vicepresidente del gobierno cubano y contábamos con una Directiva con muchos deseos de hacerlas.

Ahora quizás sea necesario hacer una aclaración del mecanismo de atención del estado cubano a las asociaciones, pues no las he mencionado en el párrafo anterior. Además del Registro de Asociaciones, que da la existencia legal, hay un Departamento de Atención a las Asociaciones, que es el vínculo del gobierno cubano con las asociaciones. Su función es el control de la actividad que desarrollan, según el reglamento aprobado a la asociación por el Registro de Asociaciones y el apoyo en su relación con el estado. El control era y es más que evidente. A mí me parecía que el apoyo que recibíamos se limitaba a anunciar, con semanas de anticipación, que nos iban a realizar una visita de control.

Cuando le dijimos al órgano de relación que teníamos un nuevo local social, nos exigió que debía haber un documento que demostrara que lo habíamos recibido legalmente y con la autorización correspondiente. Hablamos con Eusebio Leal, le explicamos la exigencia del órgano de relación y emitió la siguiente carta donde señala que la asignación





Carta de Eusebio Leal a través de la cual justifica la adjudicación del local por parte del vicepresidente del consejo de ministros.

había sido autorizada por el vicepresidente del consejo de ministros.

Regresando al año 1996, por el 80 aniversario de la inauguración de la Colonia, la delegación para su celebración vino acompañada con el grupo de danzas tradicionales Doña Urraca, que realizó varias representaciones para los asociados. La visita y el CD que nos dejaron con música y bailes típicos de la provincia fue probablemente el detonante en el interés de tener un cuerpo de baile, que nunca antes había existido en la Colonia Zamorana, aunque otras asociaciones españolas la tenían con la característica de que eran realmente academias de bailes vinculadas con las asociaciones.

De esa misma forma se formó un grupo de baile con una academia de danzas españolas que se vinculó a la Colonia para poder participar en las jornadas La

Huella de España, que se organizaban por las oficinas de la bailarina de ballet Alicia Alonso y del historiador de la ciudad con la colaboración de la Embajada de España y la Federación de Sociedades Españolas.

Pero ese grupo no era realmente nuestro. Eran los alumnos de la profesora que sólo una, por casualidad, tenía vínculo con Zamora. En menos de un año, se le propone a la profesora que queremos formar el cuerpo de baile con descendientes de zamoranos y que incorpore al repertorio danzas típicas de la provincia zamorana. Acepta y comenzamos a trabajar con niños y adolescentes para tener verdaderamente nuestro cuerpo de baile. Con los descendientes de zamoranos creamos dos cuerpos de baile, uno de jóvenes y otro de niños. Durante varios años se intentó que el cuerpo de bailes de jóvenes visitara Zamora y se entrenara allí pero el gobierno cubano no autorizó la salida de los jóvenes.

En todo ese tiempo, como presidente, yo recibía el apoyo de una directiva que funcionaba y que crecía. Además de los directivos que establecía el reglamento, participaban “activistas” en las juntas directivas asumiendo tareas. Eran asociados que se iban incorporando a la directiva y que nos permitía multiplicar y diversificar lo que hacíamos.

En abril del año 2005, al frente de una amplia delegación llegó el presidente de la Diputación de Zamora, Fernando Martínez Maíllo. Nunca antes la Colonia Zamorana de Cuba había recibido la visita de un presidente de la Diputación. Se organizó un



Cuerpos de baile con niños menores de 12 años y otro de adolescentes.

plan de actividades por su visita que incluyó exposiciones, conferencias, premiación de concursos, actividad con los jóvenes y niños y una visita a la que fuera la casa de salud del Centro Castellano. Coincidiendo también con su visita se realizó la entrega de módulos de ropa y calzado recibidos como donación de Zamora y cuyo traslado asumió la Diputación. Esta visita se repetiría en el año 2009.

Las actividades de la Colonia se multiplicaban con la participación de los asociados como expositores o conferencistas. Médicos, psicólogos, abogados, etc., asociados de la Colonia, se brindaron para dar conferencias. También se organizaban conferencias sobre la historia de la Colonia y sobre la provincia de Zamora, de Castilla y León y de España. Se montaron exposiciones sobre la emigración zamorana a Cuba con el apoyo de los asociados y otras con material enviado por la Diputación de Zamora. Se organizaron concursos sobre conocimientos de Zamora, de la historia de la Colonia, de la gastronomía zamorana. En el periodo de las vacaciones escolares se organizaban actividades para los niños para ayudar a que los padres pudieran trabajar y se daban clases de dibujo, etc. Todo ello con el aporte de los asociados y el gran apoyo, entre otros, de la Diputación de Zamora y del Historiador de La Habana.

Esto nos permitió que el reto de darle contenido al nuevo local dejó de ser un reto y que el problema se convirtió en que el año no tenía suficientes fines de semana. Mi tarea en las Juntas Directivas era distribuir los sábados y domingos entre las solicitudes para hacer actividades. Entre semanas se montaban exposiciones y murales.

En la recepción de las donaciones a que hicimos referencia anteriormente, fue nuevamente fundamental el apoyo del vicepresidente del gobierno cubano y del Historiador de La Habana autorizando su entrada al país, pues el órgano de relación ejerció su función de control, pero casi nunca ayudó en lograr la autorización de entrada. En esta mención de apoyos recibidos para aliviar la situación por la que se atravesaba, también debo mencionar la del consulado con financiamiento para entregar algunos alimentos a los más necesitados.

La Diputación, desde 1995, organizaba anualmente los ya mencionados Planes Añoranza, donde los emigrantes podían visitar durante dos semanas su lugar de nacimiento. El



En la foto de la izquierda, el presidente y el Diputado de Cultura conversando con mi esposa y secretaria de la Colonia, María Antonia Fernández Mayo. En la foto de la derecha el presidente de la Diputación, Fernando Martínez Maflo, el Diputado de Cultura, José Luís Bermúdez, el jefe de archivo de la Diputación y responsable de emigración, Jesús Sandín Blanco y el emigrante zamorano Martín Rapado González, que participó en el Plan Añoranza del año 2005 con 97 años.



El Dr. Damián Santos sobre atención al adulto mayor y Concurso de Gastronomía Zamorana.



Curso de cocina.



Exposición de cerámica zamorana.



En la izquierda, Plan añoranza de Cuba y Argentina con Jesús Sandín Blanco. En la derecha, en la Junta de Castilla y León los jóvenes cubanos con Félix Colsa Bueno, responsable de emigración.

primer plan añoranza se realizó sólo con emigrantes zamoranos residentes en Cuba, pero posteriormente incluyó también a los de Argentina, que terminaron siendo la mayoría.

Como la emigración zamorana a Cuba, en su enorme mayoría, se concentra en los primeros 30 años del siglo XX y muy pocos habían podido ir a visitar a su familia después de emigrar, prácticamente la totalidad de los participantes por Cuba en los planes añoranza tenían más de 60 años sin haber regresado a España. Y algunos no lo pudieron hacer por su avanzada edad. Cuando todos los emigrantes, que su salud lo permitió, habían participado, la Diputación lo hizo extensivo a los hijos de emigrantes zamoranos, que tuvieran la nacionalidad española y con más de 75 años.

En la provincia más occidental de Cuba, Pinar del Río, residía el zamorano centenario Pascual García Ferrero, que ya su salud no le permitía viajar a Zamora. Pascual había emigrado a Cuba en 1919 con 16 años. En la búsqueda de sus familiares en Zamora, José Luís Bermúdez y Juan Andrés Blanco encuentran a su hermano Sabino que había nacido en 1922, después de emigrar Pascual, y no se conocían personalmente. En el año 2003, Sabino con 81 años, fue invitado a visitar a su hermano centenario y pasar unos días con él. Ese año hubo dos planes añoranza, el de los emigrantes viajando a Zamora y el de Sabino viajando a Cuba.

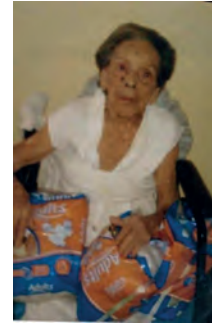
En el año 2005, Eusebio Leal le sugiere a José Luís Bermúdez organizar jornadas gastronómicas zamoranas. Para ello, ofrece el restaurante “El Templete”, que brindaría



A la izquierda los hermanos Pascual y Sabino en su primer encuentro. A la derecha los hermanos con José Luís Bermúdez y Jesús Sandín.



Emigrantes zamoranos en exposición sobre historia de la Asociación.



Entrega de ayuda asistencial.

el servicio sólo cobrando, al costo, los productos que se consumieran. Propone también que para la jornada inaugural venga el Chef Cecilio Lera, que había conocido como alcalde de Castroverde de Campo en una de sus visitas a España. Se selecciona el mes de octubre para estas jornadas coincidiendo con el mes que la Colonia Zamorana de Cuba celebró su primera junta directiva.

Durante tres años se celebraron las Jornadas Gastronómicas Zamoranas. Pero la directiva de la Colonia decide transformarla en Jornadas Culturales Zamoranas, incluyendo en esa semana conferencias sobre la provincia de Zamora, exposiciones y concursos de historia y gastronomía.

A partir del año 2006, conjuntamente con los planes añoranza, se organizan los Planes Raíces, para que los jóvenes descendientes de zamoranos puedan visitar la provincia de Zamora durante dos semanas y conocer el lugar donde nacieron sus abuelos. En general eran nietos y en algunos casos bisnietos de zamoranos (en los primeros años no siempre con la nacionalidad española, aunque posteriormente se estableció como requisito) y que se hubieran destacado en su participación en las actividades de la Colonia. Al regresar, estos jóvenes contaban su experiencia al resto de los jóvenes y a los asociados en general y su vínculo con Zamora resultaba reforzado.

En la Asamblea General del año 2007, como establece el reglamento para los años que anteceden a las elecciones, se convocó a las mismas para diciembre. Se recordaron las bases para la presentación de candidaturas, haciendo referencia a lo establecido en el reglamento. Pero también en esa Asamblea anuncié que era la última candidatura en que me presentaría como presidente. Era una decisión que había tomado hacía mucho tiempo y que consideré que ya resultaba impostergable.

Yo creo que hay bastantes razones para que el tiempo al frente de una asociación tenga un límite, pondré un par de ellas para explicar mi idea. Una, creo muy importante, es que hay compañeros y compañeras en la directiva que trabajan mucho y muy bien y que se mantienen en un segundo plano y el momento para que puedan desarrollar sus propias ideas va pasando. Otra, es que la experiencia y la iniciativa o creatividad pueden

ser antagónicas. Lo que funcionó en un momento y fue exitoso, puede no serlo tanto posteriormente por perder su novedad o que las condiciones hayan cambiado. Pero uno puede no darse cuenta y mantener lo que la experiencia ha demostrado que funciona. En mi caso en particular, existía otra razón que en ese momento ni me imaginaba. Quince meses después de dejar la presidencia, mi esposa enfermaría gravemente, lo que me llevaría a emigrar a Londres para reunirnos con nuestros hijos que residían allí. Por tanto, en cualquier variante, mi tiempo al frente de la Colonia tocaba a su fin.

También en enero del año 2007 entra en vigor la ley de la memoria histórica, que durante dos años permitía a los hijos de españoles de origen, aunque no hubieran nacido en España, a optar por la nacionalidad española. Que en Cuba se le llamó “la ley de los nietos” pues hacía posible que los hijos adoptaran la nacionalidad española, siempre que sus padres, aunque no hubieran nacido en España, tuvieran derecho a la nacionalidad de origen. No se requería que sus padres la hubieran obtenido, sólo que tuvieran derecho.

La Colonia organizó un proceso de divulgación y orientación para sus asociados para que todo el que tuviera derecho optara por la nacionalidad española, si lo deseaba. Eran necesarios tres documentos probatorios para probar el vínculo con el emigrante. La inscripción española del abuelo, la inscripción cubana o española del padre o madre y la inscripción del solicitante. El otro documento era el que demostrara que el abuelo mantenía la nacionalidad española cuando su padre o madre nació, pues era la condición para que tuviera derecho a la nacionalidad de origen, aunque no hubiera optado por ella.

En la explicación siempre he dicho “abuelo” y no “abuelo o abuela”, ya que las leyes de entonces tenían un cierto carácter discriminatorio, ya que la española a que se casara con un extranjero perdía la nacionalidad española y, por tanto, sus hijos no serían españoles de origen.

De esos documentos probatorios, el de la inscripción española del abuelo era un serio problema pues, en muchos casos, los solicitantes sólo tenían una fecha aproximada del nacimiento del abuelo y alguna referencia a su lugar de nacimiento en Zamora. Desde la Diputación, Jesús Sandín Blanco se dedicó a investigar y solicitar inscripciones de nacimiento para solucionar este requerimiento.

En el año 2007 sólo nos constaba que 17 asociados tuviéramos la nacionalidad española sin haber nacido en España (es probable que hubiera algunos más que no habíamos detectado, pero no creo que llegaran a 30). Al terminar el plazo de presentaciones de solicitudes en el consulado, 205 asociados tenían la nacionalidad o su solicitud se encontraba en trámite. En este caso, también es posible que fueran algunos más que no nos hubieran comunicado el haber solicitado la nacionalidad española.

En este último periodo del mandato, se crean varias comisiones de trabajo, cada una dirigida por un miembro de la Junta Directiva. Que recuerde, las comisiones eran de atención al adulto mayor, de historia, de danza, de mujeres, de excursiones, de



Actividad Infantil organizada por los jóvenes.



Foto de la izquierda es de la Comisión del Adulto Mayor desarrollando habilidades manuales. La foto de la derecha es la Comisión de Mujeres celebrando el Día de los Enamorados con parejas de más de 25 años.

administración, de niños y finalmente la de jóvenes. Cada una tenía su plan de trabajo y presupuesto que se aprobaba a principios de año. Los planes de trabajo de niños y jóvenes tenían una diferencia. Tenían como objetivo acercarlos a la asociación por lo que podían tener actividades recreativas, aunque realmente no tuvieran un contenido educativo o relacionado con Zamora. Si los jóvenes lo que querían era bailar, pues les organizábamos bailes. Si los niños querían fiesta, pues les organizábamos fiestas. Siempre con algo que los acercara a Zamora, como el concurso “los niños pintan Zamora”.

La comisión de excursiones se forma gracias a que la Diputación, asumiendo los gastos de envío, había gestionado con una empresa zamorana la revisión y donación de dos autobuses. En este caso, el órgano de relaciones accedió a realizar el trámite con el Ministerio de Colaboración, pero sólo lo hizo para un autobús.

En uno de los viajes de José Luís Bermúdez vino acompañado de un equipo de básquet que tuvo un intercambio deportivo con varios equipos cubanos. Los trámites para este intercambio se realizaron por el vicepresidente del Consejo de Ministros, José Ramón Fernández, que era también el presidente del comité olímpico cubano.

Como línea general, las asociaciones españolas en Cuba deben realizar sus actividades en los locales autorizados y nunca en la calle. La parte de Lacalle Muralla, donde



Foto de la izquierda es de la Comisión del Adulto Mayor desarrollando habilidades manuales. La foto de la derecha es la Comisión de Mujeres celebrando el Día de los Enamorados con parejas de más de 25 años.



A la izquierda excursión con el autobús donado por una empresa zamorana y enviado por la Diputación, y a la derecha práctica de psicoballet con la activista y profesora jubilada Ozaida Arteaga Nieto.

Actividad cultural realizada frente al local social de la Colonia Zamorana de Cuba.



se encuentra la Colonia Zamorana, está cerrada al tránsito y Eusebio nos planteó que la calle era nuestra y que podíamos hacer allí nuestras actividades. Por eso y porque el local de la Colonia ya resultaba pequeño para los asistentes a las actividades que organizamos, comenzamos realizar nuestras actividades en Lacalle, frente a la sede social.

En diciembre del año 2011 hubo una sola candidatura en la que salió electa mi hermana María Antonia Rabanillo, que había sido durante todo el tiempo la vicepresidenta y que había llevado en gran parte el trabajo de la Colonia para yo poder atender también la presidencia de la Agrupación de Sociedades Castellanas. Su trabajo, al frente de ambas sociedades y del Consejo de Residentes Españoles en Cuba la ha hecho merecedora a que, en el año 2018, el embajador de España en Cuba le impusiera la medalla de Isabel la Católica en la categoría de Encomienda otorgada por el gobierno español.

Ella me incluyó como su vicepresidente en la candidatura presentada ese año y me mantuve participando en las Juntas Directivas por dos años hasta mi salida hacia





En el panteón de la Colonia Zamorana de Cuba durante los actos por la inauguración del local social.

Londres. A partir de entonces ya mi participación casi ha desaparecido, aunque en alguna medida colaboré con la organización del centenario de la Colonia Zamorana de Cuba en el año 2016 y viajé a Cuba para participar en los actos.

Quiero terminar la parte de mi relato relacionado con la Colonia Zamorana de Cuba mencionando su panteón. Tiene un gran valor sentimental, pues es el lugar de reposo de muchos de los emigrantes y, por ello, se tiene un control especial con la información sobre las inhumaciones y exhumaciones realizadas. Durante el tiempo que estuve al frente de la Colonia, además de su mantenimiento periódico, se le realizaron dos reparaciones capitales.

### LA AGRUPACIÓN DE SOCIEDADES CASTELLANAS A PARTIR DE 1996

Al comenzar al frente de la Agrupación, mi propósito fundamental fue ayudar a que todas las asociaciones de Castilla y León tuvieran un nivel de actividad similar e incrementaran la colaboración entre ellas, así como mejorar las relaciones con la Junta de Castilla y León. Para ello era requisito imprescindible solucionar la situación financiera de la Agrupación y lograr un local social adecuado.

Como dije cuando hablé de las elecciones del año 1996, la Agrupación se entregaba totalmente endeudada. Este endeudamiento resultaba para mí algo inexplicable porque era una época donde las asociaciones españolas comenzaban a tener actividad comercial y las empresas mayoristas no conocían las restricciones que nos prohibían el acceso a ellas. Esta situación coyuntural nos permitió adquirir, durante algunos años, varios productos a precios mayoristas, algo reservado sólo para entidades estatales.

El comercio minorista ofrecido por el gobierno cubano, de la mayoría de los productos que no se venden en forma racionada, tiene una conformación de precios que más que dobla el costo. Durante el tiempo que pudimos acceder al mercado mayorista, ofertamos en el mostrador del restaurante algunos productos, como cigarrillos y conservas, a precios por debajo del que ofrecían las entidades del estado. Vendíamos todo este tipo de mercancía el mismo día que lo recibíamos. Esto nos permitió pagar las deudas con que habíamos recibido la Agrupación y formar un fondo con el cual operar, devolver el



Salón de Actos en la inauguración.

En el salón de reuniones con la Consejera de Educación de la Junta de Castilla y León.



Fachada del nuevo local.



préstamo que a título personal nos había dado el presidente de la Colonia Leonesa e incluso invertir en remodelar el local que logramos más tarde para la Agrupación.

El tener la actividad comercial hacía que no dispusiéramos realmente de un local social pues el restaurante lo ocupaba todo excepto el entrepiso que estaba lleno con el mobiliario de las asociaciones. En la búsqueda de una solución, encontramos que el comercio estatal contiguo al nuestro quería ampliarse y le interesaba el nuestro. Acordamos que, si nos daban un local que necesitara reparación pero que fuera más amplio que el nuestro, haríamos una permuta. La otra condición que planteamos es que se ejecutara la entrega de nuestro local seis meses después de recibir el de ellos para poder reparar el que recibíamos. El ministerio de comercio interior cubano autorizó la permuta y ofreció un local en la calle Neptuno.

Aunque requería una inversión importante, este nuevo local permitía tener un área social, el restaurante, un salón de reuniones, almacén, una biblioteca y una oficina para cada dos asociaciones miembros de la Agrupación además de una para la Agrupación.

Durante esos seis meses podíamos mantener el restaurante funcionando con las ventas en la cafetería de los productos a los que ya hicimos referencia y así financiamos en gran medida la reparación del nuevo local. La reparación, contratada con una empresa de construcciones del estado, demoró más de los seis meses previstos. Cerramos el restaurante, pero mantuvimos la venta en el nuevo local, en medio de los constructores, de los productos que se comercializaban en el día.

Inauguramos este local con la presencia de la Consejera de Educación de la Junta de Castilla y León, Doña Josefa Fernández de Arufe, el 6 de abril de 1998.

Aunque desde el principio trabajamos en los objetivos fundamentales para los que se creó la Agrupación, es a partir de 1998 cuando podemos dedicarnos a ellos al haber

solucionado la situación financiera de la Agrupación y contar con un espacio que mejoraba la situación de local de todas las asociaciones miembro y además disponíamos de un lugar donde realizar las actividades culturales sin que afectaran las reuniones que programaran las asociaciones ya que teníamos un área independiente para las reuniones y también contábamos con un espacio para que los socios pudieran asistir a conocer la historia de las asociaciones, y de Castilla y León en la biblioteca recién inaugurada.

La Diputación de Zamora me incluía al frente de los Planes Añoranza, lo cual me permitió establecer una relación personal con los políticos y funcionarios de la Junta de Castilla y León. También recibíamos con cierta frecuencia visitas de la Consejera de Cultura y del responsable de emigración de la Junta, Luís Beneites. En mi opinión, este contacto fue una de las razones por lo que el presidente de la Junta, Juan José Lucas Giménez, decidiera visitar Cuba.

En ese momento las relaciones entre los gobiernos de Cuba y España no se encontraban en su mejor situación, debido que el gobierno español había promovido una posición en la Comunidad Europea no favorable al gobierno de Cuba. Y el partido al frente del gobierno español era el mismo que el del presidente de la Junta de Castilla y León. Es lógico pensar que la idea de visitar Cuba en esos momentos no fuera del agrado de la dirección nacional de su partido, por lo que hay que reconocerle a Juan José Lucas que decidiera reunirse con la emigración castellano leonesa en Cuba en una visita oficial con esa situación de las relaciones entre ambos gobiernos.

Al ser una visita oficial, José Ramón Fernández, vicepresidente del Consejo de Ministros de Cuba, lo recibió en la escalerilla del avión y me dio acceso también a ese recibimiento dentro del aeropuerto. Esta visita se realizó en marzo de 1999 que incluyó una reunión de Juan José Lucas con Fidel Castro, que también asistió a una comida que el presidente de la Junta les ofreció a los emigrantes castellano leoneses en Cuba en el hotel Meliá Cohiba.

Recibimiento al presidente de la Junta de Castilla y León en el aeropuerto de La Habana.



Reunión del presidente de la Junta con representantes de todas las casas de Castilla y León en Cuba.





Juan José Lucas con el vicepresidente del Consejo de Ministros en la actividad con asociados.



Juan José Lucas con Fidel Castro en la recepción a la emigración castellanoleonesa en Cuba.



Vistas de una de las actividades culturales realizadas por el Día de Castilla y León.

También se ofreció una recepción con una amplia representación de los asociados a la cual asistió el vicepresidente del Consejo de Ministros, José Ramón Fernández.

En la introducción mencionaba que en los años anteriores a 1959 se utilizaban los jardines de la cervecería Tropical para las actividades de las sociedades españolas en general. Esta actividad con Juan José Lucas y la presencia del vicepresidente del Consejo de Ministros se realizó precisamente en los jardines de esta cervecería.

Además de colaborar con las actividades culturales que cada asociación organizaba, la Agrupación de Sociedades Castellana asumidos actividades anuales que ofrecía a todos los miembros de las sociedades castellano leonesas. Una actividad cultural para más de 1000 personas, el 23 de abril, que es la fiesta oficial de la comunidad de Castilla y León. La cantidad de personas asistentes sólo la limitaba la capacidad de los locales disponibles. Por esta limitación, en ocasiones, organizamos dos actividades por el Día de Castilla para que más personas pudieran participar. Pero siempre intentamos hacerlo en una sola para que los asociados de las distintas Casas pudieran conocerse y confraternizar.

Otra, a partir del 2002, para los emigrantes de Castilla y León residentes en Cuba, el día 18 de diciembre, fecha establecida por la Asamblea General de la ONU en el 2000 como Día del Migrante.

Además de estas actividades culturales, para promover el acercamiento de los jóvenes a las asociaciones y evaluar su conocimiento sobre las asociaciones, sobre



Día del Emigrante donde se premió un concurso por la historia de la emigración castellano leonesa a Cuba.



Presentación de dos de las señoritas de Castilla y León que se han seleccionado.

su provincia de vínculo con Castilla y León y sobre la Comunidad, se organizaba la elección de la Señorita de Castilla y León cada cuatro años. Para ello, cada asociación debía elegir previamente su representante en un evento también de conocimiento.

Para elegir a la Señorita de Castilla y León, se creaba un jurado, usualmente presidido por un funcionario del consulado y un vocal de cada sociedad, que evaluaba las exposiciones de estas representantes. Las exposiciones que realizaban las jóvenes eran públicas, frente a una representación de todas las asociaciones y el jurado daba su veredicto ese mismo día, después de una reunión que normalmente no tomaba mucho tiempo.

A la señorita de Castilla y León la acompañaban en su presentación siete damas, una por cada asociación. Eran sus damas las seis que concursaron en la Agrupación pero que no fueron electas, por lo que faltaría la séptima, de la sociedad de la joven ganadora. Se añadía como dama a la que había quedado en segundo lugar en el concurso de la asociación de la que resultó Señorita de Castilla y León. La presentación de la Señorita de Castilla y León y sus Damas se realiza en la actividad cultural del Día de Castilla y León en el año que correspondía.

Otra de las actividades que se organizaban para todas las asociaciones era un encuentro de sus cuerpos de baile. Tenía como propósito que todas las casas tuvieran su



Presentación de todos los cuerpos de baile al principio del espectáculo.



Clausura del espectáculo con reconocimiento a las profesoras.



Antoniette  
Torres Suárez.



María Antonia  
Fernández Mayo.

cuerpo de baile, promover el vínculo entre ellos y que mejoraran sus presentaciones. El espectáculo se ofrecía en el teatro América, con capacidad para más de 1700 asistentes. Este encuentro se realizaba cada dos años y en los últimos años alternaba con otro organizado para los niños donde demostraban también sus conocimientos sobre su asociación y Castilla y León con composiciones y dibujos.

En la preparación del encuentro de cuerpos de baile participan todas las profesoras, pero las responsables de organizar los ensayos, definir las actividades de apertura y cierre que eran conjuntas eran María Antonia Fernández Mayo por la Agrupación y Antoinette Torres por las profesoras. La Junta de Castilla y León apoyó el desarrollo de los cuerpos de baile con el envío durante dos semanas de la profesora burgalesa Ana Alonso. Ana ayudó a las profesoras haciendo recomendaciones sobre como impartir las clases e interactuó directamente con las muchachas.

En el mismo había artistas invitados que participaban durante el intervalo entre los tres bloques del espectáculo. El primer bloque se dedicaba a bailes típicos de la provincia correspondiente a la asociación que representaba el cuerpo de baile.

El segundo bloque se dedicaba a bailes españoles con selección libre y el



La profesora burgalesa Ana Alonso con un grupo de directivos de la Agrupación.

tercer bloque era de bailes cubanos. Se cerraba el espectáculo con una coreografía donde participaban simultáneamente todos los integrantes de todos los cuerpos de baile y donde se combinaban danzas españolas y cubanas.

Con la llegada a la presidencia de la Junta de Juan Vicente Herrera, en el año 2001, la atención a la emigración va a recibir un nuevo impulso. La atención pasa de la Consejería de Cultura a la de Presidencia y Administración dirigida por Alfonso Fernández Mañueco. Cuando en el año 2007 Fernández Mañueco pasa a la Consejería de Interior y Justicia, la atención a la emigración pasa con él a esta consejería.

En esta época la Junta organizaba la atención a la emigración en planes trianuales y creó el Consejo de la Emigración, órgano consultivo para evaluar las propuestas de políticas que se presentarían a la dirección de la Junta en este tema. Cuba, junto con Argentina, fue elegida para representar a la emigración de fuera de España. Estas reuniones, presididas por el consejero Fernández Mañueco y organizadas por Félix Colso, tenían una representación de otras consejerías y factores de la comunidad.

Las visitas a Valladolid y Zamora las utilizaba para apoyar a las asociaciones en su vinculación con las administraciones provinciales correspondientes. Me reunía con autoridades de las provincias para promover el vínculo y apoyo a estas asociaciones y les entregaba correspondencia que enviaban los presidentes de las asociaciones. Algunos de estos resultados, en que la Agrupación participó, fue la visita de la presidenta de Salamanca a Cuba para conocer a las dos asociaciones de la provincia (Colonia Salmantina de Cuba y el Club Villarino) y la organización de planes añoranza y raíces por la Diputación de Palencia.

En enero del 2008 correspondía realizar elecciones en la Agrupación y presenté nuevamente la misma candidatura sin cambio alguno, anunciando que sería la última donde yo estuviera. A los pocos días recibí la noticia del Órgano de Relaciones de que habían recibido una acusación de violación por mi parte del reglamento de la Agrupación en la candidatura presentada.

Fui a hablar con el presidente que presentó la denuncia para explicarle porque estaba equivocado y no quiso oírme. Me dijo que sólo aceptaba la respuesta del Órgano de Relaciones. En mi opinión, demostrando que quería señalarme ante el Órgano, pues antes de hacer la denuncia no había dicho nada en las Juntas Directivas, donde era miembro.



Inauguración del Consejo de la Emigración en el año 2007.

Le mostré al Órgano los documentos emitidos por ellos mismos, donde se podía ver que todo lo hecho era de acuerdo al reglamento, con sus modificaciones, que ellos habían aprobado. Dos funcionarios asistieron a una Junta Directiva de la Agrupación, hablaron de la acusación recibida, de la revisión realizada y que la acusación era infundada.

Era algo que se podía haber aclarado en una Junta Directiva si él hubiera manifestado su preocupación. En la próxima Junta Directiva analicé la acusación y dije que consideraba había habido mala fe. Después, convoqué a una Asamblea Extraordinaria para informar de la acusación y sus resultados. En ella volví a plantear mi criterio sobre el procedimiento. En la Asamblea propusieron sancionarlo, pero logré convencerlos de no hacerlo, especialmente, porque no asistió a la Asamblea y no pudo dar su punto de vista. Era el comienzo de un periodo donde algunos directivos trataban, en mi opinión, de sobresalir pensando en las próximas elecciones. El único inconveniente era que trataban de sobresalir cuestionando mi labor.

En el año 2008, en una visita a México del presidente de la Junta, Juan Vicente Herrera, acompañado del responsable de emigración, Félix Colsa Bueno, decide visitar también a la emigración castellano leonesa en Cuba. Una visita muy breve, pues duró poco más de 24 horas. En este caso, la visita fue no oficial, es decir, que no tuvo relación con el gobierno cubano, por lo que lo recibimos al llegar al hotel donde se hospedaría. Pero es justo reconocer que el vicepresidente del Consejo de Ministros, José Ramón Fernández, ayudó en todos los trámites de su viaje, aunque no fuera oficial. En el hotel lo esperaba también el embajador de España, Carlos Alonso Zaldívar, junto con el representante de la gerencia española del hotel. A pesar de lo breve de su estancia, tuvo un encuentro con la emigración española, con la dirección de la Agrupación y un recorrido por los panteones de las asociaciones de Castilla y León.

Ese año comenzamos los preparativos de la celebración por el centenario del Centro Castellano, fundado en mayo del año 2009. Para nosotros era la celebración del centenario de la Agrupación de Sociedades Castellanas, aunque fue fundada en 1971, pues la considerábamos la continuadora del Centro Castellano. En realidad, la única coincidencia entre ambas asociaciones era que ambas se crearon con la condición de castellanas y que su local social fue y es la sede de las sociedades castellanas. Pero su objetivo social era completamente distinto.

Para elaborar el programa, hablamos con Félix Colsa para el apoyo de la Junta, con Juan Andrés para el apoyo de la UNED en Zamora y con Eusebio Leal para su apoyo como historiador de La Habana. En este último caso, en realidad la Agrupación estaba fuera de su área de influencia, pero le propusimos hacer la celebración dentro de La Habana Vieja. De todos recibimos la disposición de apoyar a que la celebración del centenario fuera un éxito.

Sabiendo la disposición de colaborar, comenzamos a definir el programa con los artistas de Castilla y León que asistirían, con la conferencia magistral en la inauguración de la





Esperando la llegada del Presidente de la Junta en la entrada del hotel.

Abajo a la izqda., llegada al hotel de Juan Vicente Herrera y Félix Colsa, con el embajador de España. A la derecha, frente al panteón de la Sociedad Benéfica Burgalesa en el Cementerio de Colón de La Habana.



jornada de Juan Andrés Blanco, con la publicación del libro con la historia de los 100 años del Centro Castellano y de la Agrupación y muchas más actividades culturales y recreativas.

Hay una anécdota que creo que merece ser contada, aunque fue algo que finalmente no se realizó, que demuestra el apoyo del Historiador de La Habana. Dentro de las actividades, la Junta propuso enviar una exposición de la emigración de Castilla y León a América. Era una idea que estaba en proceso en la Junta, sería la primera vez que se mostraría pero que, desafortunadamente, no estuvo a tiempo para el centenario.

Mientras estábamos preparando el montaje de dicha exposición, la Junta envió a Juanjo Pandora Rodríguez para evaluar el lugar donde se mostraría. Hablamos con Eusebio Leal para que nos propusiera un local y nos ofreció una gran área de exposiciones



dentro de La Habana Vieja. Concertamos una cita con la directora y fuimos Juanjo y yo a verla. Después de explicarle lo que nos proponíamos, nos dijo que lo lamentaba pero que era imposible, que ya en todo el año 2009 el salón estaba comprometido.

Volvimos a ver a Eusebio, le explicamos lo que nos había dicho la directora y le pedimos que nos propusiera otro local. Nos planteó que ese local era el mejor que tenía La Habana Vieja y que quizás no habíamos sido suficientemente explícitos con la importancia del centenario. Que regresáramos e insistiéramos con la directora. Así lo hicimos y la directora nos recibió con estas palabras: “Díganme lo que quieren y cuando lo quieren, que tengo la orden de Eusebio de decir que sí a todo lo que me pidan”.

Pero creo que fue lo único que no pudimos hacer de lo que nos propusimos, la Junta habló con las Diputaciones y les solicitó su apoyo. Salamanca, Burgos y Zamora brindaron productos típicos de esas provincias para su degustación. En el caso de la Diputación de Zamora, tomó el centenario como propio y no sólo envió productos zamoranos, sino que nos ayudó en la organización y asistió al centenario. La Junta envió a artistas y conferencistas, con la colaboración de la UNED de Zamora imprimió el libro de memoria de los 100 años del Centro Castellano y de la Agrupación.

Además, organizamos un encuentro de cuerpos de bailes de las sociedades castellano leonesas, se inauguraron exposiciones, se pusieron pancartas en distintos puntos de la ciudad y un mural en la Casa de Castilla con una composición de dos fotos, una de principios del siglo XX de la sociedad leonesa y una foto que hicimos en un lugar muy parecido.

La foto, que es la composición de varias fotos para hacerla panorámica, fue hecha por Sergio Castro, esposo de la socia Reina Isabel Rangel Lamas de la Colonia Zamora-

Fiesta de celebración del centenario del Centro Castellano de la Habana emulando la foto de la gira de la Colonia Leonesa de Cuba del 24 de abril de 1927.





Grupo de activistas que trabajaron para el centenario frente a uno de los murales que se prepararon.

na. Una familia muy activa, su hija fue Señorita de Zamora, y gracias a ellos la Colonia Zamorana y la Agrupación tienen muchas fotos y videos de las actividades realizadas.

Los jóvenes tuvieron en la organización del centenario una participación fundamental, aportando su entusiasmo y conocimiento para la divulgación y diseño de muchos de los materiales que utilizamos.

### *Participación al centenario del Centro Castellano.*

Por la Junta de Castilla y León: José Manuel Fernández Santiago, Presidente de las Cortes de Castilla y León, Félix Colsa Bueno, Director General de Asuntos Migratorios y Colaboración para el Desarrollo de la Consejería de Interior y Justicia de la Junta de Castilla y León, Dolores Gil Muñoz, Jefa de Prensa de las Cortes de Castilla y León, María Luisa Beatriz Josefa García Trillo, Técnico de la Dirección de Asuntos Migratorios y Colaboración para el Desarrollo, y Eduardo Margareto Atienza, fotógrafo de la Agencia Regional de Noticias de la Comunidad Autónoma de Castilla y León (Agencia ICAL).

Por la Diputación de Zamora: José Luís Bermúdez Lorenzo, Diputado del Área de Cultura, Educación y Emigración de la provincia de Zamora, y Jesús Sandín Blanco, Jefe de Archivo y responsable de emigración de la provincia de Zamora.

Conferencistas: Antonio Piedra Borregón, director en ese momento de la Fundación Jorge Guillén, profesor de Literatura Española en la Universidad de Valladolid, y académico de número de la Academia Castellano-leonesa de la Poesía, José Luís Alonso de Santos, que era director de la Compañía Nacional de Teatro Clásico y ex director de la Real Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid, y Catedrático de Escritura Dramática, y Juan Andrés Blanco Rodríguez, profesor de la Universidad de Salamanca,



El presidente de las Cortes de Castilla y León, José Manuel Fernández Santiago y el director de Asuntos Migratorios de la Junta, Félix Colsa Bueno a su llegada al hotel donde se hospedaron.



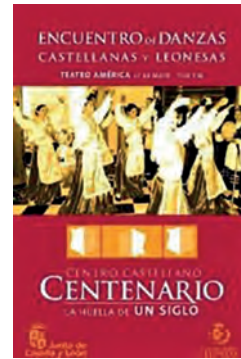
Eusebio en el brindis del centenario.



Juan Andrés Blanco presentando el libro del centenario.



Anuncio e integrantes del cuerpo de baile de la Colonia Zamorana en la inauguración del encuentro.



historiador y director en ese momento de la filial de la UNED en Zamora. Profesor visitante en distintas universidades francesas, portuguesas, argentinas, brasileñas y en la Universidad de La Habana.

Grupo Musical: Francisco Jesús Díez Esteban: Director del Grupo “La Bazanca”. Licenciado en Filología Francesa, su conocimiento de la lengua y civilización del vecino país, le ha permitido mantener excelentes contactos con numerosas formaciones musicales, así como con Centros de Cultura Tradicional Franceses, Jaime Vidal, acompañante

Asociación Castellano Leonesa de Guatemala, Alfredo Prádanos Merino, Vicepresidente de la Asociación Castellano-leonesa de Guatemala y Sofía Molineros, asociada.

Otra anécdota con Eusebio en este centenario es que asistió a un brindis que realizamos en la sede de la Agrupación con directivos de sociedades que representaban a las comunidades españolas. Algo que normalmente no solía aceptar pues participaba en muy pocas actividades fuera de La Habana Vieja y la sede de la Agrupación está en otro municipio de La Habana.

Habíamos dispuesto las mesas para el brindis para que una estuviera en el centro y todas las demás alrededor de ella. Pensamos que la mesa del centro sería la de la presidencia del brindis. Cuando llegó y después de saludar a los asistentes, le propuse sentarnos en la mesa del centro y él me contestó que prefería una en la esquina. Le dije, “pero Eusebio, la del centro es la mesa presidencial”. Me puso el brazo por encima del hombro y me dijo “Sergio, la mesa presidencial es donde tú y yo nos sentemos”. Claro que nos sentamos en la mesa de la esquina.

En ese último periodo, la Agrupación creó las comisiones de trabajo que ya tenía la Colonia Zamorana, proponiendo que todas las sociedades hicieran lo mismo. Las comisiones de la Agrupación estaban formadas por sus homólogos de las sociedades miembro e internamente decidían quien de ellos sería el responsable. Las comisiones de la Agrupación tenían su propio plan de trabajo, pero el propósito fundamental era la colaboración en el trabajo de las sociedades y el intercambio de experiencias. La correspondiente comisión de la Agrupación asistía a las actividades que se organizaban por las sociedades, apoyándola y asimilando la experiencia.

Especialmente para los jóvenes, con el apoyo de asociados especialistas en la materia, organizamos cursos de fotografía, periodismo digital, diseño, conferencias sobre el sistema educacional español y las posibilidades de becas. A los niños se les impartían clases de dibujo, de buenos modales, se realizaban concursos de dibujo, se les llevaba a excursiones y se organizaban fiestas con payasos y regalos.

La Embajada de España, la Oficina del Historiador de La Habana y la Oficina de Alicia Alonso organizaban anualmente la jornada cultural “La Huella de España”, En el año 2011 la Huella de España fue dedicada a Castilla y León. La Agrupación formó parte del Comité Organizador de La Huella de España durante todos los preparativos desde el año anterior aportando una parte importante del contenido de La Huella de España y nuestro cuerpo de baile tuvo una participación importante durante la jornada. Ese año la celebración del Día de Castilla y León se vinculó con La Huella de España y se realizó como clausura, por parte nuestra, del festival.

Ya mencioné anteriormente que las sociedades debíamos realizar las actividades dentro de nuestro local social. En esta ocasión, hablamos con Eusebio para que nos ayudara en lograr la autorización de la policía, lo cual hizo, para realizar una cabalgata



A la izquierda, Jesús Sandín y María Antonia Rabanillo sirviendo la sopa de ajo. A la derecha, Héctor Domínguez, Presidente de la Colonia Salmantina e Ignacio Ayala, de la Junta de Castilla y León.

por las calles de La Habana. La cabalgata comenzó, con la señorita de Castilla y León al frente en un carro con un caballo blanco, desde la antigua sede del Centro Castellano. El carro era seguido por un grupo de música tradicional y el cuerpo de baile, a continuación, un grupo de asociados y directivos.

En el recorrido pasamos por lugares que fueron negocios importantes de emigrantes de Castilla y León y la sede de la Colonia Zamorana y terminamos en uno de los parques de La Habana Vieja donde nos esperaban con una sopa de ajo para todos los presentes. Los productos y materiales para su preparación fueron aportados por la Diputación de Zamora y la preparación corrió a cargo de Jesús Sandín.

Nuevamente la Junta acudió en nuestra ayuda y envió nuevamente a Antonio Piedra, director de la Fundación Jorge Guillén que ofreció una conferencia sobre la Marca Literaria de Castilla y León en la Modernidad Cubana. También estuvo con nosotros el grupo de Música Tradicional de Castilla y León de Paco Díez, la cantante María Salgado y el historiador y gran amigo de las sociedades castellano leonesas en Cuba Juan Andrés Blanco Rodríguez. Se adjunta como anexo el programa de actividades.

Durante esos últimos años hay otro aspecto que, aunque relacionado con la Agrupación y Castilla y León, tenía un carácter más internacional. En España se había creado una Confederación de Casas Regionales de Castilla y León, la cual agrupaba las sociedades que existían fuera de Castilla y León, ya fuera en otras partes de España o en el extranjero.

Formaban parte de esta Confederación, además de las Federaciones, las Casas propiamente dicho. Se pusieron en contacto con nosotros y promovimos que la Agrupación y sus sociedades miembro se inscribieran y así comenzamos a colaborar. Durante varios mandatos fui uno de sus vicepresidentes por lo que tenía participación en sus Juntas Directivas y Asambleas. Es decir, fuera de la Colonia Zamorana de Cuba y de la Agrupación de Sociedades Castellanas, fui además de miembro del consejo

asesor para la emigración de la Junta de Castilla y León y uno de los vicepresidentes de la Confederación de Casas Regionales de Castilla y León.

Como dije anteriormente, cuando se convocaron las elecciones para la Junta Directiva de la Agrupación en enero del año 2009 anuncié que sería mi último periodo al frente de la asociación. Este anuncio provocó, en mi opinión, el interés de algunos presidentes de las sociedades miembro de ser el próximo de la Agrupación. Sentí que se formaban alianzas para lanzar, en su momento, las candidaturas. Yo traté de no tomar partido y hasta de ignorar esos movimientos, pero, como ya lo mencioné, me parece que también me afectó.

Un día el Órgano de Relaciones me informó que me realizaría una inspección no programada y sin darme tiempo de preparación. Revisaron minuciosamente todos los documentos sin que tuvieran que hacer ningún señalamiento. Al terminar la inspección me dijeron que la habían efectuado porque habían recibido un “anónimo” de que había malversado unos fondos de una actividad realizada. No creo que haya sido un anónimo, pero se negaron a decirme quién había hecho la acusación. Esa misma acusación llegó a la Junta de Castilla y León.

En este caso, con la respuesta de que esa acusación ya había sido hecha en Cuba, que se había hecho una inspección por el estado cubano y comprobando que era falsa, la Junta desestimó la acusación y me reenvió el mensaje recibido.

El mensaje no estaba firmado pero la dirección del correo electrónico era de un directivo de una de las sociedades miembro de la Agrupación, la misma sociedad que después me acusaría de violar el reglamento cuando las elecciones, pero no la misma persona. Cité a este directivo a una reunión y le mostré copia del mensaje que había recibido de la Junta. Negó con vehemencia que él hubiera enviado ese mensaje y parecía sincero en su negación. Le dije que alguien que tenía acceso a su correo electrónico debía haberlo hecho, si no había sido él, y que podía revisar su buzón y comprobarlo.

Se retiró y nunca me dio explicación de dicha revisión. En realidad, tampoco se la reclamé y no me interesaba saber quién lo había hecho, aunque naturalmente yo tenía mi opinión. Esa directiva tenía problemas internos, en una Asamblea General se hicieron acusaciones entre ellos, lo que motivó que los participantes acordaran la creación de una Comisión de Glosa para determinar lo cierto de las acusaciones planteadas. La conclusión de la Comisión de Glosa fue que todos los directivos principales tenían violaciones importantes y que el resto lo había permitido con lo que propuso su disolución y efectuaron nuevas elecciones, invalidando para presentarse a ella a todos los anteriores miembros de la Junta Directiva.

El último periodo de mandato fue para mí, por mucho, el más difícil con pérdidas en el restaurante y tensión por encima de lo normal en las Juntas Directivas, pero traté de mantener el ritmo de trabajo, dándole especial atención a la celebración del

centenario del Centro Castellano y poniendo en funcionamiento las comisiones de trabajo y la ejecución de todas las tareas planificadas.

En enero del año 2012 se realizaron las elecciones de la Agrupación. Un mes antes había cesado como presidente de la Colonia Zamorana aunque mi hermana me mantuvo como su vicepresidente. En las elecciones de la Agrupación, fue electa, sin discusión, mi hermana, María Antonia Rabanillo, que como mencioné, había sido también elegida el mes anterior presidenta de la Colonia Zamorana de Cuba.

Cuando ya había cesado en mis funciones de presidente, tanto en la Colonia Zamorana de Cuba como en la Agrupación de Sociedades Castellanas, en el año 2017, las Cortes de Castilla y León decidieron hacerle un reconocimiento a su emigración y concederle la Medalla de Oro de las Cortes de Castilla y León. Para ello, seleccionaron a tres presidentes de federaciones de Castilla y León en el extranjero. Aunque yo ya había cesado en esas funciones, fui designado para ser uno de esos tres representantes y la recibí en Valladolid en febrero de ese año. A dicho acto asistió el embajador de Cuba en España.



Mi hermana y yo con el embajador de Cuba en España.

Termino, aunque estoy seguro que se me quedan cosas por mencionar, especialmente de las que aportaron muchos de los que participaron junto conmigo, pero creo que he incluido lo más relevante de la etapa en que estuve al frente de las sociedades. En los casos en que haya omitido a alguien o su aporte en esa época, espero me disculpen.

Junto al presidente de la Junta y la presidenta de las Cortes de Castilla y León.







# FRANCISCO FERRERO GUERRERO, NATURAL DE MANGANESES DE LA POLVOROSA, EMIGRANTE A BUENOS AIRES

(Mención honorífica)

Felipe Ferrero Francia y María Cecilia Ferrero Otero  
(Argentina)

## I

Francisco Ferrero Guerrero, mi padre, nació en Manganeses de la Polvorosa el 17 de septiembre de 1906. Hijo de Felipe Ferrero Llordén, un zamorano natural de Fuente Encalada, y de Mercedes Guerrero, nacida en la Barceloneta, aunque criada en Manganeses desde muy niña. Vivieron en Bilbao por cuestiones laborales de su padre, mi abuelo, quien trabajó en los Altos Hornos. Cuando cumplió los doce, la familia, que ya incluía a una hermana, Ángeles, regresó a Manganeses, y allí permanecieron.

Los recuerdos de mi padre y su pueblo fueron parte importante de mi vida; supe del río en que solía nadar, de las siestas en las que compartía juegos con una pandilla de amigos, entre los que siempre nombraba a Eusebio, apodado «el Rubias». El hábito de los sobrenombres era tan frecuente que no me extraña que mi padre fuera «el Farruco» para todos. Sonriendo recordaba y comentaba un vasto anecdotario, que iba desde las travesuras, como el robo de frutas a algún vecino, o la cabra que se tiraba en las fiestas patronales desde el campanario y las veladas en que, junto al fuego, Mercedes, su madre, leía para las vecinas. Era una de las pocas que sabía leer en el pueblo y, además, le gustaba mucho hacerlo, decía mi padre mientras se le humedecían los ojos celestes, que semejaban los de su madre.

Felipe, su padre, tenía un taller de carpintería y herrería en donde, entre otras cosas, hacía cubas para el vino. Muchos años después pude ver con mis propios ojos las «bodegas», como se las llama a las cuevas perforadas en suelo arcilloso, en las afueras de Manganeses, y en ellas vi las cubas que había hecho mi abuelo. Recuerdo bajar unos escalones esculpidos en la tierra, hasta un sitio profundo y fresco y poder tocar la enorme cuba. La prensa que ves al lado y el torno en madera al cual le llamamos «el compromiso» las hizo también tu abuelo, me dijeron mis parientes en esa visita a Manganeses. Se armaban dentro porque su tamaño, con una capacidad de 2.000 litros de vino, hacía imposible que pudiese ingresar por la pequeña puerta que cierra la bodega, añadieron.

Me abrazaron parientes que no conocía, escuché las historias que ya sabía y las otras, y pude ver la pared con que se cerraba el huerto de la casa de mis abuelos, ése del que mi padre siempre hablaba, y también el monumento a la «comadrona», en una de las calles del pueblo, que según mi padre era único, tal vez, en el mundo.

Cuando salió del colegio, y aunque había mucho trabajo en el que ayudar en la casa, tanto de la fragua como del campo, mi abuelo Felipe envió a mi padre a un pueblo cercano para que aprendiese el oficio de herrero, con la idea de que como único hijo varón fuese su sucesor. A los veinte años, en 1926, lo convocaron a la «mili». Estuvo unos meses en Alcalá de Henares, en aviación, y desde allí fue a Larache, África, donde completó el período de servicio militar. Tres largos años de los que me hablaría muchas veces rescatando anécdotas respecto de cómo había aprendido a contar hasta diez en la lengua local, ya que tenía que comprar provisiones para el cuartel, y eran por decena. Tampoco olvidaba su bautismo de vuelo, en un Avro, avión inglés de aquellos tiempos.

Al regresar, estimulado por un primo, se propuso viajar a Madrid. A su padre le dijo que serían sólo unos meses. En realidad, según lo que explicaba, le resultaba agobiante y sin mucho porvenir la vida de sacrificio que implicaba atender la fragua y las labores del campo. Todo agravado por una posibilidad que había surgido por entonces: a los vecinos de Mangeses se les permitiría cultivar y tener en propiedad aquella parte de monte que desbrozaran e hicieran productiva. Y Felipe, su padre, estaba dispuesto a que entre los dos limpiaran la mayor extensión posible. Esto implicaba una tarea muy dura. El lugar era casi inexpugnable y en las madrugadas los encontraban ya agotados y aún les restaba la jornada diaria.

También influyó, según sus comentarios, la frustrada relación con una novia del pueblo, Rosa, la hermana de su amigo Eusebio, la que se negó a aceptarlo en matrimonio porque estaba celosa de sus «andanzas» con otras vecinas. Entonces, herido en su amor propio, resolvió que el mal de amores podría aliviarse en el atractivo de la ciudad capital del que le hablaba siempre su primo Alfonso. Sin embargo, y aunque su vida tuvo muchas vicisitudes y diversidad de aventuras, nunca olvidó a su Mangeses y el río, en el que nadaba en los veranos, ni a los amigos que le llamaban Farruco por entonces, ni la casa con huerta y los frutales y mucho menos a su madre, que lo despidió con la mirada azul, que era la suya también.

## II

Cuando llegó a Madrid con su primo Alfonso, se alojaron en una pensión. En poco tiempo comenzó a trabajar en la construcción. Por entonces se había iniciado la expansión de la ciudad capital con obras y proyectos, como el de los Nuevos Ministerios. En este rubro y sus derivados surgían muchos empleos. Se afiliaron a la CNT (Confederación Nacional de Trabajadores), a cuyas reuniones concurrían ambos. En uno de

sus paseos de los domingos, por los sitios más populares, conocieron a dos hermanas. Una de ellas, Lucía Francia González, a quien llamaban «la Marichu», sería su esposa en no mucho tiempo, la otra hermana se casó con su primo.

Paco, que por entonces había dejado el Farruco por este apelativo más acorde con la ciudad, estaba resuelto a evitar el casamiento formal, al que consideraban, entre el grupo de su militancia, un elemento propio de la burguesía y del «statu quo». Marichu no estaba dispuesta a tanto afán revolucionario y Paco debió aceptar el casamiento, pero sólo por lo civil. Así lo hicieron un día de abril de 1935. Francisco Ferrero Guerrero tenía por entonces 28 años, llevaba tres en Madrid y dos de noviazgo. Mis padres alquilaron un departamento en la calle

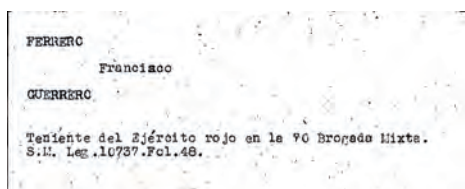
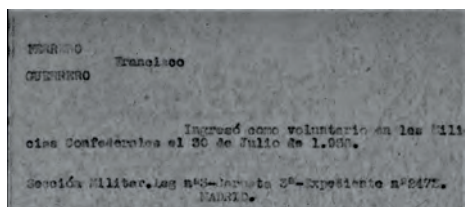
Federico Rubio 49, del barrio Cuatro Caminos, en una casa de viviendas económicas, conocida aún hoy como la casa del Barco por la forma de la estructura del edificio. En enero de 1936 nació su primer hijo, mi hermano Manuel. El 18 de julio estalló la Guerra y Paco se alistó voluntario desde el inicio, formando parte del asalto al Cuartel de la Montaña el día 20. Actuó en los frentes de Madrid, Toledo y Montes Universales. Logró ascenso, luego de realizar los estudios correspondientes, a Teniente de Milicias. Las brigadas 138 y 73 fueron sus destinos, la voladura del Alcázar uno de sus recuerdos más vívidos. Fue herido en un brazo durante la batalla de Brunete, un pueblo cercano a Madrid, y por este motivo fue hospitalizado. Era un bombardero italiano. Contaba muchos años después... «el mes de agosto con sus calores me amenazaban con la

gangrena». Entre tanto, mi madre con su niño de apenas un año, permaneció evacuada en Toulouse, Francia, donde residían familiares.

En los años de la guerra hubo muchos vaivenes. Paco cambió de brigada y tuvo otra hospitalización en Cuenca; Marichi y su hijo volvieron de Francia



Felipe Ferrero Guerrero con uniforme militar.



Justificantes del ingreso voluntario al ejército (30/07/1936) y del ascenso a Teniente de Francisco Ferrero Guerrero.

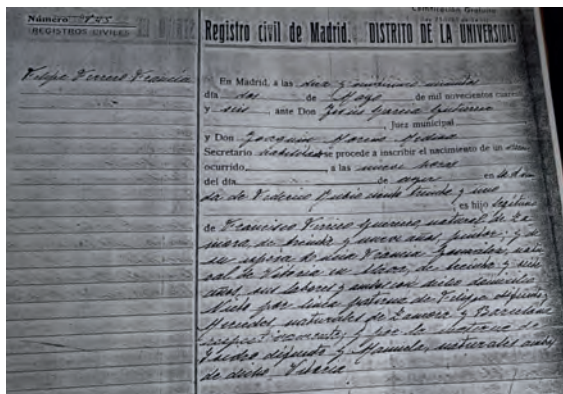
y se exiliaron en Novelda, Alicante. En los últimos tiempos de la Guerra, mi padre, el por entonces Teniente Francisco Ferrero Guerrero, estaba a cargo de una prisión militar, en un sitio cercano a Madrid. Desde allí logró retirarse a su casa el día anterior a la capitulación con la que finalizó la Guerra y de ese modo casual evitó ser capturado por los vencedores.

Reunida la familia, siempre en el barrio de Cuatro Caminos, mi padre no acudió al llamado posterior a presentarse a lo que se decía «una paz honrosa». De haber creído en la promesa le aguardaba un mal destino: cárcel, fusilamiento o trabajo forzoso en el Valle de los Caídos. Paco tuvo sus astucias para evitar las requisas. Desde una cuerda que descolgaba desde el tercer piso, para desaparecer de su hogar cuando iban a buscarlo, hasta un salvoconducto que le diera un prisionero que estuvo bajo su custodia en su último destino como Teniente de prisiones militares. La posguerra fue muy difícil para mi familia, mi madre trabajaba en servicio doméstico, que era lo que conseguía por entonces. Durante la República lo había hecho en una fábrica de municiones, pero luego debió conformarse con lo que le salía. Con ello, y algunas tareas ocasionales y a hurtadillas que le conseguían algunos conocidos a Paco, en Ciudad Universitaria o en la pintura de alguna vivienda, sobrevivían. Ya para 1946 les habían nacido otros dos hijos, Mercedes y Felipe, como su abuelo, que es quien esto escribe.

La cartilla de racionamiento, con sus magras raciones, era lo que disponían para alimentarse. Los habitantes urbanos no tenían otras posibilidades. El «estraperlo» fue un modo de conseguir, yendo a lo rural, algo con que suplementar la escasez. Mi madre contaba una y otra vez, cuando regresaba en tren de cambiar tabaco (mi padre casi no fumaba y le sobraba el de la cartilla) por un conejo, lo traía



Carnet de obrero y cartilla de oficios de Francisco Ferrero Guerrero.



Partida de nacimiento de Felipe Ferrero Francia.

entre la ropa, disimulado, o eso creía, hasta que un soldado la hizo abrir la pañoleta y, al encontrar «la prueba del delito», le propinó una bofetada que la dejó mareada. Y pese a ello, consideraba que había tenido suerte porque a muchas mujeres las llevaban a los cuartelillos y les rapaban la cabeza y les daban aceite de ricino, antes de largarlas a las calles.

Mi padre veía el sufrimiento de su familia y no avizoraba un futuro prometedor. La falta de alimento suficiente fue el impulso que lo llevó a pensar en emigrar, eso y el temor que nunca perdía de que un día lo detuvieran. Él decía que, haber visto a sus hijos recoger las miguitas de pan de la mesa fue lo que lo decidió a marchar. Tenía en Buenos Aires unas primas que se ofrecieron a reclamarme, y un tío de la familia radicada en Francia viajó para traerle el dinero del pasaje, que luego le devolvió ni bien pudo reunirlo.



Francisco, su esposa e hijos antes de emigrar.

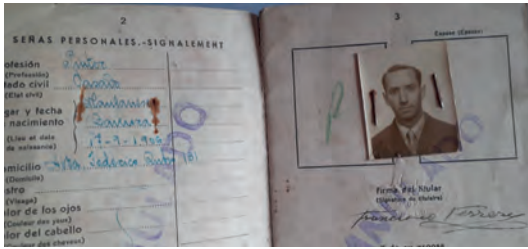
### III

Embarcó en Bilbao, en marzo de 1950, en el buque «Entre Ríos». Yo era muy pequeño, pero aún guardo en mi memoria algún recuerdo de esos días de Bilbao, esperando a que partiera.

En abril desembarcó en Buenos Aires. Su primera vivienda fue en casa de sus primas, en el barrio de Villa Devoto, en la calle José Pedro Varela. Buscó trabajos en la construcción, sobre todo en la pintura, que era lo que más conocía por haberlo hecho en Madrid. En una oportunidad un vecino le dijo que sabía de unas escuelas que estaban construyendo en Arrecifes, una localidad de la provincia de Buenos Aires, distante 170 km. de la capital. Se ofreció en la empresa Nicolás Caputo, que era la constructora, donde lo contrataron. Durmió en la obra, trabajó a destajo, agradecido de no tener que «contar los garbanzos», como se decía, y ahorrando para poder traer a este país a su familia lo más pronto posible.

Su naturaleza sociable lo llevaba a interactuar con la gente del lugar, quienes lo recibieron con cordialidad. Era el «gallego», para quienes le oían hablar diferente, dado que por entonces los inmigrantes que fluían en abundancia eran en su mayoría procedentes de Galicia.

Aquí hay trabajo y usted es una persona de bien, va a ver cómo tendrá suerte. Ahora los peones tenemos leyes, desde que está el General Perón en el gobierno, las cosas han cambiado para los más pobres.



Pasaportes de Francisco Ferrero Guerrero y  
Lucía Francia González.



Esto contaba mi padre en las cartas que enviaba a la familia. Con estos comentarios, de boca de quienes sentía sus compañeros, comenzó a simpatizar, sin otro conocimiento, con la política argentina. En poco tiempo era Don Paco para quienes le trataban, y con ese apelativo fue conocido hasta su última hora de vida.

Al terminar aquel trabajo volvió a Villa Devoto. Por entonces un

vecino de ese barrio le ofreció un trabajo de pintura en General Rodríguez, Provincia de Buenos Aires. Paco aceptó sin dudarle. Le gustó el lugar, era un pueblo tranquilo, distante 50 km, que le recordaba de algún modo a su Manganese. Ya no buscaba las luces de la gran ciudad. Por el contrario, disfrutaba de conversar con los vecinos, quienes escuchaban su historia y le participaban de las cuestiones políticas nativas. Y Paco era un entusiasta de los temas de esa índole.

Para fines de 1950 ya había logrado ahorrar y enviar pasaje a su hijo mayor, quien viajó solo con 14 años en el barco «Córdoba». Poco después envió pasajes para nosotros tres, que llegamos a Argentina en agosto de 1951 en el vapor «Buenos Aires». Todos pertenecían a la compañía naviera Dodero.

Fuimos a General Rodríguez, donde ya estaban asentados mi padre y hermano. La vivienda, alquilada, era una habitación y cocina con baño compartido. Don Paco y Doña María, como se los llamó aquí, donde, como decía mi madre, cualquiera tiene título de Doña, fueron populares por su simpatía y cordialidad y por ser gente irreprochable. Eso le ayudó a mi padre a tener trabajo continuo, pues ser «de confianza» es una condición imprescindible para trabajar en las casas. En el pueblo, hoy ciudad de General Rodríguez, mi padre era muy popular, pues su conversación interesada en todos los aconteceres del país y del mundo lo convertían en un interlocutor ameno. Mi madre le decía con ironía: «ahí viene Sócrates», pues cuando salía a hacer alguna compra nunca se podía saber el tiempo que iba a tardar. Cada cien metros «tropezaba», así se justificaba, con alguien con quien departir.

Después de tres años de estar viviendo «amontonados» en una habitación, se realizó un sorteo entre las personas que se anotaron para una vivienda social, pagadera a treinta años, en cuotas bajas. Aún recuerdo la alegría de mi madre cuando supo que

éramos beneficiarios de una de esas casas con jardín y terreno propio. Por eso mi padre, andando el tiempo, retomó algunas costumbres, que seguramente en Manganeses no le resultaban tan atractivas, como la cría de gallinas, conejos y el sembrado de hortalizas, todo para el consumo cotidiano. Al terminar su jornada de trabajo se lo podía ver alimentando a sus animales de cría, atendiendo a su perro, fiel compañero, leyendo meticulosamente el periódico y haciendo los comentarios correspondientes. Por la noche las noticias, ya fuese por radio o años después por televisión, eran infaltables. La política la llevó en la sangre y por ello, tal vez, la guerra era su tema ineludible. Cada domingo de almuerzo familiar, hijos, nueras y nietos revivían los hechos de ese tiempo que para él no había terminado nunca. Así fue que escribió su testimonio, con sumo detenimiento y con la memoria de los 39 años que habían pasado entre los hechos y su necesidad de dejar constancia.

Aunque nunca se hizo ciudadano argentino, y por tanto no podía votar, eso no lo alejaba de participar en la militancia política. Así se vinculó con personajes que por entonces estaban en comunicación con el General Perón, que había sido derrocado en 1955 por un golpe de Estado, y residía por entonces en Madrid, en Puerta de Hierro. Mi padre lo admiraba mucho. Recordaba los comentarios de los peones de campo acerca de las mejoras introducidas en su forma de trabajo, veía la fortaleza de los sindicatos, él que venía de ser un afiliado a CNT y que había vivido la contracara de esa alianza trabajo-capital que parecía realizarse en este país. Fue por su tarea de difusión, por entonces de periódicos que estaban prohibidos, de asistencia a reuniones para escuchar los discos que venían con instrucciones desde Madrid para los seguidores de Perón, que logró muchos contactos. Su actividad era desinteresada, él que ni siquiera aspiraba a integrar listas ni cargos porque su ciudadanía no la resignaba. Militaba por los principios en los que creía, y suponía, eran coincidentes con aquellos de su juventud.

En el año 1964 mi padre hizo su primer viaje a España. Vivía aún su madre, mi abuela Mercedes, allí mismo, en la Casa del Barco, con su hija Ángeles y la familia que



Casa de la familia Ferrero Francia en la calle General Rodríguez.





Foto familiar de la visita a España, año 1964.

ésta había formado. Viajó con la idea de permanecer unos meses, ya que la travesía en barco era de dos semanas. Llevaba unas cartas de los allegados para Perón y su secretario. Lo recibió en su casa de Puerta de Hierro. Esa entrevista fue un recuerdo imborrable. La conversación y la visión del ídolo político tan destacado de Argentina, por entonces aún proscripto políticamente y asilado en la España de Franco.

Mi abuela estaba muy mayor pero lúcida, y fuerte en sus ideales. Tanto, que era de las pocas personas que no cobraba ni un céntimo de pensión, porque para ello debía constar como viuda por muerte de causa natural. Y su marido, mi abuelo Felipe, del que llevo el nombre, había sido uno de los que, en los primeros días de la Guerra, fue llevado, junto a otros hombres y una mujer, siete en total, fusilado y enterrado en una fosa común. Fueron ejecutados lejos de su tierra, en Valcabado del Páramo.



Visita de Francisco Ferrero Guerrero a Puerta de Hierro, año 1964.

Recortes de periódico donde se informa de la recuperación de los cuerpos de los fusilados en Valcabado del Páramo.

## Manganeses recupera los cuerpos de siete fusilados al inicio de la Guerra Civil

● Un centenar de familiares asiste al traslado desde Valcabado del Páramo

ISABEL RECULLÓN

Antonia Rodríguez Majado, José Rodríguez Majoado, Tomás Voleta Barrio, Policiano Gil Camarazana, Pedro Esteban Ríos, Felipe Ferrero Llorde y Ciriaco Pérez Blanco, republicanos socialistas, descansan desde ayer en el cementerio municipal de Manganeses de la Polvorosa, sus destinos que sus cuerpos rec: amaban desde que el 21 de agosto de 1936 fueron fusilados lejos de su tierra, en Valcabado del Páramo, León, sin haber cometido otro delito que tener unas ideas.

Algo más de un centenar de familiares y vecinos de Manganeses, familia a su vez de otras víctimas de las represalias de la Guerra Civil, celebraron ayer un respetuoso y emotivo acto en el campamento de Manganeses que comenzaba con la lectura de unas poesías por parte de Josefina Vega Rodríguez, sobrina de los

«Los fueron a buscar a casa y supuestamente los llevaban a la

cárcel de Benavente, pero allí no llegaron nunca. Los familiares los buscaron y unos días después llegó la noticia al pueblo de que habían matado a seis hombres y una mujer en Valcabado, entonces los familiares se fueron para allí y aunque ya estaban enterrados, pero el juez había levantado acta de «como iban vestidos y rasgos y se supo que eran ellos», explica Josefina Vega Rodríguez, quien se asesoró de la Asociación por la Recuperación de la Memoria pero finalmente las gestiones las ha hecho ella «porque la asociación tiene tantos casos que se encuentran totalmente desahogados y el caso nuestro era relativamente sencillo, al estar localizados los cuerpos».

Josefa Vega consiguió actas de defunción, solicitó permiso necesario y «con la buena voluntad, fundamentalmente del alcalde de Valcabado se ha podido hacer. Hace tres meses que se podía realizar el traslado pero la falta de sepulturas en Manganeses retrasó aún más la vuelta de los cuerpos recatado a la espera de que se hicieran unas nuevas. Finalmente, los familiares optaron por mantener los cuerpos juntos. Una plaza con sus nombres recordará su historia común. Pero no son los únicos que murieron en similares circunstancias en aquellas fechas en estos mismos parajes. Josefina Vega ha recopilado 21 nombres más de hijos de pueblo que yacen en fosas comunes de Benavente, Zamora y en las cuevas. Josefina Vega Rodríguez



«Dos momentos del acto celebrado ayer en el cementerio de Manganeses de la Polvorosa, donde descansan los restos de siete fusilados en la Guerra Civil» / Foto: Claudio F. de la Cal

que el acto de ayer «le recordado 28 desaparecidos en Manganeses. De estos 7 algunos concejal del Ayuntamiento y demás hermanos de los libros de comisiones o comités. Me dieron decario, pero vino gente de fuera a buscar fueron gente del pueblo los se los llevaban y los mata».

«A pesar de ello, asegura: «no existe rencor hoy día en ningún, incluso hay matrimonio entre familias de ambos lados pero los que tienen a su alilar en las cuevas creo que un todavía una espinita alita. No creo que olviden, de

hecho, veo aquí familiares de otros desaparecidos. Creo que un acto como el de hoy les animará a buscar sus cuerpos. Creo que el acto de hoy no es rencor, sino un acto de justicia, no hicieron nada, eran personas que están aquí y que sus familiares puedan venir aquí».

Entre los asistentes, el alcalde de Cantoverde, Cecilio Lara, y el diputado nacional, Iván Cuadrado Bauleta, ambos del PSOE.

Este último explicó su presencia: «estoy aquí como diputado por la provincia de Zamora y

Muchos años después, en el 2004, esas víctimas fueron identificadas gracias al empuje de una de las familiares, Josefina Vega Rodríguez, y la ayuda de la Asociación por la Recuperación de la Memoria, así como las gestiones del alcalde de Valcabado y la justicia local. Lograron que los restos descansaran en uno de los cementerios de Manganeses. Allí lo visité en el año 2019, cuando viajé en un recorrido que me llevó por la historia de mi genealogía. Mi hija y mis nietos pudieron ver el lugar de su origen, Manganeses, el polvo, el río y el cementerio y, tal vez, la tapia de la huerta de frutales de los Ferrero.

En el año 1982, durante la Guerra de Malvinas, así llamado el enfrentamiento bélico entre Argentina e Inglaterra por la usurpación de esas islas del Atlántico Sur, vi a mi padre seguir día a día las noticias gráficas, televisivas o radiales y hacer anotaciones con comentarios propios acerca de las estrategias erróneas por el clima, por la zona de desembarco y otros detalles. Había resurgido el teniente, miraba mapas, analizaba el contexto internacional, el posicionamiento de las grandes potencias y todo lo relacionaba con su pasado bélico. Escribía sus ideas y las leía los domingos cuando nos reuníamos, junto al tradicional asado. Tal vez esa toma de notas, ese hábito diario de escribir sobre el conflicto y su resultado y, finalmente, la derrota que él había anticipado con argumentos, le haya despertado las ansias de redactar sus memorias sobre la Guerra. Siempre había sido un tema recurrente en su conversación, con cualquier



Imagen de la lápida donde descansan los cuerpos de los fusilados, entre ellos mi abuelo Felipe Ferrero Llordén, en el cementerio de Manganeses de la Polvorosa (Zamora).

interlocutor, pero tuvo la necesidad de dejarlo escrito para que perdurara. Hoy nos acompaña un ejemplar de las mismas. Cuando en el año 1987 se le detectó una enfermedad silenciosa pero incurable, lo operaron, aún a sabiendas que ya no había solución, y estuvo internado. Aun así, seguía cada mañana preguntando por las noticias del quehacer político nacional. Falleció el 27 de setiembre de 1987, en Lujan, Provincia de Buenos Aires. Lo último

que le escuché decir fue que la humanidad no tendría salvación en tanto lo material prevaleciera sobre lo espiritual.

Había sobrevivido a la Guerra y a Franco, y como él decía: «cumplí los objetivos de un hombre», siendo estos tener un hijo, si bien él tuvo tres, plantar un árbol, y plantó decenas, y escribir un libro. Aquí, a mi lado, están sus memorias, bajo una cubierta plástica transparente. Con los tipos de las viejas máquinas Olivetti, una portada reza: Francisco Ferrero. Memorias de la Guerra Civil Española.

## EMIGRANTE, POR... «IMPERATIVO LEGAL»

Benjamín Charro Morán  
(Suiza, Barcelona, Toledo, Pamplona)

Pertenezco a esa legión de maestros, guardias civiles, policías, y otros muchos profesionales zamoranos, bien formados, que se vieron en la obligación de emigrar y peregrinar por otras tierras lejos de la suya. Fui uno de tantos emigrantes en aquellos años de «Xarnegos, fora». No, no era la emigración tan sólo propia del pueblo andaluz o extremeño. No, también lo era de los maestros castellanos que parecíamos soldados de una batalla contraria a sus intereses. Así parecían creerlo los más fanáticos y excluyentes.

Siempre supe que irse es como morir un poco. Dejar los recuerdos y la vida colgada en la despensa de la casa de tus padres en la «lata» de los chorizos, para que se vayan oreando y gastando como se gasta la vida.

Llegué en momentos en los que aquella tierra no era la «tierra prometida». No. Era una tierra en lucha contra todo y contra todos lo que sonara a otras tierras. Lo que exigía tener y vivir con un cierto disimulo de tu propia identidad. Pasar desapercibido para aceptado con normalidad. Para evitar enfrentamientos inútiles y llegar a encontrarte en comisaría con un carcelero de tu tierra. ¡Otro forastero! Fui uno de esos casi millón de personas que se establecieron y vivieron en aquellas tierras ejerciendo con honradez, sin distinción mi profesión a niños de todas las condiciones, nacionales y sociales. Uno de tantos con hijos allí nacidos. En tiempos convulsos de fiebre de inmersión lingüística, e integración forzada, intentada con demasiada prisa, y en lucha constante por una educación pública diferenciada y catalana.

No, no me había presentado antes. Es cierto. He de decir que comencé mis estudios en un pueblo zamorano, Matilla de Arzón. Allá en el dobladillo de esta provincia zamorana de los años cincuenta, donde la tierra vieja del pan blanco se diluye en páramo. Pronto continué mis estudios en Coreses. Compartiendo vivencias con otros muchos compañeros y amigos, que también se vieron obligados a abandonar nuestra tierra, nuestros pueblos hoy vacíos. Un colegio de frailes alemanes que se habían establecido aquí. También emigrantes de su tierra, en estas tierras del Duero. Sin duda, escarmentados de una guerra, de otra guerra. ¡De todas las guerras pasadas! Tal vez por sentir la necesidad de redimir culpas ajenas. ¡Quién sabe! Ellos que vieron llegar maletas de españoles a su tierra, trajeron las suyas llenas de sueños y esperanzas a las nuestras para hacer sitio a las nuestras. A estas tierras, también, malheridas, doloridas y olvidadas. Posteriormente

continué y concluí mis estudios de Magisterio en Pamplona (Navarra). Pensé que allí tenía poco que hacer siendo procedente de tierras de Castilla. Pues sus Fueros viejos, establecían que los pueblos, sus regidores, tenían la capacidad y potestad de proponer a sus propios maestros. Siendo «extranjero» en aquellas tierras, pensé que poco o nada tenía que hacer si deseaba ejercer mi profesión por tierras navarras.

Ya he dicho. Insisto. Pertenezco a ese grupo de emigrantes ya formados que nos obligaron a ejercer nuestra profesión lejos de nuestra tierra. Y condenados siempre a sentirnos extranjeros al irnos, y al volver. Obligado a reformarme constantemente con la intención, un día, de volver a la tierra que me había visto nacer. A repasar y desempolvar aquella «lata», aquellas fotos que mi madre guardaba en el cajón de su mesilla, y otras yo, en la maleta. En ellas había dejado parada, colgada mi vida. Mi memoria más remota oreando hace ya demasiado tiempo. La del cuadro efemérides de mi bautizo, comunión... ¡Pocas, porque, casi todos en el pueblo, éramos pobres!, y los pobres disponíamos de escasos recuerdos pegados a un cartón.

Esas fotos viejas que había dejado atrás atrapando mi niñez y juventud, y que aún guardaba como tesoro en aquella vieja maleta ya carcomida por el tiempo, y dolorida por guerras. Otras, no todas, se fueron conmigo por tener una cierta compañía en momentos de soledad. ¡También ellas eran ahora forasteras en otra tierra! Allí vivieron a escondidas, como en una trinchera. En aquella maleta vieja con la que un día se fue mi abuelo a la guerra de Marruecos. Con ella, se fue mi padre a otra guerra, a La Seu de Urgel. Con ella había ido yo, parecía, a otra «guerra» que ahora tenía un cariz más cultural y donde los muertos serían, a la postre, la soledad y vacío de nuestros propios pueblos. Esa emigración surgida de la necesidad que poco a poco vació esta tierra, para rellenar ignorancias que en otras se habían arremolinado para buscar una vida mejor, y el pan que esta tierra no daba para los suyos.

El obstáculo más grande, no resultó ser el idioma. Ese idioma que comentaba a tomar fuerza y obligación de patria. No. Fue esa obstinación por su cultura intentando anular la de los demás acobardando las fotos en la maleta, en lugar de complementarlas. Parecía obsesión. Añadido a un cierto revanchismo que nunca entendí. Así lo sentía yo en aquel momento. Sabía que la tradición más antigua de la humanidad no era el idioma. No. Era el trabajo, y a eso estaba dispuesto. A no renunciar a mis principios estuviera y fuera donde fuera. También sabía que mi recién estrenada profesionalidad vendría enriquecida por los propios niños que son, sin duda, los mejores maestros de la vida.

Conmigo vinieron fotos viejas. Con la intención de volver un día con ellas entre las manos para continuar disfrutando y reviviendo pasados, aunque tan sólo fuera por recordar ahora que la fisonomía, y hasta la orografía, las palabras, las calles, ... ya eran distintas. Mas reposadas, por estos pueblos perdidos y solitarios que nos nacieron.

Fui maestro lejos de mi tierra por «imperativo legal». Por entonces había aprobado una oposición para una plaza en mi tierra. Daba comienzo una extraña concentración

parcelaria en España. Un parcelamiento que más que unir comenzaba a diferenciarnos y separarnos por fronteras imaginarias. Sí, y a diferenciar a niños, niñas, mujeres y hombres por su lugar de nacimiento, por ser hijos de patronos u obreros. Los unos, parecían oler más a industria, a modernidad y poder. Los otros, a obrero a aceite quemada, a distancia y necesidad. ¡Todos niños!, que merecían la misma atención, jugar juntos, disfrutar de la vida.... Maestro de Escuela y servicio Militar Obligatorio. Emigrante de tierra extraña y forastero en la mía. Esa emigración que se llevó palomares y pajares de barro y adobe de esta tierra de Castillen en la maleta.

La foto del traje de mi primera Comunión. El carro de vacas tirando sin cesar de él. El viento de Burgos para limpiar los garbanzos. Los olores de esta tierra, los sabores. El horno viejo de la abuela. El saco de espigas recién respigadas. Bellotas, y castañas por si allí no había. Los colores más nítidos del amanecer al cantar el gallo, las palabras viejas que ya no encuentro en el pueblo, las llevaba en las había escondido en las trincheras de mis recuerdos. De ello presumía lejos de mi tierra con unas fotos viejas y gastadas en la cartera, y en la maleta de madera.

Tras unos devaneos recorriendo tierras de estas nuestras. El «destino» me asignó Sta. Perpetua de la Mogada, entonces: Moguda. Poco después... ¡No, no! Tu destino es: La localidad de Mollet del Vallés. ¡Unos pasos más allá!

Cogí mi maleta, vieja de madera carcomida heredada de viejos soldados de guerra que mi padre guardaba en el desván. La llené de esperanza, fotos viejas, y unos farrapos, y... hacia allí me desplazé. Todo un día de viaje hasta llegar a destino en mitad de la noche. En un viejo banco, en Barcelona, gasté el resto, las últimas horas de la noche hasta el amanecer para coger el primero de los autobuses que me acercara al pueblo.

Ese día, a primera hora, me presenté en el colegio para mi toma de posesión. Allí mismo pude contactar con otros maestros y compañeros en las mismas circunstancias. La mayoría llegábamos de Castilla y otras tierras. Aquel día lo dedicamos a la búsqueda de aposento. Tuve la suerte de ser acogido, aunque en el salón de la casa, en el sofá viejo y destartado, condenado a apagar la última de las bombillas de la casa, en una antigua casa de maestros que tenía a su disposición otro antiguo compañero ya allí establecido con anterioridad.

Tras dejar la maleta en aquella casa sencilla de maestros compartida por otras cuatro personas, nos propusimos conocer con mayor profundidad el pueblo. Recorrimos las Ramblas y pronto nos topamos, y pudimos ver un largo y profundo cine repleto de gente con algo novedoso para nosotros. Un mitin político. La curiosidad hizo que me asomara por ver que ocurría. Allá, a lo lejos, sobre el escenario. Un hombre menudo, bajito y de cara redonda, rechoncha y sudoroso, se afanaba y desgañitaba en proponer a toda esa gente, nuevas promesas para aquellas Primeras elecciones catalanas que estaban próximas. Y en las que por vez primera formé parte de mesa.

Aquel hombre hablaba un catalán fácil de entender para todos quienes en ese momento nos sentíamos «extranjeros en nuestra tierra». No puedo olvidar que un porcentaje elevadísimo lo constituíamos «Charnegos», gente llegada de fuera de sus fronteras para trabajar y ser mano de obra necesaria para la sociedad catalana en aquellos difíciles de nuestra historia. ¡Hasta el alcalde era nacido en otras tierras! Jaurrieta, era su apellido. Un navarro que desde los inicios comprendió mejor que nadie lo que supone la distancia de la tierra.

Muchos éramos los maestros, y alumnos venidos de fuera. La mayoría. Pues se trataba de una zona industrial aquella, ávida y necesitada de mano de obra no demasiado cualificada, es cierto. Quienes habíamos llegado de fuera de Cataluña. Tierra que necesitaba de maestros para surtir esos pueblos hechos a toda prisa y remendados con vidas de gentes de otros lugares, con nuevas ilusiones y culturas distantes, distintas, pero muy semejantes. Complementarias. Aquel político incipiente y ansioso de poder. Aspirante a regir los destinos de esta tierra y con demasiados prejuicios hacia los «extranjeros», Iba ser, a la postre, el President y Honorable Jordi Pujol. Mientras platicaba, ya entonces, en aquel profundo cine, parecía obviar la realidad de la que entonces estaba rodeado. Se empeñaba en decir cosas que parecían tener intenciones de enfrentamientos ya pasados. De su boca en un catalán comprensible, que fue lo primero que oí, aquellas palabras, que puestas en boca de aquel hombre me resultaban ofensivas. Recuerdo que decía con todas sus fuerzas por llenar, sin querer, el aire de «odio», aquellas palabras que guardo grabadas en mi memoria y que no me parecen, ni nunca me parecieron, propias de un «Honorable». «...Per que les mestres castellans, han venido a aborregar a los nens cataláns». (No sé si se escribe a sí, porque no pasé de las primeras lecciones en catalán. No fui en ello alumno aventajado. Que me disculpen los catalanes, y mi hijo que nació en Cataluña y es catalán en Polonia)

No, no era yo demasiado ávido en la traducción del catalán, pero comprendí a la perfección el mensaje tan desafortunado, para mi primer día, y que acababa de escuchar con cierta preocupación e inquietud. Como podemos comprobar, la acogida no resultó demasiado generosa, ni resultó ser una «luna de miel». No, para nada.

Desde el momento que pisabas aquella tierra estabas obligado a cambiar el chip y pensar en catalán, hablar en catalán, sentir en catalán y acostumbrarse a que te vieran y sintieran como maestros de segunda, como existían los hombres de segunda. Aquellos que habían llegado allí a comer de su pan. Diría, mejor, a sudar su pan. Aunque no resultaba muy notoria sí que se comenzaba a percibir una cierta reticencia hacia aquellos que oponían una mayor resistencia a la inmersión lingüística y cultural que iban exigiendo por los rincones. Sentimiento que afloraban y parecían respirarse en el aire.

Así dio comienzo, entre mis reticencias y temores, mi periplo profesional sin mermar por ella nada de vocación por enseñar. De todas las maneras, insisto, yo había sido obligado a «emigrar por imperativo legal». No era mi intención tomar represalias frente

aquel insulto con el que fui, fuimos recibidos otros muchos compañeros castellanos y de otras tierras de esta nuestra piel de toro. El empeño porque todos hablásemos y nos comunicásemos en su lengua materna era constante. La presión cada vez, más acentuada por personas radicales que la vivían e incitaban como misión y esencia de su propia vida. Como si de una misión en tierra de infieles se tratase.

Mi magisterio era demasiado incipiente y atrevido, ¡Cosas de juventud! Por lo que, seguro, que aprendí más de los niños que de nadie. Mi capacidad de esfuerzo y honradez tampoco quedó mermada. Es más, desde el primer momento me vi implicado en la causa. Tomando parte como miembro de mesa de esas Elecciones Catalanas donde Tarradellas era el Papa de todos los catalanes y Jordi Pujol el monaguillo más aventajado en la causa catalana. Desde el primer momento, aquellos maestros, nos vimos obligados a asistir a clases de catalán en el periodo que iba desde la salida de clase a la una, hasta las dos de la tarde, para luego volver a la escuela. Muchos de aquellos padres y niños, no tuvieron otra opción que asumir sus exigencias, unos, por interés, conveniencia, necesidad. Todos se vieron absorbidos, atrapados, por esa cultura impuesta a toda prisa que durante tanto tiempo había sido reprimida, pero no por nosotros, como parecía que deseaban hacernos cómplices. Yo no me sentía culpable. ¡Desconocía la causa! Ante tal presión, después de haber nacido allí uno de mis hijos, sentí la necesidad de dividir el mapa de España en dos mitades y solicitar plaza en cien pueblos distintos que no fueran catalanes y donde pudiera ejercer sin tanta presión mi ministerio. El destino me llevo a la MANCHA. Cierto es que me pareció que había perdido años en el calendario. Cincuenta años atrás de donde acababa de vivir. Sí, a un pueblo de quijotes. A Consuegra.

Tampoco esta era mi tierra. Como otros compañeros nos vimos en la necesidad de seguir estudiando, robando tiempo al tiempo y a nuestra falta de arraigo, con el propósito de volver antes a nuestra tierra. A esa que nos había visto nacer. que, a pesar de tan largo periplo, seguíamos añorando. Por eso nada me importó tener que desplazarme casi cien kilómetros hasta la UNED de Valdepeñas cada fin de semana, donde me había matriculado ya el primer año de puesta en funcionamiento con la intención de lograr la Licenciatura en Pedagogía que me liberara de aquella tierra de viñas y olivos para acercarnos, (ahora éramos más, una familia) a la nuestra. Allí, en aquellas tierras nació, mi segunda hija. Pregunto ¿De dónde son ellos?

Hoy he regresado al pueblo. Me vuelvo a sentir forastero, «extranjero». Emigrante de mí mismo. Culpable de haberme ido. He repasado las fotos y no reconozco nada, ni a nadie. ¡Todo es distinto! Aquellos rostros, los míos pegados a esas viejas fotos de niño y joven, ya apenas si las reconozco. En una casa ya vacía, como tantas, el traje de Comunión está ya raído y apolillado. El cuarterón de la ventana desde donde veía pasar la vida, se encuentra desvencijado. Los cristales rotos. Los tapias caídos, los palomares en el suelo. ¡Lástima! La escuela donde aprendí mis primeras letras está vacía con desollones sobre



la pared. Los mapas que aún cuelgan a capricho del viento que se cuela por las ventanas, han cambiado sus fronteras, Las calles son distintas. Ya no hay mujeres lavando farrapaos en el lavadero. Ni campanas que toquen y repiquen a vigilia o a fiesta. Fotos que apenas si reconozco. Todo es más negro y oscuro que ayer antes de que yo me fuera. Antes de ser forastero. Sí, ya sé que cuando me fui llevé parte de mi tierra. Un pedazo de tapial e imágenes ya perdidas de pueblo. Hoy tan sólo quedan ruinas de mi memoria. Fotos viejas esperando su entierro en un cementerio viejo de cartones.

Las bodegas donde se desplomaban las verdades tras una jarra de vino a los pies, ya se han caído. He buscado al herrero, al carpintero, al guarnicionero, al carbonero, al des-hollinador, «desfollinador», al cacharrero, al lanero, al esquilador, al carretero, al trillero, al panadero, al médico, al cura, a Laura la pregonera, a la Sra. María «La Comerciante», y ya no encuentro a ninguno. ¡Ni al sacristán, ni al enterrador que oficie el último viaje! Tampoco está ya esperando el arado a la puerta, ni el cubresemillas, ni la rastra, ni el yugo, ni el tronizador de hacer leña, ni la hoz para segar ni siquiera quedan viejos prejuicios.... ¡Todo estaba allí en mi pueblo, antes del olvido! ¡Ahora todo es olvido!

Emigrar es irse. Que te lleven sin querer, llevando en la memoria la tierra más querida. Aquellas nanas, caricias, besos, angustia.... y aquella luna llena de lobos. Son oportunidades que a uno le da la vida para aferrarse a la emoción profunda. Emigrar es hacer versos con borrones en la vida. Continuar la historia de tu vida en otras tierras. Ampliar horizontes y reconocer el rostro de uno mismo cada día en el espejo. Es caminar despacio y coser presentes con aquellos años ya lejanos, con esas fotos viejas en la mano. Es mudar recuerdos como lo hacen los sueños infantiles. Aquellas tierras fueron tierras que encuentro en esta tierra, y otras flores. Gente con la que compartí miradas furtivas, palabras cómplices, aunque fuera en otro idioma, roces inesperados... ¡Todo eso es emigrar! Emigrar de uno mismo es el final de las verdades. Inventarse mundos indiscretos que aún no existen.

Sostener ayeres con puntales de negrillo que se quiebran por culpa de la carcoma y el olvido. Cuando uno emigra de su tierra nunca sabe si es condena o libertad, perdón. Si es egoísmo o amor. Todos aquí nacimos para un día emigrar al más allá. A otro cielo dejando huérfano ese tuyo que aparecía al alba al canto del gallo, entre una humareda que huía al cielo para mancharlo de negro y aliviar sabañones y fríos. Todo emigra. Todo cambia, todo muda, todo hoy es demasiado efímero, lejano, distante... .. ahora..., me pregunto con frecuencia. ... ¿Soy navarro, porque allí estudié, viví, y no aprendí vasco? ¿catalán, donde ejercí y nació mi hijo, y no sé catalán? ¿Castellano-mancheo donde también ejercí mi profesión y nació mi hija? ¿Gallego, donde paso mis ratos de asueto sin saber gallego...? ¿De dónde soy? ¡Sólo forastero de mi tierra! Eso es emigrar. Terminar no sabiendo de donde uno es y sentirse ciudadano del mundo. Un mundo sin fronteras que no etiquete a los hombres y que nunca olvide su tierra. Esa que un día te vio nacer, y orgullo se sienta de ella. Aunque ganduleen y cimbreen ya viejos mapas con fronteras tras las ventanas desvencijadas de tu escuela.

## RELATO DE UNA FAMILIA EMIGRANTE

Ricardo José de Beláustegui Castaño  
(Argentina)

En 2014, luego de una larga planificación, pudimos viajar a visitar la tierra de mi madre, Zamora, junto a ella, los que éramos sus descendientes hasta ese momento, tres hijos, nuestros cónyuges y seis nietos.

Un largo vuelo desde Argentina nos depositó en Madrid, desde donde nos trasladamos a Fermoselle para hacer realidad un sueño largamente esperado, pisar el suelo de nuestros antepasados Fermosellanos. Una vez en la entrada del pueblo comenzaron las sorpresas, allí, en una plazoleta, se encontraba el monumento al emigrante Fermosellano. Para mí era mi abuelo, un hombre flaco y bajito, con una gran valija en su mano derecha y una bolsa de comestibles en la izquierda, quien despedía su pueblo para buscar nuevos horizontes.

Mi abuelo, José Castaño González, nacido el 25 de agosto de 1919 en Fermoselle, tuvo una vida dura desde pequeño, no pudo concurrir mucho a la escuela porque ya de niño tenía que trabajar en las viñas, al cumplir 18 años fue reclutado para la guerra Civil; luego de tres meses de instrucción en Zamora, fue trasladado a Badajoz donde estuvo dos años y medio en el «frente», recuerdo que siempre contaba que cuando estaban en las trincheras, hablaban a los gritos con el otro bando donde cruzaban diálogos con vecinos del pueblo y algunos con sus propios hermanos, que por esas cosas inexplicables de la guerra se encontraban en bandos opuestos. También solía relatar que, por su comportamiento, recibió dos medallas de guerra porque en total desde su reclutamiento estuvo al servicio durante cinco largos años luego de los cuales lo enviaron nuevamente a su casa, ya con 23 años y con un «permiso indefinido» del cual siempre bromeaba porque nunca recibió la baja definitiva.

Al llegar a su pueblo, la vida tampoco fue fácil, estaba de novio con mi abuela Piedad Josefa Pereira Lorenzo y no gozaba de la aprobación de sus padres ya que ella era proveniente de una familia de «arriba» y el de una familia de «abajo», esto era conocido en el pueblo porque los llamados de «arriba» eran los más humildes y los de «abajo» los más pudientes. Ellos insistieron en su amor y se casaron sin tener nada, con la única ayuda de la abuela de José que les presto el dinero para comprar un camión con el que transportaba mercadería y muchas veces tenía que huir de la Guardia Civil porque en España estaba todo racionado y en ocasiones debían contrabandear para



Imagen de mi abuelo José como soldado,  
año 1942.

conseguir alimentos básicos. Una de esas veces que lo interceptó la Guardia Civil, fue que lo amenazaron con que, si volvían a encontrarlo por los caminos, lo iban a matar. Ese día, después del gran susto que sufrió, mi abuelo José decidió emigrar a Argentina.

Meses antes había recibido una carta de sus primos argentinos que tenían viñas en la provincia del Río Negro, prometiendo mucho trabajo y posibilidades de progreso y bienestar. Así fue que José y Piedad vendieron todo lo que habían logrado en seis años de trabajo y se embarcaron, junto a sus pequeñas hijas, Josefa de 5 y Piedad de 3 años, y la hermana menor de mi abuela, Anarbella de 12 años; en el barco «Salta», desde el puerto de Vigo, hacia la tierra prometida. Corría ya el año 1950.

Después de largos días de navegación, la familia arribó al puerto de Buenos Aires, desde donde en una «chata» -o camioncito-, recorriendo 1.071 kilómetros de caminos de tierra llegaron a su destino, el pueblo rionegrino de nombre Ingeniero Luis A. Huer-go. En este lugar permanecieron durante unos pocos meses trabajando por extensas jornadas en las viñas y bodegas de los primos argentinos. La tierra prometida no era tal como se la habían descrito. Ahí fue que, con gran desilusión, pero no menos esperanza, mi abuelo salió en busca de nuevos horizontes. Solo y gracias a las vías férreas pudo recalar en la ciudad de Chacabuco, al norte de la Provincia de Buenos Aires. Allí, un hermano de su madre que había emigrado a principios de siglo, explotaba un tambo con gran cantidad de vacas lecheras. El trabajo no era menos sacrificado y la paga tampoco superaba las expectativas y ambición del abuelo, quien quería independizarse, «salir de pobre» como siempre nos contaba. De este modo volvió a armar la valija, ahora hacia el que sería su destino definitivo, la ciudad de Olavarría, en el centro geográfico de la Provincia de Buenos Aires.

En esta ciudad vivía un vecino coterráneo de Famoselle, el Señor Don José López Barrueco. Señor Don José no es antojadizo para nuestra familia porque fue el que ayudó de manera espiritual y material a mi abuelo para que pudiera establecerse en la ciudad y armar su propio negocio. Así fue que después de una larga búsqueda, consiguieron un pequeño espacio comercial al que dividieron para poder establecer allí su vivienda y el negocio. Antes de iniciar la actividad comercial, mi abuelo José regresó a Ing. Huer-go a buscar a su familia.

Una vez establecidos en Olavarría vendieron todo lo que habían traído de España: manteles y mantillas bordadas a mano, ropa sin uso, máquina de coser personal de la abuela Piedad y todo lo nuevo que habían traído de su país de origen para así poder comprar la mercadería para iniciar el tan ansiado negocio de frutería y verdulería. Entre las miles de anécdotas, el abuelo recordaba siempre que se le reían cuando iba al mayorista y compraba pequeñas cantidades a lo que decía «ya verán mi progreso y recordarán como empecé». No quiero olvidar que en ese pequeño espacio de veinte metros cuadrados estaba el negocio de venta, pero también, separada por un tabique, la vivienda para cinco personas.

Tras esos difíciles comienzos, y largos ocho años de trabajo, mi abuelo José, consultando con toda su familia que compartía el sacrificio, tuvo que decidir entre comprar una casa o viajar a Fermoselle a visitar a sus seres queridos y esa tierra maravillosa que tanto añoraban. La decisión fue unánime, el viaje era un hecho. El paseo comenzó en el vapor «Cabo San Roque», que salió de Buenos Aires el 31 de marzo de 1958. Mi madre lo recuerda y lo registra en su diario de viaje personal que aún conserva de aquella época. El 17 de abril del mismo año desembarcaron en Barcelona, compraron un automóvil Peugeot 403 - 0 km, y desde allí se dispusieron a conocer su país natal, ya que antes de venir a Argentina no habían salido de su provincia de Zamora, salvo por los años de guerra del abuelo. Luego disfrutaron de varias ciudades del mediterráneo. Desde Valencia, pasando por unos días en Madrid, siguieron camino a Zamora en un largo viaje subiendo por el Alto de los Leones, entre sierras y pinos de Guadarrama, según recuerda mi madre, para

Imágenes del diario de mi madre, año 1958.

pag. 1.  
 Sean estas páginas portadoras de /  
 recuerdo de nuestro viaje a España emprendido el día  
 31 de marzo de 1958.  
 Lunes 31 de marzo.  
 En la ciudad de Buenos Aires amanecía un día  
 precioso. En el Hotel Roma donde nos hospedá-  
 mos despedían las despedidas, a las tres  
 de la tarde el Sr. Lopez Ferruccio y señora  
 nos llevaron en el coche al puerto, que am-  
 plio al ver el vapor "Cabo San Roque", que  
 nos llevaría de vuelta a nuestra Patria, que  
 siempre se siente cuando se vuelve a  
 la patria de uno, no hay palabras para  
 describirlo. Muchas personas nos esperaban  
 para despedirnos, muy fuerte resultó el  
 repararnos de nuestra querida "La Pella".  
 Del zarpo al barco lloré con emoción, porque  
 en nuestros ocho años de permanencia en  
 la República Argentina la quería. Ya que

pag. 2.  
 habíamos pasado momentos muy buenos en  
 compañía de nuestros queridos amigos.  
 Martes 1 de abril.  
 Después de una noche de navegación en  
 el camarote número 257 llegamos a la  
 ciudad de Montevideo a las ocho de la  
 mañana, desde allí fuimos en una excursi-  
 ón juntos con unos conocidos de Olavarría  
 que iban también en el barco con nosotros.  
 Recorrimos toda la ciudad y lo que más  
 nos gustó fue un monumento de una ca-  
 rista hecha de bronce situada en un her-  
 moso parque. A las diez horas volvíamos  
 al vapor. Este zarpo a las once ~~horas~~ después  
 de una lluvia de arquitectura.  
 Ya en el buque fuimos a almorzar y lue-  
 go nos acostamos la noche pues estábamos  
 muy cansados, el resto de la tarde lo  
 pasamos en el bar jugando a los cartas.



Imagen de recorte de periódico donde aparecen mi madre y mi tía de niñas, año 1957.

siempre se desvivieron porque sus dos hijas tuvieran lo mejor, como una carrera, algo que remarcaron a sus nietos también: «el esfuerzo en el estudio es importante para poder tener un título, tener algo, ser algo en la vida». A nosotros nos costó mucho, mucho sacrificio el triunfar, porque no es fácil: «sino vos vas a ver a cientos de inmigrantes de los cuales triunfa solo un diez por ciento». La abuela lo único que pensaba era en «ver una placa que diga...». Esa es la ambición que tiene un inmigrante, que la descendencia lleve otro camino y no el que tuvo que pasar un inmigrante» (SIC).

Siguiendo con las anécdotas de mi querido abuelo José, no puedo olvidar el tiempo en que tuve el honor de vivir en su casa luego del fallecimiento inesperado de mi abuela Piedad. Ella se fue con 75 años y José, en ese tiempo con 80, me enseñó infinidad de cosas en pocos meses. Una frase que no me enseñó ninguna universidad y recuerdo cada día, tan simple como efectiva para los negocios, decía: «si quieres comprar manzanas pregunta por las naranjas». La aplico aun hoy recordando al abuelo. En nuestras largas



luego llegar a Fermoselle donde los esperaba todo el pueblo reunido para recibirlos. Mi madre y mi tía me cuentan que fue una grandísima emoción ver a sus abuelos nuevamente, ya que eran muy pequeñas cuando habían partido hacia Argentina. El tan ansiado viaje duro siete meses, recorriendo toda España en automóvil. Pero como todo lo bueno se termina, hubo que regresar a Argentina para seguir trabajando y progresando, aunque pudieron seguir disfrutando también de otros 19 viajes más a su querida tierra natal.

En una entrevista personal al abuelo José, que mi hermana Guadalupe de Beláustegui Castaño realizará para sus estudios de Psicología, este relataba, como una pincelada del sacrificio, que

conversaciones nocturnas en que me contaba de Fermoselle, de la Guerra, de ser un inmigrante, de añorar su patria cada día, también me contaba de las múltiples actividades comerciales que pudo desarrollar luego del éxito en sus negocios que, durante los

Imagen de recorte de periódico de la Fiesta de la colectividad española, año 1965.

'60 y '70, eran reconocidos como «Almacenes Castaño». Gracias a ellos pudo dedicarse a la actividad inmobiliaria, construyendo 5 edificios de departamentos que aun hoy son patrimonio de la familia, así como también la actividad agropecuaria en la que se dedicó a la cría y engorde de hacienda para consumo.

También en esas largas charlas me confesó que tenía algo pendiente, ser Presidente de la Sociedad Española de Socorros Mutuos de Olavarría. Desde ese día comencé a participar y acompañarlo a las reuniones de dicha entidad hasta que llegó el día de la votación y se propuso al abuelo como uno de los candidatos. Cuando terminó la votación me dijo, y me sigue resonando, «llegamos». Siguió muchos años de prosperidad para la Sociedad, el abuelo puso toda su energía en esa asociación, gestionó y se movió para dejar, luego de algo más de 10 años de gestión, un capital que fortalece los servicios que en la entidad se brindan hoy en día; de los que puedo enumerar ayudas a sus asociados en todas las áreas de salud, descuentos en medicamentos, servicios de sepelios en tres panteones, academia de danzas españolas y otras actividades sociales en la comunidad.

A la par de esto, mi madre, Josefa Castaño Pereira, fue designada Vicecónsul Honoraria de España en nuestra demarcación, un orgullo inmenso para mi abuelo que logró ver como su hija representaba al gobierno de España, realizando también diversas tareas de ayuda a la comunidad española de la región. Luego del fallecimiento de mi abuelo, en 2012, a los 93 años de edad, mi madre siguió participando de la comisión de la Sociedad para ser electa la primera mujer presidente de la institución durante varios periodos. Mi madre, como mi tía, vivieron y aprendieron durante toda su vida el sacrificio que significó ser inmigrantes, recibiendo de maestras de grado y, luego de algunos años, estableciendo sus negocios en la ciudad, pero nunca olvidando sus raíces. Esta es una de las grandes enseñanzas que pude tomar. Cuando mi madre decidió retirarse del Viceconsulado fui designado para ese tan honorable cargo para mi vida personal, recordando y honrando cada día a mis abuelos.

En definitiva, a modo de balance, puedo remarcar que el sueño de mis abuelos fue cumplido. Seis de sus nietos obtuvimos títulos universitarios y desarrollamos actividades comerciales, agropecuarias y sociales. También puedo acotar que, en esta ciudad de Olavarría, a partir de Don José, se empezó a formar una gran comunidad Zamorana, contando hoy con más de un centenar de descendientes de Ferosellanos en este distrito de Argentina.



Imagen de mi abuelo José desfilando el 9 de julio de 1992.



Imagen familiar en el Castillo de Fermoselle, año 2014.

Para terminar, y retomando el principio de esta historia, no puedo dejar de narrar el bellissimo viaje que pudimos realizar en 2014, junto a mi madre y mi familia. Ya en Fermoselle pudimos disfrutar de la visita a algunos tíos y primos, sus calles angostas, la maravilla de las bodegas subterráneas, muchas de ellas restauradas, algunas de mis bisabuelos, cuyos dueños actuales producen exquisitos vinos entre los que puedo recordar el gran «Fontanicas». La belleza del rio Duero y el Tormes, la plaza nueva, la iglesia de Santa Colomba, el castillo de Doña Urraca y miradores, miradores y más miradores a cuál de todos más bello.

A modo de cierre, quiero destacar que fue muy gratificante realizar este trabajo ya que pasamos muchas horas junto a mi madre Josefa y a mi tía Piedad, recordando anécdotas, leyendo documentos y diarios de viaje, observando fotografías y, sobre todo, emocionándonos profundamente con tantas vivencias compartidas. Tantos recuerdos de toda una vida familiar signada por la emigración de una tierra que nunca terminamos de dejar.

Mi mayor deseo sigue siendo volver a realizar estos viajes fantásticos que tuve la suerte de repetir en 2015 y 2019 a la hermosa tierra Zamorana. Cada vez que pisé suelo del pueblo, mi amado Fermoselle, sentí una energía única que me decía que pertenezco a ese lugar, que el corazón se me sale del pecho cuando estoy allí porque en el laten al compás los corazones y las vivencias de mis amados abuelos Piedad Josefa Pereira Lorenzo y José Castaño González.



Imagen de prensa (Infoeme: Diario online de Olavarria) donde aparezco desfilando como Viceconsul el 9 de julio del año 2022.

# ADIÓS MI ESPAÑA QUERIDA...

María Ángeles Ferrero Rodríguez  
(Francia)

Dicen que la infancia de una persona marca su vida adulta, y que es un momento clave en el desarrollo de su personalidad. Todas las vivencias, emociones de la infancia repercuten en su vida posteriormente. Cierto. Así fue y así es.

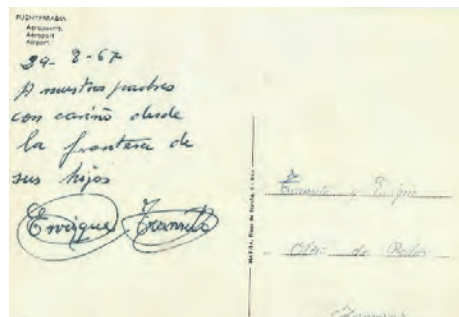
Me llamo M<sup>a</sup> Ángeles Ferrero Rodríguez, hija de Enrique Ferrero Charro, natural de Villanueva de Valrojo, y M<sup>a</sup> del Tránsito Rodríguez Rodríguez, de Otero de Bodas; ambos pueblos en la provincia de Zamora. Nací el 30 de noviembre de 1967 en Oyonnax, un pueblo de aproximadamente 22.000 habitantes (en cuestión de número de habitantes se asemeja a Benavente), entre Lyon (Francia) y Ginebra (Suiza).

## MI PADRE

Mi padre fue emigrante, igual que lo fue mi abuelo. Pero, según me contaron, la experiencia de mi abuelo fue bastante negativa. Mi abuelo emigró a Cuba. Mi padre se fue a Francia cuando acabó la mili, con 21 años. Y como la gran mayoría de los que emigraban en aquél momento, buscaba un futuro mejor del que podía esperar en su pueblo. Con la pena de dejar su tierra natal, y con la ilusión de una nueva vida, se marchó en el año 1964. Gracias a un conocido de su pueblo que estaba allí, le enviaron un contrato de trabajo en una empresa de construcción. Con varios amigos del pueblo puso rumbo a Francia. El trayecto era largo: salió de Villanueva a Zamora sobre las 9 de la mañana y, después de esperas, transbordos..., no llegó a Oyonnax hasta dos días y dos noches después.



Mi padre en una de las fábricas en las que trabajó.



Postales desde la frontera.



Empezó a trabajar al día siguiente. No conocía absolutamente nada de aquel lugar, solamente sabía la información que le había proporcionado el que le había ayudado a obtener su primer contrato. Mi padre no sabía tampoco cuánto tiempo iba a estar. Cuando llegó ya tenía casa donde vivir y también trabajo. En aquella época había mucho trabajo. El trato con los franceses era bueno; se esforzaban por ayudar a la gente extranjera que llegaba. Poco a poco mi padre, al que le gustaba mucho hablar, fue aprendiendo francés.

En Oyonnax convivió mucha gente de diferentes pueblos de Zamora, de Galicia y algunos andaluces principalmente. Se encontraban en la Pleine (el mercado de Oyonnax) una vez al mes, e incluso los domingos tenían cine español, y hasta un centro donde reunirse. Estuvo en la empresa de construcción poco tiempo. Durante el invierno se pasaba mucho frío y prácticamente no se podía trabajar. Entonces empezó a trabajar en una fábrica de figuras decorativas, todo en plástico, ya que en aquel lugar predominaba la industria del plástico.

En aquel momento vivía en una casa con gente zamorana, de su pueblo y alrededores. Casi todo lo que ganaba lo enviaba a su pueblo, a su familia. Trabajo con Juan Melgar hijo, de Otero de Bodas, e incluso compartió casa con él (fue mi padrino de bautizo). A pesar de que la relación con los franceses era cordial, en aquella época se forjaron las amistades más importantes para el resto de su vida: Pasaba muchos ratos, los pocos días libres que tenía con los españoles de su tierra que como él habían emigrado allí, con los de Villanueva, Peque, y con Juan, Toña, su hermana, y mi madre, a la que conoció allí.

## MI MADRE

Mi madre se fue a Francia con 22 años, en marzo de 1965. También, al igual que mi padre, en busca de un futuro mejor. Hasta entonces, había trabajado en el campo con la familia, plantando pinos de octubre a mayo, y había ido a Mombuey durante dos inviernos para aprender a coser.



Fotografía familiar.

Se fue con su vecina, Toña (que hoy día es mi madrina), que tenía tan solo 16 años. Decidieron irse, obtuvieron el permiso de turista en Zamora y comenzaron su viaje. Más de dos días y dos noches hasta llegar a Lyon, donde las recogía Juan, el hermano de Toña, y de allí a Oyonnax. Al día siguiente mi madre empezó a trabajar en una fábrica de plástico. Le hicieron un contrato. En aquella época había muchísimo trabajo; tanto, que el primer año mi

madre ni siquiera vino de vacaciones a España. Mi madre trabajó fundamentalmente con españolas, por lo que prácticamente no aprendió francés. Tampoco se relacionaba demasiado con los franceses, únicamente con el patrón, su jefe, al que sus compañeras de trabajo le hacían de traductoras.

Tanto mi padre como mi madre vivieron muy bien en Francia. Ganaban dinero, se sentían perfectamente, aunque estaban en un país que no era el suyo. Los trataban bien. Añoraban a la familia que habían dejado atrás en España, pero no el trabajo tan duro que había en su pueblo.

Pasaban los fines de semana y los días de fiesta con los más conocidos del pueblo y alrededores y con otros españoles que conocieron allí. Celebraban las navidades juntos, el fin de año... Allí nació otra gran familia, y allí se hicieron novios mis padres. Volvieron a Otero de Bodas un verano para casarse... y llegué yo.

## Yo

Nací en noviembre de 1967. Mis dos primeros años los pasé en Oyonnax y, después, nos marchamos a vivir a Martignat, un pueblo más pequeño a unos 8 km. Mis padres empezaron a trabajar en una fábrica, Perga, haciendo piezas de plástico. Para entonces, mi padre ya se había comprado un coche de segunda mano. Me encantaba aquél coche, un Peugeot 204, azul claro, y con una ventanita en lo alto.

Allí empecé a ir a la escuela. Recuerdo que tenía que caminar un buen tramo hasta llegar. Pero me gustaba ir, nos visitaba Papá Noël en la escuela y nos daba un regalito. Lo que más me gustaba era ir los domingos a Oyonnax, porque nos reuníamos con españoles. Siempre volvía llorando; me sentía tan bien, especialmente con la familia Melgar: Juan, Francisca, Toña, Sara, Paqui...

En el piso de Martignat teníamos como vecinos una familia de Rionegro del Puente. Recuerdo que tenían cuatro hijos. Pasé muchos ratos jugando con ellos; me cuidaban muchísimo, jugaban conmigo y me trataban fenomenal. También vivieron allí mis tíos, aunque fue menos tiempo. Unos iban llevando a otros... La familia se fue ampliando en un país extranjero. Escuchábamos música española. Teníamos un tocadiscos que mi padre ponía muy a menudo con discos de Manolo Escobar, Antonio Molina... Cada verano íbamos al



Navidades en familia.

pueblo; al principio en tren, hasta que mi padre se compró el coche. Recuerdo que repetía una y otra vez durante el trayecto: ¿Cuándo llegamos a España? Y España para mí era Otero de Bodas. Cuando llegaba al pueblo, había llegado a España.

Cuando estaba a punto de cumplir siete años, mis padres empezaron a pensar en la vuelta definitiva a España. Según ellos, era el momento. Les daba pena marcharse de Francia, allí vivían muy bien, pero en ningún momento habían pensado en quedarse allí a vivir para siempre. Si se quedaban más años, la vuelta para mí hubiera sido más difícil.

Y volvimos a España. Aún hoy se me pone la piel de gallina cuando escucho «Adiós mi España Querida», aquél pasodoble de Antonio Molina.

Este pequeño relato va dedicado a todos aquellos, que, como mis padres, lucharon por conseguir un futuro mejor a base de esfuerzo y trabajo, dejando atrás su querida tierra. No sólo a ellos, sino a los que actualmente siguen luchando por sobrevivir fuera de su país. Más concretamente, se lo dedico a mi padre, a mi madre, y a la familia Melgar, que siempre han estado, están y estarán muy presentes en mi vida.



María Ángeles Ferrero Rodríguez, hija de emigrantes zamoranos en Francia, junto al Peugeot 204 de sus padres.

# ANDANZAS DE UN ZAMORANO

Marcelino García Romero  
(Guipúzcoa, Barcelona)

## CAPÍTULO I

Nací en un pueblo de los Valles Leoneses, un día de primavera del siglo pasado. Mis padres vivían en la casa de mis abuelos. Una casa grande, con un establo adosado, donde comían y parían las vacas. Era una casa soleada desde el amanecer, enfrente tenía una laguna que solía estar llena, más cuando llovía, y en invierno la conocí helada, patinábamos por encima del hielo. Era el lugar donde bebían los animales del pueblo. De un pozo que había en una esquina de la laguna se sacaba el agua que necesitábamos para beber nosotros, cocinar y asearnos.

Mis otros abuelos vivían unas calles más abajo, cerca de la iglesia y de la casa de mi bisabuela María, que ya pasaba de los noventa y cinco años. Tenía un bisabuelo y una bisabuela más, pero se murieron cuando yo era muy pequeño. Todas las casas se alumbraban con candiles de petróleo, la luz eléctrica la pusieron un poco más tarde y venía de la Central Eléctrica que habían construido en la presa del Hoyo, en el río Esla.

Tanto los abuelos paternos, como los abuelos maternos se dedicaban a la labranza de la tierra y al pastoreo de ganado ovino, tenían vacas que empleaban para arar y llevar el carro, además de aprovechar su leche y los calostros que tanto me gustaban a mí. De joven, mi abuelo materno había estado en Cuba y allí, recogiendo caña de azúcar, ganó algún dinero con el que volvió al pueblo y compró tierras y un ganado de ovejas, contrató un pastor para que se encargara de llevar las ovejas a pastar y ordeñarlas; con esa leche hacíamos un queso que poníamos a secar en el doble y llenaba de olor toda la casa.

Mi abuelo Marcelino procedía de Santovenia del Esla, donde tenía varias posesiones y una hermana. Se quedó sin madre desde muy pequeño y lo criaron sus tíos maternos. De su padre, me contaba, que había perdido en el juego grandes fincas que tenían en Tierra de Campos. Marcelino también se fue a «hacer las Américas» y estuvo en Buenos Aires, trabajó en un rancho que tenía a medias con un socio de la Pampa y lo vendió. Cuando volvió se casó en Bretó y compró tierras de regadío que empleó como huerto familiar para cultivar pimientos, lechugas, cebollas y berzas; lo llenó de cerezos, manzanos, perales, higueras y ciruelos, que formaron parte de la alimentación de mi infancia, las manzanas se colgaban en el techo de las cocinas o de los dormitorios y duraban hasta las Navidades.

Los dos tenían bacillares de donde sacaban la uva que se comía todo el año. La de las cepas jerez se conservaba tendiéndolas en las tablas del doble o colgándolas en

los techos de las habitaciones, al lado de los chorizos de la matanza. Las otras uvas que sobraban se dedicaban para pisarlas en el lagar de las bodegas del castillo y hacer mosto, con el que llenábamos las cubas y, pasados unos meses, teníamos buen vino. Sobre mi pueblo y alrededores he escrito en «El Libro de los Bretones»:

Si a Zamora vas,  
la Ruta de los Bretones,  
has de visitar:  
Buen vino, buen queso,  
buena gente.  
¿Qué más puedes desear?

Por el pueblo corrían libremente los perros y para nosotros era un deporte el coger alguna piedra pequeña, tirársela y tratar de acertar. El que era el campeón de tirarle piedras a los perros era Juan, el hermano de Segundo Gutiérrez, el escultor, Juan y Segundo se fueron a estudiar con los frailes, Segundo cantó la misa y fue cura, el otro era mucho más travieso y se salió.

Segundo Gutiérrez Domínguez, además de ser un magnífico misionero de la Orden Claretiana en tierras venezolanas y de Filipinas, triunfó como escultor en su parroquia-taller de la Iglesia de San Pablo de Córdoba. Era hijo del carpintero del pueblo, Deogracias Gutiérrez, y de una mujer muy piadosa que se llamaba Zósima Domínguez.

Se quedó viuda muy joven y se dedicó a cuidar a sus hijos. Vivían en la calle del Río, en verano yo pasaba por allí todas las tardes cuando iba a pescar. Siempre estaba sentada a la puerta de la antigua carpintería de su esposo, que Segundo usaba cuando venía al pueblo. Allí estaban la azuela y las gubias con las que su padre le hizo una cuna de madera. Cuando estaba en el pueblo a veces se animaba, levantaba la sotana y venía al río a pescar con mi padre, se conocían de niños y les gustaba estar juntos, tenían muchas cosas en común, mi abuelo Marcelino y el padre de Segundo habían ido a hacer las américas y cuando volvieron se establecieron en Bretó.

La madre de Segundo Gutiérrez siempre me decía algo de las esculturas que Segundo estaba haciendo. A la vuelta de la pesca en el río, me preguntaba: ¿qué tal la pesca?, y casi siempre le regalaba un barbo. Algunas de aquellas esculturas las expuso en una sala de exposiciones que yo había organizado en un concurso de dibujos para los niños del pueblo. Otras de sus esculturas, siempre alargadas, indicando transcendencia y espíritu místico, como si quisieran alcanzar el cielo, están en los altares de la iglesia de Bretó.

Yo asistí a varias de sus exposiciones y tengo alguna pequeña obra suya. El dinero que recaudaba lo dedicaba totalmente a sus Misiones americanas y asiáticas. Pudo haberse hecho muy rico porque hizo más de 200 exposiciones en todo el Mundo y siempre vendía, pero era mucho el amor que sentía hacia los más desprotegidos y

él tenía a gala vivir de su parroquia. En Barcelona, en la Sala de arte Catalonia hay bastantes esculturas suyas, Segundo estuvo de Superior de los misioneros en Caracas y allí tuvo una estrecha relación con el obispo catalán Pedro Casaldáliga, también claretiano y defensor de la Teología de la Liberación y de los más desfavorecidos, él fue el que lo introdujo en ambientes catalanes, era un gran admirador de sus esculturas.

También se pueden encontrar sus obras en el Vaticano, en Manila (Filipinas). En Sevilla está su «Prometeo fulminado»: En las Edades del Hombre de Medina de Rioseco expuso su «Cristo de la Buena Nueva». Siempre trataba de que sus esculturas fueran continuación de sus sermones, con él iban la Verdad, la Bondad y la Belleza o, como en la Exposición de la Capitalidad Europea de Madrid su escultura: «Amor, Belleza, Trabajo y Ciencia».

Fue reconocido como miembro de la Real Academia de Letras y Bellas Artes de Córdoba, y, lo más importante, como un hombre bueno, sencillo y entregado a Dios. Su obra más conocida es «El Profeta» al que representa arrodillado y con los brazos alagados hacia el infinito.

## CAPÍTULO II

Bretó es una palabra celta que significa «colina». Una colina que está al lado de un río al que ahora llamamos Esla y que se llamó Astura en tiempos de los celtas astures. Pues bien, encima de esa colina hubo un castro celta donde vivieron los astures bretones. Miles de años después nos invadieron los romanos y construyeron un campamento romano cerca del castro, lo llamaron Pretorium. Cuando se acabó la conquista y tanto los celtas como los romanos terminaron siendo invadidos por los godos, que se establecieron en la zona de los Palomares, entonces convivieron los que vivían en la colina (Bretó), los que vivían en el campamento romano (Pretor) y los godos que habían llegado desde Tierra de Campos (Campi Gothorum). Después se construyó un castillo, una iglesia majestuosa del siglo XII y unas casas y corrales que formaron un pueblo que es el actual Bretó, que en 1948 tenía 737 habitantes, ahora tiene 160. Enfrente, al otro lado del río, está Bretocino. Siempre hubo una barca para pasar de un pueblo al otro, siempre, menos ahora que hay un puente de 500 metros, dedicado a un hijo del pueblo, que fue quién lo construyó, el ingeniero Antonio Prieto. Con el fui a pescar varias veces.

### IGLESIA DE BRETÓ

Ya no tocan las campanas  
como antes tocaban.  
Ya no subiré  
a tocar a mansalva.  
Ni jugaré a pelota

cuando el maestro  
a recreo nos dejaba.  
Iglesia de Bretó  
eres de lo poco  
que me queda  
muy junto al alma.

Los primeros años de mi existencia los pasé en Bretó. Fui a la escuela del pueblo, allí daban clases un matrimonio de profesores formado por Don Felipe Cruz y Doña Juliana. Él era un maestro excepcional, me enseñó a leer, escribir y contar, hasta la raíz cúbica aprendí. No tenía ni nueve años. Lo que más me gustaba era leer los libros de historia y novelas históricas que había en un armario viejo en el aula. Pasé las cartillas de leer «El Parvulito» en unos meses, ya me había enseñado a leer, y a soñar, mi abuela Leocadia, que tenía libros en casa.

También fui algunas semanas a la escuela de Doña Patro Velasco, una maestra represaliada por Franco, que se refugió y casó en Bretó, y se dedicaba a enseñar a leer a los párvulos. Años más tarde me prestaría algunos de los libros que tenía, entre ellos varios de Azorín, sus conocimientos eran muy amplios, había estudiado en la Institución Libre de Enseñanza de Giner de los Ríos en Madrid. Esta Institución tenía una escuela en Moreruela de Tábara, la Escuela Sierra-Pambley, que había fundado D. Francisco Fernández Blanco Sierra-Pambley. Estaba a quince kms de Bretó. Allí se enseñaba, siguiendo los principios de la Institución Libre de Enseñanza, agricultura, industrias lácteas, carpintería y forja. Doña Patro conocía a los que habían dado clase allí y para los más pequeños empleaba los métodos Montessori.

Salían de Bretó varios caminos que lo tenían comunicado con los pueblos de alrededor, el principal era el que iba a Santovenia, que lo convirtieron en carretera a base de traer piedras de las canteras y echar encima tierra. Participó todo el pueblo y por esa carretera de tierra y piedras podían venir los camiones para llevarse las uvas que vendíamos, o los cerdos pequeños que cada vecino criaba en su casa.

La comunicación con Santovenia era muy fluida, estaba a dos kilómetros, quince minutos andando y Santovenia tenía Apeadero del tren del Camino de la Plata que nos podía llevar a Benavente o a Zamora; para ir al Apeadero había que pasar por el centro de Santovenia, muchas veces nos parábamos en casa de mi tía María que vivía cerca del frontón del pueblo. Cuando casi no llegaba a montar en el caballo lo hacía desde una piedra que había a la puerta de casa. Me mandaban a la Farmacia, que también estaba en Santovenia al lado de la carretera. Esa era una de las mayores preocupaciones de mis padres: la carretera asfaltada de Santovenia por donde ya pasaban algunos coches y camiones. Más tarde les agradaba que fuera a bailar allí, teníamos muchos primos y primas, bastantes amigos y algún negocio en común.

## LOS BAILES

En Santovenia estuve  
 varios días de jarana;  
 oyendo el tamboril,  
 tocando la dulzaina.  
 Entonando el bolero  
 que le da más fama.  
 Válgame el cielo  
 las vueltas que da una dama.  
 ¡Ay, Ay, Ay, las vueltas  
 que da una dama,  
 cuando el Bolero de Algodre  
 en el prado baila.

Otro camino llevaba a Villarrín de Campos, pueblo con el que se tenía cierta relación porque los jóvenes solían venir a bañarse al vado del río. A la Tabla de Villafáfila se iba por otro camino que era muy transitado porque allí estaba el Silo donde se llevaba el trigo. Por ese camino iban los carros de bueyes que, en caravana, venían del otro lado del río a descargar los sacos de cereales. También estaba el camino de la Granja de Morerueta que a nosotros nos servía para ir a las Partijas o Quiñones que había detrás del monte; esas partes pequeñas de tierra solían ser de tres heminas, una fanega, habían sido adjudicadas a cada vecino del pueblo en una rotulación del monte que se había hecho años atrás. Otro reparto parecido se hizo del Sierro. Había mucha población y era necesario rotular terrenos muy pedregosos de los que se solía sacar poco centeno que era lo único que se podía sembrar allí. A unos 5 kms de Bretó está la ermita de la Pedrera, la romería principal; para ir allí había otro camino para el que había que pasar 'por medio del monte, poblado por lobos en el invierno. En el verano pasé muchas veces por él, montado en el caballo de mi abuelo porque tenía que llevar la comida a mi padre y a mi tío que estaban segando, con los segadores que venían de Galicia, el centeno de las tierras del Sierro.

De las espigas de ese centeno sacaban un producto tóxico, el cornezuelo, que recogían en secreto y alguien se lo llevaba para laboratorios lejanos. Ese cornezuelo era la base del LSD y del éxtasis, dicen, de Santa Teresa de Jesús. En la antigüedad provocaba la enfermedad del ergotismo que ocasionó millones de muertos. En otros sitios lo llamaron «Fuego de San Antonio», una de las consecuencias más directas son los herpes zoster o culebrilla. Con el centeno, lo que hacían los del pueblo, en los hornos de cada casa, era pan negro, que no solía ser muy apreciado. Hoy sabemos de sus múltiples propiedades. Pero, en aquellos años que se cogía el centeno, sin saber lo del cornezuelo, se molía en el molino y se llevaba esa harina directamente al horno casero para hacer pan, ese pan pudo ser el origen de enfermedades que, en el caso de la Atenas clásica, acabaron con más del



tercio de la población. En muchos pueblos se padeció ese mal, que no tenía remedio. Una solución era hacer el Camino de Santiago y con ello dejaban de comer el pan de centeno del pueblo que, por ignorancia, se molía con el cornezuelo. En Galicia llevaban siglos apartando el centeno del cornezuelo y el pan estaba menos contaminado.

Cerca del Sierro está el Puente de Quintos y allí, al lado, está la Ermita de la Pedrera, el lugar donde, dicen, se apareció la Virgen de Montes Negros y puso un pie en la piedra que hay en la entrada. Esa imagen la han querido llevar a Bretó varias veces y a la mañana siguiente aparecía otra vez en la ermita, eso contaban; algo que ver tendrá, también, el hecho de que los vecinos de la Granja de Moreruela hagan allí su romería. Esta ermita está en el centro de un valle con muchas connotaciones esotéricas: la Pisada del Caballo de Santiago, la Cueva del Gigante Juanón, las Canteras, la Encina... y cerca el Monasterio de Moreruela donde los monjes hacían buen vino y bebían agua mineral del manantial del otro lado del Sierro. Allí se iba expresamente a cagar cántaros de agua para poder pasar las tardes calurosas del verano.

#### LA PEDRERA

Ayer fue tu Día,  
Virgen de Montes Negros,  
para los de Bretó,  
lo más bonito que tenemos.  
Cuentan de Ti muchas historias.

No quiero yo ser menos:  
Hace muchos siglos  
en un Lugar Sagrado,  
entre la montaña y el río,  
una Piedra hallaron.  
Quizás fuera un meteorito.

Una pisada de Dinosaurio  
en la que, dicen, pisó  
el Caballo de Santiago.

Una Cueva llena de misterios  
que llaman de Juanón,  
quizás fuera un Iago.  
En el río «gallinitas ciegas»,  
las que tienen pie de Oca  
nadan, respetadas,  
queridas, casi sagradas.

Una Fuente de agua milagrosa.

Hierbas de curanderos.  
Lugar de canteros, grandes Rocas.

Una Sierra de Hierro  
que puede que sirva de imán  
de pista de aterrizaje,  
de guía interestelar'  
al humanoide. Al Ser Mágico  
vestido de blanco,  
que se le apareció  
a Guillermo Rodríguez,  
el pescador  
de Granja de Moreruela.

Digamos, que un día  
apareció en una imagen,  
la Virgen que todos vamos a adorar  
y Allí, por siempre, se quiere quedar.

Le hicieron, nuestros abuelos,  
una ermita pequeña  
para que reposara tranquila  
entre los Templarios del Hoyo  
y los Monjes de Moreruela.

La Virgen del Pueblo llano  
donde van los quintos  
de uno y otro año.  
A pedirle que llueva,  
que cuide a sus seres amados.  
O simplemente todos vamos a verla,  
que con ello gozamos.

Volveré a verte,  
mi Virgen Bella,  
cualquier día, cualquier año.  
Miraré a la encina, el Árbol Sagrado,  
recordaré a mis seres queridos,  
a los muertos y a los sanos.  
Allí, cerca del río,  
te daré un abrazo.

Cerca del pueblo había unas canteras de barro de un terreno de tierra roja a las que se llegaba a través del camino del Barrero. En esa cantera se hacían los adobes

que servían para construir las paredes de las casas y los corrales. Con tanta excavación habían quedado grandes agujeros que el agua de la lluvia rellenaba. Esa agua, la paja y la tierra roja eran la base de los adobes de las paredes y de las tejas de los tejados. La cantera era del pueblo y allí podían ir todos los que necesitaran construir algún corral o algún palomar. La construcción de las casas fue quedando en manos de albañiles profesionales.

El camino del Hoyo era un sendero festivo, se empleaba generalmente los domingos para ir al Priorato del Hoyo y a las aceñas que servían para moler el trigo, la cebada, la avena y el centeno. Las aceñas tenían una gran piedra de granito, redonda, que era movida por el agua de la presa. También tenía otra piedra más pequeña que era la que hacía la molienda más fina. El molinero era el Sr Porfirio Botrán que vivía con su esposa. Avelina y su familia en la casa del Priorato del Hoyo. A la vez que hacía de molinero, vigilaba las instalaciones de la central eléctrica y el transformador eléctrico que por aquellos años pusieron en el pueblo. Después pusieron las luces en las esquinas de las calles y se comenzó a construir un depósito de agua. De vigilar todas esas instalaciones y de un bar que tenía en el centro del pueblo, se encargaba Porfirio.

Nada más salir del pueblo, por el camino del Hoyo, estaba la Fuente, era un manantial de agua mineral que empleaba todo el pueblo para beber y cocinar. Cerca de esa fuente, un poco más cerca del río había otro manantial de agua con una pequeña capa de color verde-marrón. Eran aguas ferruginosas que muy pocos/as bebían. Decían que tenían hierro. Estaba en una pequeña colina cuyas piedras tenían hierro y había restos de que había sido extraído el mineral allí.

Una o dos veces al año nos llevaba el Sr. maestro, las niñas también iban, pero con la Sra. maestra, que era la esposa del maestro, por ese camino. Veíamos los trigos crecidos, las cebadas ya casi a punto de espigar, las algarrobas. Los garbanzos, guisantes, lentejas, altramuces, alubias y las habichuelas. Muchos, aunque eran del pueblo no habían visto en las tierras esos productos porque sus padres no los llevaban al campo, yo no sólo iba al campo, sino que trabajaba en la cosecha de todos esos productos, tenía que ayudar a sembrarlos, a quitarles las hierbas malas que a veces había entre surco y surco, y a recogerlos. A mediados de junio tenía que dejar la escuela y ayudar a mi padre a segar, acarrear, llevar el carro a la era y trillar. Los guisantes, los garbanzos y los altramuces, cuando estaban verdes, los cogíamos directamente de las matas y los comíamos. Eso no le gustaba al maestro que temía el día que salíamos al campo. También comíamos la cebada verde o las pepitas de girasol, todo nos venía bien.

Siguiendo el camino llegábamos uno de los tres Prioratos que tenía el Monasterio de Moreruela: el Priorato del Hoyo; los otros dos eran el de San Andrés en Granja de Moreruela, y el de Sagos en Santa Eulalia de Tábara. Es una gran Casa de planta cuadrada con muros altos que en su interior ocultaban el claustro central, un patio

porticado con tres arcos de ladrillo, con un aljibe que recogía el agua de lluvia y gracias a una polea que tenía en el brocal se podían subir los calderos de agua. Tenía pequeñas habitaciones, celdas, bodega y un frontón, donde habían vivido y jugado a pelota varios monjes y el Prior. En la fachada de la puerta principal había un escudo de piedra con dos caballeros montados en un caballo: los templarios. A ambos lados de la puerta con dintel abovedado había dos escudos de piedra donde se veía un báculo abacial. Desde esa casa se dominaba el curso del río, las aceñas, el canal de pesca, la barca, el monte y las tierras y ganado que poseía el prior.

La Orden del Templo de Salomón tenía como regla la de los canónigos agustinos del Santo Sepulcro. Se encargaba de proteger las propiedades de los frailes y a los peregrinos que hacían el Camino a Santiago de Compostela. Los templarios tenían propiedades en las salinas de Villafáfila y desde la encomienda de Villardiegua vigilaban el camino de los Freires, por el que se transportaba la sal y los documentos monetarios que llegaban al Priorato y al Monasterio de Moreruela. Todo se administraba desde la encomienda de Villalpando.

La sal de las lagunas de Villafáfila la obtenían al colocar en recipientes el agua de las lagunas y calentarla hasta que se evaporaba y quedaba la sal al fondo. Se desforestó todos los alrededores de las lagunas. La sal era importantísima en la economía medieval y los frailes del Priorato del Hoyo la empleaban para salar los peces que pescaban en las aceñas y diques del río Esla. De ahí que hubiera un camino directo desde Villafáfila hasta el Priorato del Hoyo, camino que no era usado por los campesinos de los pueblos, antes, al contrario, los campesinos araban por encima de donde pasaba el camino para borrarlo. Había sido impuesto por la fuerza. Un ramal de ese camino llegaba al Monasterio de Moreruela y Castrotorafe y otro seguía hacia Tábara por el Camino Sanabrés. Los templarios, a caballo, dominaban toda esa zona hasta Pajares de la Lampreana, donde había una encomienda y una iglesia del Temple. Los templarios empleaban el Priorato del Hoyo para descansar y reponer fuerzas.

Para nosotros todo aquello era misterioso, se contaba que desde allí salía un túnel que llegaba a Benavente y que, desde aquella casa, con aspecto de castillo, se dominaba toda la vega del Esla. A esos frailes pertenecían los diques de piedra, unas pequeñas presas hechas con piedras y redes de alambre que retenían el agua y que encaminaban a los peces hacia el interior de las nasas y los buitrones, donde eran capturados. Después eran cortados, secados al sol, ahumados y salazados. Eran aprovechadas por los frailes para tener siempre su pescado fresco: bogas, barbos, cangrejos, carpas y truchas. Cerca de esa bolsa-presa de piedras estaba un plantío, del que los frailes sacaban la madera, aún se llama «El plantío de los Bernardos» y desde allí vigilaban que nadie les llevara los peces. Los templarios en la vigilancia de la pesca eran muy efectivos, hasta tal punto que en los pueblos casi nadie sabía nadar ni pescar. También eran dueños de la barca del

río que permitía cruzar el río, después de pagar. Había varias barcas a lo largo del Esla: la de Bretó a Bretocino, la de Barcial del Barco, la de Castropepe, la del Monasterio de Moreruela, la de Montamarta, la de San Pedro de la Nave... De algunas barcas se decía que la conducían los ángeles o los santos. Como la que condujo una noche San Rosendo.

#### LA BARCA DEL RIO

Bretó, Bretocino y la Presa del Río.

Estaré contigo,  
aguas del Tera  
y esas nubes de Valle Oscuro  
que amenazan tormenta.

La barca del río,  
que a Olmillos nos lleva...  
No pasa el tiempo,  
para los que navegan.

Aprendimos, o nos enseñaron, a que el Día del Árbol se podían plantar árboles a la orilla del río. El maestro nos ayudó a hacer una tablilla con nuestro nombre y todo el pueblo iba a plantar el árbol en una laguna cercana al río que estaba seca del pueblo. Cada árbol tenía una tablilla con nuestro nombre y nosotros íbamos todos los domingos a ver lo que había crecido el árbol. Otra labor de repoblación forestal fue plantar miles de pinos en el monte que con el tiempo han ido creciendo y formado un pinar bastante extenso.

El río estaba lleno de peces que muchas veces eran aprovechado por pescadores que venían en autocares de Zamora, Salamanca o, como Wences, que venía de Nueva York. Wences Moreno, el Sr. Wences, era el centro de las conversaciones del pueblo, se sabía que había llegado al Priorato. Allí el molinero le había adaptado varias celdas con vistas al río, por el lujoso coche que estaba aparcado a la puerta. Se pasaba largas temporadas en el Priorato y solo salía para ir a pescar al río o a cazar al monte. Traía un equipo de pesca espectacular, con botas altas y cañas increíbles, el molinero le había indicado donde estaban los bancos de peces y de esa forma se pasaba unas buenas vacaciones. Pertenece a una familia de famosos artistas que había actuado por toda España y emigrado a la Argentina en 1934, después se estableció en Nueva York. El sobresalió, entre sus diecinueve hermanos, como ventrílocuo, hablaba con el vientre; su sobrino José Luis Moreno le ha seguido los pasos. Actuaba en la televisión americana en shows como el de Ed Sullivan y otros.

La soledad del Priorato, las celdas y los túneles le servían para preparar sus trucos de magia y los diálogos con sus muñecos: Pedro, la gallina Cecilia, Monsieur Laforet, Mr. Foster, Joaquina la regañona, y Johnny Martín el muchacho descarado. Hacía

hasta once voces distintas y hablaba ocho idiomas, actuó en los mejores teatros norteamericanos: el Roxi, el Capitol, el Paramount, en los casinos de las Vegas y en películas. Hasta tiene una calle en Manhattan. Además de pescar, se hacía buenas caminatas por el camino que llaman de los frailes, que llega hasta Villafáfila, donde solía charlar con los labradores que estaban segando en las tierras cercanas.

Los veranos tenían los días muy largos y las fiestas daban ocasión para visitar los bailes de los pueblos de los alrededores, Santovenia del Esla, Bretocino, Villaveza del Agua y Barcial del Barco eran los lugares a los que solíamos ir. Olmillos nos quedaba un poco más lejos pero también fuimos alguna vez. Yo tenía mi parada oficial en Santovenia, allí bailaba y salía con una chica que estaba estudiando en Zamora y teníamos muchas cosas en común, también tenía los ojos azules, como mi novia zamorana, y eso me atraía. Cuando me fui a dar clases a la montaña vasca las olvidé a las dos y me enamoré de una montañesa vasca, hasta aprendí algunas de las canciones que cantábamos en la herriko etxea (taberna) pero, después me fui para Barcelona y mi vida se centró en las tierras catalanas.

### CAPÍTULO III

Don Felipe me dijo que tenía que empezar con el Primer Grado de la Enciclopedia Álvarez. Me la compraron mis padres y ya daba las lecciones con los niños que estaban en Primero. Acababa pronto con mis lecciones y me dedicaba a escuchar cómo los mayores daban sus lecciones o hacían las cuentas y las raíces en el encerado, así aprendí las lecciones de los mayores, la historia de España y la geografía, los ríos y sus afluentes, las estaciones de los trenes, las comarcas. Había mapas de todo. Y, cuando acababa con las lecciones, leía los libros del armario viejo. El maestro me dejaba cogerlos y yo estaba deseando terminar mis deberes para leerlos: «Amigos», «Amanecer», «El Libro de España», «El Romancero», «Cabeza y Corazón», «Cien figuras españolas», «Lecturas», «Lectura históricas». «Carmelín», «Mari Luz», «Mari Sol».

Por aquella época trajeron al pueblo una biblioteca ambulante. Estaba en una habitación de la casa parroquial y llevaba el control una hermana del Sr cura que se llamaba Tati. Leí casi todo lo que un niño podía leer en aquella época: «Los últimos días de Pompeya», «Jerusalén Liberada», «Ivanhoe», «Orlando furioso», «Orlando enamorado», «El último mohicano», «Las aventuras de Tom Sawyer», «Las aventuras de Huckleberry Finn», «El Príncipe y el Mendigo», libros que empecé a llevar a casa. Siempre que veía a Doña Patro aprovechaba para hablar un rato conmigo y me proponía que leyera algún libro o folleto que ella tenía justo preparado para dejarme. Así conocí a Azorín, Galdós, Baroja, Valle Inclán...

A casa de mis abuelos llegaba una revista mensual, «El Mensajero». En el interior se contaba, por capítulos mensuales, la leyenda de Genoveva de Brabante. A primeros

de mes ya estaba yo esperando la revista para ver cómo seguía. Me pasaba el tiempo leyendo los libros que me dejaban, después de jugar a pelota, porque tenía el frontón al lado de casa, de darle de comer a los animales, o de ir a buscarlos. Tenía cabras y ovejas de las que yo era el responsable de ir a buscarlas a casa del pastor que las llevaba a comer al prado. O de recoger la leche que había ordeñado el pastor. Lo que más me gustaba era ir a la huerta a buscar berzas y alfalfa para los cerdos o para las mulas. De paso comía ciruelas, higos, manzanas, o lo que hubiera maduro en los árboles frutales.

Siempre que podía iba al juego de pelota, también jugaba en el frontón cuando teníamos recreo, pero el frontón lo solían usar los niños mayores, cuando no estaban castigados sin recreo porque no sabían resolver los problemas de interés compuesto que les ponía don Felipe, y no nos dejaban jugar. Una manera de lograr que nos dejaran jugar a mis amigos y a mí, era ayudando a los mayores en los problemas de matemáticas, ellos tenían los problemas resueltos, podían salir al recreo y nosotros jugábamos a la pelota. Así aprendí a resolver sus problemas y a poder jugar. Todavía tengo algún amigo de aquella época.

Lo de los problemas y la raíz cuadrada me sirvió de poco porque cuando fui al Instituto era otro tipo de matemáticas y de cuentas sólo hacíamos divisiones. Fui un poco hacia atrás, referente a lo que hacían los mayores en la escuela de mi pueblo. Y jugar a la pelota, yo que venía de ganar casi siempre en el frontón de mi pueblo, donde llegué incluso a ganar algunas pesetillas en el campeonato de alguna fiesta, en Zamora, a la pelota no se jugaba casi nada, lo que se hacía era jugar a fútbol, me tuve que acostumbrar.

## CAPÍTULO IV

Cuando tenía 10 años fui a preparar mi ingreso al Instituto Claudio Moyano de Zamora, para ello tuve que ir al Apeadero de Santovenia y coger el tren-correo que recorría la Vía de la Plata, pasar por las estaciones de La Tabla (Villafáfila-la Granja de Morerueta), Manganeses de la Lampreana, Piedrahita de Castro, Morerueta de los infanzones, Cubillos del Pan y llegar a Zamora, cuya estación siempre me maravilló.

Fui a vivir con mis tíos a las viviendas de un cuartel de la Guardia Civil que había en un antiguo convento de frailes en la calle San Torcuato, al lado de la iglesia, ahora son instalaciones culturales. Lo primero que hice fue seguir siendo monaguillo del párroco de la iglesia de San Torcuato, sabía ayudar en la misa, en latín, de cuando fui monaguillo en Bretó. Ello me permitió tener en el bolsillo algunas monedas de diez céntimos de las cuales siempre tenía una para un inválido, sin piernas, que recorría la calle de San Torcuato montado en un carrito pequeño al que tenía enganchado un gran perro que lo llevaba a todas partes. En uno de mis libros de poesía, «Poesías de Maclug», escribí recordando esas escenas:

Ver por la calle  
 a la gente pasear,  
 unas muy guapas,  
 otras sin dinero para pan.  
 Hay en San Torcuato  
 un inválido sin piernas.  
 Está pidiendo limosna  
 subido en un carro.  
 Un perro es el que lo lleva.  
 Salen de misa las mujeres  
 y le dan unas perras.  
 ¿Seguiremos así muchos años?  
 ¿Necesitando de las mujeres la pena?

En el patio pequeño del cuartel había un jardín con árboles, rosales y un estanque con peces de colores. El recinto se cerraba con otras viviendas y un patio mucho más grande donde estaba el Economato para las familias de los guardias civiles, y pequeños cuartitos para guardar alimentos y otras cosas, mis primas guardaban allí una buena colección de postales y programas de mano de las películas que se proyectaban en los cines de Zamora. De ahí nació mi afición al cine y de las tardes de domingo, cuando iba al cine de los Luises del colegio Corazón de María, al cine de los Salesianos, a las sesiones matinales del cine Ramos Carrión o del cine Barrueco; más tarde también fui al cine que la OJE tenía en la calle Pelayo y a las películas que proyectaban en el cine del Instituto, generalmente del Gordo y el Flaco. Las películas que vi aquellos años fueron: «El Zorro», «Quo Vadis», «Ben Hur», «Cantando bajo la lluvia», «Rio Bravo», «Río grande», «Gigante», «Espartaco», «Helena de Troya», «Moby Dick», «Molokai», «Barrabás», «Aníbal», «Demetrius y los gladiadores», «La Túnica sagrada», «Hércules y la reina de Lidia», «Perseo el invencible».

En aquel patio grande se podía jugar al fútbol y había muchos niños, que tenían balones de cuero, con los que simpatiqué desde el primer momento. Algunas veces nos íbamos a jugar algún partido de fútbol a una explanada que había al lado de la plaza de toros. Otras, jugábamos al «gua» con bolas pequeñas de cristal, a los «santos» con unas suelas de zapato que guardaba en el cuartito o a los peones. Nos solíamos jugar los cromos de un álbum de la película «Los Diez Mandamientos» que estaba muy de moda por aquel año. Otras colecciones eran de razas humanas o de animales, los intercambiábamos en un quiosco de la Plaza Mayor, donde parábamos un rato antes de ir a pasear y ver la estatua de Viriato.

Precisamente en mi libro «Celtiké» le dediqué una poesía a Viriato

Viriato, Viriato.  
 Famosa Señá bermeja,



que un día  
le dieron los celtas  
al pastor lusitano.  
En aquellas colinas  
sus hombres cabalgaban,  
invencibles soldados.

Me inscribieron en 4º curso de las Escuelas Anejas de la Escuela de Magisterio. Me dio clases Don Pepín Miranda, un maestro que procedía de mi pueblo, era familiar de don Manuel Barbillo, un maestro al que le dedicaron una plaza. Tuve mucha suerte fui muy bien recibido y me gustaba asistir a clase, Don Pepín tenía, además de un ojo de un color y otro de otro, un método que me gustaba mucho: nos poníamos en corro para dar la lección, el que contestaba bien, adelantaba hasta que llegaba a ser el primero del corro, yo, en poco tiempo ya estaba el primero. Era un estímulo. En aquella clase me lo pasé muy bien, a pesar de que en el patio me cogieron una vez subiéndome a un árbol que tenía un nido y debió de verme por la ventana Don Emiliano, un maestro que iba con muletas y le dijo a sus alumnos que me llevaran a su clase, yo, ingenuo, fui a su clase y me soltó toda una tanda de palos con la muleta. Todo porque había querido subir a coger el nido, algo que hacía todos los días en mi pueblo. Cuando paso por la acera del edificio que ahora dedican a escuela de Diseño, todavía veo el árbol, que ha crecido bastante y me duelen aquellos chinchones que me ocasionaron los golpes de aquel bastón con puntas de hierro.

Me examiné para poder hacer primero de bachillerato en el instituto Claudio Moyano, era el único Instituto que había, aunque los niños ricos tenían otro colegio donde estudiar bachillerato: el Corazón de María. Las chicas iban a las Josefinas o a la Milagrosa y al Instituto Claudio Moyano Femenino, los chicos y las chicas estudiábamos separados.

Aprobé el examen de ingreso, saqué buena nota y conseguí una beca. El edificio del instituto era grande, muy grande, con calefacción. En las aulas había mesas para cerca de cincuenta alumnos o más. Teníamos cuatro asignaturas por la mañana y dos horas por la tarde. Matemáticas, Lengua, Geografía de España, eran las asignaturas más importantes, aunque Religión, Educación Física y Formación del Espíritu Nacional, también contaban a la hora de hacer la media para optar a la beca. En 2ª ya tuvimos francés y latín y en 4º Historia Universal, Literatura Universal y Física y Química. En Literatura tuvimos el honor de tener al catedrático Don Ramón Luelmo que nos hizo apreciar y querer la literatura clásica griega de «La «Iliada» y «La Odisea» o la romana de «La Eneida». Todos le teníamos un gran respeto que se ha sumado a la posterior admiración que le profesamos como escritor de «Estampas Zamoranas».! Qué pena que no nos llevara a la catedral a explicarnos sobre el terreno lo que cuenta en: «La catedral de Zamora».

En la asignatura de latín tuvimos a Doña Ursicina Martínez, que nos hizo aprender las declinaciones; por la tarde la veíamos en la biblioteca Provincial de la cuesta del Teatro Principal. Lo que no recuerdo, puede que sí se hiciera, es que se usara y se sacaran los libros de la biblioteca del instituto, yo al menos no leí ninguno. Un espacio poco aprovechado, para la majestuosidad de la sala, fue la sala de actos, con piano y todo, pero nosotros no teníamos clase ni de música, ni de canto. La sala se empleaba en Semana Santa para que diera sermones Don Albino García, canónigo de la catedral, en los ejercicios espirituales. Había un laboratorio de Física y Química donde tampoco se hacían prácticas. Quizás la mejor aula del Instituto estaba en la clase dedicada a dibujo, con esculturas greco-romanas; de profesor tuvimos el lujo de tener a Don Antonio Pedrero.

#### JOSE IGNACIO PRIMO

Ha muerto, queda el vacío del espacio que ocupó su vida dedicada al flamenco.

Y el recuerdo.

Cuando era un niño y jugaba en los jardines de Requejo.

Camino del Claudio,  
como alumno primero,  
profesor más tarde.

Junto a su madre,  
Doña Ursicina Martínez,  
profesora a la que tuve  
gran cariño y respeto.

También lo recuerdo  
en la biblioteca  
de la cuesta del Principal,  
siempre acompañado  
de Felicidad Mielgo.

Se ha ido con él un trozo más  
de la Zamora de los sesenta,  
aquella que sus poemas  
hizo inmortal  
y que hoy en sus brazos  
lo recibe como hijo cabal.

Estarás, José Ignacio Primo  
en el recuerdo  
de los que vivimos  
junto a ti una infancia  
de felicidad.

Vaya mi consuelo,  
para todos los que en Santa Cristina  
y en Benavente  
te echaremos a faltar.

Ha muerto José Ignacio  
Primo Martínez,  
en su honor es tiempo  
de las palmas tocar.

Rodeando al edificio del instituto había jardines con grandes árboles y campos de fútbol, balonmano y baloncesto, se empezaba a jugar al baloncesto, aunque éramos pocos los que lo hacíamos. El frontón de pelota, mi preferido, estaba bastante bien, aunque con el frío que hacía en Zamora y con casi ninguna pelota en el barracón de Educación Física, no se solía jugar. Recuerdo haber jugado dos o tres veces en todo el bachillerato. Una ciudad con nieblas y heladas constantes desde noviembre hasta marzo no pensó, no pudo o no quiso tener un gimnasio cerrado para poder practicar deportes, eran otros tiempos. Quien sí tenía unas buenas instalaciones deportivas era la Universidad Laboral.

## CAPÍTULO V

Cuando terminé el Bachillerato y la Reválida hice el examen de Ingreso para ir a estudiar a la Escuela Normal de Magisterio, la que estaba cerca de la plaza de toros. Aprobé y ese mismo año empecé Primero de Magisterio. El cambio fue muy grande porque tenía 12 asignaturas y no estaba acostumbrado a tener tantos profesores, ni tantos compañeros, éramos 110 en la clase. La mayor parte de mis compañeros me sacaban dos o tres años y las matemáticas que dábamos eran Matemáticas Modernas, yo no había oído hablar de ellas en mi vida, afortunadamente la asignatura la impartía Doña Pilar Martín, que también era la Directora de la Escuela, tenía una paciencia infinita a la hora de explicar los conjuntos unívocos o los números naturales.

Tuve que hacer un esfuerzo doble, porque además no había ningún libro que hablara de esas Matemáticas, que se estaban introduciendo en España, y todo era a base de apuntes y de copiar lo que la profesora escribía en la pizarra. Había que darse prisa porque la profesora iba rápido y nos dio todos los temas. Aprendí las nuevas matemáticas y me sirvieron en mi profesión años más tarde cuando ya todos los libros hablaban de los conjuntos.

Empecé a coger apuntes en casi todas las asignaturas. Lo que fue para mí una grata sorpresa fue la clase de Filosofía no sólo por el contenido de la asignatura, que me interesaba, y mucho, sino por la profesora, Doña Ángeles García Crespo, una

joven rubia espectacular que empezaba a dar clases con gran ilusión, la volví a ver hace unos años, continúa tan atractiva como siempre, con motivo del 50 aniversario de la promoción de maestros y compartimos algunas anécdotas; tuvo la mala suerte de caerse y la llevé al Clínico, donde tuvo que pasarse un par de días; afortunadamente fue poca cosa, y ella se supo sobreponer con gran entereza. Aprendí silogismos y las teorías sobre el alma de muy buen grado, aún conservo el cuaderno de apuntes de aquellas clases.

El profesor de Lengua Española era el Sr Marín, nos propuso como ejercicio elaborar una revista infantil. La propuesta me agradó mucho, aunque no logramos hacer la revista, años más tarde, yo con mis alumnos, en mis clases, sí que hice varios ejemplares de periódicos escolares. Aprendí por mi cuenta las Técnicas Freinet y de cómo hacer un Periódico Infantil con la Bandeja de Gelatina. Por aquel entonces me limité a escribir en una revista juvenil de la OJE, recuerdo que al artículo le puse por título «Una Oportunidad».

En Física y Química tuvimos a Doña María Teresa Zorita que le dio a la clase un toque de pedagogía activa al llevarnos al Laboratorio, que estaba en el piso de las chicas, y aprender, manoseándolos, los nombres de los minerales silicatos y las piedras: cuarzo, amatista, calcita, siderita, calcopirita, azurita, dolomita, barita... Cumplió a la vez dos objetivos: enseñarnos de manera activa las diferentes fórmulas y que conviviéramos con las chicas, la coeducación no había llegado aún, pero ya se asomaba a las aulas. Doña Teresa, con su responsable, seria y joven actitud, le dio a la Escuela un aire nuevo.

Un capítulo aparte merece Don Andrés Mateos, el profesor de Geografía e Historia. Nos mandó rellenar unos mapas mudos de Geografía Universal que ha sido una de las actividades que más me gustaron de toda mi vida estudiantil y después dividió los temas de historia y le encargó a cada alumno que prepara el tema que le había tocado porque tenía que exponerlo a sus compañeros. Un trabajo de investigación y de exposición oral. A mí me tocó el Imperio Bizantino, la biblioteca me ayudó a la hora de buscar textos y Don Herminio Ramos, que iba mucho por la biblioteca, al enterarse que estaba haciendo ese trabajo, me dejó un libro que hablaba, precisamente, del Imperio Bizantino. Siempre le estuve muy agradecido, años más tarde le regalé mi «Mitología Ibérica» del que tenía muy buena opinión. He leído la mayor parte de sus libros, entre ellos, «Zamoranos de ayer y de siempre», una lección magistral, como siempre.

Pero no hicimos ninguna visita-estudio a ninguna de las 21 iglesias románicas que hay en Zamora: Catedral, La Magdalena, Santo Tomé, San Isidoro, San Vicente, Iglesia del Espíritu Santo, Santa María de Horta, San Ildefonso, San Claudio de Olivares, Santa María la Nueva, Santiago de los Caballeros, Santiago del Burgo, San Antolín, San Andrés, Santo Sepulcro, San Esteban, Santa Lucía, San Leonardo Los Remedios, San Frontis y Del Carmen. Si no hay especialistas del Románico en Zamora es porque no han querido, los monumentos los tenían en su calle, o pasando el Puente Románico de Piedra.

Si querían salir por la provincia, también hay monumentos en toda ella: Colegiata de Toro, Monasterio de la Granja de Moreruela, Monasterio de San Martín de Castañeda, Monasterio de Santa María del Azogue en Puebla de Sanabria, Nuestra Señora de Mombuey, San Juan del Mercado y Santa María de Azogue de Benavente; Santa María de Tábara, Santa Marta de Tera; y el visigótico San Pedro de la Nave.

O haber visitado los restos megalíticos: El Dolmen de San Adrián y el de Peñezuelas en Granucillo; el Casal del Gato, dolmen de Almeida; el Casetón de los Moros de Arrabalde; El Tesoro de Morales; la Piedra Fincada de Cubo de Benavente; el Dolmen de Brime de Uz; el castro de Castellón en Santa Eulalia de Tábara; el castro de El Cerco en Rábano de Aliste; el castro de La Corona en Manganeses de la Polvorosa; el castro de las Labradas en la Sierra de Capurias; el castro de As Muradellas en Lubián; el castro de Sanamede en Villardiegua de la Ribera.

Por castillos donde estudiar la historia también pudimos haber salido a visitar: Castrotorafe en San Cebrián de Castro; el Castillo de Alba de Aliste en Losacino; el castillo de Alcañices, el castillo del Asmesnal en Alfaraz; el castillo de los Condes en Benavente; el castillo derruido de Bretó; el castillo de Peñausende; el Alcázar real de Toro; la torre del Caracol en Benavente; el castillo de Villalonso. El castillo de Zamora se tenía bien a mano.

Para poder ingresar en Magisterio se debería haber exigido un conocimiento mínimo de Música y de Folklore local. Ahora al haber la especialidad de Música los estudios que se exigen son otros, pero entonces la música era una asignatura difícil pero no era útil, no se estudiaban las canciones populares que eran las que se le debían transmitir a los alumnos. Sí aprendimos algunas como «Tres Hojitas madre», «Ya se van los pastores a la Extremadura», «Tío Babú» «Veinticuatro mozas» pero «El bolero de Algodre», brilló por su ausencia, tampoco se estudiaron, aprendieron, ni se enseñaron: «Ay amor, amor»; «Dime ramo verde»; «Ronda de Ribadelago», «Aires zamoranos»; «Vente conmigo nena»; «Arriba el limón».

La Flauta de tres agujeros y el tamboril fueron quedando lejos. Hoy día, afortunadamente se han ido recuperando y seguro que tienen un sitio en la Escuela del Profesorado de Zamora.

El Teatro es una de las mejores maneras de aprender, los alumnos de la Escuela de Magisterio hicimos teatro por nuestra cuenta: «La Rebotica», «La importancia de llamarse Ernesto», era por afición. No se empleaba el teatro en las aulas, los niños no representaban pequeñas obras teatrales que les hubieran podido servir para aprender a expresarse y declamar. El Teatro no formaba parte del currículum. Una pena. Para aprender historia, para aprender literatura, para aprender a convivir con otros niños era muy útil. Al futuro maestro hay que proporcionarle pequeñas obras infantiles, representables, enseñarle maneras de hacer caretas, vestidos y decorados.

La Educación Física consistía en hacer tablas de Gimnasia en un pequeño patio al aire libre, donde no se podía jugar al fútbol porque alguien, otros años, había roto algún cristal de las aulas que daban al patio. No había vestuario, ni lavabos. Tampoco había Gimnasio, por lo que los profesores nos llevaban alguna vez a jugar a un campo que había en Las Tres Cruces. Los Juegos como Tres en raya, El Balón prisionero, Circuitos, que fomentaran el trabajo en equipo, el equilibrio, la fuerza, el movimiento, no estaban en el programa. Años más tarde y ahora, sí que forman parte de la especialidad de Educación Física

La tarde la dedicaba a dar clases particulares y a ir a la biblioteca. Lo que he quedado reflejado en mi libro «La Profesora» donde establezco un diálogo con el bedel de la biblioteca de la calle de Puerta de la Reina, en la cuesta del Teatro Principal. Leía libros de autores clásicos, sobre todo Homero, Platón, Eurípides, Sófocles, Jenofonte... y después los romanos: Virgilio, Horacio, Ovidio...

Teníamos una Asignatura que era la de Agricultura, un buen libro teórico que hablaba de Técnicas Agrícolas: rotulación, productos de cultivo, uso de las máquinas agrícolas, abonos, métodos de esquejes, aprovechamiento de los regadíos, protección de las plantas en temperaturas extremas...

Casi todos los alumnos de Magisterio veníamos del mundo rural, hubiera sido muy útil que el maestro cuando llegara a un pueblo pudiera ayudar a que los niños y las niñas de ese pueblo aprendieran nuevas técnicas de cultivo en las cuales el maestro debería haber sido un experto. Pero no se hizo nada por crear la figura del Maestro Rural, no tuvimos un Huerto Escolar donde experimentar y aprender y cultivar, donde, mediante técnicas de hibernación pudieras luchar contra las dificultades del clima. En otros países sí que había en el recinto escolar un huerto donde los niños/as podían sembrar, regar, cavar, abonar.

Tampoco criamos animales en una Granja Escolar que hubiera sido posible si se hubiera querido formar maestros para el lugar donde vivíamos, o al menos ir a visitar los pueblos, ver sus establos, oír cómo criaban el ganado. Hubiera sido necesario adaptar la enseñanza a las necesidades de la sociedad en la que vivíamos, una sociedad en pleno proceso de transición política y social pero que el mundo de la educación zamorana no supo incorporar a su transformación. Mientras en la educación europea se empleaban métodos activos, en Zamora se seguía con métodos más tradicionales. El sistema educativo zamorano no supo adaptarse a las necesidades de la futura sociedad y el resultado fue que toda la provincia se estancó y no progresó. No fue capaz de asimilar a toda la sobrepoblación agrícola que tenía y la población que sobraba en el campo, optó por la emigración. Como consecuencia se fue despoblando.

Al lado de la Escuela de Magisterio, todos los martes se celebraba la Feria del Ganado, un lugar idóneo para conocer la situación ganadera de la provincia, aprender

a mejorar razas, conocer y proteger las autóctonas, entre ellas el asno, saber de las razas de cerdo y terneros, cómo criarlos ecológicamente y poner las bases para una comercialización justa. En los alrededores del Mercado de Abastos se vendían, y se venden, lechugas, pimientos, cebollas, ajos, guisantes... y los que lo venden las cultivan, saben cómo hacerlo, empleando métodos tradicionales, etc.

No hubiera venido mal que algún especialista, de manera profesional, hubiera ayudado a mejorar esas técnicas y que los estudiantes las conocieran y las llevaran a la práctica. Esas experiencias las realicé en cuanto salí por el mundo a dar clases. Nunca llegué a saber qué hubiera sido de la Provincia de Zamora si se hubieran empleado métodos activos en sus instituciones educativas. La Asignatura de Agricultura no la aprovechamos.

Las asignaturas a las que tuve que dedicar más tiempo fueron las que impartía Don Cesáreo Herrero Salgado: Caligrafía y Prácticas de Enseñanza. En los Cuadernos de Caligrafía empleé mucho tiempo porque había que hacerlos con plumilla y tinta china, sin borrones y letra perfecta. Yo no había hecho caligrafía en mi vida y me sirvió para perfeccionar mi letra, después empleé la caligrafía no sólo para que los alumnos supieran trazar bien las palabras, sino que les servía para tener buena ortografía y aprender frases famosas.

La otra asignatura que daba era Practicas Escolares que él dividía en dos partes: la teoría que consistía en leer en voz alta un libro que él había escrito, «Practicas de Enseñanza» y las prácticas en un aula de las Escuelas Anejas, las Escuelas a las que hacía 4 años que yo había asistido de niño. Lo de leer alto delante de todos los compañeros fue algo que me agradó y me enseñó a declamar y estar en público. Las practicas, ese año, consistían en observar lo que se hacía en clase.

El segundo curso lo empecé con mucho más brío. Ya daba alguna clase de particular a domicilio y ganaba algún dinerillo y en Magisterio ya era un veterano, aprendí a comprarle los textos de segunda mano a los compañeros de tercero y me gustaba ver a las compañeras cuando subían al segundo piso. En segundo se celebraba el Paso del Ecuador y había que preparar una obra de teatro para sacar algún dinero para ayudar al viaje. Nos reuníamos con las chicas para organizar todo y también para hacer todos los sábados un baile en un salón que había cerca de la Plaza Mayor. Alquilábamos el salón y nosotros hacíamos de porteros y cobrábamos en la taquilla.

Estuvimos medio año ensayando la obra que íbamos a representar en el Teatro Ramos Carrión, era de Vital Aza, se titulaba «La Rebotica». Recuerdo alguno de los nombres de los que actuamos: Tascón, Vidal, Bernardino, ... Nos dirigía el locutor de Radio Zamora, Miguel Villafranca. Fue todo un éxito tanto de público como de recaudación. Salimos también a representar la obra teatral a Carbajales de Alba, donde además lo pasamos muy bien en el baile del pueblo. Al final organizamos el viaje del Ecuador de la carrera: León Gijón Santander, Segovia y Madrid.

## CAPÍTULO VI

Las notas de segundo curso fueron mucho mejores que las de primero, y no era fácil. De los 110 alumnos de primero pasamos a segundo unos 60, y en segundo quedaron la mitad pues en tercero sólo éramos 30. Teníamos muchas asignaturas, pero había tiempo para todo. La tarde la dedicaba a dar clases particulares y a ir a la biblioteca. Lo que he quedado reflejado en mi libro «La Profesora», donde establezco un diálogo con el bedel de la biblioteca de la calle de Puerta de la Reina, en la cuesta del Teatro Principal. Leía libros de autores clásicos, sobre todo Homero, Platón, Eurípides, Sófocles, Jenofonte... y después los romanos: Virgilio, Horacio, Ovidio...

Tenía una relación especial con el bedel de la Biblioteca, el Sr Vidal, un antiguo militar conocido de mi tío que lo encontré de ordenanza en el Instituto y más tarde de conserje de la Escuela de Magisterio. Acabó de bedel de la Biblioteca y allí me proporcionó los libros que yo tanto ansiaba leer: Dante, Cervantes, Shakespeare, Lope de Vega, Galdós, Baroja, Azorín Valle Inclán, Bécquer, Buero Vallejo, Delibes... Tenía un hijo de mi edad, del cual fui muy amigo, Más de una vez, su esposa nos preparó un cacho de pan y chocolate en la casa que los conserjes tenían en la Escuela de Magisterio.

Cuando ya estaba a punto de acabar la carrera tuve una asignatura que me ocupó todo el tiempo: Historia de la Pedagogía, tenía un manual gordísimo y yo volvía y volvía sobre él y la letra pequeña que había al final de cada capítulo. Quería saber detalles de la vida de aquellos autores que admiraba. A veces buscaba su vida en la Enciclopedia Larousse y así saciaba mi curiosidad. Empecé a leer autores pedagógicos: Confucio, Sócrates, Aristóteles, Cicerón, Quintiliano, Séneca, Santo Tomás, Juan Luis Vives, Tomás Moro, Erasmo, Comenio, Pestalozzi... Yo quería leer libros de Rousseau o de Voltaire, pero el Sr Conserje me decía que no había y si yo veía alguno y lo empezaba a leer, venía y me lo cogía, decía que aquellos libros eran de otra sala y no podían estar allí. Como resultado de no dejarme leerlos los compré en cuanto di clases en una escuela y encontré una librería en San Sebastián, donde vendían: «Cuentos escogidos» de Voltaire y «El Emilio» de Rousseau. Sobre Rousseau creo que viene a cuento recordar una de las fases suyas que me ha hecho siempre un gran impacto: «Comenzad por estudiar mejor a vuestros alumnos porque seguramente no los conocéis».

También compré algún libro de Marx. Me empezaban a preocupar los temas políticos sociales al ver las condiciones de vida y trabajo de los trabajadores del campo y comparándolas con los que vivían en la ciudad. Uno de los problemas que más me llamó la atención fue la venta de la uva que no dedicaban a las bodegas individuales, les sobraba uva y venían unos camioneros gallegos y la compraban al precio que querían, si las uvas continuaban en los carros había que tirarla y al final los camioneros la llevaban casi regalada.



Terminaron haciendo una Bodega-Cooperativa, de toda la comarca, en Santovenia del Esla. Era inmensa, con buen vino, pero no podían vender el vino por falta de distribuidores y además la Comunidad europea dio dinero si se desceparan los bacillares, la Cooperativa no pudo seguir funcionando.

#### MADRE TIERRA

¡Oh, tú!, Madre Tierra.  
A todas horas recibes,  
al que en ti siembra,  
y con cuidado crías  
los frutos hasta la siega.

Ya no te sacrifican  
ovejas negras.  
Te llenan de humo negro  
con sus chimeneas.  
¡Oh. tu! Madre Tierra.  
que nos diste la viña,  
que nos diste la higuera,  
recibe de mis manos  
el laurel de mi ofrenda

Las condiciones en las que trabajaban de muy jóvenes los niños del pueblo, a los doce-catorce años ya hacían de pastores de ovejas o de jornaleros, eran algunos de los temas de mis conversaciones; muy pronto terminaron esos jóvenes marchando del pueblo para trabajar en fábricas vascas o en la construcción.

Mientras tanto se aprobaban los planes de construcción de saltos de agua y la inundación de las tierras más productivas. Otras veces oía hablar de los cupones de la remolacha y lo poco rentable que era trabajar con hielo y barro para poder llevar el carro a la báscula remolachera y después te la pagaran a un mínimo precio regulado, los señoritos de la ciudad necesitaban azúcar y había que proporcionárselo a bajo precio. La patata casi ni se empleaba, se empezó a sembrar y a usarla para comer, pero no se la sabía proteger con buenos venenos a los que le teníamos miedo porque se las envenenaba a mano y eran peligroso. En algunos pueblos se empezó, entonces, a usar la patata en las recetas culinarias, hasta entonces la patata se había empleado para engordar a los cerdos.

Uno de mis mejores momentos rurales fue cuando cogíamos patatas, las envolvíamos en papel, mejor papel de plata, pero había poco papel de plata y usábamos el de periódico; envueltas así, las metíamos en la lumbre y las asábamos. Calentitas, las temperaturas estaban bajo cero, las teníamos un rato en las manos y nos las comíamos. Esa fue otra mis asignaturas pendientes: en todos los años que estudié nunca tuve la

Asignatura de Cocina, la tradición nos proporcionaba un día que llamábamos de Tortillero, ese día, los chicos solos, asesorados por las madres, hacíamos tortillas de patata y chorizo y nos las comíamos, era una fiesta para fomentar la amistad y los conocimientos culinarios, pero insuficiente.

Lo mismo que con la uva, pasaba con el trigo, cuyo precio lo imponía el Gobierno. Y no podías hablar porque en todas partes había orejas listas para escuchar y después llevar esas opiniones a las autoridades que eran las que daban los informes de Buena Conducta.

Cuando aprobé la Reválida de Magisterio necesitaba un certificado de Buena Conducta para que dieran el título pues resultó que alguien había informado de mis charlas de café a la Guardia Civil de Villafáfila que era el puesto del que dependía Bretó y no me lo daban. Y yo casi nunca estaba por esa zona, no podían conocerme tan profundamente como para dar un informe mío, como no fuera por algunas peleas en los bailes o que me cogieron vendiendo fruta en un pueblo cercano... pero eso eran temas normales en aquellos tiempos. Fui al cuartel de Zamora, que era donde yo, precisamente vivía y donde me conocían todos los guardias con los que jugaba a las cartas en el bar del cuartel. Me lo tramitaron sin problemas. Antes de que me entregaran los papeles se presentó en el cuartel alguien del pueblo para decir que no me lo entregasen. La tolerancia en las ciudades era mucho mayor que la de los pueblos.

Otro tema que nos ocupó bastante durante aquellos años fue la Concentración Parcelaria. Se hacían reuniones y se asistía a charlas para que la gente se fuera mentalizando de la utilidad de concentrar las fincas pequeñas en una o dos fincas más grandes: Los tractores y las cosechadoras lo tendrían más fácil y no perderían tanto tiempo teniendo cuidado de no pisar las linderas del vecino. Se votó democráticamente, con alguna oposición porque había algunos que tenían pocas tierras y viñas muy pequeñas pero muy buenas y no querían deshacerse de ellas, otros tenían muchas tierras y no admitían que su voto valiera lo mismo que el de otros que no tenían ni la mitad de tierras que él. Al final se impusieron los criterios de los técnicos y, creo, todo el mundo salió beneficiado. Allí donde había grandes linderas de piedra, desaparecieron las linderas, se amontonaron las piedras y las fincas parecían, y lo eran, más grandes. Los labradores que quedaron compraron tractores y araron a mayor profundidad, la producción por hectárea fue superior a la de antes.

## CAPÍTULO VII

### CANCION DEL EMIGRANTE

Yo llegué aquí comido y crecido.  
 Antes de enviarme a mi  
 mandaron la Energía

para poder mover el textil.

También de mi tierra vino  
la cebada, las uvas y el trigo.  
Llegamos maduros, criados,  
a trabajar en las fábricas  
de los amos.

Nos pagaron, no digo que no,  
Pero, ¿pagaron los Derechos de Formación?

Si hubiéramos sido formados  
en un Club de Fútbol,  
tendríamos millones de euros de Compensación.

Por los años sesenta fuimos muchos los que salimos maestros y no había plazas para todos, algunos se quedaron en la provincia, pero casi todos nos tuvimos que marchar a los lugares industrializados que eran los que habían atraído a los matrimonios más jóvenes: Bilbao, San Sebastián, Valladolid y Barcelona fueron Polos de Desarrollo. Se ampliaron nuevas ciudades: Cornellà de Llobregat. Santa Coloma de Gramanet, Badalona, Hospitalet, Castelldefells, Calvià, Magaluf, Molina de Segura, Sestao. Andoain, Tolosa, Getafe, Colmenar, Fuenlabrada, Majadahonda, Estepona... y otros muchos lugares vieron duplicar su población. Se hicieron muchos colegios nuevos y los maestros tuvimos fácil acomodo en esos Centros de Enseñanza General Básica.

Tenía poco más de 18 años cuando me nombraron maestro para una Escuela del Patronato de Menores de Segura, una localidad preciosa de la montaña vasca. Cogí el tren y tarde casi un día en llegar a Tolosa donde vivían mis primos. Desde allí cogí otro tren para llegar a Beasain y desde Beasain había un autocar que me llevó hasta Segura: mi primer destino, yo había dado clases particulares, unos meses había sustituido a mi primo Isaías en la escuela de Ungilde y algún verano había dado clases gratuitas en los antiguos locales de las escuelas de mi pueblo, pero aquello era mi bautizo de fuego.

Llegué al pueblo y me dijeron que el Centro de Menores estaba al final de la cuesta. Era un edificio enorme rodeado de jardines, apartado del pueblo por una valla de ladrillos, con una reja de hierro que hacía de puerta de entrada al recinto. Me recibió la directora de aquella residencia infantil, Sor Milagros, que estaba administrada por las Hermanas de la Caridad. Conocí el lugar y rápidamente me llevaron a conocer la casa de la que iba a ser mi patrona y la habitación que había ocupado el maestro anterior.

Al día siguiente conocí a mis primeros alumnos y comencé mi primera clase. Tenían mesas muy antiguas de aquellas que tenían un lugar para poner los tinteros y tenían dos asientos. 30 alumnos, entre 10 y 14 años, tenían libros de la editorial Hermanos Rodríguez, no me desagradaron los libros y seguí un tiempo con ellos.

Los ponía en corro y les preguntaba la lección, pero eran niños con grandes problemas personales y familiares: hospicianos, huérfanos, desamparados, abandonados... lo que menos les importaba eran los libros. Probé a hacer un concurso al estilo de «Cesta y Puntos» muy popular en aquellos tiempos. Pero ellos no solían ver la televisión y no tenían ilusión. Empecé a llevarlos al salón de televisión a ver el programa. También había programas escolares y empezamos a ver aquella Televisión Educativa Escolar que nos proporcionaba más motivación.

Era el primer año que hacían aquella experiencia a las 11 de la mañana. Los llevé a la sala de televisión con cuadernos para escribir algunos detalles. Salían payasos como Don Procopio, explicando cómo eran los números, profesores explicando temas de Geografía o de Meteorología, Enseñaban a tocar instrumentos musicales y a bailar danzas tradicionales. También había un apartado de Lengua Española y enseñanza de inglés. Félix, el amigo de los animales, hablando de los Mamíferos... Una experiencia que la TVE no continuó.

Cambié los métodos pedagógicos que había aprendido en Magisterio, salimos al frontón que tenía el Centro y allí eligieron sus propios grupos.

Eran seis alumnos por grupo, mezclé las edades, había en cada grupo: dos niños de 10- 11 años, dos de 12, uno de 13 y uno de 14. De los que había menos eran de 13 y 14. Eligieron al capitán de cada equipo, que solía ser el de 14 años o alguno popular entre ellos. Organicé algunos partidos y volvimos al aula. Quería sentarlos por grupos, pero las mesas me lo impedían. Lo primero que le pedí a la Secretaría del Patronato fue cambiar las mesas y las sillas.

Fuimos a Mondragón y en unos días nos trajeron mesas nuevas, también para el profesor, aproveché para eliminar la tarima, la que había me colocaba a demasiada altura y me alejaba de mis alumnos. Ya pude asociarlos por grupos y se ayudaban entre ellos, los de diez años iban muy atrasados y yo quería que los mayores, algunos eran hermanos, les ayudaran a aprender a dividir o con la ortografía. También cada capitán apuntaba las preguntas, teníamos unos cuantos folios con preguntas y respuestas. Me iba gustando dar clases. Los alumnos tomaban la iniciativa y pensaban.

El Centro era de la Diputación Foral de Guipúzcoa y tenía unas buenas instalaciones deportivas, entre ellas un frontón cerrado, muy bueno para hacer deporte en los días de lluvia y para jugar a frontón. Pedí material deportivo y me dijeron que fuera a Beasain a una tienda de deportes y comprara lo que necesitaba. Fui y encargue balones de fútbol, pelotas suaves para jugar a frontón, conos, aros, cuerdas de saltar, una soga para jugar a la tira-soga, dos juegos de ajedrez, pelotas de balonmano, pelotas suaves para jugar a matar y un balón de baloncesto, dos porterías con redes para ponerlas en el patio y una mesa de ping pong con la raqueta y pelotas. La secretaria de la Protección de Menores de Guipúzcoa tenía dinero y los niños necesitaban hacer deporte.

Fue una fiesta cuando nos llegó todo el material, además nos regalaron unas copas para entregar a los ganadores de los futuros juegos. Las pusimos en la biblioteca y fue otro de los motivos por los que algunos niños daban una vuelta por la biblioteca: iban a ver el trofeo que conquistarían en el próximo campeonato de fútbol y de paso leían algún libro. Esa era otra, los libros para leer no eran los apropiados a sus edades, esta vez fui a San Sebastián y, además de algún libro para mí, les encargué libros infantiles, con dibujos y colores: El Sastrecillo Valiente, El Tesoro del Pirata, La Castañera, La Lechera, Cuentos de Antaño de Perrault, Cuentos de Andersen, Aladino y la Lámpara Maravillosa, Caperucita Roja, La Cenicienta, Los Tres Cerditos, El Gato con Botas, El Patito Feo, Ricitos de Oro, El Flautista de Hamelin, el Rey Sabio... Un grupo se encargó de llevar la biblioteca y de los préstamos de libros. La diputación se encargó de mandarnos un buen lote, aunque algunos libros eran para más grandes. Y la biblioteca se fue renovando.

Los niños estaban allí internos y había continuas peleas entre ellos, la disciplina en la clase tampoco era muy buena, no me importaba mucho, pero había que poner un poco de orden y elegimos a un grupo para que hablaran de los problemas y trataran de arreglarlos. La antigua carbonera estaba vacía y nos dejaron las llaves, la arreglamos, pusimos la mesa de ping pong en aquel lugar donde se podrían reunir solos y hablar de sus cosas o resolver los problemas. Seguí algunos consejos de libros que hablaban de temas parecidos, el que más me influyó fue «Perros perdidos sin collar». De allí saqué la idea de convertir la carbonera en un local para ellos, lo adornaron con sus dibujos, trajeron sillas viejas y, lo más importante: era su pequeña cabaña.

Les enseñé a hacer algunos trabajos manuales y algún truco como el de «la gallina que cacarea» que era muy fácil y después lo hacían ellos y les daba mucha ilusión. También hicimos una radio, pero nos duraba poco porque en aquella montaña fallaba mucho la frecuencia. Con lo que me llevé una decepción personal fue con un muñequito que vendía un hombre en una esquina en San Sebastián. El hombre le decía al muñeco: «¡Baila Pepito!» Y el muñeco bailaba. Le decía: «¡Saluda al público Pepito!» Y el muñeco saludaba. Pensé: «Si lo llevo a clase se van a pasar un buen rato y podremos hacer muchos muñecos. En el muñeco había un papel que decía: «Instrucciones en el interior». Lo compré y me lo llevé al pueblo.

En el interior del muñeco no había instrucciones. En casa de la patrona le dije al muñeco: «Baila Pepito». Y Pepito no bailaba. Le dije: «Saluda Pepito» y el muñeco ni se movía. Me habían estafado. El patrón ya sabía el truco y se caía de risa. Bueno al menos tenía el muñeco y la idea.

Era evidente que el muñeco original debía de estar enganchado con hilos. Yo creía que funcionaba con la voz, había visto muchas películas. Aproveché el muñeco para intentar hacer uno parecido y le pusimos unos hilos de pescar, que casi no se veían. Y le enseñé a un niño a que lo moviera. Lo colocamos en un cajón que había en la sala de

televisión y ya teníamos la diversión. Invitamos a las monjas a la función y más de una se acordará ahora de los gritos de risa que lanzaban. Después, en su cabaña, jugaban ellos con los más pequeños.

En el Paseo de la Concha, a veces había algún vendedor ambulante. Me gustaba, y me gusta, dar paseos por allí. Un día había uno tocando un xilófono muy especial, tenía cuerdas, parecía una cítara, lo había inventado un argentino y lo iba vendiendo. Estaba tocando una canción de Navidad, me paré y me quedé escuchando. Me gustaba, me explicó el hombre cómo se tocaba, lo compré. Todavía lo tengo y ahora lo empleo para enseñar a mis nietos. Tenía varias partituras, ensayé con las Canciones de Navidad: «Noche de Paz», escribí la letra en el encerado y yo tocaba y los niños cantaban, escribieron la letra en sus cuadernos y, como llegaba la Navidad, aprendimos algunos villancicos: «Arre borriquito», «El Tamborilero», «Campanas sobre campana», «Los Pastores» «Feliz Navidad» «Ya vienen los Reyes». Escribían la letra de las canciones en sus cuadernos, no ponían faltas, aprendían ortografía y se esforzaban en escribir imitando la caligrafía que yo escribía en el encerado. Teníamos todo el tiempo del mundo y lo aprovechábamos a nuestra manera.

Las monjas del Patronato nos oían y quisieron que cantáramos en el Belén que ponían todos los años. Cuando fuimos a cantar, ví más de una lágrima. Invitaron a los de la Diputación y les hicimos una sesión. Sabían cantar muy bien aquellos niños o al menos lo intentaban. Ese año la Diputación Foral de Guipúzcoa se estiró con los regalos de Reyes.

Yo, estando entre montañas con nieve y teniendo un frontón a mi disposición no podía pedir más, bueno sí una novia para ir al cine a Beasain o bailar al ritmo de la banda que tocaba en el Kiosco de la Plaza, y la tuve. Después me fui y, la distancia es el olvido. Amores de juventud de grato recuerdo.

#### EL ZAMORANO

Salió de su tierra un día  
un joven caminante  
al que fue llevando la vida,  
cual caballero andante.

Dejó atrás ríos y peñas,  
campos, viñas y montañas.  
Conoció a gente lejana  
entre risas y penas.  
Fueron con él las canciones  
que la gaita toca al bailar,  
el recuerdo de sus amores  
y la ilusión de retornar.

Me hice amigo de un pelotari de cesta punta, era un profesional que había jugado en frontones de todo el mundo, sobre todo en Miami, venía a entrenar porque nuestro frontón era cerrado y en Segura llovía bastante. Le enseñaba a los niños y jugué algunas veces con él, aprendí que hay pelotas de frontón para manos delicadas, no son tan duras como las de los pelotaris. Para los niños nos venían mejor. Nos regaló varias pelotas que había hecho Atano X. Fuimos con él a hacer una excursión al Aizgorri, en esa excursión aprendí a comer huevos crudos, con un alfiler se les hacía un pequeño agujero en una punta y otro en la otra punta y se sorbía; salía todo el huevo de golpe. Pasamos por el pueblo donde había nacido Zumalacárregui y también donde estaba enterrado, se contaba de él que cuando lo enterraron, su cráneo era mucho más grande que el de los demás.

Sebastián, así llamaba el pelotari, subía ligero para los kilos que pesaba, era todo músculo. Era una persona muy agradable, su hermano era el alcalde del pueblo y nos invitó a participar en los campeonatos de pelota del pueblo. Por primera vez en muchos años los niños podían pasear libremente por el pueblo, antes no salían nunca del patronato. Ganamos en Campeonato y pasamos a la siguiente ronda, que se celebraba en el frontón de Tolosa. Llevábamos nuestras pelotas y estuvimos a punto de ganar hasta que el equipo contrario empezó a sacar con pelotas duras y nos terminó ganando. Todos los gastos, el autocar, fue a cuentas del alcalde. Perdimos, pero habíamos pasado un día en Tolosa, había merecido la pena.

Un día, el pelotari de Cesta Punta estaba entrenando y Vicente, un niño de diez años que no conocía a su padre y su madre lo había abandonado, le ayudaba a recoger las pelotas; el niño se puso en medio de la trayectoria de la pelota y recibió un pelotazo. La herida era muy grave, el pelotari cogió al niño en brazos. Lo metió en su coche y lo llevó directamente al hospital de San Sebastián. El niño estuvo varios días entre la vida y la muerte. Nunca he visto a un hombre tan grande, tan afligido y tan preocupado por las consecuencias de aquel pelotazo. Salió Vicentito de aquella y, cuando el pelotari lo trajo del hospital y lo llenó de regalos, fue una fiesta para todos los que vivíamos y trabajábamos en aquel Patronato de Protección de Menores.

La Junta del Patronato tenía por costumbre venir al Centro el día del Santo Ángel de la Guarda, era el Patrono de los niños huérfanos. Las monjas hacían una comida excepcional e invitaban a las autoridades del pueblo. Antes de comer preparé una función teatral en la que actuaron los niños. Unas escenas del Quijote que les hacían reír. Nos felicitaron y nos sentamos a la mesa, espero que los niños comieran igual, no recuerdo una comida igual, quizás comí parecido otro día en un restaurante de Monjuich con motivo de otra comida oficial, pero aquella, con angulas a la vasca fue mi primera gran comida institucional.

Yo comía todos los días en un comedor especial que había cerca del comedor de los niños, al principio fui al comedor grande y me senté como un niño más, pero me duró muy poco, la directora me dijo que yo tenía que comer con el cura y así lo hice. Cuando pasó la fiesta todavía nos pusieron angulas y decía aquel cura que en ese centro se celebraban las fiestas «antes del parto, en el parto y después del parto». Terminé engordando, las hermanitas de la cocina me trataban a cuerpo de rey y eso que cogí la costumbre de jugar a pelota con mis amigos en un frontón grande que había en el pueblo y asistir, andando, a las fiestas y los bailes de los pueblos de alrededor o a las de los caseríos. Cuando llegó San Fermín, contratamos el autocar del pueblo y todos los jóvenes con el pañuelo a correr y cantar en Pamplona.

#### EL BAILE

Baila, baila, mi gitana,  
dale aire a la falda.

Yo apretaba su cintura  
lo más cerca de mi alma.  
Y ella ponía los codos  
para que no la tocara.

### CAPÍTULO VIII

Me llamaron a filas, dejé las clases y volví a Zamora. Después, en tren, nos llevaron a El Ferral. Tres meses de calor en el campamento militar. Me encargué de dar clases a los asturianos que no sabían leer y de llevar una emisora que tenían allí los militares. Haciendo el campamento estaban con nosotros los jugadores de fútbol, Iglesias del Salamanca y Quini del Gijón, después del Barcelona, y aprovechamos para jugar algunos partidos de fútbol. Con Quini siempre iba un grupo de paisanos que arrasaba en la cantina, los gastos iban a cargo del jugador. Yo me encargaba de poner música y añadir algún dicho popular y algún refrán; por aquella época gustaban mucho los refranes y escogí los que me parecieron más apropiados a la situación en la que nos encontrábamos:

Cada día, estudiando, pasa el hombre de necio a sabio.  
Unos tienen la fama y otros cardan la lana.  
Contigo pan y cebolla; y con otra, ni olla.  
El que no corre, vuela.  
A lo hecho, pecho.  
Bicho malo, nunca muere.  
Al saber lo llaman suerte...



Eran algunos de los que decía entre canción y canción. Las canciones de aquellos años eran: Mejor, de los Brincos; Palomitas de maíz, de los Pekeniques; la Casa del Sol naciente, de Lone Star. Eres tú y, Adiós amor, de Mocedades; Soy Rebelde, de Jeanette; Échame a mi culpa, de Albert Hammond; Mi gran noche, de Raphael; Un Beso y una Flor, de Nino Bravo; Resistiré, del Dúo Dinámico.

Tuve suerte, me destinaron al Regimiento de Infantería Toledo nº 35 de defensa Anticarro, de la ciudad de Zamora. No fui al Sahara español que era a donde, por sorteo, le tocó ir a muchos. O ir a Ceuta, o a Melilla, que eran lugares lejanos. En Zamora estaba en casa y podía salir por la ciudad, incluso pedir el paso pernocta de noche por el que podías dormir fuera del cuartel.

Hicimos varias prácticas de tiro, en el Campo la Chana, con un anticarro de cañón largo de 20 milímetros de calibre que tenía bastante retroceso, se necesitaban tres o cuatro soldados para cargarlo y disparar, un cabo primero dirigía la operación. También hicimos practicas con una bazuca lanzacohetes que, si se apoyaba en el suelo, al dispararlo levantaba un montón de piedrecitas que le dejaba marcada la cara al que disparaba y a su acompañante. Cuando nos dimos cuenta ya estaba media compañía con la cara llena de sangre, se remedió protegiéndose la cara con un pañuelo, pero los ojos sufrieron algún accidente. Los que tenían gafas se salvaron, aunque también se rompió algún par de gafas.

Lo apropiado de la bazuca lanzacohetes es apoyarlo en el hombro y disparar, pero no todos los soldados o cabos tenían la fuerza suficiente para poderlo sostener. A la segunda vez que fui a hacer prácticas de tiro ya era yo el que dirigía y lo hacía desde cierta distancia. Los suboficiales hacíamos prácticas con la pistola de 9 mm. Era pequeñita pero eficaz, estando hablando con otros compañeros, se le disparó la pistola a uno de ellos y el tiro me paso por encima del hombro, recogimos el casquillo allí mismo. El compañero se quedó blanco y yo no sabía que decir. Había vuelto a nacer, tuve baraka.

En cuanto pude empecé a dar clases en la unidad de Alfabetización y en la extensión cultural más tarde. Dirigí la unidad en la que estábamos varios maestros y ya me pasé toda la mili organizando las clases de los soldados que no sabían leer o que querían sacar el Certificado de Escolaridad, algo que necesitaban si querían ir a trabajar al extranjero. Me pasaba todo el día yendo de una clase a otra viendo cómo estaban las aulas y comprobando la asistencia de los profesores y los alumnos. Tenía mucho tiempo para leer y escribir.

El capitán me dijo que en la Revista del Ejército se convocaba un concurso de artículos y presenté uno que titulaba: «Voy con las botas», intentaba reflexionar sobre lo que era el servicio militar, el porqué de estar allí, si era necesario o no y algún detalle más. Me dieron un buen premio en metálico y publicaron el artículo que resultó ser bastante leído no sólo entre mis compañeros sino entre los oficiales de alta graduación. En el Jurado había capitanes del Estado Mayor y otros oficiales progresistas a los que

les había parecido tan bueno el artículo que me lo premiaron. Otros oficiales, más antiguos o no, vieron con malos ojos lo que yo, de manera inocente, decía en la Revista y el coronel decretó que me encerrarán.

Primero fui al calabozo donde estaba preso uno de mis alumnos, un gitano que, un momento de ira, había matado a su tío. Aproveché para terminar de enseñarle a leer, pero rápido vieron que allí yo no podía estar y me condenaron a estar retenido en mi habitación hasta que se resolviera el caso. El capitán me decía que el coronel estaba que bufaba, estaba a punto de ascender a general y no quería problemas en su Regimiento. Había estudiado con el Príncipe Juan Carlos y, ahora que lo habían nombrado sucesor, podía aspirar a puestos importantes. Eran los tiempos en los que en la Universidad de Salamanca habían expulsado al catedrático Enrique Tierno Galván, junto a los catedráticos José Luis Aranguren y el zamorano Agustín García Calvo.

«El Viejo Profesor» y muchos alumnos se habían apuntado al Partido Socialista del Interior. Esos alumnos hacían el Servicio Militar en Montelarreira y estaban en contacto directo con los alféreces del Regimiento de Zamora donde se hablaba de lo que estaba pasando en España. A mí me tomaron por comunista o al menos marxista, mi cuarto era centro de reunión de otros estudiantes, yo por entonces me había matriculado como alumno libre de La Universidad de Salamanca en la Facultad de Filosofía y Letras, donde estaba mi amigo Perfecto Cuadrado y otros me enviaban los apuntes. Teníamos en el Regimiento un ambiente intelectual que fue confundido con inquietudes políticas, aunque alguno sí que estaba afiliado al nuevo partido. Leíamos libros, nos dejábamos unos a otros y los comentábamos: «Diderot como pretexto»; «Baboeuf y los iguales». Un episodio del socialismo pre marxista» eran historia pura y a mí me gustaban, pero, pasando revista un sargento chusquero vio los libros y la palabra marxista fue lo que más le llamó la atención, llevó los libros a la Sala de Oficiales y echó más leña al fuego.

Los partidarios de Tierno Galván encontraron en mi caso un pretexto, comenzaron a hablar de que me iban a llevar a la prisión de Mahón y me caerían graves penas. Uno de esos amigos, con los que yo hablaba de Jen-Paul Sartre y de su obra «Crítica de la razón dialéctica» no aguantó la presión y se cayó, se tiró o lo tiraron una noche que cruzaba el patio del cuartel. Lo llevaron al Hospital, corrieron toda clase de rumores, al final fue mejorando, pero nunca volvió al Regimiento, le debieron dar permiso para que abandonara antes el cuartel. Una noche, mientras dormía, entró alguien en el cuarto y se debía querer llevar alguna cosa, me desperté y le hice frente, pero medió un golpe en la nariz que me hizo saltar la sangre. Lo detuvimos, era un recluta que había golpeado a un superior le podían hacer consejo de guerra, no quisimos enredar más los problemas que ya teníamos y lo dejamos pasar.

Por aquellos meses se estaba celebrando en Burgos un proceso contra dieciséis miembros de ETA, acusados de asesinar a tres personas. En el cuartel era un tema

del que hablábamos en voz baja, pero, hasta las paredes oyen, yo estaba en contra de la pena de muerte y lo decía claramente, alto y claro. Tampoco eso me ayudó, estábamos en un Estado de Excepción y cualquier opinión opuesta al Régimen servía para detenerte. Juzgarte y vaya usted a saber.

Yo en mi cuarto no estaba mal, me venían a ver compañeros y algún amigo de Zamora, tenía libros, churros y entraba el sol. Pero no podía salir a pasear por Santa Clara con mi novia, ir al cine o ver la televisión. O ir a bailar a Las Vegas o al Neptuno que era los sitios que más me gustaban, mi novia se cansó, le dirían que era un revolucionario sin futuro o vete saber, aquel año también me suspendieron en oposiciones al Magisterio Nacional y se me presentaba un panorama complicado

Las oposiciones consistían en la realización de tres pruebas eliminatorias: la primera prueba era un test de cultura general, lo pasé; en la segunda prueba había que desarrollar por escrito un tema, lo aprobé también. Iba de los primeros en la media general cuando me detuvieron y no podía salir del cuartel. Me quedaba la tercera prueba que consistía en desarrollar oralmente tres temas didácticos, me tocó la Enseñanza Activa. Me confié, le empecé a contar al tribunal, lo que yo entendía por Enseñanza Activa. La «Escuela Nueva» de Adolphe Ferrière, bien fuera porque tuve que presentarme en uniforme o porque lo que decía no les gustó a los miembros del Tribunal, que eran un poco viejos y partidarios de la escuela tradicional, la cuestión fue que lo que yo les dije de «creación de proyectos», de «distribución por grupos», de «usar el juego y las representaciones teatrales», de «fomentar el pensamiento crítico», de «los centros de interés», de «educar para la vida»... Aquello, a aquel Tribunal le parecía extraterrestre, me oyeron por cortesía, pero yo ya veía en sus caras que no les interesaba. Para rematarlo, les cité el ejemplo de las Escuelas Sierra-Pambley, cuyos profesores habían sido represaliados o asesinados; no estaban los tiempos para insistir en una «Escuela Nueva» y me suspendieron. Había dieciséis plazas y quedábamos dieciocho opositores, a alguien tenían que suspender. No me importó, yo ya tenía la cabeza en otro sitio, me habían hablado de lo fácil que era dar clases en academias de Barcelona, sabía de algún amigo que estaba por allí y estaba deseando acabar la mili, si me dejaban, y marcharme. Las relaciones con mi novia zamorana se acabaron.

Tuve que dejar las clases particulares a domicilio que daba por la tarde a algunos de los hijos de la burguesía zamorana, pero lo entendieron. Lo que ya no entendían era que les llegaban los exámenes a los hijos y yo no estaba allí, ayudándoles, la cuestión es que debieron llamar por teléfono preguntando sobre mi caso; les daba clase a niños hijos de médicos, abogados y hoteleros. Pedí, por escrito, ser recibido por el coronel, al que ya le había hablado de mí el otro coronel que había en Zamora, el coronel de la Guardia Civil, a cuyo hijo yo le daba clases. Lo conocía de cuando estaba viviendo en el cuartel. El coronel de regimiento no me llamó, no me dijo nada y fue pasando

el tiempo, ni me decían que me procesarían, ni que me dejaban en libertad. Esperé, y de aquello nunca más se supo.

Volví a encontrarme con un soldado que conocía del Ferral y quería sacar más títulos, era asturiano y desde joven se había ido a guardar ovejas a Estados Unidos, allí lo dejaban sólo en una caravana desde la que vigilaba kms de tierra donde pastaban las ovejas. En el Ferral le enseñé a leer y en Zamora aprendía con gran rapidez. Entró en la cocina y fue un buen cocinero. Cuando estuve retenido un mes en mi habitación, esperando que me hicieran juicio o que me mandaran a la prisión militar de Mahón, me traía los churros y el café con leche del desayuno; después ya me dejaban ir a la cocina y comer allí. Terminaron por sobreseer mi caso y, como estaba a punto de licenciarme, darme la cartilla de licenciado. Tenía dinero para irme a Barcelona, pero para nada más que el viaje, salía un autocar y no lo pensé dos veces, me fui.

## CAPÍTULO IX

He recorrido casi toda la Península Ibérica haciendo autostop. Cuando estaba en Segura y llegaban las vacaciones, me despedí de mi novia vasca y en vez de coger el tren y, a través de Burgos y Valladolid, llegar a la estación de Zamora. Empecé a hacer dedo, y empecé por Zumárraga, donde había gente de mi pueblo y estaba Lucio, mi amigo de la infancia, me llevó un trabajador de una fábrica de por allí. Después, otro me llevó al Santuario de Loyola, donde había estado unos días haciendo Ejercicios Espirituales con los jesuitas y quería volver a ver el edificio. Estuve poco tiempo, volví a la carretera y un camionero me llevó hasta el puerto de Bilbao, sufrí una decepción con Bilbao, todo estaba lleno de humo, llovía. Cargó el camión y nos fuimos a Castro Urdiales.

Aquello me gustaba mucho más: claridad, verdor, playas, el azul del Mar Cantábrico. Cuando llegué a Santander busqué un hostel y me quedé. Paseé por la ciudad de Sant Emeter y desayuné en algún bar de la bahía del Sardinero. Quería ver la cueva que había descubierto mi tocayo, Marcelino de Sautoula, la Cueva de Altamira. En Zamora había tenido de vecino y buen amigo a un santanderino, teniente de la Guardia Civil, llamado Escalante, siempre iba de paisano, era de la policía secreta y le decía a mi tío que tuviera cuidado con las amistades que yo frecuentaba. Ése, nos hablaba de la Cueva de Altamira y yo tenía ganas de verla desde hacía mucho tiempo. Fui a Santillana del Mar, fue fácil, muchos coches iban a ver la cueva y me llevaron sin problemas. Entonces la Cueva tenía fácil acceso y pude ver las pinturas rupestres de mamuts, renos, y sobretodo bisontes. Desde allí seguí hacia san Vicente de la Barquera, donde también hice noche.

Al día siguiente quería llegar a Gijón donde estaba la familia de mi primo Joaquín, los que venían a vendimiar a Bretó y nos ayudaban a pisar el vino, sobre todo mi prima que le gustaba levantar la falda y bailar sobre la uva. Vivían cerca de la Playa de San

Lorenzo, esperé a mi primo, que había ido a pescar y comí con ellos. Después me llevaron a ver la ciudad y a ver la Universidad Laboral, que me pareció muy parecida a la de Zamora. Y salí hacia Oviedo, me llevó un camionero que paró en el Puerto de Pajares y allí busqué una fonda y paré a dormir.

Ya conocía León, así que preferí hacer el viaje por Astorga. Emplé todo el día, pero conocí la zona de los Ancares y la cepeda. En Astorga lo que quería ver era el Palacio que había construido Gaudí. Vi que lo mejor era que llegara a mi pueblo ese día y tomé dirección de Benavente, la Ciudad del toro Enmaromado. Al final llegué a Bretó donde tenía a la familia muy preocupada porque en aquellos años no había teléfono; yo les había mandado postales de todos los sitios por donde pasaba, para que las viera mi hermana, pero llegué yo antes que las postales.

En Benavente me vio haciendo autostop un familiar que teníamos en Villaveza del Agua. Tenía una finca cerca de la que nosotros teníamos en la Vega y vio a mis padres. Mi aspecto debió asustar a la pobre mujer porque cuando llegué a Bretó ya todos sabían que venía lleno de polvo con el pelo largo y con barba de una semana. Lo primero fue pasar por el peluquero, después tenía ganas de ir al baile de Santovenia, allí era siempre muy bien recibido por una jovencita muy guapa con la que bailaba todos los bailes y por mi amigo Perfecto Cuadrado.

En otra ocasión, cuando llegaron las vacaciones de verano, decidí conocer el Levante español. Primero y obligatorio era pasar un par de días en Pamplona, había cambiado de novia y la que tenía entonces era muy devota de San Fermín, bueno de correr delante de los toros y pasar la noche al fresco, dos noches durmiendo en los bancos de los jardines pamplonicos, allí se bailaba en las calles y en las plazas, todo era una fiesta continua.

Acabaron las fiestas y tiré, sólo, camino de Tudela, mi objetivo era verlo todo, a donde llegara; mi novia no me siguió y volvió a su caserío. Sin gastar mucho y para desplazarme fui en autostop, usé el dedo. Me gustaba hablar con los que me llevaban en su coche, tuve mucha suerte y encontré gente maja en todas partes.

A Tudela llegué al mediodía, estaba cansadísimo, me indicaron un hostal y me quedé dormido todo el día y la noche siguiente. Me levanté y seguí camino de Zaragoza, me cogió un militar que iba hacia un campo de tiro que había por allí, quedé asombrado al ver el Cabezo en el desierto de las Bardenas, a Zaragoza llegué al anochecer. Hice noche en una pensión de la zona vieja. De Zaragoza lo que más me gustó fue El Pilar y el río, pero yo ya estaba pensando en Barcelona.

Me cogió un viajante catalán que iba a Barcelona, a mí me interesaba, haría el viaje de un tirón. Me hubiera gustado pararme en Los Monegros y sobretodo en Belbiche que me decían que estaba destruida, pero si me llevaban hasta Barcelona había que aprovechar. Sólo paramos para comer y en Lérida donde el comerciante compró un

queso para llevárselo a su esposa. Ese fue el primer momento de mi vida en el que oí hablar en catalán. El viajante era catalán y habló en catalán con la señora que le vendió el queso. La tierra catalana me empezaba a intrigar.

En Barcelona me dejó en la Plaza Cataluña. Era de noche, no tengo palabras para expresar lo que sentí, busqué donde dormir cerca de la Puerta del Ángel y al día siguiente fui a ver a un amigo que se había salido de cura y trabajaba en Correos, siempre me decía que tenía que venir a la capital condal. Me llevó a ver la Sagrada Familia y la Catedral, comimos en la taberna de la Universidad Central. Al día siguiente fuimos al mercadillo de libros de San Antón, el ambiente me gustaba, me prometí volver. (Quién me iba a decir a mí que en ese mercadillo ha sido uno de los sitios donde más se ha vendido mi libro: «Mitología Ibérica») Me dejó cerca de Plaza de España y volví a hacer autostop camino de Sitges.

En Sitges fui a la playa, me quité la camisa y tomé el sol, me dormí. Cuando me desperté estaba rojo y aturdido. Tenía la bolsa debajo de la cabeza, pero me habían quitado casi todo, fui al cuartelillo de la Guardia Civil, les dije mi nombre y dirección y que iba viajando, llamaron al cuartel de Zamora donde me conocían, me dieron papeles provisionales, pude sacar dinero en una sucursal y los guardias me llevaron hasta la estación del tren. Me dijeron que volviera en tren. Era lo que yo no quería hacer, en cuanto pude, salí a la carretera y me cogió una chica francesa que iba para Torremolinos. Hacia allá nos encaminamos.

Llegamos a Torremolinos y conocí el ambiente playero de Puerto Banús, pero no era para mi bolsillo y lo abandoné pronto. Llamé por teléfono a casa de una señora del pueblo que tenía una cabina telefónica y, después de que tuviera que ir a llamar a mis padres, pude hablar con ellos. La orden fue que volviera rápidamente, estaban segando y me necesitaban.

Y volví. En Valencia estuve un rato en el mercadillo y compré libros viejos que arrastré en todo el viaje de vuelta y quedaron en las buhardillas de casa. Pasé por Madrid y mi tío Severino me acompañó hasta la estación de autobuses. Se había acabado mi viaje, lo próximo sería ir a segar en el Sierro de Bretó.



# PÓRTENSE BIEN, QUE NO VAN A IR A ESPAÑA

Ana Elisa González Oslé  
(Cuba)

En homenaje a mi abuelito por haber sido ese hombre que, con su ejemplo y su impronta, dejó lo más importante, su carácter decidido, firme y exigente. Nunca estuvo en contradicción con la comprensión, el razonamiento lógico, así como su alegría, lo que transmitió a la familia que creó, quienes hoy todos estamos muy orgullosos de que sea nuestro abuelito zamorano para la eternidad.

Con mucha tristeza y dolor, el 31 de mayo de 2022 despedimos a tu hija Manolita, mi tía y madrina de bautizo, que irá a unirse contigo para siempre. Yo no había terminado mi relato, pero con seguridad lo completé en la fecha prevista para que conozcan de la familia tan bella que creó mi abuelito, el zamorano, aquí en la isla de Cuba.

Mi abuelito tenía algunos refranes que eran muy típicos de él, de los cuales a continuación enuncio tres de ellos que, para mí, eran los más genuinos, aunque tenía muchos más:

- «Pórtense bien, que no van a ir España». Cuando algún hijo se portaba mal.
- «Eso es para ustedes los cubanos». Se refería al arroz, pues él no lo comía.
- «Don Picolino y Doña Paula». Hacía referencia que, al que no estudiaba, debían darle pico y pala.

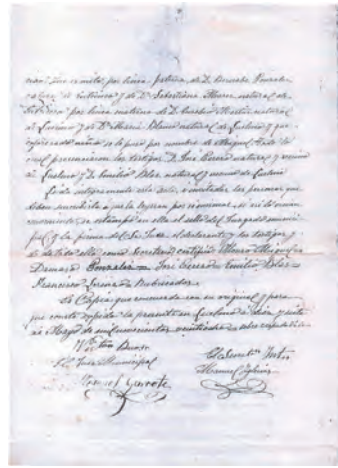
El título de mi relato sobre mi abuelito es la primera frase que referí anteriormente, pues la empleaba mucho al regañar a sus hijos cuando hacían alguna travesura o se portaban mal. Como siempre tuvo la añoranza de regresar a su tierra en unión de su esposa e hijos, de una manera muy simpática hacía alusión a su anhelo mayor, volver a Zamora. En su memoria esta narración que hago, por él y para él. Estas sencillas cuartillas escritas a manera de relato y con premura, pero con mucha añoranza y sentimiento, son la historia de mi abuelito, un inmigrante de origen español de la provincia de Zamora, Castilla y León, España, que, siendo muy joven, viajó hacia Cuba con grandes ilusiones y muchas nostalgias en busca de una vida mejor. Mi abuelito paterno se llamó Miguel González Martín, nació el 18 de septiembre de 1905, hijo de Dámaso González e Inés Marín. Considero que la mayor conquista y riqueza que logró es la familia que creó sembrando valores humanos, amor y el eterno recuerdo de



sus descendientes. Eran cinco hermanos: Conrado, Modesto, Dámaso, Inés y Miguel, este último mi abuelito.

Debido a la precaria situación económica que tenían, pues la miseria era muchísima, padecían hambre y condiciones de vida pésimas, las propagandas de algunas empresas navieras y comentarios de vecinos, Inés, la mamá de mi abuelito, que había enviudado con cinco hijos, decidió hacer una reunión familiar. De ella resultó mandarlo, a los 18 años, en el año 1923, a buscar fortuna y, además, que eludiera el servicio militar que en aquella época se desarrollaba en África.

A Miguel, mi abuelito, que trabajaba en su terruño como jornalero, lo enviaron a Cuba en donde hacía un corto tiempo ya estaba su hermano Modesto. También había emigrado también Inés, su única hermana, en este caso a la Argentina. Nos contaba



Inscripción de nacimiento de mi abuelito Miguel.

Acta de nacimiento de mi abuelito Miguel.



que venía cargado de muchas ilusiones, temores y de la ausencia del amor y calor maternal, pero ya no había marcha atrás, pues era la única forma de probar fortuna y poder ayudar algún día a quienes había dejado en Luelmo, su pueblo natal.

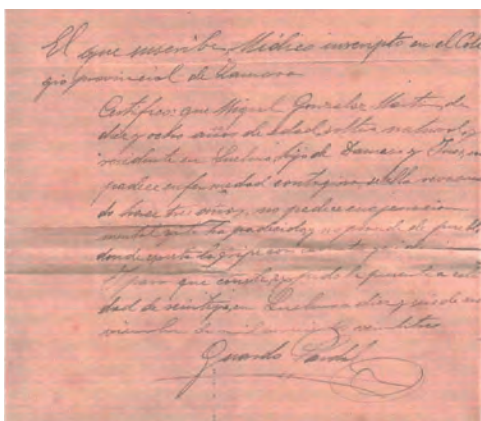
Vino en el vapor Hannover, que zarpó del puerto de Vigo, Galicia, el 22 de noviembre de 1923. Llegó a La Habana el 6 de diciembre del mismo año. Solo traía un duro y su mamá le dijo «cuídale pues si lo gastas te quedarás sin nada». De Cuba sabía muy poco. en su pueblo había escuchado a los mayores contar historias de varias décadas atrás, de muchos jóvenes españoles, sobre todo de origen campesino, que fueron enviados como soldados para impedir que con la independencia de Cuba la Corona de España perdiera una de sus últimas colonias en Ultramar. También recordaba que algunos de esos jóvenes lograron regresar y vivir junto a los suyos. Mi abuelito hablaba con mucho respeto y admiración de los cubanos que combatieron, a los que le llamaban insurrectos, pero en Cuba con orgullo les decían mambises.

Me recordaba mi papá, el mayor de sus hijos, que cuando Miguel emprendió ese viaje no sabía ni le interesaba la política, eso era de personas instruidas y repetía lo que le había escuchado a su madre «que quienes hacían política era para enchufar a sus amigos, familiares y, sobre todo, para enriquecerse, y que como pobre lo que correspondía era doblar el lomo para ganarse unos duros».

Mi abuelito contaba con un segundo grado de escolaridad y casi no sabía ni escribir, ni leer. Cuando llegó a La Habana, lo internaron en Tricornia, un centro donde albergaban a muchos inmigrantes que llegaban de España. Allí se encontró a muchos coterráneos. Por suerte estuvo pocos días, pues su hermano Modesto, que



Certificado de jornalero de mi abuelito Miguel.



Certificado médico para el viaje.

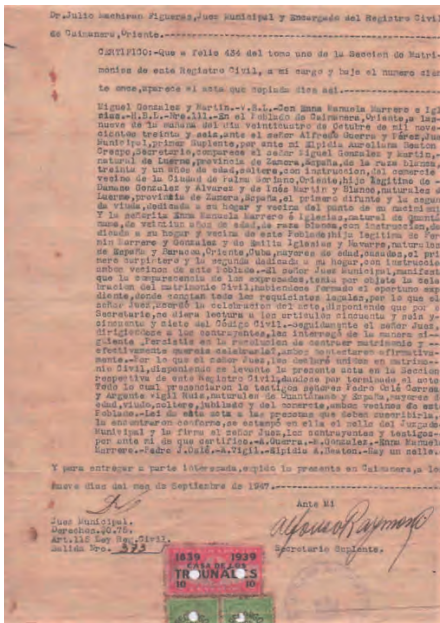


Cédula personal de Miguel.

había emigrado anteriormente, lo sacó de ese lugar y se trasladaron al oriente de Cuba, al poblado de San Luis, donde ya trabajaba Modesto. Tuvo varios trabajos, uno de ellos fue cuidador de perros, y se percató que la comida que le daban a los animales era mejor que la de él y se la comía. Por esa razón Lo botaron de ese trabajo.

Pasó muchas necesidades, carencia, hambre, sueño y muchas cosas más, pero era en aquella época un joven luchador y trabajador. Corría el año 1929, tenía 24 años, lloraba la pérdida de su hermano Modesto de una forma imprevista. De la hermana Inés, que había emigrado a la Argentina, no había tenido ninguna noticia. Eran tiempos muy difíciles en Cuba, la situación económica era insostenible y la inmensa mayoría del pueblo era objeto de represión por los gobernantes de turno. Se fue a trabajar en Palma Soriano, a una panadería donde con tesón aprendió a elaborar el pan. También aprendió a manejar automóvil. Pasados algunos años, el dueño de la panadería estaba vendiendo la misma. Con los ahorritos que había reunido poco a poco la compró, se llamaba «La Gloria».

Es por aquellos años, en 1934, por esas cosas del destino, paseando un domingo por el parque es que conoce a mi abuelita Manuela Marrero, once años menor. Él decía que desde que la vio se enamoró de ella. Cuando se conocen ella le refiere que vivía en Caimanera (un municipio de Guantánamo en la zona oriental también) y había ido a Palma Soriano en una excursión de fin de semana. Como era de esperar, fue a visitarla a su pueblo, pues se había quedado flechado, y allí conoció a sus padres y cuatro hermanos. En su tercera visita se hicieron novios y al poco tiempo, el 24 de



Certificado de matrimonio de Miguel y Manuela.

octubre de 1935, se casan en Caimanera y van a vivir a Palma Soriano. Tienen a su primer hijo, Fermín, mi padre. No cuento con fotos de la Boda. Tres años más tarde, el esposo de una hermana de mi abuela le comunica que había un norteamericano en Caimanera que tenía un Bar-Restaurant en un buen lugar y lo estaba vendiendo. Mi abuelito no perdió tiempo, se puso al habla con él, y con los ahorros que tenía compró el establecimiento. En unión con mi abuelita fueron a vivir a Caimanera, y allí se sientan y tienen cuatro hijos: Manolita, Miguel, Ricardo y Roberto.

Un detalle muy significativo es que los padres de mi abuelo tuvieron cinco hijos; cuatro hombres y una mujer. Esto se repite al casarse



Mis abuelos y sus cinco hijos.



Bar-Restaurante "Fat's Place". Miguel mi abuelito, el primero a la derecha.



Bar-Restaurante "Fat's Place". En la imagen de la derecha se observan miembros de las navieras en el interior del establecimiento.

mi abuelito con mi abuelita, pues tuvieron de igual manera cuatro varones y una mujer. Pura casualidad, pero interesante.

El Bar-Restaurante que se llamaba «Fat's Place», que la traducción era el «Lugar del Gordo», quedaba frente al mar y cada vez que entraba algún barco nos contaba que en uno como ese había llegado él.

Los aniversarios de boda de mis abuelos fueron objeto de celebración. Cada año con la presencia de sus hijos y nietos, o sea, era una gran fiesta. Una de las grandes satisfacciones de mi abuelito era que había sido muy feliz en su matrimonio, que había sido uno de los regalos que le había dado la vida, conjuntamente con sus cinco hijos.

Fueron creciendo sus hijos y les hizo saber que él había nacido en España, en la Comunidad Autónoma de Castilla y León, Provincia de Zamora. En concreto en el municipio de Bermillo de Sayago, en Luelmo, barrio del Cabito. Por la precariedad en la que vivían tuvo que abandonar su terruño y emigrar hacia Cuba. Atrás habían quedado sus padres y otros hermanos, pero nunca olvidó la tierra que lo vio nacer y siempre inculcó a sus hijos el amor por España. Fue un hombre que, a pesar de su baja escolaridad, se superó autodidácticamente, aprendiendo a escribir y leer. Logró

ser el representante de la Cerveza Cristal en Caimanera y fue miembro de la Cámara de Comercio de su pueblo de residencia. Entre las cosas que le gustaban estaban las comidas tradicionales de su tierra: los garbanzos con carne, sopas de ajo, jamón serrano, vinos, embutidos, quesos, etc., en fin, toda la cocina zamorana, que sin imponerlo «creamos hábitos alimentarios de la madre patria», como decía mi abuelito. Siempre recordaremos tus frases como ostias, cachetada, chaval, maja y otras más que nos enseñaste, las que incorporamos en nuestro vocabulario.

En el puerto de Caimanera atracaban muchos barcos que venían a cargar azúcar y miel. Como mi abuelito era amigo de los prácticos del puerto le avisaban cuando llegaban embarcaciones con españolas y, rápidamente, se ponía en función de contactar con sus tripulantes. Los invitaba a su casa, le brindaba los platos típicos de Cuba y les obsequiaba objetos de artesanía cubana y, por consiguiente, en reciprocidad invitaban a mi abuelito y su familia a comer en el barco y, por supuesto, a degustaba la comida típica española que tanto anhelaba. En esos momentos compartía con sus coterráneos recordando sus años mozos. Disfrutaba mucho la música cubana, pero su predilección era por la música española. Entre otras cosas que le apasionaban estaba el deporte. Todas las modalidades le gustaban. Tuvo cría de gallinas y cerdos, y mi abuela hacía morcillas, tocino, butifarras y muchas cosas más guiada por mi abuelito. Siempre quiso volver a su tierra, pero no fue posible. Mantuvo comunicación con su familia en Zamora hasta el año 1967 en que por problemas políticos se rompieron las relaciones y no supo nunca más de su familia.

Con los años crecieron los hijos, se casaron, hicieron sus vidas y emigraron hacia La Habana. Los dos mayores acogieron a los tres más pequeños en sus viviendas para que continuaran estudios. De esta manera quedaron los abuelitos viviendo solos en Caimanera y los nietos e hijos visitándolos repetidamente. Siguieron pasando los años y mis abuelitos requirieron cuidados más personalizados y vinieron para La Habana a vivir en casa de mi tía Manolita.



Aniversario de boda de mis abuelos.

Mis abuelos llegaron a conocer a ocho nietos. Yo fui la primera nieta, Ana Elisa, hija de Fermín, el mayor de sus hijos, y ya muy tempranamente me inclinaba por la música y danza, hasta que en 1974 ingresé en el Cuerpo de danzas Españolas de la Sociedad «Concepción Arenal». Participé en varios festivales y actividades de la propia Sociedad. Estuve tres



Ana Elisa en una actividad en la Sociedad. "Concepción Arenal".



Diploma de Ana Elisa como integrante del Cuerpo de Danza Española. "Concepción Arenal".

años hasta que por mis estudios docentes me tuve que becar y no pude continuar.

Yo recuerdo con mucha ilusión que cada vez que iba a casa de mi tía Manolita (donde vivía mi abuelito). Tenía que bailarle danzas españolas, algo que tengo en la memoria como si fuera hoy. El comedor de la sala lo dividía una cortina que siempre estaba retirada, pero él hacía que se cerrara como si fuera un telón de un teatro. Yo le bailaba con mucho gusto. Me encantaba oírlo hablar con su acento español, que nunca perdió. Además, recuerdo que cada vez que iba mi padre o algunos de mis tíos les pedía jugar a las cartas españolas; son recuerdos inolvidables.

Todos los nietos varones llevan por segundo nombre Miguel como una forma más de perpetuar su memoria. Solamente conoció a una bisnieta, Dalia (nieta de su hija



Boda de Fermín y Lilia María, mis abuelos a la derecha y abuela materna izquierda.



Bautizo de Ana Elisa, mi tía Manolita es la madrina.



Fermín con su esposa e hijos.



Boda de Ana Elisa, con mis abuelos.



Nietos y bisnietos de Fermín.



Manolita, Teudys, sus hijas y bisnietos.

Abajo, Tío Miguel con sus hijos y nietos.



Mis abuelos (izquierda) en la boda de Miguel.



Manolita). En la actualidad la familia sigue creciendo. Ya son diez bisnietos y cinco tataranietos. De su hijo Fermín y la unión con Lilia tuvo dos nietos, Ana Elisa, (con dos hijos Alejandro y Ana Laura) y Javier (con su hija Patricia), estos tres bisnietos emigraron a Estados Unidos.

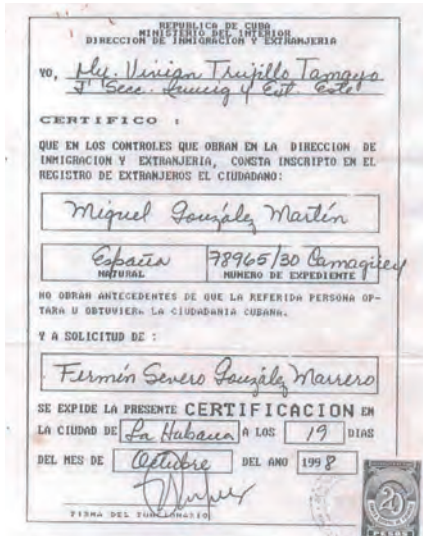
De su hija Manolita y la unión con Teudys tuvo dos nietas Gessen (con dos hijas Dalia y Sachin, esta última emigró también a los Estados Unidos) y Seilech, que no tuvo descendencia, y emigró a Ecuador.

De su hijo Miguel, ya fallecido, y la unión con Marta tuvo dos nietos Yasnay y Leonardo. Yasnay tuvo dos varones Yariel y Yasiel y hace 12 años emigraron a las Palmas de Gran Canaria, España. Leonardo tuvo dos hijos Edian y Elyanis, quienes emigraron hacia los Estados Unidos.

De su hijo Ricardo tuvo dos nietos Ricardito que tiene un bebé de un añito que se llama Daimel y hace un año fueron a vivir a Caruña una localidad al norte de Madrid, y Reynier que no tiene descendencia. No pude obtener fotos.

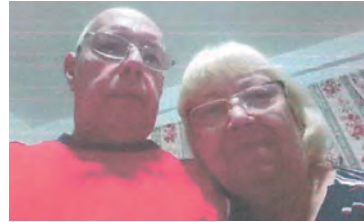
De su hijo Roberto y la unión con Natalia de origen ruso no han tenido descendencia.

Desde que se fundó la Colonia Zamorana de Cuba mi abuelito se asoció a ella y estuvo participando en todas las actividades que se desarrollaban. La descendencia de



Documento de inmigración y extranjería de Miguel González Martín.

Tío Roberto y Natalia.



mi abuelito, o sea, sus 5 hijos, se acogieron a la Ley nº 36 y recuperaron la nacionalidad española. Con la aprobación de la Ley nº 52 que estuvo en vigor por tres años, todos sus nietos de la misma forma obtuvieron la nacionalidad española, y también los bisnietos menores de edad que contemplaba la Ley adquirieron dicha nacionalidad, no así Dalia y Alejandro que ya habían alcanzado la mayoría de edad.

En la actualidad sus hijos y nietos son socios de la Sociedad y su nieta mayor, Ana Elisa, pasados los años retoma lo que siempre le gustó, las danzas y música española, formando parte de la Directiva de la Colonia Zamorana como responsable del cuerpo de baile. En la Agrupación de Sociedades Castellanas y Leonesas es la secretaria del Presidente y auxiliar de contabilidad.

Cuatro de sus bisnietas Dalia, Ana Laura, Sachin y Patricia formaron parte del Cuerpo de baile que ha representado a la Colonia Zamorana en disimiles actividades culturales y además en los festivales de danzas españolas celebrados en el país.

Integrantes del Cuerpo de Baile zamorano, de izquierda a Sachin, Dalia y Ana Laura.



Cuerpo de baile zamorano en una actividad en la Casa, a la derecha Ana Laura.

Visita de Juan Vicente Herrera fotografiado con el Cuerpo de Baile.







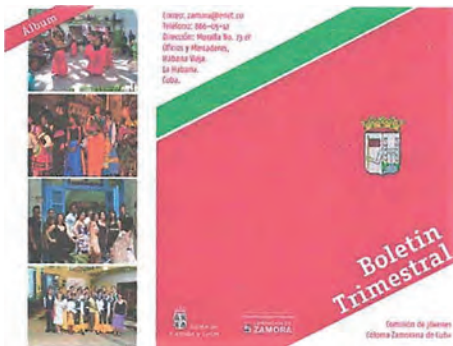
Izquierda: Publicación en el periódico de castilla y León la celebración del 8º aniversario de la Casa de Zamora. Derecha: Foto familiar en la Colonia Zamorana. Tres Generaciones juntas.



Sergio Rabanillo imponiendo la banda de Srta. Zamora a Dalia.



Srta. Castilla y León con sus abuelos (derecha).



Boletín premiado en la convocado por la Colonia Zamorana.

Su bisnieta Dalia también forma parte de la directiva de la Colonia Zamorana de Cuba, presidiendo la Comisión de Cultura y en la Agrupación de Sociedades Castellanas y Leonesas es responsable de la Comisión de Jóvenes. A lo largo de su desempeño ha hecho una labor encomiable. Durante el período de 2004 al 2008 se presentó al concurso de Srta. Zamora y al de Srta. Castilla y León y triunfó en los dos certámenes, alcanzando el primer lugar en ambos.

Su bisnieto Alejandro, mi hijo y su novia (que en la actualidad es su esposa y tienen dos hijos) se presentaron a un concurso que convocó la Colonia Zamorana y la Agrupación de Sociedades Castellanas y Leonesas para la confección de un boletín para informar trimestralmente de las actividades que se planificaban para los jóvenes. Su diseño fue el elegido por la Zamorana.

Se le ha dado continuidad acá en Cuba a la memoria y añoranzas de mi abuelito, pues sus descendientes hemos estado presentes en todo momento. Dalia y Ana Laura, dos de sus bisnietas, a través de su colaboración y participación en la Colonia Zamorana de Cuba fueron seleccionadas para participar en el programa Raíces, que otorga



Matías con Dalia en Zamora.



Agustín con Dalia en Zamora.

la Diputación de Zamora en España, pudiendo conocer gracias a ella el lugar donde vivió mi abuelito Miguel en Zamora. Conservan vivencias inolvidables de ello.

Dalia, la bisnieta, que participó en el programa Raíces y el programa Encuentro, en un programa de la televisión donde presentaban a los jóvenes que participaban hizo referencia de algunos datos que tenía de su familia, de aquella que había quedado en Zamora. Para sorpresa de todos, ellos estaban viendo el programa. Se produjo el encuentro tan anhelado de conocer a la familia que había quedado en España. Es por ello que se reencuentran con los hijos de Conrado, el hermano mayor de mi abuelito, Agustín González y Matías González.

Pasados los años Roberto, el menor de los hijos de mi abuelito visitó España y conoció a sus primos hermanos y a su tío que ya estaba muy entrado en años. Desde entonces hemos tenido comunicación con la familia que quedó en la madre patria.

Hace tres años yo visité España, pero no logré llegar a Zamora. Es una deuda que tengo conmigo misma, que en el próximo viaje que pueda realizar convertir en realidad este sueño de pisar la tierra donde nació mi abuelito zamorano. Gran parte de lo que somos hoy te lo debemos a ti, abuelito, pues los valores humanos que tenemos son fruto de tu obra y, por eso, te damos una y mil veces las gracias. Somos una familia unida, todos tus hijos, nietos y bisnietos estudiaron gracias a tu férrea disciplina y al



Roberto y su esposa con los primos en Zamora.



Última foto de mis abuelos.

hecho de inculcarnos que era muy importante la instrucción. Te damos las gracias porque la lejanía y el tiempo no borrarán tus recuerdos, amores, tradiciones y por quedarte eternamente en nuestros corazones. Nosotros, como buenos continuadores del legado tuyo y de tu terruño zamorano, somos y seremos zamoranos como tú hasta siempre.

Con todo mi amor, tu nieta.

## FERMOSELLE Y LA CIGÜEÑA BORRACHA

Fernando Luis Matos Andrés  
(Brasil)

Fermoselle es la importante villa situada al extremo suroeste de la provincia de Zamora, en la comunidad autónoma de Castilla y León. Con una altitud media de 660 metros sobre el nivel del mar, es flanqueada por el río Duero al este y el río Tormes al sur.

Fue habitada por varios pueblos, como celtas, vetones, romanos, musulmanes, etc., después reconquistada y repoblada. Hizo parte importante de la historia de España varias veces, pues la villa de Fermoselle perteneció a Reyes, a Reinas, a Obispos y ha participado de varios embates militares hasta que llega a los años más recientes. Desde antaño trae en su huella la cosecha de olivos y uvas, así la tradición de los buenos aceites y vinos. Es conocido como el pueblo de las 1.000 bodegas, pues desde «in illo tempore» hay como una ciudad subterránea conformada por muchísimas bodegas, que se unían entre sí, y donde entre otras cosas se hacía el buen vino. Además, tiene todo un pasado y presente taurino.

Los fermosellanos tienen en su ADN la emigración. Tanto que al llegar a la villa hay una estatua que se denomina «El Emigrante» en honor a los vecinos que buscaron su vida por varias partes del mundo. Puede ser por este tan arraigado motivo, que tuve que emigrar junto con una cigüeña, como así os cuento en próximas líneas.



Fermoselle, tiene una leyenda con mucha realidad. Las abuelas cuentan que hace muchos y muchos años una cigüeña robó el pañuelo que se pone en la cruz del descendimiento, como es costumbre en Semana Santa. El cura empezó a gritar para que el ave dejase en su sitio el pañuelo, pero ella no le hizo ningún caso, volando cada vez más alto. A partir de ese momento el cura de la iglesia de

Estatua homenaje al Emigrante situada en Fermoselle.



Luis Matos y su primo con La Virgen de la Bandera en Semana Santa.

Santa Colomba maldijo a todas las cigüeñas que había o hubiera en Fermoselle para que nunca más volviesen al pueblo. En este momento, delante de todos vecinos, el cielo se pobló de cigüeñas volando lejos y nunca más volvieron. Y, de hecho, que es una verdad, que hasta hoy no hay nidos de cigüeña en ninguna parte de la Villa de Fermoselle. Creo que saben que estas aves llevan los niños a sus madres cuando nacen. La cigüeña toma en el pico los bebes que cuelgan de un pañuelo. Y así se gestó la venganza de la cigüeña borracha que, al estar muy desilusionada de no poder volver a Fermoselle, me dejó lo más lejos que pudo, en São Paulo, Brasil. En consecuencia, así se ha producido un fenómeno histórico. Yo soy el primer y único

«follaco» nacido en Brasil. ¡Perdonen! Déjame explicar que Follaco es el gentilicio de los vecinos de Fermoselle. De hecho, por parte de padre y madre descendemos de muchísimas generaciones de fermosellanos, hasta llegar esta emigración.

En verdad, todo ha empezado con mi abuelo materno, Leandro, vecino de Fermoselle, hijo de José Andrés, el Pepe de la Feliciano, que estaba casado con mi bisabuela materna Feliciano Castro, la molinero, cuyo nombre provenía de un molino de harinas que poseía en la carretera del pueblo, con tres pisos y de muchas capacidades de producción.

En octubre del año 1922 sus padres se ponen de acuerdo y dan la oportunidad a mi abuelo Leandro, con 15 años, de viajar a Brasil para encontrarse con parientes que ya estaban por allí y hacerse la vida. Leandro, que había hecho la primaria, tenía buena escrita y llevaba muy bien los números de cabeza. Salió de Fermoselle, que tenía unos 4.000 habitantes, y fue a conocer un mundo de gente mayor y más lista, en una capital que tenía entonces 580.000 habitantes, de los cuales 200.000 eran extranjeros.

Empezó como ayudante en una tienda de tejidos, donde trabajaba mucho y ganaba muy poco. Decía que no tenía dinero ni para ir al cine, que sería su mayor deseo. Fue explotado por sus parientes mayores, que le hacen trabajar de domingo a domingo. Con el pasar del tiempo empezó a ganar dinero, mejorando su vida, llegando incluso a conformar su propia tienda de tejidos (Casa Andrés). Después de mucha labor adquiere más tiendas y, seguidamente, desarrolla una fábrica de red de pesca, conformado sociedad con su hermano que vino a São Paulo después, quien le arrebatará la fábrica de manera

poco ortodoxa. De hecho, nunca más habló con él en toda su vida. Quedando muy claro que fue la peor paliza recibida, la traición por una ambición desmedida.

Más como la vida no puede ser toda mala, Leandro tenía un amigo, fermosellano, llamado Manolo Maldonado Veloso, que lo ayudó mucho. Este ya tenía una cadena de tiendas (O Mundo Elegante), y vivía en una mansión de cine, donde todos los fines de semana había cenas y mucha fiesta para los fermosellanos que vivían en São Paulo, quienes cuando se juntan hacen cosas increíbles. Sirva de ejemplo cuando mi abuelo Leandro y Manolo donaron 10.000 pesetas cada uno para la campaña de las aguas en 1953, para crear el abastecimiento urbano en el pueblo. También aportaron donaciones muchísimos fermosellanos que migraron por el mundo, logrando así desarrollar una evolución por las calles de los vecinos que tanto añoraban. Y uno de esos fermosellanos que hizo la contribución para las aguas, que yo sé, pues he visto la lista de aquella época, se llamaba Luis. Luis, hijo de José Matos, fermosellano de pura cepa, alto y con bigotes, que tuvo entre otras cosas un impecable coche de línea *Hispano-Suiza*, después una línea de autobús de Fermoselle - Zamora, y más adelante fue un inversor de Telefónica. Fue casado con Piedad Lozano, que cuidó de sus 4 hijos, quien transmitía muchísimos dichos de sus bisabuelos de memoria, que hasta hoy llegan a nosotros. También recuerdo de una anécdota que me decían que ella contaba, de una Tía Lechuguina (por su piel del rostro tan lozana), que venía por Fermoselle para vender sandías, y que llamaba a sus clientes así: «Quien, por un duro, no bebe, come y se lava la cara...»



Mi abuelo Leandro y yo.



José Matos en su Hispano Suiza.

Luis, era el hijo mayor, y tenía una pasión inconmensurable por Fermoselle desde siempre. Aprovechó demasiado todos los rincones de su pueblo, en el campo, en el frontón de pelota, cazando liebres con escopeta junto con su padre, estudiando interno en Zamora. Al mismo tiempo, se escapaba a Fermoselle siempre que podía. Disfrutaba de las cosechas de los olivos en los inviernos, de las matanzas, de las verbenas en



Izquierda: Luis, de guardia en la frontera con Portugal. Derecha: Luis y sus amigos en la plaza mayor en día de toros.

Villarino, cruzaba nadando el Duero para ir a Portugal, presidía el Club del Casino, y estaba presente en todas corridas de toros y encierro, hasta que en 1935 se incorpora al ejército, por tener 18 años.

Pronto estalla la Guerra Civil en España y él sigue por muchos caminos hasta llegar a Cabo, habilitado en la Compañía de Sanidad, División 43 del Estado Mayor. Llega en 1939 a Barcelona, buscando estudiar mucho, pues no podría salir de allí en aquel momento. Entonces, mientras estudia para maestro en Lérida, hace oposiciones para Correos y Policía. Al contrario de lo que pensaba, fue aprobado para la Policía, incorporándose como agente de Cuerpo General de Seguridad, carrera que él sirvió con mucho ahínco y lealtad, donde obtuvo muchas menciones por sus superiores.

A pesar de todo, pide la excedencia voluntaria y emprende un viaje a Brasil. Se va a Fermoselle a despedirse de la familia y de los tan queridos amigos que dijeron que se iba para conocer todas las mujeres del mundo. Basados en el comentario que bailaba, cantaba muy bien y se vestía como un señorito, siempre de sombrero, traje y gabardina. Llega al puerto de Santos en el año 1951. Es recibido por muchos fermosellanos, que hacen fiesta por su llegada y la de su primo Emilio Seisedos, que ha venido junto con él desde España.

Y así lo llevan en coche a São Paulo, quedando hospedado en la casa del hermano de Leandro, que fue a buscarlos. En los primeros días en la mayor ciudad de América del Sur Luis no entiende porque no había metro, pues aún estaba acostumbrado a los metros de Madrid y Barcelona con más de treinta años en funcionamiento. Después de unos días Luis se traslada a una pensión, en el centro de la ciudad, para ubicarse mejor y buscar trabajo. Como la primera opción se pone a vender libros, aprovechando su gran pasión por literatura y libros, aparte de la dificultad de la lengua portuguesa y sus autores, que hasta entonces no conocía. Para este trabajo se movía por la ciudad de São Paulo en tranvía.

En uno de esos días, después del trabajo, conoce a una rubia muy guapa que estaba acompañada de su madre de paseo y compras por la calle. Y con mucha lisura pregunta su nombre, y ella le responde, ¡Mi nombre es Linda!, y le presenta a su madre, Leonor, que era muy celosa de su única hija, de manera cordial. Y como no podría ser diferente,

después de unos días, se presenta en su casa para conocer al padre, para que pueda acceder a nuevas visitas. Cuando se pone frente a su padre le sorprende que él hable castellano. Al preguntarle de donde venía, Don Leandro, marido de Leonor, dijo: «de un pueblecito». No dio más explicaciones.

Pasados unos días se encuentran otra vez, pues esta pareja se había encantado. Vuelve el tema del pueblo de

procedencia. Leandro dijo: «soy de Castilla la Vieja, de los Arribes del Duero, de Fermoselle». A lo que Luis de pronto señaló: «yo también. Mi familia vive en la Calle Requejo». Enseguida Leandro contesta: «la mía también vive en la Calle Requejo, al lado del garaje que hubiera sido de los autobuses de los Barrueco». Luis señala: «pero estos autobuses fueron de mis padres. ¡Somos vecinos coño! ¡Menuda casualidad!»

La pareja sigue con sus encuentros en las fiestas de los fines de semana en la casa de Manolo, con muchos otros fermosellanos, como Antonio Seisdedos, que hacía poco tiempo que había llegado a São Paulo, donde hasta hoy vive.

Luis, aquel que según los amigos buscaba conocer todas mujeres del mundo, se



Luis, mi padre.



Linda, mi madre.



Luis a su llegada a Santos, recibido por fermosellanos.

enamora y se casa con Linda, que era pianista y pintora, la primera mujer que conocía y de sangre fermosellana, otra casualidad.

Más adelante, con la ayuda del suegro, crea una tienda mayorista de sábanas, fundas, colchas, cobertores y cosas para hogar. Le puso un nombre muy original a la empresa: «Confecções Espanha».



Sello de la empresa mayorista de mi padre.

Pasados unos años tuvieron su primer hijo, Luis, después el segundo, que soy yo, Fernando. Desgraciadamente, como había muerto mi abuelo paterno, toda la familia fue para España a visitar y dar pésames a la abuela viuda. Fuimos en navío, y según me cuentan se llamaba Giulio Cesare, que ha salido del

puerto de Santos y ha llegado a Barcelona. Enseguida fuimos a Fermoselle. Yo no lo recuerdo, pues tenía algo más que un año, pero sé que estuve mucho en los brazos de mi único tío, Ángel, que me llamaba «Pelitos de Oro» por los colores dorados de mis pelos, color que se mantiene hasta hoy. Estuve con mi abuela Piedad, tía Elvira, prima





Izquierda: Mi primo, mi hermano y yo. Derecha: Mi padre, madre, hermano, primo, prima, tía, tío y yo.

Esther y mis primos Pepe, Miguel y Ángel de Fornillos de Fermoselle, que montaban muy bien a caballo. Aún hay algunas fotos en blanco y negro de esos momentos.

Estuvimos muchos meses entre todos ellos, y cuentan que empecé hablar en estos rincones en castellano. Incluso quizás por ahí ha comenzado todo este movimiento dentro de mi alma castellana. Al volver a São Paulo contaba mi familia que, caminando con mi madre por la acera cerca de mi casa, con chanclas de niño, me di un golpe en los dedos con alguno desnivel de la acera, profiriendo con mucha propiedad fermosellana y en alta voz: «¡mierda, mierda!». Los mecánicos de un taller vecino se comenzaron a reír de lo ocurrido. Ahí yo empezaba a postularme como un español.



A medida que fuimos creciendo ganamos una hermana, Thais, con alguna diferencia de edad. Aún en nuestro hogar se hablaba el castellano, siempre oyendo a mi padre y a mi abuelo que comentaban sobre las noticias de Fermoselle todos los días. Comíamos comida castellana, puchero, mucho

Mi familia, mi abuela Piedad y yo.

garbanzo, lentejas, hornazo, tortilla, callos (que a mí no me gustan) y churros hechos en casa con la máquina que se presionaba en la barriga (como dolía). También comíamos unos buenos churros calientes hechos por un español que estaba cercano a nuestra vivienda, solíamos ir con mi padre. ¡Buenos tiempos aquellos!

Además de hablarnos, nuestro padre nos pedía todos los domingos por la tarde que escribiéramos un texto en español sobre lo que había ocurrido en el fin de semana. Y, aparte eso, cuando notaba que no sabíamos alguna palabra hacia una subasta cultural. Es decir, nos proponía pagar dinero, para mi hermano y para mí, para aquel que la supiera. Me acuerdo que no saber la palabra «Funda» nos ha costado un pastón, pues mi padre empezó ofreciendo 1 cruzeiro (moneda brasileña de entonces) y se ha terminado con 10 cruzeiros, una buena importancia para un chico. Fue duro no saber que hasta hoy no lo olvidé.

Es muy difícil poner en papel la hispanidad que toda la vida ha crecido y se ha manifestado en mi alma. Recuerdo que de pequeño siempre decía que mi dirección sería en la calle Requejo, que yo tenía unas bodegas allí, después hablaba a mi padre que mi sueño sería volver a Fermoselle y llegar en helicóptero en la Plaza Mayor. Tenía entonces unas ganas de hacer la mili en España, pero no fue así. Me fue prometida por una universidad una beca de posgrado en Salamanca, que no ocurrió, muy injusto en aquel momento. La vida iba siguiendo. Todas las navidades seguían viniendo cajas de madera por avión, enviadas por mi tío, con turrone, peladillas, pepitas, periquillos, polvorones, chorizos, jamón, abanicos y los apropiados discos de Villancicos. De igual modo, hay que incluir las cartas que mi padre y su hermano se escribieron por toda la vida con noticias del pueblo, junto a los viajes que mi padre hacía para ver las fiestas y los toros en el pueblo. Son las cosas que seguían dando el latido en mi corazón. Incluso intenté que mi luna de miel fuera en España, pero no se concluyó, viajando a otra parte.

El proyecto que tenía desde de pequeño de vivir en España tardó más 17 años, hasta el momento que mi mujer Christina, quien tiene mucha gallardía, me ayudó a ponerlo en marcha. Desde este momento íbamos de vacaciones todos los años, donde conocimos a los primos carnales Javi y Ana, pero no dejamos de echar de menos a los parientes cuando volvíamos a Brasil, algo que se hizo insostenible. Por ello decidimos venirnos definitivamente a España. La hispanidad está latente en mi alma, y creo que esta también ha afectado a mi mujer. Estamos muy felices de nuestra adaptación en un sitio inmejorable para nosotros.

Definitivamente, veo la importancia y la calidad de nacer como un Follaco en Brasil. De una familia fermosellana-zamorana, donde todas las costumbres castellanas fueran transmitidas durante los años por mis padres, como así la forma de ser, el carácter, el respeto, la tradición y el amor por Castilla y León y la patria española, así como a S. M. el Rey. Son muy útiles en estas tierras.

Es importante, y muy reconfortante, estar, vivir y escuchar las historias de tus ancestros narradas por personas y familias que convivieran con ellos. Tener honor de pasado debe ser valorado. Oportunidad única es esta, que Dios y el universo me han regalado. ¡Por ser un español como soy! Es fuerte el latido de mi corazón por ser, estar y sentir esta verdad dentro de mí. Porque este siempre fue mi sueño desde pequeño. Pero la realidad es mucho mejor que el sueño... Creo que en todo este tiempo la magia de la cigüeña me ha «guiado» para volver a Fermoselle, en el periodo más correcto de mi vida, y así poder gestionar estos momentos con mis ninchis y tomar de la bota sin quedarme borracho.

# AFANES Y REVESES DE UN EMPRENDEDOR ZAMORANO

María Luisa Telenti Asensio  
(Argentina)

En el segundo cajón de su cómoda, Luisita guardaba los encajes de Almagro de su abuelo Agustín. Piezas primorosas, de reducido tamaño, conservadas como un tesoro porque, según decía, eran parte del muestrario que llevó su abuelo cuando emigró a América hacía más de un siglo. Debajo de su cama, siempre tuvo a buen recaudo dos maletas, repletas de recuerdos de su familia.

A sus propios tesoros, se sumaron parte de los de su madre, que tenía todo un armario bajo llave. A veces abría una de sus cuatro puertas para enseñarte algo siempre pequeñito, con gestos delicados, voz suave y mucha emoción. Deshecha la habitación por uno de sus hijos, parte de su contenido llegó a mi madre, pero, ay, nunca sabremos lo demás que atesoraba, en su afán de guardar todo lo que consideraba valioso.

Luisita era mi madre. Me encargué de sus pertenencias, del contenido de los cajones de su mesilla y de su cómoda, así como de las dos maletas que siempre tuvo bajo su cama, que rara vez abría y solo para mostrarnos alguna foto. Con su desaparición, ¡salieron a la luz tantas cosas! Pena no haberlo compartido antes.

En soledad, al ir abriendo sobres, mirando y ordenando sus agendas, fotos, cartas, facturas sentimentales, recortes de prensa ... sentía un estar en ella, un viajar por el túnel del tiempo, de su vida y de la de su familia. Era como vivir o revivir su vida, como residir en esas épocas pasadas y en cierto modo dar vida a todas aquellas sombras de su pasado, que a fin de cuentas no me eran desconocidas.

Si me centro en las raíces zamoranas, tema que nos ocupa ¿qué contaba Luisita de su abuelo emigrante? Lo primero, indispensable, lo más importante, sus orígenes. Decía que su abuelo era de Fermoselle, enseguida pasaba a su madre, a Tomasa<sup>1</sup>, a la que «conocíamos» por alguna foto de inicios de siglo, en la que vestía luto, bien

---

<sup>1</sup> Tomasa y Manuel tuvieron seis hijos. Emigraron tres a América, Agustín, Aurora y Santiago. Mi madre tenía contactos con su prima Luisa Asensio (hija de Santiago), que vivía en Argentina; así como con Blanquita, hija de Aurora, que emigró a Cuba. Aurora tuvo dos hijas, Aurora y Blanca; enviudó y perdió a Aurora; se volvió a casar, con un cubano que la maltrataba. Blanquita vino a España a vivir con sus primos de Fermoselle.



*Izquierda y centro:* Imagen de Tomasa y Manuel, padres de Agustín, hacia 1911, con su nieta Blanquita, hija de Aurora, que pasó un año en Fermoselle con sus abuelos, e imagen de Tomasa. Tomasa (nacida el 08/03/1851); Blanquita (nacida 28/02/1907); Manuel (nacido el 2/02/1848). *Derecho:* La casa de Tomasa en los años 80. Los propietarios nos permitieron entrar a ver la cocina, que se conservaba como cuando vivía Tomasa. Hoy esta casa está desocupada.

erguida ante su casa, a la edad de 60 o de 70 años. A mi madre le gustaba evocar el apodo que tenían: Vicenticas. ¿A qué se dedicaría Manuel? Nunca oí hablar de tierras, ni de rebaños, ni de vino, ¿Sería jornalero? ¿o bien buhonero? Según Unamuno, en Fermoselle había mucha gente dedicada a la venta ambulante.

Fui en los años 80 a Fermoselle con mi madre. Visitamos a familiares. Y de ese viaje tengo un par de fotos de la casa de la familia, muy renovada por los propietarios de la época. Nos comentaron que la cocina no había sufrido cambios, que era la de la abuela Tomasa. Apenas recuerdo nada de esos momentos. Pero si recuerdo que, al salir, calle abajo, una anciana dijo recordar bien a la «tía Tomasa» saliendo de su casa, bajita, de luto. Hoy lamento el no haberle hecho más preguntas, el no haberme interesado más por su vida. Pero se vé que no había llegado el momento propicio para interesarme por las cosas de la vida cotidiana de nuestros ancestros, lo que hoy en día tanto me atrae.

¿Qué más contaba Luisita de su familia paterna? Hace cosa de cuatro o cinco años, había ido al Escorial a recogerla para llevarla a su casa a Asturias. La cita era en un hotel y al salir hizo un gesto con el brazo y levantó la mirada para atraer mi atención sobre su vetusta fachada, diciendo – «nos alojábamos en este hotel cuando veníamos a ver al abuelo Agustín, que estaba ingresado en una residencia aquí en el Escorial». Volvió a mencionar esas visitas a su abuelo Agustín poco después, al repasar fotos del pasado familiar que tenía en sobres: abuelo Agustín, abuela María, mamá de soltera ... fotos en blanco y negro, de reducido tamaño, guardadas bajo su cama en una vieja maleta.

–«Aquí estamos en el Escorial, con la tía Meches, la tía Elena, ... de cuando íbamos a ver al abuelo Agustín». Como ella apenas le conoció, las referencias directas que le venían eran las de su periodo terminal.

En cuanto a su padre, mi abuelo, he de decir que en ese tema era muy reservado. No contaba apenas nada. No iba más allá de decir que su familia paterna descendía de doña Urraca, ¡cosas del abuelo!, de Fermoselle, pueblecito de Zamora. Que su padre había emigrado a América y que por eso él había nacido en Buenos Aires, como el tío Vicente; que el tío Antonio había nacido en Montevideo y que el tío Raúl y la tía Elena eran de Chile. Cuando hice un árbol de familia, allá por los años 80, no logré que me contara nada. Ni del periodo argentino, ni del periodo chileno, ... y del fallecimiento de su madre, eso ni mencionarlo.

Mi abuelo cocinaba muy bien. Una de sus especialidades era la paletilla de lechazo al horno. Decía que había aprendido a cocinarlo en Fermoselle. Lo sumergía en agua con sal, una hora o más antes de asarlo. Después, lo ponía en una fuente y lo introducía el horno caliente, sin nada más. Reservaba parte del agua en el que había estado sumergido y con ella lo rociaba de vez en cuando. A ojo, según el color que iba tomando, lo sacaba y lo cortaba antes de servir. Está buenísimo, crujiente por fuera y muy tierno por dentro. Y yo sigo cocinándolo así, cuando la ocasión se presenta.

Recordaba Fermoselle con cariño, a veces mencionaba de pasada las fiestas, los toros, el río, el aceite o la buena fruta ... pero, ahora me digo que ¡nunca nos propuso ir al pueblo con él! En una ocasión, le pregunté por la casa de su abuela Tomasa y me dijo que alguien la había vendido, pero no se sabía quién, alguno de sus hermanos ... Como no se le notaba cómodo hablando de esos temas, yo tampoco insistía. Mi abuelo era una persona muy alegre y divertida. Siempre hablaba para entretener y hacer reír. Entonces, las partes de su vida que le causaran tristeza, tendía sobre ellas un tupido velo. ¿Cómo evocar la historia familiar zamorana? Por suerte, tenemos las memorias de tía Meches, su cuñada.

La tía Meches era una de las cuñadas de mi abuelo, nuera por lo tanto de Agustín. Por ella conocemos muchos detalles de los avatares de la familia allende los mares. Reunió sus recuerdos en un libro centrado en su suegro, el abuelo Agustín, siendo ya casi nonagenaria. Lo distribuyó entre los miembros de la familia y mi madre recibió un ejemplar que ahora conservo. La tía Meches conoció de niña a su futuro suegro en Chile. Su familia y la de Agustín se hicieron amigas en Valdivia. En su libro va narrando en paralelo las trayectorias de las dos familias. Gracias a ella sabemos que Agustín se fue a Buenos Aires en 1894, con 17 años. ¿Qué le animaría a embarcar hacia una nueva vida?, ¿cómo sufragaría el pasaje y el coste de las mercancías del baúl que llevaba para vender allí? Tenemos a grandes rasgos su trayectoria una vez allí. No parece que le esperara ningún familiar, pues según cuenta la tía Meches, se dirigió a la Casa gallega al llegar y luego una familia extremeña le alquiló una habitación para alojarse y empezar a comerciar con sus encajes ...

Por la tía Meches supimos también que más adelante pudo alquilar un piso mayor y que tuvo en subarriendo a una viuda malagueña que acababa de llegar de España con



el ferrocarril para Mendoza, desde donde un tren cremallera, llamado Trasandino, les conduciría a través de los Andes hasta Santiago de Chile.

Me digo que mi abuelo recordaría ese viaje, no se olvida algo ¿por qué no hablaría nunca de ello? Los silencios son expresión de fuertes emociones, tanta sería la ilusión en ese viaje, tanta la energía, tan asombrosos los paisajes, tanta la fatiga, no era capaz de volver a ese periodo y de dárnoslo a conocer. Podemos detenernos en este pasaje del viaje en el Trasandino, imaginar lo que serían los 342,2 kms de recorrido a través de la cordillera, salvando 3200 m de desnivel, que se realizaban a una velocidad que iba de 20 a 60 kms/hora, según los tramos. Si todo iba bien, ese viaje duraba unas 8h. Previamente, para el tren en Mendoza, había una combinación que salía de Buenos Aires y permitía llegar en una noche.

Ahora, que se pueden consultar muchos datos en la red internet, vemos que el Trasandino fue inaugurado el 5 de abril de 1910. Los Asensio debieron de ser de los primeros viajeros del Trasandino, dado que Raúl, su cuarto hijo, nació en Santiago de Chile ¡el 28 de mayo de 1910! Apenas un mes después de la puesta en marcha del Trasandino.

Con cuatro hijos pequeños, uno recién nacido en Santiago, aún tiene la familia que ir de Santiago de Chile hasta Valdivia, a una distancia de unos 900 kms. No sabemos cuánto tiempo estuvieron en Santiago, ni cuándo llegaron a Valdivia. Pero sí, que una vez allí, Agustín se instaló en el centro de la ciudad. Abrió una gran tienda de tejidos, llamada «Encajes el Paraíso», en la esquina de la calle Picarte con Caupolicán. La familia tenía una buena casa con jardín, los negocios iban bien y se acrecentó la familia con el nacimiento de una niña, «la nena», la que sería para mi «la tía Elena»<sup>2</sup>.

Gracias a la tía Meches, nos enteramos de que Agustín y su amigo Valentín Lanau, emigrante español también, y que años más tarde sería su consuegro, tuvieron la ocurrencia de fundar en Val-



Encajes el Paraíso, año 1924.

divia «La Casa del español». Y, cuando tiempo después Meches volvió a Valdivia, se encontró con la sorpresa de que la Casa del Español» seguía existiendo. La vida les iba bien, los negocios prosperaban y todo parecía sonreírles, pero un acontecimiento viene a poner fin a ese ilusionante periodo. Hay un antes y un después en la vida de Agustín

<sup>2</sup> En la agenda de mi abuela, figura como fecha de nacimiento de la tía Elena el 14/12/1912, en Chile (sin indicar la localidad).





Lápida de Encarnación, en Valdivia.

y su familia pues sobreviene el fallecimiento de Encarnación<sup>3</sup>.

Según recuerda la tía Meches, y consta en el acta de defunción, Encarnación con solo 35 años falleció en el Hospital de Santiago de Chile, a consecuencias de una operación. Fue enterrada en el cementerio general de Santiago; uno de mis hermanos pudo ir y sacar una foto de la tumba, que se adjunta a continuación. Agustín nunca se quitó el luto,

nunca olvidó a la persona de carácter suave que le había acompañado, secundado, y con la que tuvo a sus 5 hijos. Se vio solo para ocuparse de Nena de solo tres años y de sus hermanos de 5, 7, 9 y 12 años.

Agustín a partir de ese momento, debe ocuparse del negocio y de sus hijos. No sabemos cómo se las arreglaría en ese momento, en 1917, y en los años sucesivos, hasta 1925, para sacar adelante a la familia solo. Conocemos la época de su vuelta a España por fotos en Madrid, fechadas en 1925. Treinta años después de haber emigrado, como dice su nuera: «con dos baúles, uno lleno de ilusiones y el otro de lleno de encajes», se instala pues en Madrid, hacia 1925. Pero, sin olvidar Fermoselle.

Efectivamente, a su retorno, no se instala en Fermoselle, pero renueva la vivienda de su madre y la dota de todas las comodidades de la época. Por mi abuelo sé que la familia no falta a las fiestas en verano, en donde les gusta disfrutar del ambiente festivo, de los encierros y de las corridas de toros.

En Madrid, Agustín y sus hijos residen en la calle Atocha. Enfrente de su casa, vive una jovencita llamada Luisa. Lo indican las fotos de la época, en cuyo reverso figura dirección y fecha. El hijo mayor de Agustín, mi abuelo Manolo, se enamora de esta jovencita. Y cuando va a Fermoselle en verano, le escribe desde allí cartas a diario. En las que se conservan, de 1926 y 1927, le cuenta a su novia las peripecias del viaje, su llegada, los paseos hasta el río con sus amigos. Le habla en especial de Gloriardo, en cuya casa pasa tiempo y con cuya estilográfica le está escribiendo... De esas cartas, alguna se la envía con membrete del Café Regajo. Vive con su abuelita, y en un par de ocasiones dice encontrar a su abuelita (Tomasita) muy viejecita. ¿De qué viviría? No sé si tras la casa tenía un huerto, gallinas o si sus hijos se ocuparían de que no le faltara de nada.

Durante los años 30, Agustín sigue con su afán, emprendiendo y colocando a sus hijos en las actividades comerciales que desarrolla en Madrid. Va abriendo tiendas

<sup>3</sup> Defunción en Providencia, Santiago de Chile. Registro Civil, 1885-1932, p. 247, Registro Civil Archivo General.



Sobre con membrete del Café de Regojo, de una de las cartas enviadas desde Fermoselle, año 1927.

de medias y ropa interior, tiendas que reparte entre sus hijos. Todo parece irles de perlas, pero es cuando estalla la Guerra Civil. Para toda España esta guerra supuso una tragedia. Agustín no perdió en ella a ningún familiar, pero fue un golpe muy duro porque con ese conflicto ya no había dinamismo comercial, se venían abajo los negocios. Y, por otra parte, a Agustín le encarcelaron con dos de sus hijos. Como consecuencia, su salud se fue deteriorando y, como su nieta Luisita recordaba, pasó el

final de su vida en una residencia del Escorial, en donde falleció en 1942.

Ahora, pienso que a mi abuelo le dolían profundamente los reveses de la vida, por eso evitaba hablar del pasado. Salía adelante con su buen talante. Le recuerdo sonriente, siempre con sombrero, camisa y corbata, pantalón impecablemente planchado; sus zapatos clásicos, de cordones, siempre relucientes; ese aire de indiano y ese deje cantarín; con una pronunciación no muy clara, cuando se trataba de las «eses» y de las «ces», que denotaba sus orígenes argentinos y su vida paraguayo-chilena.

Tocaba el violín y la mandolina. También componía música. Leía el futuro en la mano, contaba historias y siempre amenizaba las reuniones familiares. Además, cocinaba muy bien, no solo el lechazo, también la paella preparada al aire libre, hacia pasta italiana tira a tira y la preparaba con carne guisada; en verano no faltaba la leche merengada. A los nietos, nos hacía juguetes, cometas, carretillas..., nos enseñaba a tocar la mandolina y nos engatusaba con juegos y bromas.



Agustín tocado con sombrero en las fiestas de Fermoselle.



Elena, de negro, en un balcón engalanado en las fiestas de Fermoselle.

Y también recuerdo a la tía Blanquita, la niñita que está entre sus abuelos en la primera foto. Blanquita, hija de una hermana de Agustín llamada Aurora, la que traté mucho, era dulce y cariñosa. Me contó personalmente la triste historia de su pasado en Cuba. Como ya he mencionado, de Fermoselle emigró a Cuba, falleciendo el padre y su hijita Aurora. Ahora me pregunto si iría a Cuba cuando enviudó. En todo caso, allí se casó con un cubano que la maltrataba. Blanquita me dijo que eran tantas las penalidades que su mamá se suicidó. Blanquita se vino a España a vivir con sus primos de Fermoselle, que la acogieron y se ocuparon de ella hasta que conoció a Ángel, jardinero en la sierra de Madrid, y se casó y quedó a vivir allí con él. En su modesta casa tenía bonitos ramos de flores que había aprendido a hacer en Cuba con papel, muy decorativos.

A los otros miembros de la familia zamorana les traté menos. A sus hermanos, todos ellos comerciantes en Madrid, les he tratado en mi infancia. No recuerdo que hubiera habido reuniones de familia, ni siquiera tengo recuerdos de eventos familiares como bodas o bautizos, como pasa en otras familias. Creo que se llevaban bien, pero eran como islotes, cada uno en su mundo, que era su familia y la gestión de una de las tiendas, todas abiertas por el patriarca Agustín. El aura que rodea al bisabuelo Agustín obedece a su empeño por sacar adelante a su familia contra viento y marea.

He vuelto este año a Fermoselle, me tiraban las raíces. Qué curiosa esta sensación intensa de pertenencia a un lugar, a pesar de no ser de allí ni y de no haberlo frecuentado. Algo intangible nos liga a un espacio y un tiempo. Me tiraba pues un intenso deseo de sumergirme en el pasado de la familia zamorana. A partir de la Oficina de turismo de Fermoselle, inicié las pesquisas. Primero, para volver a ver la casa que fue de Tomasa, ahora vacía, cuyos propietarios que conocí han fallecido y no tenían hijos. Paseé por el pueblo, espolón de piedra, decorado a todo color con labores realizadas por la Asociación de amas de casa. Tomando un helado en la plaza, el dueño del bar restaurante me dijo que Gloriardo, al que cita varias veces mi abuelo en sus cartas como estudiante, luego fue médico, toda su vida, en Fermoselle. Visité el cementerio y la parroquia. Entré en algunas bodegas que horadan todo el promontorio, resultado del trabajo de cientos de años, de miles de vidas. Me impresionaron, en particular la de la Peña El Pulijón, a modo de museo del pasado vitivinícola y taurino. Fui también al Museo etnográfico, que nos enseñó José Montero, su fundador, ... y allá donde fui, intenté recabar información sobre Tomasa, así como sobre la tradición de la manufactura y exportación de las puntillas y los encajes de Fermoselle.

De la familia, nadie parece acordarse. De lo que sería el patrimonio material, los encajes, etc., me dijeron algunas personas que en realidad la producción vendría de Portugal, pues era allí donde se realizaban esas labores que luego vendían los fermosellanos. Esto coincide con lo que recoge Unamuno a inicios del siglo xx.

Y como el pueblo (Fermoselle) yace y vive lejos de cualquier gran senda, apartado de caminos de mucha gente, salen sus hijos a buscarse la vida corriendo mundo. Los Fermosellanos son gente andariega e industriosa. No pudiendo mantenerse en su término, han solido verterse por los colindantes trayendo y llevando mercaderías, como buhoneros, dedicados en especial al comercio ambulante de encajes y puntillas

Un dato elocuente proviene de la localidad asturiana de Luanco. El Museo marítimo de Luanco realizó una exposición en 2019 en la que dio a conocer piezas y documentos tejidos en red y posteriormente bordados. La red la realizaban las mujeres del puerto (las rederas) con la misma técnica que las redes de pesca. Posteriormente, esta red se bordaba (por las bordadoras) para la obtención de piezas decorativas: ropa de casa (cubrecamas, visillos, tapetes ...) y de vestir (como las albas para el oficio religioso). Uno de los documentos que se conserva sobre esta tradición redera da cuenta de ¡la venta de 800 varas de red a Fermoselle!<sup>4</sup>.

Con fecha 11 de marzo de 1852, María Micaela Valdés Busto y Rufina Fernández Perdone suscriben un documento en Luanco que constituye un testimonio en la que dan cuenta de haber vendido a Pedro Díaz, de Fermoselle (Zamora) «ochocientas varas de malla de hilo y algodón y veinte cortes de albas para guarniciones, toda labor de este Pueblo.

Escribí al Museo de Zamora para saber si tendrían referencias del citado Pedro Díaz, sin obtener respuesta alguna. Toda investigación, sea cual sea su importancia, provoca nuevas dudas y cuestionamientos, va abriendo ventanas, ... en este caso al estudio del bordado en red, de la zona de Fermoselle a mediados del siglo XIX. Memoria y patrimonio, lo inmaterial y lo material, van dando una imagen del pasado individual y colectivo.

Con esta evocación de una familia que, como tantas otras, tuvo que abandonar su pueblo en aras de una vida mejor, quisiera dejar constancia escrita de unos trazos que estarían condenados a perderse. La generación siguiente, la de mi hija, no ha recibido con la misma intensidad esa herencia inmaterial, ni el patrimonio material con su carga afectiva. Y no digamos la generación posterior, la de mis nietos.

Que estas historias de vida no se pierdan. Espero, por otra parte, que, al sumarse a los recuerdos de otras personas sobre esa época, por ser descendientes de otros emigrantes como Agustín, podamos entre todas las familias ir teniendo una visión más completa de este periodo de nuestra historia. En este sentido, me gustaría entregar al pueblo de Fermoselle las fotos antiguas del pueblo, las cartas y las muestras de encaje que conservaba mi familia, para que se conserven junto con otras huellas del pasado fermosellano.

---

<sup>4</sup> Pando García-Pumarino, Ignacio. Estudio y catálogo ilustrado de la exposición celebrada en el Museo Marítimo de Asturias, 2019.

Como colofón, merece la pena recordar que, por azares de la vida, mi abuela paterna también nació en Argentina. Mi bisabuelo paterno, Vicente, emigró a Argentina el mismo año que mi bisabuelo materno, Agustín. Los dos arribaron en 1894 y, probablemente, desde el mismo puerto, Vigo. El origen de mi bisabuelo paterno era Asturias y, a su arribo a Argentina, se estableció al suroeste de la provincia de Buenos Aires (en Juárez), en donde nació su hijita menor, en 1905. Volvieron a Asturias en 1913 sin perder los lazos con el resto de la familia que siguió en Argentina. Los vástagos de ambas familias se conocieron en Gijón: la veraneante madrileña, hija de un comerciante argentino, cautivaría un día en la playa a un jovencito, hijo de una rentista argentina.

Así se tejen las historias familiares ...





Este volumen recoge los relatos participantes en el II Premio Memoria de la Emigración Zamora. Los textos que aquí se editan constituyen una pieza fundamental del sumario de vivencias personales y colectivas de los emigrantes, en este caso zamoranos; relatos de vida a los cuales, en ocasiones, se incorpora documentación y fotografías que enriquecen aún más el contenido memorialístico de los mismos. Un eslabón más en la conformación de una memoria colectiva sobre el fenómeno más importante que ha afectado -y afecta- a nuestro país en época contemporánea: los procesos migratorios. Más allá de las explicaciones globales y de las grandes cifras, la emigración adquiere aquí voz propia, expresiva y testimonial, que ayuda a comprender desde una escala humana tanto la experiencia migratoria particular como los fundamentos de una vinculación colectiva con la tierra de origen.



*Doce Calles*